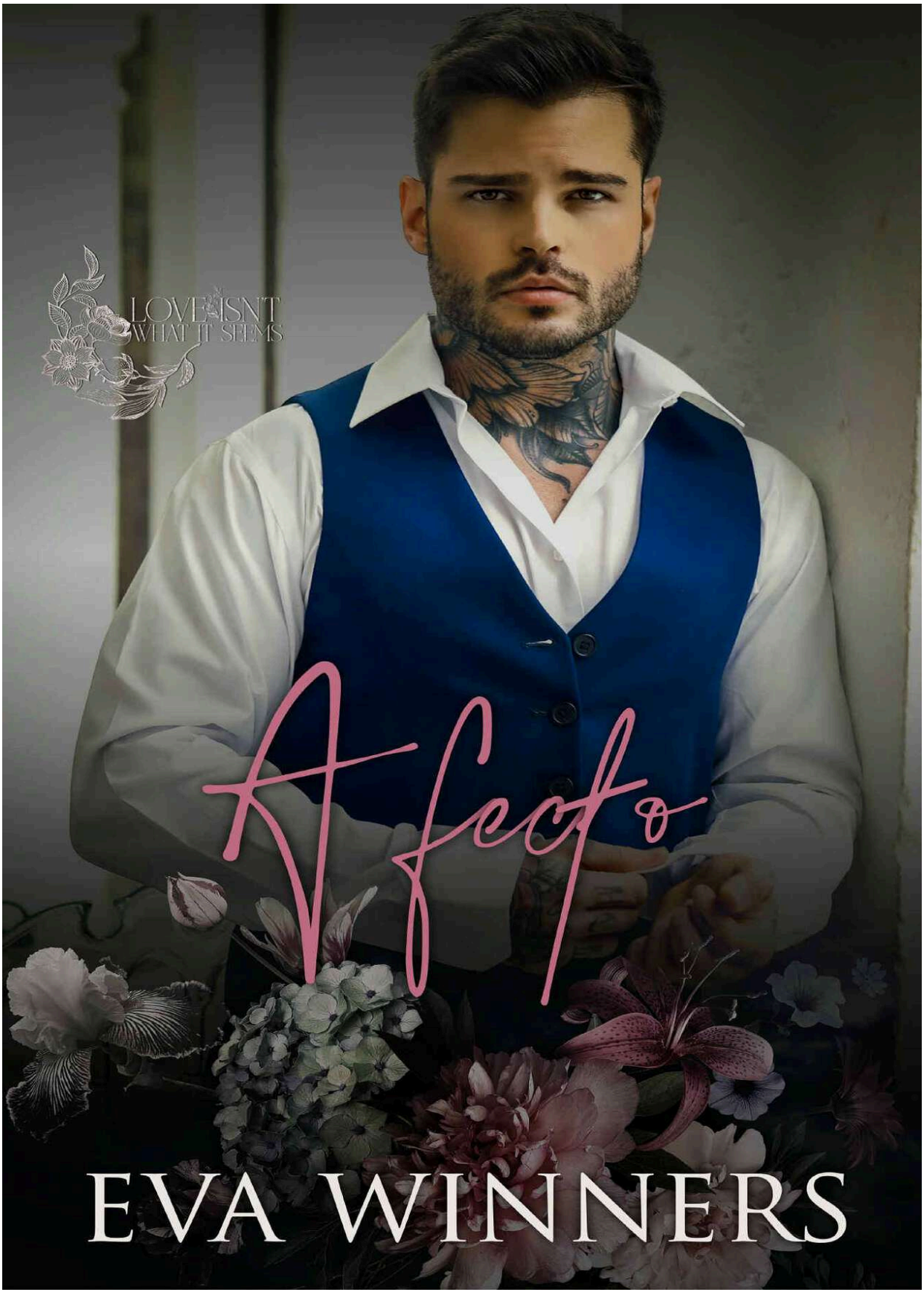

LOVE ISN'T
WHAT IT SEEMS
Affecto
EVA WINNERS


LOVE ISN'T
WHAT IT SEEMS
Affecto
EVA WINNERS

Copyright © 2022 por Winners Publishing LLC y Eva Winners

Diseñadora de portada: Eve Graphic Design LLC

Fotógrafo: Wander Aguiar

Traducción, edición y corrección al español por Sirena Audiobooks LLC

Maquetación de la versión en español a cargo de Sirena Audiobooks LLC

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, salvo para el uso de citas breves en una reseña del libro.

ÍNDICE

COLECCIÓN DE LA SERIE: EL AMOR NO ES LO QUE PARECE
NOTA DE LA AUTORA
SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO UNO
CAPÍTULO DOS
CAPÍTULO TRES
CAPÍTULO CUATRO
CAPÍTULO CINCO
CAPÍTULO SEIS
CAPÍTULO SIETE
CAPÍTULO OCHO
CAPÍTULO NUEVE
CAPÍTULO DIEZ
CAPÍTULO ONCE
CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE
CAPÍTULO CATORCE
CAPÍTULO QUINCE
CAPÍTULO DIECISÉIS
CAPÍTULO DIECISIETE
CAPÍTULO DIECIOCHO
CAPÍTULO DIECINUEVE
CAPÍTULO VEINTE
CAPÍTULO VEINTIUNO
CAPÍTULO VEINTIDÓS
CAPÍTULO VEINTITRÉS
CAPÍTULO VEINTICUATRO
CAPÍTULO VEINTICINCO
CAPÍTULO VEINTISÉIS
CAPÍTULO VEINTISIETE
CAPÍTULO VEINTIOCHO
CAPÍTULO VEINTINUEVE
CAPÍTULO TREINTA
CAPÍTULO TREINTA Y UNO
CAPÍTULO TREINTA Y DOS
CAPÍTULO TREINTA Y TRES
CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO
CAPÍTULO TREINTA Y CINCO
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS
CAPÍTULO TREINTA Y SIETE
CAPÍTULO TREINTA Y OCHO
CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CAPÍTULO CUARENTA
CAPÍTULO CUARENTA Y UNO
CAPÍTULO CUARENTA Y DOS
CAPÍTULO CUARENTA Y TRES
CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO
CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
¿QUÉ SIGUE?
SOBRE LA AUTORA

COLECCIÓN DE LA SERIE: EL AMOR NO ES LO QUE PARECE

Aunque cada libro de la serie puede leerse de forma independiente, en todos ellos aparecen acontecimientos y referencias a los demás libros.

¡Que lo disfrutes!

Eva Winners

NOTA DE LA AUTORA

Afecto es una novela totalmente independiente. No es necesario haber leído ningún otro libro antes de este; sin embargo, ten en cuenta que aborda algunos temas delicados que algunos lectores podrían encontrar perturbadores, como tortura, violencia sangrienta y la muerte de un ser querido. Cualquier parecido con personas, cosas, lugares o acontecimientos reales, vivos o muertos, es pura coincidencia.

SINOPSIS

Se marchó para protegerme.

Prometió que volvería.

No lo hizo.

Han pasado doce años y he seguido adelante.

Ahora ha vuelto. Dice que quiere protegernos a mí y a mi hijo. Jura que no volverá a hacerme daño. Pero no es el mismo hombre que recuerdo.

Este Daniel Carrington es más frío y peligroso. Sin embargo, no puedo evitar sentir al antiguo Daniel en cada caricia y en cada beso posesivo. Bajo su cuerpo musculoso, su mirada oscura y su sonrisa seductora, él siempre ha sido mi perdición.

¿Se alejará de mí otra vez? Y si lo hace, ¿sobreviviré a ello?

PRÓLOGO

Daniel

Doce años atrás

LOS VI ARDER.

No podía quitarme una sensación en el estómago, un torbellino lento y agitado que no tenía nada que ver con el hedor, aunque eso por sí solo ya era insoportable. El humo acre se enroscaba en el aire como serpientes, denso, cargado del olor a carne carbonizada y gasolina. Los gritos, crudos e inhumanos, me arañaban el interior del cráneo como uñas sobre metal oxidado.

Pero peor que el hedor, peor que las llamas, era la expresión en el rostro de Hugo.

Mi primo estaba a escasos metros del infierno, con los ojos iluminados por algo salvaje y regocijante. Esbozaba una sonrisa maníaca, de esas que esperarías de alguien que ve fuegos artificiales, no de alguien que ve a gente morir en agonía. Sus pupilas reflejaban la luz del fuego, dilatadas y feroces, y la expresión de su rostro, embelesado, asombrado, extasiado, me heló las entrañas.

Las llamas se elevaban, danzando sobre la leña apilada bajo los pies de los hombres. Uno de ellos intentó gritar de nuevo, con la garganta irritada y la voz temblorosa, pero Hugo simplemente se inclinó como si estuviera escuchando una sinfonía.

Y allí me quedé, paralizado, con el rostro congelado en una máscara de indiferencia. Estremecerme, hablar, o incluso respirar mal sería traicionar mis pensamientos, dejar al descubierto una grieta.

Y en esta familia, las grietas significaban la muerte. No solo la mía, sino la de las personas que me importaban. No podía permitirme ser débil.

No con Hugo observando.

Vivía para encontrar debilidades y aprovecharse de ellas. Especialmente, si venían envueltas en algo tan tierno y frágil como el amor. El cabrón no tenía ni idea de lo que era la compasión, no le quedaba alma que salvar, si es que alguna vez había tenido una.

A mi tío Hector le gustaba decir: *Todos son el enemigo,* y mi primo había guardado esas palabras en lo más profundo de su maldito corazón.

Hector Carrington había estado al mando del imperio criminal de nuestra familia durante los últimos treinta años. Antes que él estuvo mi abuelo, quien lo había construido desde cero. Un galés pobre y hambriento, que en sus años de formación se enfrentaba a una pobreza extrema, finalmente llegó a su límite y se dedicó al crimen. Esa vida le saciaba el hambre y le llenaba los bolsillos, y jamás volvió a mirar atrás. Los dos chicos que él y su amada esposa criaron se convirtieron en hombres desgraciados, pero el abuelo William no se arrepintió de nada, ya que habían crecido sin conocer nunca la carga de las dificultades económicas.

Cuando mi madre se casó con mi padre, no tenía ni idea de quién era él realmente: un cabrón retorcido y enfermo que se deleitaba con el dolor ajeno. Incluido el de su propia familia.

Probablemente, eso fue lo que provocó su muerte prematura.

La longevidad no era la norma en nuestro mundo, a diferencia de infligir tortura y sufrimiento.

De hecho, tenía ante mí el ejemplo perfecto.

Los hombres que se retorcían en el suelo asqueroso del almacén se habían negado a seguir las reglas de mi tío. Su respuesta: *dejarlos arder*. Como si estuviéramos en la puta Edad Media.

Negué sutilmente con la cabeza. Esos hombres estaban lejos de ser inocentes, nadie en la nómina de mi tío lo era, pero desde luego no se

merecían una muerte al estilo de una ejecución.

Era una pena que no hubieran logrado escapar ilesos ante la primera señal de su ira.

Mi mirada se posó en mi primo, el cruel y estúpido Hugo Carrington.

Llevaba veintidós años conviviendo con él y seguía sin entenderlo. Nunca lo había hecho, y nunca lo haría. Intentarlo era inútil. Simplemente, estaba mal de la cabeza. Nunca dije que yo estuviera bien del todo, pero esto era más del límite, incluso para mí.

Habiendo crecido en este mundo, casi nada me escandalizaba, y solía abrazar la oscuridad, aunque solo fuera para apaciguar a mi familia. Si te metías conmigo, pagabas el precio. Si me traicionabas, te costaría demasiado.

No obstante, siempre había habido una línea que me negaba a cruzar.

Hasta hoy.

En ese momento, era tan culpable como mi primo. Todo porque me limité a mirar cómo esos hombres (mismos que, hasta donde sabíamos, habían sido leales a Hector) morían quemados.

Hasta ese día, no había sido responsable, al menos no directamente, de la muerte de ni una sola vida inocente. En este minuto, mis manos estaban manchadas de un tipo diferente de sangre, una que sabía que nunca se borraría. El hedor se había incrustado profundamente en mis fosas nasales, y nada podría ocultar mis pecados, ni siquiera los trajes a medida que tanto me gustaban.

Debería haber ideado una forma de escapar de esta vida mucho tiempo atrás. La procrastinación era una perra. O, más probablemente, mi indecisión tenía que ver con cierta joven escocesa. Una de cabello rojo fuego y ojos verdes que veía en mis sueños.

Ainslee.

En cualquier caso, había retrasado la puesta en marcha de mis planes, e incluso mi mejor amigo, Maxim, se había dado cuenta de la tensión. Nuestra conversación de hacía meses pasó fugazmente por mi mente mientras me quedaba observando fijamente, con la mirada perdida, el fuego crepitante.

—¡Jesucristo, Daniel! —me regañó Maxim con preocupación—. ¡Tienes un aspecto horrible!

Él también lo habría tenido si hubiera visto lo que yo había visto. Todavía me estremecía al recordar la imagen de mi primo descuartizando a

ese pandillero pedazo a pedazo. Sus diez dedos, sus orejas, su nariz... Fue espantoso. Una locura.

Después, quemé mi ropa y me duché, frotándome hasta quedar limpio. Nada me había ayudado. La culpa me estaba carcomiendo por dentro.

Escondí ese horror en un rincón oscuro y profundo de mi mente. Ya me ocuparía de ellos más adelante. Pero no en este momento.

—¿Estás bien, amigo? —repitió Maxim.

—Un día duro —murmuré.

Maxim sabía mejor que nadie por lo que estaba pasando. Mas eso apenas rozaba la superficie. La verdad era que mi familia era jodidamente depravada, temía que un destino oscuro y retorcido fuera inevitable.

—Me uno al ejército. Se acabó la espera. Sin demoras.

Lo miré fijamente; su anuncio me tomó desprevenido.

—¿Qué dijiste?

Se encogió de hombros.

—Quiero hacer la diferencia. Necesito espacio de Alexander. Demostrarle a todo el puto Londres que mi maldito apellido no me define.

Los Caldwell eran unos bastardos ricos. Pero gracias al padre de Maxim y Alexander, su nombre estaba manchado. Teníamos eso en común: la reputación de nuestras familias pesaba sobre nuestras almas y nuestras mentes.

—Entonces, yo también me uno —declaré—. Necesitas a alguien que te cuide el trasero.

Se burló.

—Si mal no recuerdo, fui yo quien te salvó el trasero —replicó, lanzando una indirecta nada sutil sobre nuestro último año de instituto, cuando un grupo de idiotas decidió enfrentarse a mí en una pelea de diez contra uno. ¿Adivina quién fue el uno?

—Una vez —conmemoré—. He devuelto el favor incontables veces desde entonces.

Los gritos me devolvieron al presente, y el olor a cabello quemado en mis fosas nasales inundó mis sentidos. Las llamas crecían y se hacían más intensas, alimentándose del oxígeno y la carne, mientras una oleada de emociones me recorría las venas.

Quizás algún día sea capaz de analizar cómo *esto* fue la línea roja, la gota que colmó el vaso y me despertó, pero lo único que sabía era que no quería convertirme en alguien como mi primo. Tenía que irme.

Y eso significaba dejarla a ella también.

CAPÍTULO UNO

Daniel

Presente

EL INVIERNO SE ACERCABA rápidamente y Londres lucía su habitual desolación como una segunda piel. El cielo llevaba semanas cubierto de nubes, derramando una lluvia que empapaba la ropa y se te metía en los huesos. El tipo de clima que hacía que la ciudad pareciera estar siendo tragada lentamente por completo.

Aunque a mí no me importaba mucho.

Últimamente, la melancolía del exterior solo reflejaba lo que se había arraigado en mi interior. Mis pensamientos eran más oscuros de lo que quería admitir: fríos, inquietos y teñidos de una amargura que no lograba superar. Ver cómo Maxim y Layla se acercaban cada vez más solo empeoraba las cosas. Su conexión era real, natural. Me recordaba demasiado a algo que había tenido... y que perdí. Un capítulo de mi vida que había enterrado bajo capas de negación y distracción. Uno que no podía permitirme desenterrar, no sin derrumbarme.

Aun así, el anhelo persistía. Siempre justo debajo de la superficie.

Aparté ese pensamiento de mi mente, exhalé lentamente y me ajusté las solapas de mi abrigo de lana color carbón. Era hora de cambiar de marcha.

Con un aire de control ensayado, atravesé con paso firme la entrada de cristal negro de *Nightingale*: mi club nocturno y casino, mi imperio, mi refugio cuidadosamente diseñado para escapar del caos que era el resto de mi vida.

En el interior, el contraste era abrumador.

Mientras que afuera, la ciudad, estaba húmeda y gris, *Nightingale* resplandecía con opulencia. Las lámparas doradas bañaban los suelos de mármol con cálidos tonos ámbar. Las paredes revestidas de terciopelo absorbían el pulso de la música: un bajo profundo y lento que vibraba a través del suelo como un latido. El aroma del *whiskey* de primera calidad, el perfume caro y el dinero antiguo flotaba denso en el aire.

Nightingale no era solo un club: era *el* club. Un símbolo internacional de exceso y exclusividad. La gente mataba por entrar, a veces, literalmente. Había adquirido la propiedad justo antes de que fuera demolida: tres edificios históricos contiguos en el corazón de Westminster. La restauración duró dos años y costó una cantidad exorbitante de dinero. Pero cuando reabrió sus puertas, el resultado se parecía más a una fortaleza de decadencia que a un casino.

Tres edificios interconectados. Seis plantas. Habitaciones bóvedas privadas, salones de juego de altas apuestas, *penthouse* exclusivos y la arena subterránea: la única característica de la que ningún huésped hablaba jamás fuera de estas paredes.

Nightingale no era para cualquiera. Era un paraíso para los jugadores reservado para la élite: los poderosos, los intocables, los peligrosamente desequilibrados. Un reino de grandes apuestas y consecuencias aún mayores. Muy parecido a *Revelación*, solo que mientras *Nightingale* se entregaba a los vicios tras las cuerdas de terciopelo, *Revelación* prosperaba con un tipo diferente de indulgencia. Promiscuidad. Escándalo. Deseo sin límites.

Había dos tipos de personas que venían aquí: las que pagaban las obscenas cuotas mensuales para cruzar las puertas principales sin preguntas, y las que esperaban horas afuera en colas que daban la vuelta a la manzana, desesperadas, esperanzadas, aguardando a que se levantara la cuerda de terciopelo.

Mi personal gestionaba el equilibrio con una eficacia implacable. Sin sobornos. Sin excepciones. Si tu nombre no estaba en la lista o si no gastabas suficiente dinero como para que importara, no entrabas.

Pasé junto al mostrador de la *hostess*, donde me saludaron con respetuosos asentimientos de cabeza. Más allá estaba el guardarropa, y luego el atrio que se abría al casino: mármol negro reluciente bajo mis pies, techos con espejos y un candelabro central importado de París, del que se rumoreaba que era más antiguo que el propio edificio.

La música sonaba en ese minuto más fuerte, vibrando en el vasto espacio como un ser vivo. Risas, el tintineo de las copas y el suave sonido de una mano ganadora se mezclaban en una sinfonía de vicio y libertinaje.

Me detuve en el balcón que daba a la planta principal.

Esta noche estaba a reventar. Bien. Todas las mesas estaban llenas, *blackjack*, *baccarat,* ruleta, rodeadas de lobos bien vestidos en busca de un festín. La multitud vibraba, eléctrica, pero no caótica. Mi equipo de seguridad, entrenado, exmilitar, vestido de elegante negro, se movía por la sala con sutil dominio. Ojos vigilantes. Auriculares discretos. Nadie montaba un escándalo aquí. No dos veces.

Nightingale se regía por reglas, el poder y la reputación, y yo protegía las tres cosas como si mi vida dependiera de ello.

Porque, en muchos sentidos, así era.

Recorrí la sala con la mirada, dejando que mi vista se deslizara sobre la multitud. Políticos, miembros de la alta sociedad, hijos de capos, multimillonarios, famosos en decadencia, estrellas en ascenso y más de un fantasma peligroso del pasado de mi familia. Todos ellos estaban allí por una de estas tres razones: para olvidar, para arriesgarse, para darse un capricho.

Venían, porque este lugar daba la sensación de adentrarse en otro mundo. Uno en el que las consecuencias quedaban suspendidas y todo tenía un precio. Pero solo yo conocía la verdad: cada juego que se jugaba aquí tenía un costo. Y al final, todos pagaban.

Incluso yo.

Especialmente, yo.

CAPÍTULO DOS

Daniel

UNA VEZ MÁS ALLÁ de la planta principal, en el corazón palpitante del club, se accedía a las salas traseras separadas por secciones, donde la música se atenuaba hasta convertirse en un suave murmullo y reinaba la intimidad. Esa era la zona de las apuestas altas, reservada para los jugadores experimentados y los ultrarricos que preferían derrochar lejos de miradas indiscretas. Unas cuantas puertas conducían a *suites* totalmente privadas, insonorizadas y diseñadas para quienes jugaban con fortunas como si fueran calderilla.

Eso era parte de lo que hacía que *Nightingale* fuera tan irresistible: su capacidad para atender a todos los niveles de riqueza: los ricos, los obscenamente ricos y el tipo de ricos que hacían que incluso multimillonarios se estremecieran. Uno pensaría que perder un pequeño imperio en las mesas sería suficiente para disuadirlos, pero siempre volvían. La avaricia era así de predecible.

No es que me quejara. Para nada.

Aquí, sus integrantes eran invitados a codearse con los grandes apostadores, donde una mezcla de humo de cigarro y fragancias caras perfumaba el aire y las lámparas de araña proyectaban una luz brillante sobre las sedas y los terciopelos que adornaban el interior.

No obstante, todo aquello solo servía para disimular el fantasma y ocultar la podredumbre que se escondía bajo la superficie. El nombre de mi club

era un tanto contradictorio, pero también lo era este bajo mundo criminal que se negaba a dejarte en paz.

No era mi intención estar aquí esta noche, pero con la inquietud que me invadía por dentro, sabía que no conciliaría el sueño.

Poco después de las diez, me abrí paso por la sala. Los grandes apostadores acababan de llegar, luciendo sus esmóquines que pronto estarían arrugados y acompañados por jóvenes que se aferraban a sus brazos. Mujeres que, sin duda alguna, *no* eran sus esposas.

Me abrí paso entre los asistentes del club, ignorando los múltiples intentos de llamar mi atención. Todo era un simple borrón de trajes carísimos y vestidos brillantes. Ese día no me apetecía socializar, pero quedarme solo en casa me irritaba aún más, lo que no hacía más que acentuar el vacío de mi vida.

—Ah, Daniel, mi muchacho. —Una voz familiar llegó hasta mí y me puse tenso. La voz de mi tío. El último hombre al que quería o esperaba ver, aunque su presencia siempre era una posibilidad cuando se reunían los jefes de familia, y ya había visto al menos a media docena de hombres del sindicato del crimen y a varias bandas de Liverpool.

Rápidamente, borré toda expresión de mi rostro. Odiaba que me llamara su "muchacho". No me parecía en nada a su hijo psicópata. Por suerte para la humanidad, estaba muerto. Yo había librado a este mundo de ese cabrón enfermo.

Por desgracia, eso me convirtió en el centro de atención de mi tío. De todas las formas equivocadas. Quería un asiento en primera fila para presenciar mis métodos de extracción de información y tortura. Ese cabrón enfermo disfrutaba de la experiencia, igual que solía hacerlo mi viejo.

Mi padre, al igual que mi tío, tenía una marcada inclinación por la crueldad. Algo que se me había inculcado desde muy temprana edad. Y yo era, al fin y al cabo, el único heredero de mi padre. Él descargaba su rabia golpeándonos brutalmente a mi madre y a mí. Ella intentaba protegerme, pero ni siquiera podía protegerse a sí misma. Darse cuenta de que seguiría los pasos de mi padre fue lo que finalmente inclinó la balanza y empujó a mi madre a la adicción a las drogas.

—Tío. —No le diría que me alegraba de verlo. No tenía sentido fingir—. ¿Has venido a deshacerte de algo de tu dinero?

Se rio entre dientes, un sonido que me resultó irritante.

Se me revolvía el estómago pensar que podría convertirme en un cabrón cruel como él. Lo que me salvó, lo que me impidió caer, fue la amistad de Maxim, el tiempo que pasé en el ejército y el recuerdo de quien era dueña de mi corazón y mi alma. Aunque ella no lo supiera. Hacía más de una década que no nos veíamos.

Los años que pasé intentando escapar de los recuerdos de la única mujer que me tentaba estuvieron plagados de ataques inesperados y muertes sin sentido en países devastados por la guerra, pero nada de eso se comparaba con las guerras que mi tío seguía librando contra sus supuestos enemigos. Aun así, alejarme *de ella* y del mundo de mi tío e incorporarme al ejército me salvó. Me mantuvo fuera del alcance de él y me ayudó a conservar algo de decencia.

Jodidamente irónico, la verdad. Escapé de la oscuridad de mi familia lanzándome de cabeza a una maldita zona de guerra. Hablando del retorcido sentido del humor de la vida.

Ojalá no hubiera tenido que perder a la mujer que amaba.

Ainslee...

Bueno, ella encontró la vida que siempre estuvo destinada a vivir. Una en la que yo no estaba.

—Sí, tenía ganas de una partida privada de póker. —Las palabras de mi tío me sacaron de mis pensamientos.

Arqueé una ceja y lo miré con los ojos entrecerrados. Mi tío era excepcionalmente bueno en el póker y, sabiendo que probablemente ganaría, siempre le había resultado tedioso jugar. Entonces, ¿por qué jugar esta noche?

No me molesté en preguntarle. Era arriesgado mostrar interés por cualquier cosa que hiciera. Hacerlo le hacía actuar de forma estúpida e imprudente, y yo me quedaría a arreglar su desastre. Sí, *técnicamente* era un jefe de la mafia, aunque últimamente era yo quien tomaba las decisiones. Decía que estaba orgulloso de mí, pero lo que realmente quería decir era que odiaba que no todo el mundo lo venerara.

Mi tío sabía que sus hombres prácticamente habían dejado de hacerle caso, y la mayoría, si no todos, seguían mis órdenes. La única razón por la que aún conservaba su título se debía a nociones jerárquicas anticuadas. Al igual que mi tío era anticuado en todos los aspectos de su vida. Creía que infundir miedo en sus hombres le ganaría respeto y lealtad, pero en realidad, lo despreciaban y lo traicionaban a la primera oportunidad.

La lealtad, a diferencia del miedo, se ganaba, no se imponía a la fuerza.

—Buena suerte —le dije finalmente—. Aunque no la vas a necesitar.

Su sonrisa amenazante me indicó que él también lo sabía. Algo tramaba; de eso no había duda.

—Tienes razón, sobrino —cedió—. Voy a reunirme con un compañero escocés. Pienso dejarlo en la ruina y quedarme con su novia.

Este hombre y sus estúpidos y jodidos acertijos.

—Buena suerte con eso —respondí arrastrando las palabras.

Le hice un gesto con la cabeza y me alejé a zancadas, acelerando el paso. Quizás venir aquí esta noche no fue la mejor manera de calmar mi inquietud.

Al entrar en mi despacho, cerré la puerta con fuerza tras de mí y me serví una copa.

Me bebí el *whiskey* de un trago y una ligera sensación de ardor me recorrió la garganta.

Esta noche no estaba de humor para gente. Las últimas semanas habían sido una sucesión de jodidos líos, el último de ellos con Maxim y su mujer.

Su obsesión con Layla Cambridge era un recordatorio que no necesitaba de una belleza pelirroja que se había instalado en mi pecho. Habían pasado más de doce años. Doce jodidos años, y yo seguía obsesionado con Ainslee McLaren.

De vez en cuando, buscaba información sobre ella, porque al parecer me gustaba torturarme. Mis búsquedas ya arrojaban los mismos resultados: no estaba casada, pero tenía un hijo. Un niño pequeño. Ella y el padre del niño parecían tener una relación intermitente, y el imbécil que hay en mí deseaba que se separaran para siempre. No era que eso significara nada. Aun así, no podría traer a Ainslee de vuelta a mi vida. Especialmente, ahora que un niño dependía de ella.

Nunca estuvo destinada a ser mía. Lo supe desde el momento en que posé mis ojos en ella hasta el día en que nos separamos. El recuerdo agridulce me perseguía, susurrándome todas las cosas que podrían haber sido.

—Daniel. —Su voz era como una suave brisa sobre mi piel. Sus ojos parecían una caricia—. ¿Vas a estar bien?

Ella estaba de pie junto a la cama, envuelta en una sábana blanca. Su cabello era un llamativo toque de color contra su piel pálida y la tela que cubría su delgado cuerpo. Parecía una glamurosa estrella de Hollywood y ni siquiera lo sabía. No tenía ni idea del efecto que su belleza tenía en mí.

Me abroché los pantalones mientras me acercaba a ella.

—Estaré bien, Ainslee —le prometí, sabiendo que no tenía derecho a hacerlo. Simplemente, odiaba ver la preocupación reflejada en su rostro.

—Jura que volverás —murmuró, rodeándome con sus brazos—. Volverás conmigo, sano y salvo.

Negué ligeramente con la cabeza y luego me serví otra copa fuerte.

Volví con vida, pero rompí mi promesa. Sabía que no sería capaz de cumplirla en cuanto la hice, simplemente, porque Ainslee no pertenecía a mi mundo. Mi familia habría sido una amenaza para su vida mientras fuera importante para mí. Y ella *lo* era *todo* para mí.

Y tenía razón. Al fin y al cabo, esa fue la razón por la que maté a mi querido primo. Se había enterado de su existencia sin querer, y tenía toda la intención de convertirla en su juguete antes de acabar con su vida. Era su *modus operandi*. Matar a las mujeres una vez que ya no le servían.

Se oyó un golpe en la puerta y agradecí la distracción.

—¡Adelante! —grité.

Entró mi jefe de planta, con una sonrisa nerviosa en el rostro.

—Señor.

—¿Qué pasa, Hadley?

—Su tío. —Comenzó, y para mis adentros gemí. Sabía que habría problemas en cuanto vi a Hector esta noche—. Escuché por casualidad a su tío y a Callen McLeod acordar usar a una mujer como ficha de juego, ya que el señor McLeod perdió todas sus fichas. Este último está usando a Ainslee McLaren como reserva de emergencia y para seguir en el juego.

Se me erizó el vello de todo el cuerpo. Callen McLeod.... el hombre con quien Ainslee tuvo un hijo. Me levanté de un salto de mi asiento y rodeé el escritorio, saliendo por la puerta hacia la sala de póker.

Ese maldito cabrón sin valor estaba jugando con la *madre de su hijo.* En *mi* club.

La rabia me invadió, cegándome por completo. No sabía muy bien a quién quería matar con mis propias manos: a Callen McLeod o a mi tío.

Hadley me seguía con cada paso pesado, y solo me quedaba subir un tramo de escaleras para contener mi furia y controlar mi temperamento.

La puerta de la sala privada de póker estaba cerrada, lo que indicaba que el juego estaba completo. Pero no importaba. Esas reglas no se aplicaban al dueño. Joder, iba a jugar. E iba a ganar. Ni loco dejaría que mi tío “ganara” a Ainslee. No quería que ese bastardo asqueroso supiera ni su nombre.

Cuando abrí la puerta, un guardia se interpuso ante mí, con la intención de bloquearme el paso. En cuanto me reconoció, se hizo a un lado de inmediato, apartando la vista.

Al cruzar el umbral, eché un vistazo a la sala. Solo había cinco jugadores, incluyendo a mi tío y a McLeod.

Mi mirada se posó en una foto tirada entre las fichas y las cartas esparcidas sobre la mesa.

—Caballeros —los saludé a todos con frialdad. El fuego aún me ardía en lo más profundo de las entrañas y se enroscaba alrededor de mi columna vertebral, apretando sus tentáculos, pero lo apagué. Era la única forma que me impedía matar a McLeod con mis propias manos. En ese preciso instante. Joder, allí mismo.

Cualquiera que se atreviera a apostar con una mujer como si fuera un objeto, y encima la madre de su hijo, merecía ser descuartizado. Especialmente, si se atrevía a hacerlo en uno de mis establecimientos.

Ainslee se merecía algo mucho mejor que este asqueroso cabrón. Con su metro ochenta de altura, su cabello rubio, sus ojos azules y un encanto juvenil, aunque falso, me imaginaba que llamaba la atención de las mujeres allá donde iba. De los hombres también, probablemente. Pero, si uno observaba más allá, se revelaba un hombre débil, con una adicción y una moral cuestionable. No había otra explicación.

Fijé la mirada en él y me burlé para mis adentros.

Todavía se le veía un moratón amarillento y desvanecido alrededor del ojo.

Sabía de primera mano, gracias a los informantes a los que les pagaba generosamente, que se lo había ganado hacía unas semanas con un puñetazo en la cara. Un gancho de derecha lanzado por Alexander Caldwell, un hombre por el que había desarrollado un nuevo respeto.

—Ah, sobrino. —Mi tío sonrió, con una máscara de avaricia en el rostro —. ¿Vienes a ver a tu cliente perder sus posesiones?

Le lancé una mirada fugaz a mi tío.

—No. En realidad, vine a unirme a la partida —respondí, sentándome frente a los dos jugadores restantes.

Hector me lanzó una mirada fulminante, sabiendo que en ese momento se enfrentaba a la posibilidad de perder. Una sonrisa despiadada se me dibujó en los labios mientras observaba a ambos hombres y la forma en que en ese minuto se retorcían. Por diferentes razones.

Callen McLeod conocía las reglas de mi casa: nunca apuestes lo que no te pertenece. Y Ainslee desde luego *no* era suya. No era ni sería jamás de su propiedad, aunque compartieran un hijo.

Mi tío, en cambio, se removió incómodo, porque ansiaba la victoria. Su comentario anterior sobre quitarle la novia a un escocés adquirió un significado completamente nuevo. Pensé que era simplemente su patética pose habitual, pero en ese instante... Parecía una burla deliberada. No podía ser una coincidencia; yo no creía en esas cosas.

Me hizo preguntarme si mi tío se enteró de que Hugo murió porque quería hacerle daño a Ainslee, y por ello iba tras ella. Quizás mi tío sabía más de lo que aparentaba. Quizás esa era su forma de vengarse. No podía arriesgarme a pensar lo contrario. Sin embargo, la pregunta seguía ahí: ¿sabía o no sabía de Ainslee y de mi relación con ella de hacía doce años?

Me recosté con indiferencia en la silla, cruzando las piernas por los tobillos. Me colocaron una bandeja de papas fritas delante y disimulé mi expresión. De ninguna manera iba a dejar que Hector viera que me había sacado de quicio.

—Cartas, por favor. —Asentí al crupier. Normalmente, ni se me habría ocurrido meterme en mitad de una partida, pero tenía que jugar bien mis cartas en esta situación, en sentido literal y figurado. La dignidad de una mujer, quizás incluso su vida, estaba en juego.

El crupier, George, barajó y repartió. Observé sus movimientos, aunque confiaba en él. Nunca se sabía. Mi tío tenía un don para chantajear y manipular a la gente para que hicieran estupideces. Bastaba con fijarse en el maldito Callen McLeod.

Jodido idiota.

Nos repartieron dos cartas a cada uno sobre el tapete verde, el fieltro susurrando bajo las manos expertas del crupier. La sala quedó envuelta en un profundo silencio, de esos que se instalaban cuando el dinero y la reputación dependían del resultado de una carta.

Nos sentamos en una *suite* vip privada, ubicada en el corazón del casino, muy por encima de la sala principal, lejos del parpadeo de las máquinas tragamonedas y del bullicio de los juegos de menor importancia. Aquí, el aire era más denso y silencioso, impregnado del sutil aroma de puros caros y *whiskey* añejo. Luces ámbar tenues brillaban desde apliques *art déco* en las paredes revestidas de madera, proyectando cálidos halos sobre las superficies pulidas. Las sombras se alargaban entre los charcos de luz,

dejando los rincones en una suave penumbra, perfecta para guardar secretos.

Un *jazz* tenue emanaba de altavoces invisibles, un ritmo lento y sensual que apenas se elevaba por encima de un murmullo. Llenaba los espacios entre las conversaciones y hacía que cada gesto pareciera deliberado.

Un denso humo se arremolinaba lánguidamente hacia el techo, elevándose de los puros cubanos sujetos entre los dedos de hombres y mujeres trajeados, cuyos rostros no revelaban nada. El hielo tintineaba suavemente en los vasos de cristal. El suave arrastrar de las fichas, el susurro de las mangas forradas de seda, la risita seca ocasional: cada sonido era nítido en el silencio, por lo demás amortiguado.

George, un profesional de rostro impasible vestido con un chaleco negro a medida y corbata de seda, no establecía contacto visual mientras repartía. Era un elemento fijo de la sala, como las cortinas de terciopelo o los adornos de caoba: neutral, clínico, indiferente ante las fortunas que se alzaban o se desmoronaban en su mesa.

A mi alrededor, los demás jugadores, personas influyentes, herederas, familias de la vieja riqueza y magnates de la nueva tecnología, observaban sus cartas con una contención estudiada. Nadie se movía con rapidez. En esta sala, el ritmo era un arma. Todos esperaban a que alguien parpadeara.

La tensión brillaba en el aire como el calor sobre el asfalto. Se podía sentir en el pecho, un zumbido sordo bajo las costillas. El tipo de tensión que indicaba que alguien estaba a punto de ganar algo muy grande o de perder algo que no podía permitirse.

Y allí, frente a mí, dos cartas boca abajo. Delgadas, discretas. Un universo de posibilidades bajo sus espaldas.

—Apuestas, por favor —anunció el crupier.

Los ojos de McLeod se posaron en mí, pero lo ignoré. Estaba nervioso, perdiendo la poca compostura que le quedaba.

Qué. Maldito. Imbécil.

McLeod debería haber sabido que no debía jugar si tenía tanto que perder. Debería haber aprendido la lección cuando Alexander Caldwell arruinó su editorial por como trató a Liberty años atrás. Después de dejarla plantada en el altar el día de su boda, provocando un escándalo que resonó por todos los continentes.

Sí, todo había salido a favor de Alexander. Pero aquel hombre era de lo más posesivo, y fuentes cercanas a mí afirmaban que todavía estaba

deseando hacer pedazos a McLeod por haberse ganado el afecto de su esposa.

Callen McLeod tuvo suerte de que Liberty, ahora esposa de Alexander, lo convenciera de que se detuviera. Desde entonces, los dos habían encontrado su felices para siempre, relegando a McLeod a una mera nota al pie en su historia.

Después de esta noche, estaba dispuesto a convertir a McLeod en una insignificante mota de polvo en *todas* las historias.

Estudié las expresiones de todos mientras ganaba la primera ronda con una escalera real. Mientras recogía las fichas, mi mirada se fijó en McLeod y luego en mi tío. Solo este último representaba una amenaza real; el primero no era más que un idiota del juego que no sabía cuándo retirarse.

Hector soltó un suspiro malévolo y las mejillas se le tiñeron de rojo por la frustración.

«Así es, tío, más te vale rendirte», pensé con aire de suficiencia.

La segunda ronda fue para mi tío, y el rostro se le iluminó al acercarse un pequeño bote de ganancias. Yo me llevé la tercera. McLeod ganó la cuarta y luego perdió la quinta contra mí.

Las apuestas subían con cada segundo que pasaba y, en poco tiempo, habían transcurrido cuatro horas.

La pila de fichas subía y bajaba alrededor de la mesa verde, y la mayoría acababa delante de mí o de mi tío. McLeod estaba metido en un lío demasiado grande, pero, una vez más, era demasiado tonto para darse cuenta. Debería haberse rendido en el momento en que entró en mi club.

De hecho, le habría ido mejor si nunca se hubiera aficionado a ese pasatiempo.

Lo observé como un halcón, fijándome en el pánico que se reflejaba en su expresión. Intentaba disimularlo, pero apestaba a desesperación y derrota.

Mi tío no estaba mucho mejor, aunque no dejaba de mirarme con ira y de ordenarme en silencio que le cediera una ronda. Como si yo fuera a hacerle caso.

En lugar de eso, lo ignoré y dije:

—Te reto, McLeod. —Antes de empujar una pila de fichas al centro de la mesa.

El imbécil no tenía nada y me dio la razón al desplegar sus cartas.

Tras ello, solo quedábamos mi tío y yo. No permitiría que esto terminara de otra manera que no fuera con mi victoria. Me había mantenido al margen

todo este tiempo para proteger a Ainslee, pero dado que ella estaba en el punto de mira de mi tío, no tenía más remedio que hacerla mía. Era la única forma de mantenerla a salvo.

—Subo. —Mi voz sonaba fría, y distante. Cualquiera pensaría que no tenía nada que perder. Eso era lo que creían todos los presentes en la sala. Sin embargo, bajo esa fachada, el corazón me latía con fuerza por la preocupación que sentía por la mujer que lo había reclamado años atrás.

Si mi tío ganaba, tendría que matarlo. No sería una dificultad, pero causaría problemas en la jerarquía patriarcal de nuestro imperio criminal. Estaba mal visto matar al jefe de la mafia. Lo que significaba que, por lo general, uno también terminaba muerto.

Solo que morir era un precio que estaría dispuesto a pagar. Nunca permitiría que mi tío, ni nadie más de nuestro mundo, se acercara a *mi ruiseñor*, sí, había llamado a mi club como le decía a ella *Nightingale.*

—Ah, sobrino —se burló mi tío—. A ti también te gusta la cantante de ópera.

Era una afirmación y una clara confirmación de que mi tío sabía mucho más de lo que debía. Sus ojos brillantes me decían que tenía un plan, uno que sin duda era retorcido. Mi primo había tenido esa misma expresión en la mirada cuando se fijó en Ainslee. Al fin y al cabo, de tal palo, tal astilla.

Pero ya había apagado esa expresión una vez; lo volvería a hacer.

—Es una belleza. —Ronroneó mi tío, intentando provocarme a propósito —. ¿Alguna vez te ha calentado la cama? —Su pregunta hizo que McLeod girara la cabeza bruscamente hacia mí, pero ni siquiera me inmuté—. Sabemos que le calentó la cama a Callen. ¿No es así, muchacho?

Mi tío era un parásito que se alimentaba de la sociedad y prosperaba con el dolor ajeno. Al diablo con las consecuencias, era tentador simplemente matarlo.

Extendí mis cartas sobre la mesa.

—Volvemos contigo, tío —dije arrastrando las palabras con tono aburrido.

Todos los sacrificios que había hecho habían sido en vano. Porque, de alguna manera, mi tío tenía a Ainslee en la mira. Le eché la culpa a McLeod. También quería matarlo.

—¿Qué tal una línea de crédito?

Mis labios se tensaron por la irritación.

—Esta noche no. No estamos jugando exactamente según las reglas.

El rostro de Hector se puso completamente rojo, con la ira hirviendo en su interior. Se tambaleaba por un golpe a su ego y luchaba contra su absoluta consternación por no salirse con la suya. Por perder lo que estaba seguro de que había estado esperando y que se le había escapado por poco. Sabía lo suficiente sobre lo que mi tío les hacía a las mujeres.

Mi mirada se posó en la foto de Ainslee sobre la mesa. Era una imagen suya en el escenario, una que había estado circulando durante los últimos seis años. La campaña había comenzado cuando el Teatro Bolshoi subastó tarjetas bañadas en oro con la imagen de sus cantantes de ópera, y desde entonces, el mundo del arte global había estado intentando ponerse al día, Dios no quiera que los rusos los superaran. Ahora, las tarjetas se podían encontrar en la mayoría de las galerías de arte, y muchas pasaban por el mercado negro. Cada una se vendía por un mínimo de diez mil dólares y conllevaba una sensación de prestigio. Teniendo en cuenta la belleza de Ainslee, no era de extrañar que la suya se hubiera disparado. Verlas aparecer esporádicamente había sido una tortura. Para mí, eran un recordatorio constante de lo que estaba fuera de mi alcance.

«Quizá no estuviera en posición de castigar a mi tío por la difícil situación actual de Ainslee, pero Callen McLeod sufriría».

Con todo mi autocontrol, aparté ese pensamiento de mi mente. Necesitaba tener la cabeza despejada para mantener mi atención fija en mi tío.

—Igualo.

Volteamos nuestras cartas al mismo tiempo y me invadió el alivio. Él tenía un *full*, pero yo tenía una escalera de color.

Aplasté a mi tío.

Gané.

CAPÍTULO TRES

Ainslee

LA FRÍA LUZ DE la mañana se colaba por las cortinas mientras le alisaba el cabello a Bram y lo animaba a que se levantara para desayunar.

—Vamos, cariño, llegaremos tarde a casa de la señora McKay.

Su suave risita alivió el nudo que tenía en el pecho.

—Está bien, mami, pero la señora McKay dice que podemos ir cuando queramos.

Me reí entre dientes.

—De acuerdo, está bien. Voy a llegar tarde.

Se rio, esa risita que sacude todo el cuerpo y que solo un niño puede hacer, y mi corazón se alegró. Cada vez que lo miraba, el dolor en mi pecho se aliviaba, aunque fuera un poco. Fuera cual fuera el dolor que había traído Callen, fuera cual fuera el caos que había dejado a su paso, Bram había hecho que valiera la pena soportarlo. Las cosas entre Callen y yo habían mejorado últimamente. No eran perfectas. No se habían curado. Pero estaban mejor.

Quería creer que podíamos arreglar lo que habíamos roto. Lachlan y Eve lo habían hecho. ¿Por qué nosotros no?

No obstante, el silencio procedente de Londres se prolongó.

—¿Dónde está papá? —preguntó Bram de repente, mirando más allá de mí como si esperara que Callen apareciera en la puerta.

Negué con la cabeza y le di un pequeño empujón hacia la cocina. *Hacia adelante y hacia arriba.* Tenía que renunciar a algunos sueños, tomar decisiones y seguir adelante.

—Sigue en Londres. Asuntos de trabajo —expliqué con ligereza, aunque el nudo en mi estómago se apretó de nuevo—. Volverá pronto.

Esa había sido la historia hacía dos semanas, cuando se marchó. No había novedades desde entonces. Solo mensajes vagos. Quería creer que había cumplido su promesa de mantenerse alejado de los casinos. Pero la confianza, una vez quebrantada, tardaba en reconstruirse. Y mis instintos habían vuelto a susurrarme, con ese nudo en el estómago como advertencia. ¿O solo era malestar estomacal?

Ya no lo sabía. Últimamente, había estado ahí todo el tiempo.

Conocí a Callen durante una de mis salidas con mis amigos y la relación comenzó con cierta reticencia. Resultó que mi embarazo inesperado fue solo una parte de nuestro difícil comienzo, aunque no cambiaría a nuestro hijo por nada del mundo.

Había esperado más de cinco años a Daniel. Pero después de aquel encuentro con su primo en una esquina lúgubre de Londres, la verdad me golpeó con fuerza: me había ocultado demasiadas cosas. En este momento, más madura y un poco más sabia, finalmente acepté que no iba a volver. Sin embargo, mi corazón, no. Lo que hacía que actuar en Londres se sintiera como un castigo.

Lo veía por todas partes: en las aceras, entre la multitud, en nuestra antigua cafetería. Una vez, incluso perseguí a un desconocido por Trafalgar Square, convencida de que era él. No lo era. Solo un turista francés aterrorizado y una nueva oleada de vergüenza. Mi mente sabía que se había ido. Mi corazón se negaba a aceptarlo.

Entonces, apareció Callen, todo lo contrario a Daniel. Estable, encantador, seguro... O eso creía yo. Cuando me invitó una copa en nuestro *pub* habitual de Edimburgo, me dejé convencer de que era justo lo que necesitaba. Seguí diciendo que sí, a una segunda cita, a una tercera, y tres meses después, estaba embarazada y la vida de otra mujer se había derrumbado.

Porque, al igual que Daniel había guardado secretos, Callen también lo había hecho, como el hecho de que estaba comprometido.

Si me engañas una vez, la culpa es tuya. Si me engañas dos veces... No tenía a nadie a quien culpar más que a mí misma.

Esa traición fue la razón por la que nunca me casé con él. Me lo pidió. Repetidamente. Pero solo pude aceptar compartir la crianza de nuestro hijo mientras intentábamos arreglar las cosas. Quizá fue por lo que le hizo a Liberty, su exprometida. O quizá fueron todas las otras grietas que se habían formado entre nosotros. Aun así, por Bram, no me atreví a alejarme por completo.

La culpa persistía. Me había visto tan sorprendida como Liberty, pero eso no importaba. Debería haberlo sabido. Debería haber hecho preguntas. Haber mirado más de cerca.

En cambio, la vi a ella: la novia con el corazón roto en las escaleras de la iglesia. Su dolor era inolvidable. Se suponía que aquel día iba a ser su comienzo y, en cambio, yo ayudé a convertirlo en su peor final.

Liberty Smith. Nunca olvidaría su nombre. Ni cómo nos miró como si le hubiéramos robado algo sagrado.

Porque lo habíamos hecho.

—Buenos días, mis dos personas favoritas —nos saludó *Mum*, mientras sus zapatillas susurraban al caminar por el suelo de la cocina.

—Buenos días, *Mum* —dije, observándola inclinarse para besar la cabellera rubia de Bram, tal como lo había hecho conmigo durante toda mi infancia, vestida con un camisón blanco vaporoso, lucía eterna.

—Eres la viva imagen de tu abuelo —murmuró ella contra su cabello, con la voz teñida de nostalgia.

Mi padre falleció antes de que yo tuviera recuerdos reales de él, pero cada vez que ella hablaba de él, yo percibía ese amor verdadero, de cuento de hadas. En mi familia creíamos en las almas gemelas; cuando encontrabas la tuya, simplemente lo sabías.

Una vez creí haberla encontrado... hasta que Daniel desapareció.

Las manos de *Mum* temblaban ligeramente mientras tomaba la tetera. “La bendición y la maldición del invierno”, solía decir refiriéndose a su artritis, una de sus muchas verdades agridulces.

—Déjame prepararte un té, *Mum.* —Le ofrecí—. Siéntate, deja que Bram te haga compañía.

Su suave asentimiento me brindó un tranquilo consuelo mientras llevaba la bandeja humeante.

—Aquí tienes —pronuncié. Me sonrió, cálida y radiante, sentada en su mesita—. Un chorrito de *whiskey* le vendría de maravilla —bromeé.

Ella se rio.

—Hablas igual a tu *Da*. «Padre».

Nos sentamos en un cómodo silencio. Luego me levanté.

—Debería irme. Echarán de menos a Bram en la guardería.

Mum me miró.

—¿Por qué no lo cuido yo hoy?

Los ojos de Bram se iluminaron.

—¿De verdad?

Le revolví los rizos.

—La señora Mckay se las arreglará.

—¡Más Nana! —exclamó.

Mum me apretó la mano y luego se giró hacia mí.

—¿Has sabido algo de Callen?

Mi sonrisa se desvaneció.

—No desde ayer.

—Quizás el trabajo lo esté reteniendo.

—Quizás —dije, aunque el temor me invadió. Le di un beso en la mejilla —. Cuídate, ¿de acuerdo?

Ella me dijo adiós con la mano mientras yo salía por la puerta, dejando atrás la casita envuelta en humo, hiedra y silencio. Me senté en el asiento del conductor de mi MINI Cooper. En cualquier momento, las carreteras se volverían demasiado resbaladizas para conducir mi pequeño coche, y me vería obligada a cambiar a uno de los vehículos de mi primo.

Encendí la radio, sin molestarme en buscar emisoras.

Me encantaba cantar. La música siempre había formado parte de mi vida, y no reservaba mi talento solo para el escenario. Incluso después de que Daniel se enlistara y me doliera el corazón, cantaba. Cantaba a través de mi olor, a través de mi miedo. En la ducha y en mi librería favorita, mientras echaba un vistazo. Últimamente, sin embargo, había perdido la alegría de hacerlo. Algo que solía ser una parte fundamental de mí ya no me ofrecía un escape de la realidad. Se había convertido en una obligación. Y no estaba segura de si era por la situación de mi vida, mis preocupaciones o simplemente una fase pasajera. ¿Quizás mi fase de diva caprichosa por fin había llegado?

Recorrí a toda velocidad la carretera que serpenteaba por la extensa finca de los McLaren, deleitándome con su belleza paisajística. El castillo de los McLaren brillaba en la distancia, dominando las *Highlands* y el río Teith.

Cuando mi carrera despegó, había viajado mucho por Europa, Asia, África y Estados Unidos. Pero no había encontrado ningún otro lugar en este planeta que se comparara con mi hogar. Escocia se había ganado mi corazón, y su belleza era incomparable.

Sus imponentes montañas, sus lagos resplandecientes, sus densos bosques y sus kilómetros y kilómetros de playas doradas formaban parte de mi esencia, estaban grabados en mi ADN. Cada vez que regresaba, los cielos nocturnos centellantes, el agua fresca del mar y la naturaleza salvaje e ilimitada encendían en mí una chispa de vida

No había ningún otro lugar en el que prefiriera vivir. Quería que Bram creciera aquí y amara este lugar tanto como yo.

Tardé aproximadamente una hora en llegar a *McLeod Publishing House*, situada en las afueras de la parte nueva de la ciudad. Esta zona era fría, inquietante. Y, a diferencia del edificio de la empresa de Lachlan en el corazón del viejo Edimburgo, rodeado de antiguos caminos empedrados y árboles centenarios, carecía de carácter.

Me estacioné y me quedé en el coche, con la mirada fija en aquella vista desagradable. Me costaba obligarme a moverme, sabiendo que podría encontrarme con Callen. Era un pensamiento inquietante, y no me permití darle demasiadas vueltas, teniendo en cuenta que era el padre de Bram.

«¿Me encuentro en una encrucijada?» Me pregunté mientras sentía un nudo en el pecho.

Un golpe en la ventanilla me hizo dar un respingo, acelerándome el corazón. William, el socio de Callen, exsocio, estaba junto a mi coche, con expresión preocupada. Abrí rápidamente la puerta y salí, alisándome la falda de punto con la mano, mientras con la otra me ajustaba el cárdigan *oversize*. El frío me golpeó al instante, un recordatorio punzante de que el verano hacía tiempo que se había ido, aun así, iba vestida para ello: abrigada, pero sin dejar de ser yo misma. La gruesa lana de mi blusa era del color del palisandro, suave y pesada, con el cinturón atado sin apretar a la cintura. Por debajo, asomaba por el cuello una camiseta térmica en tonos rosados, con un delicado ribete de encaje que suavizaba el escote. Mis botas de gamuza marrón claro con pequeñas hebillas doradas, crujían suavemente sobre la grava al acercarme, y el dobladillo de mi falda revoloteaba justo por debajo de las rodillas con la brisa.

El aire olía a humo de leña y musgo húmedo, y el sol poniente convertía los árboles desnudos en siluetas contra un cielo que se oscurecía

rápidamente. En algún lugar a lo lejos, un pájaro cantó: agudo y solitario.

—Hola, William —saludé, aclarándome la garganta y sonriendo—. ¿Qué haces aquí?

—Solo he venido a recoger lo que me queda —respondió, echando un vistazo a la caja que llevaba bajo el brazo—. Me voy.

Callen se negaba a contar lo que había pasado, pero yo sabía que a William lo habían echado. Durante años, Callen no había parado de alabar a su compañero y, de repente, ya no lo necesitaba. Eso no inspiraba mucha confianza, sobre todo teniendo en cuenta lo reservado que se había mostrado Callen.

—Will, ¿qué pasó? —pregunté.

—¿Callen no te lo contó? —replicó sorprendido.

Negué con la cabeza.

—Casi no lo he visto, y nunca parece haber un buen momento para que esté por aquí. Con Bram y todo —admití a regañadientes.

Era una mentira descarada. Le había hecho un montón de preguntas. Callen simplemente se negaba a responder.

—¿Te acuerdas de Liberty Smith? —Quiso saber, y yo hice todo lo posible por no mostrar mi sorpresa mientras bajaba la barbilla—. Su marido, Alexander Caldwell, prácticamente compró la empresa. Sintió que su esposa había sido maltratada cuando Callen me eligió para ser su socio.

«Alexander Caldwell no se equivoca». Sin embargo, esas palabras permanecieron firmemente selladas tras mis labios. William era inocente en todo esto y no tenía nada que ver con las malas decisiones de Callen, pero por desgracia, parecía ser él quien pagaría por ellas.

—Callen debería haberle dado más crédito. —Comencé a decir—. No sé mucho de este negocio, pero mi prima dice que ella salvó la empresa.

—Yo también me sorprendí cuando Callen me eligió como su socio —expresó William con naturalidad—. Pero era la oportunidad de mi vida y no iba a desaprovecharla. Me esforcé muchísimo.

Sabía que lo había hecho, y también sospechaba que Callen tenía motivos personales para no elegir a Liberty como socia. Quería tenerla lejos para no tener que enfrentarse a su error día tras día, aunque también lo distorsionó.

Dijo que no quería que me sintiera incómoda porque, en sus propias palabras, canceló su boda por mí, ya que yo fui la que se quedó embarazada. Como si eso lo borrara todo. Sin importar que él la engañara desde el principio, y que yo fuera la cómplice ingenua e inocente en todo

este lío. Todo aquello me daba asco, no me hacía sentir especial. Pero lo que lo empeoró todo, muchísimo, fue saber que ni siquiera reconoció sus años de arduo trabajo en su editorial. Ni una disculpa, ni un reconocimiento. Simplemente, la desechó, como si hubiera sido un daño colateral en su intento de encubrir un escándalo. De alguna manera, eso me hizo sentir aún más avergonzada, no menos.

—Así que lo que estás diciendo es que Alexander ahora es dueño de la mayor parte de la editorial de Callen... Sabía que algo pasaba, pero nunca imaginé que fuera tan grave. Si Callen necesitaba dinero para salvar su empresa, podría habérmelo pedido a mí. ¿A menos que pensara que yo iba a suponer que había vuelto a las apuestas...?

Quizá Callen y yo nos habíamos distanciado más de lo que me atrevía a admitir.

—Bueno, en realidad es su esposa. Lo puso todo a su nombre.

La vida daba muchas vueltas. En realidad, me alegraba por Liberty. Su esposo debía de quererla mucho para llegar a tales extremos con tal de arreglar las cosas.

¿Era horrible que me alegrara por ella? Sin duda, eso decía mucho de mi devoción por Callen. Nunca me dijo que había sido Liberty quien salvó su editorial hacía tantos años, haciendo que pareciera que todo había sido mérito suyo, hasta que Lachlan me sacó de mi ignorancia. Callen le había dado una gran puñalada por la espalda a Liberty.

Incluso Lachlan afirmó que, si hubiera estado en la posición de Liberty Smith, habría ido por Callen hasta dejarlo en la ruina.

Parecía que había sido profético.

—¿Qué significa eso para los autores que ya tienen contrato? —inquirí. Callen y William habían firmado un contrato con Eve Bailey, una de las autoras más importantes de su editorial, y, teniendo en cuenta que era la mujer de mi primo, quería asegurarme de que sus intereses estuvieran protegidos. Y odiaría ver cómo se rompía su contrato por culpa de los errores de Callen.

—Bueno, supongo que ahora le pertenecen a la mujer de Alexander. En fin, ¿qué haces aquí? —cuestionó William.

—Callen quería que me encargara de sus correos electrónicos mientras busca un asistente —murmuré. La verdad es que era pésima para esas cosas. Casi nunca limpiaba mi propia bandeja de entrada.

Pero uno de mis mayores defectos siempre había sido complacer a los demás, y eso me había traído hasta aquí.

—Ah, ya veo. Callen es un hombre con mucha suerte, espero que lo sepa —dijo—. Nos vemos por ahí. Y buena suerte, Ainslee.

CAPÍTULO CUATRO

Daniel

EL *PUB* ESTABA ESCONDIDO en un rincón olvidado del Este de Londres: sin letreros de neón, sin latón pulido, sin listas de reproducción cuidadosamente seleccionadas. Solo el murmullo sordo de viejas conversaciones, suelos pegajosos que se adherían a las suelas, techos que parecían oprimir con el peso de todo lo no dicho y suficiente *whiskey* detrás de la barra como para ahogar a todos los fantasmas que nunca habíamos dejado descansar.

La lluvia azotaba el pavimento de fuera, de esa que te empapaba el abrigo por mucho que caminaras rápido. Empujé la puerta y entré en una neblina de cerveza rancia, grasa de freír y algo vagamente medicinal, probablemente lo que fuera con lo que hubieran fregado los suelos por última vez. El calor me golpeó de súbito, denso y casi hostil.

Max ya estaba allí, oculto en la mesa de la esquina como si lo hubieran vestido en el asiento. Un brazo colgaba del respaldo, el otro rodeaba un vaso de cerveza resbaladizo por la condensación. Lo miraba fijamente como si contuviera respuestas, o tal vez solo distracciones.

Me deslicé en el asiento frente a él, hice un sutil gesto con dos dedos al camarero y esperé.

Al principio, no intercambiamos palabras, solo el tintineo de mi vaso al ser colocado delante de mí y el peso de la mirada de Max posándose como polvo. Era el aniversario de nuestra última misión militar, y los fantasmas nos perseguían hasta ese mismísimo día.

—Tienes muy mal aspecto —comentó, con voz baja y seca, una leve sonrisa retorciéndole la comisura de los labios.

—Te agradezco el cumplido.

Chocamos las copas en silencio. Un brindis por todo lo que no nombraríamos: los años, la sangre, el peso que ambos seguíamos cargando en lugares demasiado profundos para alcanzarlos.

Max dio un largo trago; luego, se recostó, estudiándome como quien examina una cicatriz que aún duele cuando llueve.

—Me enteré de lo que pasó en *Nightingale*.

No respondí, apretando la mandíbula y dejando que el *whiskey* me quemara la garganta.

—Lo manejaste bien —agregó, esta vez un poco más suave—. Pero la pregunta es... ¿Cuánto tiempo más podrás seguir así?

Hice girar el líquido ámbar en mi vaso, observando cómo reflejaba la luz parpadeante sobre la barra. Era lo único que se movía entre nosotros.

—Esta vida no te deja salir ileso —murmuré—. Y desde luego, tampoco deja que la gente que te rodea se vaya intacta.

No dijo nada de inmediato. Simplemente, asintió, lentamente comprendiendo.

—Sé lo que se siente.

Nuestras miradas se cruzaron por un instante. Dos hombres que habían compartido la suciedad bajo las uñas, la sangre en las botas y esos gritos que aún se colaban en nuestros sueños cuando la noche se volvía demasiado silenciosa.

—Pero tenemos que seguir adelante —afirmó—. De lo contrario, no seremos más que fantasmas.

—Sí.

—¿Piensas en ello a menudo?

Asentí.

—Todos los días.

—Estoy mejor desde Layla —confesó con voz ronca—. Pero hoy lo recordé todo como si fuera ayer. Todavía puedo ver cómo se estremecían los cuerpos cuando...

—No lo hagas.

No quería que sonara tan brusco, mas tampoco lo suavicé.

Se recostó exhalando con fuerza por la nariz.

—Bien. Supongo que ambos tenemos recuerdos que no queremos revivir. —Se extendió un silencio, de esos que parecen encajar perfectamente en este lugar, antes de que él se inclinara hacia delante, con el peso de algo más pesado detrás de sus ojos—. Sabes, puedes seguir construyendo tu imperio, casinos, clubes, muelles, lo que sea, pero al final del día, sigues volviendo a casa solo. Sigues teniendo esa misma mirada vacía que vi en ti el día que regresamos.

Apreté los dedos contra el vaso de cristal.

—Tuve algo una vez —solté—. Alguien.

Max arqueó una ceja.

—¿Te refieres a la chica? ¿La cantante de ópera?

Asentí.

—¿Sigue por ahí?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué demonios estás aquí sentado en vez de estar con ella?

Miré por la ventana empañada, con su larga melena pelirroja grabada en la mente.

—Porque mi mundo la habría devorado. La protegí de la única manera que supe. Tuve que dejarla ir.

No discutió. Se limitó a quedarse allí sentado, mirándome como si viera algo detrás de mis ojos.

—No tenemos muchas cosas buenas en esta vida, amigo —reflexionó en voz baja—. Cuando las tenemos, debemos aferrarnos a ellas. Y si las perdemos, más nos vale estar seguros de que las perdimos por las razones correctas.

No respondí porque, en realidad, ¿qué podía decir?



La puerta de mi *penthouse* se cerró detrás de mí con un clic, suave pero definitivo. El tipo de sonido que resuena más fuerte en la soledad, rebotando en los suelos de mármol pulido y las elegantes superficies de cristal, para luego desaparecer en el silencio cuidadosamente cultivado que llenaba el espacio.

Me aflojé la corbata, me desabroché el primer botón de la camisa y entré en la fría elegancia del mundo que me había construido. Todo en el

penthouse estaba inmaculado. Diseñado para la precisión, no para la comodidad. Más una obra maestra que un hogar.

Se alzaba como una corona de cristal sobre la ciudad, con ventanales que iban del suelo al techo y que envolvían el espacio abierto, ofreciendo una vista ininterrumpida del horizonte londinense. El Támesis brillaba abajo en un silencio serpenteante, y más allá, las luces de la ciudad resplandecían: frías, indiferentes, eternas.

Era perfecto. Minimalista. Caro. Vacío.

Un lugar destinado a impresionar a los desconocidos, no a reconfortar a su propietario.

Atravesé la habitación, me serví una copa de la jarra de cristal que había en el aparador y me llevé el vaso a los labios, pero no bebí. Solo lo sostuve, dejando que el peso se asentara en mi mano mientras me dirigía hacia la ventana.

Abajo, Londres se extendía como una constelación viviente: vasta, resplandeciente, intocable. Mi imperio. Ladrillo a ladrillo, trato a trato, traición tras traición: me había labrado un lugar en los cimientos de esta ciudad. Cada pizca de poder que había ganado estaba grabada en sombras y empapada de sangre.

Y, sin embargo... todas las camas de todas las propiedades que poseía permanecían frías. Todas las habitaciones, en silencio. Sin eco de risas. Sin miradas compartidas. Sin ninguna voz que dijera mi nombre como si significara algo.

Lo tenía todo.

Y nada.

La mujer a la que amaba estaba ahí afuera, en algún lugar, viva, ajena a esta vida. A salvo de la fealdad que yo llevaba como una segunda piel. Ella era mi único acto de misericordia. Mi único sacrificio real.

La dejé marchar, pensando que la estaba salvando.

Pero últimamente, no estaba tan seguro. Quizá no la había salvado en absoluto. Quizá solo me había condenado a pudrirme en las secuelas.

La lluvia volvió a caer, suave al principio, golpeando las ventanas como los dedos de un recuerdo que había intentado olvidar con todas mis fuerzas. Implacable. Inoportuna.

Apreté con fuerza el vaso. Aun así, no bebí.

—He vuelto —susurré al cristal oscurecido, mi reflejo apenas visible bajo el resplandor de la ciudad—. Pero no contigo.

No hubo respuestas. Solo el susurro de la lluvia y el zumbido lejano de una ciudad que seguía girando, indiferente al dolor, indiferente al amor, indiferente a mí.

Así que me quedé allí. Un rey en un castillo de cristal, contemplando todo lo que poseía y atormentado por lo único que realmente había perdido.

A ella.

CAPÍTULO CINCO

Ainslee

AGUANTÉ APENAS TREINTA MINUTOS revisando correos electrónicos antes de que me distrajera una llamada de mi mejor amiga y entusiasmada, quedé con ella para almorzar. Las luces del techo de la oficina zumbaban levemente, y su resplandor estéril me provocaba dolor de cabeza, y no veía la hora de escapar de aquel edificio deprimente. Mis tacones resonaban en el suelo de mármol como una cuenta regresiva hacia la libertad.

Afuera, el cielo se había teñido de un color gris plomo apagado y una niebla fría se aferraba a la ciudad, colándose entre los edificios y asentándose en las grietas de las viejas calles de piedra. El ambiente de Edimburgo reflejaba el mío: sombrío, incierto, pesado.

La voz de Islaine resonó entre la niebla como un faro, enérgica y directa como siempre.

—No puedes conformarte —me regañó, ajustándose la bufanda mientras caminábamos hacia *Dome*. No la había visto desde nuestra última noche de chicas, hacía meses, cuando nos emborrachamos a lo bestia en *BrewDog*. Bailamos sobre las mesas, discutimos con un portero e Islaine le enseñó los pechos al camarero para que nos invitara *shots* que no necesitábamos. El dueño seguía mirándonos con mala cara cuando pasábamos por allí.

Fue una pena, la verdad. Sus patatas fritas con salsa eran insuperables.

En cambio, nos dirigíamos a *Dome*, que, como era de esperar, estaba repleto de turistas. Los acentos estadunidenses rebotaban en las columnas

de mármol, y capté al menos tres personas que me miraron con sorpresa y un tipo descarado me grabó con la excusa de revisar su teléfono. Suspiré. El reconocimiento venía con el nombre, y el nombre venía con su propia maldición.

Pero servían los mejores martini de *espresso* de la ciudad, así que había que hacer sacrificios.

—No me conformo —reviré mientras nos sentábamos en nuestra mesa de la esquina, cerca del fondo—. No hago nada.

—¡Exacto! —Islaine me apuntó con la pajita como una daga—. No haces nada. Has estado a la deriva, cariño. Si todavía no te has decidido por Callen, entonces no es el indicado.

Sabía que no era el indicado. Joder, lo sabía desde hacía años, pero admitirlo era como abrirme una vena.

Mis dedos se crisparon contra el borde del mantel de lino blanco, aferrándose a él como a un salvavidas. Los cubiertos tintinearon levemente con el movimiento. Si tirara con suficiente fuerza, imaginé que todo, platos, vasos, el delicado arreglo de rosas rosadas entre nosotras, se derrumbaría. Igual que mi vida, construida con tanto cuidado.

«El corazón de una McLaren solo ama una vez».

Las palabras de mi madre resonaban como una vieja canción de cuna, transmitida de generación en generación. Puede que fuera mitad Wallace, pero McLaren era el apellido que figuraba en mi acta de nacimiento, con el que me había hecho famosa. Era aquel que publicaban los tabloides.

—Han pasado doce años —continuó Islaine con delicadeza, suavizando el tono, con las comisuras de los ojos arrugados por la tristeza—. Creo que ambas sabemos que no va a volver.

Sí. Lo sabía desde hacía mucho tiempo. Lo había superado. Lo había enterrado. Había construido una vida sobre las ruinas. Ahora tenía un hijo: brillante, hermoso y lo más auténtico que jamás había creado. No era infeliz.

Aunque tampoco estaba enamorada de Callen.

Algunas personas nunca llegan a experimentar ese tipo de amor salvaje y desgarrador. Yo sí. Y casi me había destrozado cuando Daniel no volvió conmigo.

—Lo sé —susurré. Islaine no insistió. Dio un sorbo a su cóctel, mirándome con silenciosa comprensión—. Callen y yo simplemente... No estamos hechos el uno para el otro.

«Al parecer, tampoco Daniel y yo».

Ese pensamiento me abrió un agujero en el pecho: silencioso, limpio y agonizante. Por más que intentara recomponerme, seguía doliendo cuando menos lo esperaba.

—Me preocupo por él —continué, con la voz apenas audible por encima del murmullo de la conversación a nuestro alrededor—, pero solo como el padre de mi hijo. »Ese vínculo siempre estará ahí. ¿Pero amor? No el que importa. No el que dura. Simplemente, no puedo superar todo lo demás.

—No tienes que explicármelo —dijo Islaine encogiéndose ligeramente de hombros—. Pero tampoco puedes engañarlo. Se merece algo más que eso. *Tú* te mereces algo más que eso. —Asentí con la cabeza, soltando por fin el mantel. Me dolían las manos—. Entonces ya lo tienes decidido —afirmó con naturalidad. Para ella, era tan natural como respirar. Sin embargo, no veía el rastro de destrucción que dejaba esa decisión. Las relaciones desmoronándose. La decepción en los ojos de Callen.

Me obligué a sonreír y cambié de tema. No podía obsesionarme con Callen. Ni con Daniel. Ni con ningún hombre, para el caso.

—¿Qué tal va tu floristería?

Las dos sabíamos que el cambio de tema era deliberado. Llevábamos siendo mejores amigas el tiempo suficiente como para comunicarnos con silencios. Ella no insistiría, no en ese minuto, y yo sabía que ese era su tema favorito.

Sus ojos se iluminaron y se inclinó hacia adelante con una sonrisa que podía disipar la niebla misma.

—Es increíble —soltó, casi radiante—. Acabo de firmar el contrato de alquiler de un segundo local en Stockbridge. ¿Te lo puedes creer? Y la temporada de bodas ha sido una locura. Tuve que contratar a dos ayudantes más. Me diste el mejor consejo del mundo al decirme que dejara el mundo empresarial. Sinceramente, ni siquiera recuerdo haber sido infeliz allí.

Su alegría era contagiosa, un bálsamo para mis nervios de punta. Esta vez sonreí de verdad.

—Bueno —dije, alzando mi copa hacia la suya— al menos una de nosotras lo consiguió.

Chocó suavemente su copa contra la mía.

—Tú también lo harás, cariño. Con el tiempo. A veces, simplemente se necesita más tiempo para florecer.

Observé el remolino de líquido oscuro en mi copa, sin saber muy bien si todavía estaba esperando florecer o si ya me había marchitado.

CAPÍTULO SEIS

Daniel

MIS BOTAS ME LLEVARON por la calle desierta entre dos edificios grises, y luego al interior de la estructura que nuestra organización utilizaba para interrogar a los hombres. O para torturarlos. O, en este caso, simplemente aterrorizarlos.

No podría haber hecho esto en el club; había demasiadas miradas y oídos indiscretos.

En cuanto Callen se dio cuenta de que lo había perdido todo, ese estúpido imbécil pensó que podía negociar conmigo, incluso pelear conmigo. Ya era demasiado tarde para eso. En cuanto lanzó el primer puñetazo, ordené a mis hombres que lo detuvieran.

Mientras tanto, asigné a uno de mis hombres de mayor confianza que vigilara a Ainslee. Iba a cobrar la deuda y no quería que le hicieran daño. Nunca se sabía de lo que eran capaces mi tío y sus matones.

Este lugar, a las afueras de Londres, era discreto. No había cámaras en la calle que captaran a la gente entrando y saliendo. En cualquier estado en que se encontraran. Exactamente como me gustaba.

—Está adentro —anunció Arthur, mi mano derecha. Siempre me había apoyado en este lado oscuro de mi vida. Sabía que podía confiar en mi amigo Maxim Caldwell, pero nunca quise involucrarlo en este mundo tan caótico. Habíamos pasado por mucho juntos: en la escuela, la universidad, el entrenamiento militar y luego durante el despliegue militar. No necesitaba más preocupaciones por mi culpa.

Al entrar, oculté mi rabia tras la máscara que había llevado puesta durante la mayor parte de mis treinta y cuatro años. Siguiendo las indicaciones que me habían dado, lo encontré en el tercer piso, atado a una silla y luciendo ya un ojo morado de aspecto desagradable. Quizá debería haberles dicho a mis hombres que no le hicieran daño. Pero ¡a la mierda! ¿Qué me importaba si le daban una paliza?

Me quedé mirándolo, el cabello rubio cubierto de sangre y suciedad. Cada fibra de mi ser quería desatar mi furia sobre él. No se merecía a Ainslee.

Ella era demasiado buena para él. Joder, era demasiado buena para cualquiera de los dos, pero yo *nunca* la trataría como él lo había hecho. Si eso significaba protegerla con mi último aliento de cualquiera que quisiera hacerle daño, que así fuera.

A diferencia de McLeod.

Él era simplemente estúpido por no reconocer el tesoro que tenía en sus manos. No se merecía a su familia. Traicionó su sagrada confianza cuando utilizó a Ainslee como moneda de cambio en una apuesta. Lamentablemente, así era la adicción. Quizás habría sentido lástima por él en otras circunstancias. No obstante, había ido demasiado lejos.

Al dar un paso adelante, los ojos azules de McLeod, tan diferentes de los míos, oscuros, se posaron en mí.

—¿Qué quieres? —preguntó con voz ronca, teñida de miedo.

Quería matarlo, destruirlo y quedarme con su hijo y con Ainslee. Eso era lo que quería si tenía que saberlo.

Y, mientras estaba allí de pie, me pregunté si Ainslee sabría siquiera de los defectos de McLeod. Y si los conocía, tal vez era la razón por la que nunca se casaron.

—¿Qué quieres? —repitió McLeod con voz temblorosa.

—Apostaste a Ainslee McLaren y perdiste. Ahora es mía. —Palideció al oír mis palabras. Era como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de lo que había hecho—. Así que esto es lo que vas a hacer —continué—. Tú...

—¿Qué vas a hacerme? —me interrumpió. Su segundo error de esta noche.

«Bastardo egoísta y egocéntrico».

Intentó parecer valiente, pero la voz le temblaba y había un terror salvaje en sus ojos. Estaba completamente fuera de su elemento aquí.

—Te mataré —declaré con calma, arremangando mis mangas. Primero, la derecha; luego, izquierda. Lentamente. Metódicamente—. A menos que hagas exactamente lo que te diga.

—¡Te lo pagaré! —suplicó—. Solo necesito un día...

—No. Negociar ya no es una opción. Ainslee McLaren estaba sobre la mesa y la gané. Ahora encontrarás la manera de traerla hasta mí. —Lo miré fijamente, con expresión amenazante, y esta vez ni siquiera me molesté en disimularla. Negó con la cabeza como si tuviera otra opción—. Extiende su mano derecha.

Arthur le desató los brazos; luego, agarró la mano de McLeod y la estiró, provocando que el cobarde imbécil chillara como un cerdo antes de que pudiera siquiera sacar mi cuchillo.

—Espera, espera. ¡Te lo ruego! —sollozó McLeod como un perdedor patético—. Encontraré la manera. Puedes quedarte con Ainslee.

La furia me quemaba las venas ante su ofrecimiento. Sí, eran palabras que necesitaba escuchar, pero me enfurecía que estuviera dispuesto a sacrificarla tan fácilmente para salvar su propio pellejo. Debería haber luchado con uñas y dientes por una mujer como ella. Maté a mi primo por ella, carajo. Todo para mantenerla a salvo. ¿Y para qué? ¿Para este miserable imbécil que no la merecía?

—Ainslee y su hijo son un paquete completo —dije, con una sonrisa sarcástica.

—¿Qué? No lo entiendo —gimió.

Me acerqué, agarré un mechón de su cabello sucio y lo tiré de la cabeza hacia atrás. Sus ojos se encontraron con los míos, buscando clemencia. Pero nunca la encontraría. Solo mi furia gélida.

—Ella jamás abandonaría a su hijo. Así que ambos son míos.



Callen McLeod voló de vuelta a Escocia en mi *jet* privado. Le daría a Ainslee la noticia de su fracaso. No sabía que ya tenía a alguien allí, vigilando cualquier actividad sospechosa. No es que esperara que tuviera las pelotas para mostrar por fin algo de valentía.

Bajo la amenaza de una muerte segura, en la que en ese momento creía después de lo cerca que había estado de perder la mano, a McLeod se le

ordenó que no mencionara mi nombre. No estaba preparado para que Ainslee supiera que la habían traicionado. Ni siquiera yo era tan cruel.

Al echarle un vistazo al reloj, vi que el amanecer se vislumbraba en el horizonte. Apenas eran las seis de la mañana.

Conociendo su rigurosa agenda, Alexander Caldwell, el hermano de mi mejor amigo, ya estaría despierto. Busqué su nombre en mis contactos y lo llamé.

Contestó al tercer timbrazo.

—Más te vale que sea una maldita emergencia. ¿Tienes idea de qué hora es?

Me reí entre dientes. Parecía que había pillado a mi amigo todavía en la cama. *«Su mujer debe de estar volviéndolo blando y vago»,* pensé, burlándome para mis adentros.

—Es hora de levantarse. —Escuché un leve gemido al otro lado de la línea y supe que tenía que ser Liberty—. Francamente, estoy un poco decepcionado. Pensé que ya estarías metido de lleno en tu jornada laboral.

—Es solo trabajo. —Lo oí decir en voz baja, seguido de unos ruidos de pasos—. *Vuelve a dormir.*

El hombre estaba jodidamente obsesionado con su esposa y había llegado a extremos de locura para asegurar su matrimonio.

El suave *clic* de una puerta me indicó que se había levantado y se estaba moviendo.

—Ahora, dime, ¿qué es tan importante como para que me llames antes del amanecer?

—Necesito un favor. —Empecé. No tenía sentido andarme con rodeos.

Pasaron varios latidos silenciosos, sorprendiéndolo. O estaba pensando en la gravedad de mi petición, conociendo mis antecedentes. Rara vez pedía favores, y solo a personas en las que confiaba plenamente. Los hermanos Caldwell pertenecían a esa selecta categoría.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Sonreí ante su buena disposición. Decía mucho el hecho de que se comprometiera a ayudar sin preguntar primero qué quería.

—Necesito que mantengas tu influencia sobre la editorial de McLeod. —Me había enterado de que su mujer lo había convencido para que cediera parte del control de la editorial a Callen—. No le des su parte todavía.

—Me temo que eso no depende de mí. Él conservó una pequeña parte.

Alexander estaba decidido a vengar el maltrato de McLeod hacia Liberty, alegando que la editorial McLeod solo había sobrevivido gracias a ella. Así que, cuando Liberty finalmente se convirtió en su esposa, Alexander compró todas las deudas relacionadas con ese negocio, asumiendo así el control efectivo del mismo.

—¿Puedes influir en McLeod de alguna manera?

—*Tal vez.*

—Entonces hazlo. Sé que tu esposa quiere ser justa, pero necesito tiempo y no quiero que tenga opciones.

Hubo silencio.

—*Tiempo y opciones, ¿para qué?* —preguntó Alexander finalmente.

—Apostó en mi mesa. Contra mi tío. Con una mujer como apuesta —gruñí, con la rabia hirviéndome bajo la piel—. La madre de su hijo. No quiero que consiga el dinero. Mantén sus activos bloqueados.

—*¿Vas a dejar que tu tío se quede con la mujer?* —cuestionó. Alexander no era ajeno a los rumores de la crueldad de la que era capaz mi familia.

—No, intervine y gané la partida.

—*Bien* —dijo con un tono de alivio—. *Ese cabrón debilucho no se merece lo que tiene* —añadió.

No cabía duda del desdén que Alexander sentía por aquel hombre. No lo culpaba. McLeod era un cobarde. Quizás yo no fuera lo suficientemente bueno para Ainslee, pero ahora que ella había vuelto a mi vida, tenía la intención de quedármela.

Le gustara o no.

CAPÍTULO SIETE

Ainslee

ME LEVANTÉ DE LA cama antes del amanecer y me senté a la mesa, atormentada por los recuerdos que mantenía encerrados en mi subconsciente. Pero esa era la cuestión: volvían a aparecer en mis sueños. Especialmente, la pesadilla sobre aquel día, cinco años atrás, en que fui a buscar a Daniel a Londres.

Después de enterarme por un rumor de que estaba de permiso durante unas semanas, fui a buscarlo. Una decisión de la que me había arrepentido desde entonces.

Daniel Carrington nunca volvió conmigo, como había prometido. Sin embargo, seguía formando parte de mí. Habían pasado doce años desde la última vez que vi al hombre del que me enamoré. Si, después de todo este tiempo, no había conseguido sacarlo de mi mente, dudaba que tuviera mucho éxito en los próximos doce.

Le rogué a Lachlan que buscara su dirección. Durante días, di vueltas en mi habitación, casi sin dormir, esperando. Así que imaginen mi sorpresa cuando mi primo me dijo que la familia de Daniel estaba relacionada con la mafia Carrington. La misma que gobernaba el bajo mundo londinense. Me hizo prometer que no buscaría a Daniel. Pero incluso al hacer esa promesa, sabía que la rompería. Necesitaba ver al hombre que aún ocupaba un lugar especial en mi corazón.

Tomé un taxi frente a mi hotel, The Stafford, *y mantuve la vista fija en el paisaje urbano más allá del parabrisas. Los restaurantes de lujo, los bares,*

las mansiones, y los coches costosos por los que el corazón de Londres era famoso. Al final, las vistas dieron paso a almacenes destartalados, ventanas tapiadas y pubs *en ruinas, y me quedé mirando, hipnotizada, mientras el taxi avanzaba lentamente por las calles más duras del Este de Londres.*

Las aceras estaban desiertas, pero casi podía sentir el peligro acechando en los callejones oscuros. No se me escapó lo poco que realmente sabía de Daniel.

—¿Está segura de que quiere estar aquí, Lass*? —me interrumpió el taxista.*

—Eso creo —murmuré.

Al recordar el tiempo que habíamos pasado juntos, rara vez hablábamos de su infancia o su educación. Mencionó que su familia era un poco ruda, sin embargo, nunca dio más detalles. Supuse que eso significaba que no estaba muy unido a ellos. Pero ¿la mafia? ¿La jodida mafia?

Nos detuvimos frente a un imponente edificio gris. Las ventanas no estaban selladas, aun así, el lugar seguía siendo inquietante, proyectando sombras sobre un césped seco y descuidado.

—Ya hemos llegado —me avisó. Era la dirección que Lachlan me había compartido a regañadientes. Tragué saliva con dificultad, paralizada ante la idea de salir del vehículo—. ¿Qué le parece si me quedo aquí y la espero?

Al oír su oferta, giré la cabeza hacia el conductor. Estaba mirando por la ventana, con un profundo surco marcado entre sus cejas pobladas.

Asentí con entusiasmo.

—Se lo agradecería muchísimo —dije—. Le pagaré por su tiempo, por supuesto.

Negó con la cabeza.

—No se preocupe por eso —pronunció—. Quiero asegurarme de que regrese sana y salva. Yo también soy de Escocia y tengo una hija. Si fuera necesario, querría que alguien se asegurara de que estuviera a salvo.

Exhalando con dificultad, le dediqué una sonrisa de agradecimiento, sintiendo un nudo en la garganta por su amabilidad.

—No tardaré mucho.

Abrí la puerta y salí del taxi, luego, me acerqué lentamente al edificio. En este instante que estaba aquí, no sabía qué hacer. Este lugar no parecía tener timbre. No parecía una casa. Más bien parecía algún tipo de atracción embrujada a la que acudían en masa los turistas en Old Town.

Al empujar la verja de hierro, las bisagras de aspecto antiguo chirriaron, provocándome un escalofrío que recorrió mi espalda.

Al mirar por encima del hombro, pude ver al taxista, sentado en su coche con el motor en marcha. Como si esperara que tuviéramos que irnos a toda prisa.

Me di la vuelta y me detuve en seco. Delante de mí había un hombre corpulento, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho y unos ojos fríos que ocultaban algo inquietante en sus sombras. El cabello oscuro que le cubría la cabeza era del mismo tono que el de Daniel, lo que me hizo pensar que eran parientes.

La mirada calculadora que había en sus ojos se transformó, revelando un atisbo de crueldad. Me clavó la vista mientras encendía un cigarrillo y daba una larga calada. Luego, exhaló lentamente, soplando el humo directamente en mi cara.

Tosí, tapándome la nariz y la boca, y di un paso atrás, sintiendo una amenaza.

—¿Te perdiste, nena? —La boca se le torció en una mueca amenazante y el pulso se me aceleró. Este hombre apestaba a brutalidad.

—Estoy buscando a Daniel —informé, sorprendida de que mi voz sonara algo firme. Por dentro, sin duda, temblaba de miedo—. Daniel Carrington.

Levantó una ceja con sorpresa, pero por lo demás, su expresión permaneció inalterada. Excepto por sus ojos. Brillaban con un salvajismo desenfrenado.

—Está un poco... ocupado ahora mismo. Si sabes a lo que me refiero —soltó, con los labios curvados en una sonrisa de satisfacción enfermiza que no acababa de entender—. Yo ya tuve mi turno, ahora le toca a él —aclaró, y me estremecí.

¿Estaba diciendo que Daniel tenía otras mujeres? ¿Que estaba ahí dentro, con alguien? ¿En ese mismo momento? Por alguna razón, esa posibilidad nunca se me había pasado por la cabeza. ¡Estúpida, estúpida chica! Pensé que me esperaría. Como yo lo estaba esperando a él. Peor aún, estaba compartiendo a una mujer. Quizás a varias mujeres...

Lachlan tenía razón; debería haberme mantenido al margen. Mi tenacidad acabaría matándome algún día. Dios sabía que ya me había metido en muchos problemas.

Di otro paso atrás, pero esta vez, el hombre dio un paso hacia mí. Me pareció una nube oscura, cerniéndose sobre mí, a punto de descargar su

furia. Cada paso que daba para retroceder era contrarrestado por uno de los suyos. Ya no podía ocultar mi terror. Por su sonrisa retorcida, supe que podía verlo reflejado en mi rostro. Y eso le excitaba.

Mis oídos resonaron con los latidos acelerados de mi corazón. Intenté tragar saliva, pero...

*—¡*Lass*, vámonos!*

Giré la cabeza bruscamente hacia un lado. El taxista seguía allí. De pie junto a su auto, esperándome. El alivio me invadió y casi sollocé.

Sin pensarlo dos veces, me di la vuelta y corrí hacia la puerta, que aún estaba abierta. Las risas a mis espaldas llenaron el sofocante aire de la tarde, persiguiéndome mientras me alejaba tambaleándome. Afuera, me golpeó una pared de humedad asfixiante que igualaba la pegajosa y desagradable sensación que sentía por dentro. Abrí de golpe la puerta, esta vez la del pasajero, y me desplomé en el asiento mientras el conductor arrancaba.

Luchando contra el nudo en la garganta, finalmente tuve que afrontar la realidad.

Mi Daniel se había ido. El hombre al que había amado durante años podría seguir vivo, aunque para mí, era como si estuviera muerto. Tal vez haya sido mi primer amor, pero no era el hombre que yo creía.

¿Alguna vez me había dicho la verdad?

¿Me había equivocado por completo?

Quizá nunca había existido. Quizá no era más que un producto de mi imaginación. Bien podría ser que Daniel fuera un bruto disfrazado de caballero. Igual que el hombre que se reía maniáticamente mientras yo me apresuraba a volver al taxi.

Me había enamorado de un monstruo y ahora todo mi afecto por él se había esfumado.

Apartando de mi mente los pensamientos de aquel día, me levanté de la silla y abrí las puertas francesas para dejar entrar el aire fresco y que los recuerdos se marcharan. La verdad era que nunca había conocido realmente a Daniel Carrington.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y alcancé la manta de cachemira que había junto a la puerta, echándomela por los hombros. No estaba segura de si era por estar recordando el pasado o si el clima de finales de otoño se había disipado de verdad.

La luz del sol matutino comenzó a colarse por las ventanas de la cocina a mi lado, aunque mis pensamientos estaban a kilómetros de distancia.

En Londres.

Mi próxima presentación se acercaba a pasos agigantados y, como siempre, me provocaba ansiedad. No era por actuar ni por el espectáculo en sí. Era por estar en la ciudad. Saber que, en algún lugar del bajo mundo criminal, Daniel Carrington estaba al acecho.

«¿Pensará alguna vez en mí?»

Con un gemido interior, encendí la cafetera y esperé a que se preparara mi taza. Tras una noche inquieta, necesitaba una buena dosis de cafeína, quizá dos, para aguantar el día. Mientras tanto, puse la tetera al fuego para preparar té. Mi madre probablemente se levantaría pronto, y ella nunca tomaba café.

Al poco rato, oí los pasos de *Mum* desde su habitación, arriba. Sabiendo que bajaría en un par de minutos, le preparé la taza tal y como le gustaba. Y justo a tiempo, porque mi madre apareció en la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días, cariño. —Me devolvió el saludo con una suave sonrisa. Nos dirigimos hacia la mesa, siguiendo nuestra rutina habitual—. Hoy te has levantado temprano —señaló, entrecerrando los ojos para mirarme.

Sabía que estaba preocupada, así que forcé las comisuras de mis labios a curvarse hacia arriba.

—No podía dormir.

—¿Te preocupa algo? —Mi madre siempre se daba cuenta de todo—. ¿Has recibido alguna mala noticia?

—No, solo ha sido una de esas noches.

Aún no le había contado todo lo que había descubierto sobre Callen el día anterior en su oficina. Le envié dos mensajes cuando llegué a casa, diciéndole que teníamos cosas que discutir, sin embargo, no recibí respuesta. Pero no era la primera vez que me dejaba en la oscuridad. En ocasiones anteriores, me había entrado el pánico e imaginado lo peor. No obstante, con los años me había vuelto indiferente a su comportamiento desconsiderado. Me había vuelto insensible.

Si bien me preocupaba más pensar que Bram empezara a darse cuenta de ese rasgo negativo de su padre, no había nada que pudiera hacer al respecto. Lo único que podía controlar era que Bram supiera que me tenía a mí y nunca lo abandonaría.

Mum y yo charlamos un poco más mientras seguíamos sorbiendo nuestras bebidas calientes, disfrutando del aire fresco y de los sonidos que entraban por las ventanas abiertas. Y fue entonces cuando escuché acercarse un coche.

—¿Esperamos a alguien? —pregunté.

Mi madre solía invitar a las señoras de su club de lectura a su pequeña casa de estilo *cottage*, pero sin duda era demasiado temprano incluso para ellas. Ella negó con la cabeza y, antes de que pudiera abrir la boca para hacer otra pregunta, un Callen con aspecto desaliñado entró por la puerta.

—¡¿Callen?! —exclamé sorprendida mientras corría a su encuentro, fijándome en el moretón negro de su mejilla izquierda. Parecía como si hubiera peleado cinco asaltos en un *ring* de boxeo.

—Acabo de llegar de Londres —declaró, lo cual no me explicaba nada.

—¿Qué te pasó? —Señalé su cara—. Creo *que eso* merece una explicación, no tus viajes.

La expresión sombría y las lágrimas que brillaban en sus ojos no eran algo a lo que estuviera acostumbrada a verle.

—Solo me han dado una paliza —murmuró, cerrando la puerta tras de sí.

—Bueno, pasa. —Mi tono estaba cargado de sarcasmo, pero pareció no darse cuenta. Me di la vuelta y noté la mirada de desaprobación de mi *mum*, con los labios apretados en una línea fina.

Quizás ella tenía razón, era hora de dejar de obsesionarme con el pasado. Al fin y al cabo, Callen había tenido muchas oportunidades de cambiar y había decidido no hacerlo.

—¿Quién te hizo eso en la cara? —inquirí, aunque en realidad daba igual. Era obvio que había vuelto a apostar.

Su mirada se posó en mi *mum* y luego volvió a mí, dejando claro lo incómodo que se sentía con su presencia.

No entendía que mi madre lo veía tal y como era. Ella no se hacía ilusiones sobre sus cualidades y sus defectos. Simplemente, dejaba que fuera yo quien asumiera las consecuencias de mis decisiones.

Nos quería a Bram y a mí, quería que fuéramos felices y, sobre todo, deseaba que yo pudiera experimentar la vida y el tipo de amor que ella había compartido con mi padre. Pero sin el costo de tener que insistirme sobre Callen.

—¿Podemos hablar ahí atrás? —Se abrió paso por la cocina hacia el pasillo y la puerta que daba al jardín de mi madre.

—Al menos, podrías saludar a mi madre —refunfuñé, molesta por su descortesía—. Al fin y al cabo, es su casa.

Pero él ya estaba empujando la puerta y saliendo al exterior.

—No pasa nada, Ainslee. —Me tranquilizó mi madre, dándome una palmadita suave en la mano—. Ve y aclara las cosas.

Lo seguí al aire fresco y me lo encontré ya sentado en el pequeño banco de hierro forjado. Debería haberle dicho que *Mum* podría oír cualquier cosa que estuviera a punto de decirme, aunque sinceramente, estaba cansada para que me importara.

Me senté en una silla a su lado, junté las manos en el regazo y esperé. Debería haberle ofrecido café o té, pero en ese momento necesitaba escuchar lo que tenía que decirme. Nunca se había comportado así antes.

—¿Qué pasa, Callen? —pregunté en voz baja.

Negó con la cabeza y una extraña expresión se le dibujó en el rostro. Seguía evitando mirarme, y se me hizo un nudo en el estómago al intuir algo siniestro. Cuando empezó a apostar, también me esquivaba. Supuse que la vergüenza lo abrumaba, así que nunca lo presioné, no quería causar la ira que a veces provocaban sus cambios de humor.

—¿Qué pasó? —Exhalé, tratando de prepararme para lo peor.

Lo miré fijamente. Esperé. Apenas me atrevía a respirar.

—Aposté —confesó, tragando saliva con dificultad. Pude adivinar sus siguientes palabras antes de que volviera a hablar—. Y perdí.

El aire salió de mis pulmones de golpe. Su confesión debería haberme sorprendido más, pero apenas me extrañó. No había podido resistirse a la tentación.

—¿Cuánto perdiste?

Se le puso la cara pálida, y Callen ya era pálido de por sí, y volvió a negar con la cabeza.

No respondió de inmediato, así que me mordí la mejilla mientras el silencio se prolongaba incómodamente entre nosotros.

—No fue solo dinero con lo que aposté.

El corazón se me volvió frío y vacío. Repasé una docena de escenarios diferentes, imaginando qué podría haber apostado. Apenas era dueño de su editorial. ¿Fue la casa de su familia?

Una expresión de dolor se le dibujó en el rostro, pero su mirada siguió siendo evasiva mientras evitaba el contacto visual.

—¿Qué perdiste? —pregunté con cautela.

Bajó la mirada y apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Silencio. Con cada segundo que pasaba, la frialdad en mi corazón crecía. La incertidumbre me daba ganas de arrancarme el cabello de raíz.

—¿Qué *perdiste,* Callen? —siseé. Mi propia voz sonaba extrañamente distante en mis oídos.

—A ti.

Hubiera jurado que mi corazón dejó de latir antes de retomar su ritmo acelerado. Debí haberlo escuchado mal. Su respuesta no tenía sentido. No podía haber apostado algo que no poseía. A una... *persona.*

—¿Disculpa?

—Aposté y perdí... a ti. —Parecía más pequeño de lo que jamás lo había visto.

—No lo entiendo —musité. No era una experta, pero estaba bastante segura de que las apuestas se hacían normalmente con dinero o, tal vez, con posesiones de las que uno pudiera ceder la propiedad. Yo no era una de esas cosas. Era una persona. Un ser humano.

—No tenía suficiente dinero —explicó en voz baja—. Así que te convertiste en una ficha de juego. Estaba *seguro* de que ganaría, Ainslee. Tienes que creerme... Por favor, créeme.

Se cubrió el rostro. ¿Por vergüenza? ¿Por humillación? En ese momento, no podía sentir lástima por él. No podía sentir nada más que rabia. Poco a poco se fue apoderando de mi cuerpo.

Este era el padre de mi hijo. Y *me había apostado.* Como si no fuera más que una propiedad.

—Lo arreglaré —continuó, pero mi cerebro dejó de prestar atención a sus palabras. Siguió hablando; sin embargo, yo ya no lo escuchaba. Se me erizó la piel de repugnancia. ¿Cómo pudo hacer algo así? ¡Por no hablar de que no tenía ningún derecho! Callen estaba loco si alguna vez pensó que podría obligarme a pagar su deuda.

Con total incredulidad, miré con ira al hombre al que había conocido durante años. O eso *creía*, según parecía.

—¡Vete! —espeté al recuperar por fin la voz.

—¿Q-Qué?

Apreté los puños a los lados y apenas podía controlar mi temperamento. Con voz firme, repetí:

—Fuera de mi casa.

Conmocionado, se quedó mirándome, pero no se movió. Y temí que, si no desaparecía de mi vista, perdería los estribos. Mi furia bullía, amenazando con estallar como un volcán.

Tragó saliva. Con fuerza.

—Te quiere a ti y a Bram —expresó con voz ronca—. Tienes que esconderte.

La pizca de cordura que me quedaba se desvaneció cuando mi mano atravesó el aire y golpeó la cara de Callen.

—¿Cómo te atreves? —bramé—. ¿No solo me pones a mí en peligro, sino también a tu hijo?

—Lo siento —gimió—. No sabía que se tomaban en serio la apuesta.

—¿Cómo has podido ser tan estúpido como para meterte con unos hombres tan depravados? ¡Es obvio que no tienen escrúpulos si estaban dispuestos a apostar a una persona!

—La cosa se nos fue de las manos —argumentó con tanta calma que me enfureció aún más. El hecho de que pudiera hablar con tanta serenidad sobre poner en peligro a nuestro hijo me dio ganas de arañarle la cara y estrangularlo. Hubiera preferido morir antes de dejar que nadie le pusiera las manos encima a mi hijo.

—Dile a tu acreedor que no puede quedarse conmigo. ¡Ni con Bram! —reviré, con rabia filtrándose en mi voz—. Pero puede quedarse contigo. ¡Ahora vete antes de que te eche!

Me levanté, esquivándolo. Luego, entré en la casa sin mirar atrás al padre de mi hijo, cerrando con firmeza la puerta tras de mí.

Este fue el momento decisivo de nuestra relación. Me sentí tan estúpida por haber tenido que llegar a este punto para cerrar por fin la puerta a un futuro con él. Un futuro que había estado condenado desde el principio.

Al igual que lo estaba mi futuro con Daniel. *«Entonces, ¿por qué sigo pensando en ese hombre?»*

Con la puerta cerrada a mis espaldas, me apoyé contra el cristal y me encontré con la mirada inquieta de mi madre. Eso era lo último que quería. Preocuparla más de lo que ya estaba.

Gruñendo para mis adentros, me pregunté cuánto habría oído. Sería difícil descartar esa conversación o lo que Callen había hecho como una "travesura". No es que pensara que mereciera que se le diera tregua. Pero él ya tendría que lidiar con *mi* ira; no necesitábamos involucrar a todo el clan McLaren en esta maldita prueba.

—Escuché cada palabra —señaló, respondiendo a mi pregunta tácita—. Ainslee, creo que ya es hora de que admitas que ese hombre no es para ti.

«Mierda, ni que lo digas». Mi gusto para los hombres era desastroso. Mi primer amor formaba parte de la mafia, literalmente, y el padre de mi hijo era un jugador y probablemente un borracho. Me repugnaba imaginar quién podría ser mi próxima elección.

Era tiempo de aceptar la realidad: los hombres simplemente no eran para mí. Debería evitar las citas, evitar a toda la especie masculina, por el resto de mi vida. La única constante con cromosoma Y a mi alrededor sería mi hijo. Me aseguraría de que se convirtiera en un buen hombre. Luego, pasaría mis años dorados leyendo novelas eróticas. Igual que *Mum*. Ese plan me parecía bastante bueno.

—Tienes razón —admití—. Esperaba encontrar lo que tú y papá tenían, pero está claro que eso no va a suceder. Ya es hora de que lo acepte.

—Ainslee... —La mirada triste en el rostro de mi madre me partió el corazón—. Llegarás a experimentar lo que tu padre y yo tuvimos. No pierdas la esperanza. Sé que...

—Tengo a Bram —la interrumpí antes de que se le llenaran los ojos de lágrimas—. No me arrepiento. Pero tampoco quiero volver a tener citas.

La mirada que me lanzó me indicó que no me creía, pero no me detuve en eso. La seguridad era mi prioridad y, en ese momento, tenía que lidiar con las consecuencias de las acciones de Callen.

El momento no podía ser peor. Próximamente, tenía una actuación en Londres y, por lo que parecía, debería mantenerme alejada de esa ciudad.

«¿Y si esos hombres decidían venir aquí?» La idea me llenaba de pánico.

Mierda, ¿qué debía hacer? ¿Vendrían por nosotros o seguirían centrados en Callen? Intenté sentir lástima por lo que pudiera pasarle, mas no lo conseguí. Bram y *Mum* eran mi única preocupación.

Podría ponerme en contacto con mi primo Lachlan y preguntarle si podríamos quedarnos en el castillo por un tiempo, pero eso requeriría explicarle lo que había pasado. Y posiblemente ponerlo a él y a Eve en peligro también.

No. Negué con la cabeza. No podía hacerle eso ni a él ni a su familia. Este era mi problema, y dependía de mí resolverlo.

La esperanza de la que hablaba *Mum* se había desvanecido hacía mucho tiempo. Quizás incluso aquel día en el Este de Londres, cuando busqué a Daniel, pero en su lugar encontré dolor.

CAPÍTULO OCHO

Daniel

MI LEGADO PODRÍA REDUCIRSE a las cosas crueles y retorcidas que había hecho. No había excusa lo suficientemente buena para justificarlas todas. Algunas, tal vez.

Tenía once años cuando maté por primera vez. Los enemigos de mi padre habían irrumpido por la puerta principal cuando mi madre y yo estábamos solos en casa. Ella estaba tan drogada que ni siquiera se dio cuenta de lo que pasaba hasta que fue demasiado tarde.

No pude salvarla. Eran cuatro contra uno. Luché con uñas y dientes, pero apenas les hice un rasguño. Hasta que uno de ellos, probablemente, harto de mis inútiles puñetazos y patadas, me dio una bofetada tan fuerte que perdí el conocimiento. Recuperé la consciencia mientras se turnaban para violar a mi madre. Con una fuerza casi primitiva, arrastré mis extremidades magulladas y maltrechas hasta la mesa donde sabía que mi padre guardaba su arma. Entonces, les disparé. Uno por uno.

Mi madre se desangró en mis brazos mientras la abrazaba con fuerza. Lo único que la salvó fue que estaba tan drogada que nada de lo que pasó pareció llegar a su cerebro. Su cuerpo sufría; sin embargo, su mente estaba atrapada en otro mundo. Hasta que *Mum* se deslizó hacia el más allá. O dondequiera que la gente fuera cuando moría.

Podría haber culpado a mi padre, a mi tío, a mi primo o incluso a mi maldito destino, pero, en última instancia, llegó un momento en el que tuve que admitir que había hecho muchas cosas malas incluso sin su presión. Las hice porque no quería volver a experimentar el dolor de ver morir a un ser

querido en mis brazos. Reconocer el riesgo que suponía para la vida de Ainslee fue el catalizador de mi decisión de hacerme más fuerte. Física y mentalmente. Enlistarme en el ejército me enseñó disciplina y agudizó mi instinto asesino. Sin embargo, tenía que admitir que hubo algunas ocasiones en las que había recurrido a las habilidades que aprendí de mi tío, incluso utilizándolas en la guerra.

La línea entre el bien y el mal era muy fina. Los recuerdos que me asaltaban la mente eran un recordatorio constante. Los acogía con agrado. Disfrutaba del incesante recordatorio de lo que había pasado y en lo que me había convertido.

El sol del desierto me quemaba la nuca mientras el sudor me resbalaba por la espalda.

Llevábamos dos horas interrogando al prisionero. No habíamos llegado a ninguna parte. El enemigo había capturado a uno de los nuestros, y cuanto más tiempo pasaba, menos posibilidades teníamos de encontrarlo con vida.

Estaba enfadado por estar sudando en este maldito desierto y por verme empujado de nuevo a un papel que me resultaba demasiado familiar. Torturar y matar para obtener respuestas. Hablando de la jodida ironía de la vida. Al menos ahora lo hacía por una causa más noble: salvar la vida de un compañero soldado que había caído en una emboscada mientras regresaba de un permiso de descanso y recuperación.

Yo, junto con Maxim y un grupo de compañeros, nos encargamos de llevar a cabo una misión de rescate, porque dejarlo a merced de nuestros enemigos no era una opción.

Maxim le propinó otro puñetazo al hombre que habíamos atado a un poste. El rostro del prisionero estaba cubierto de moretones y manchas de sangre. La saliva le salía a borbotones de la boca, seguida de una serie de maldiciones en una lengua familiar. Había aprendido lo suficiente del idioma farsi como para saber que era originario de la región.

Podía sentir la frustración de mi mejor amigo. Odiaba esta mierda. Solo queríamos recuperar a nuestro compañero y seguir nuestro camino. Estábamos cansados, sedientos y hambrientos. Era casi imposible respirar con el calor seco y opresivo del desierto. Nuestro único objetivo era encontrar y rescatar a nuestro amigo y largarnos de allí.

—Déjame intentarlo —le pedí entre dientes. Tenía mucha más experiencia con la tortura que mis compañeros. No era algo de lo que estuviera necesariamente orgulloso, pero si eso significaba salvar a nuestro amigo, estaba dispuesto a todo.

Saqué mi cuchillo y lo lancé al aire, atrapando la hoja sin esfuerzo. Maxim se hizo a un lado y yo me coloqué frente a nuestro cautivo.

—Veamos si entiendes inglés —declaré con voz ronca—. Apuesto un millón de libras a que sí. —Me acerqué aún más a él, y el olor metálico a sangre, sudor y arena se coló en mis fosas nasales—. Seré justo y te diré cómo va a ser esto para que sepas qué esperar. —Apoyé la punta del cuchillo contra su clavícula—. Voy a cortarte la piel desde el cuello hasta justo debajo del esternón. Pero no morirás. —Presioné con fuerza contra su hueso, cortando el tejido, y empujé la hoja dos centímetros hacia abajo. Un grito desgarrador llenó el aire, mas solo me detuve un segundo—. Luego, te cortaré el torso por completo, atravesándote las entrañas. No quiero matarte, pero créeme... —Mi voz era fría, y mi antiguo yo, el que había obedecido las retorcidas órdenes de mi tío, resurgió—. Me rogarás que acabe contigo.

Corté lentamente para que sintiera el máximo dolor mientras el cuchillo se deslizaba por su piel, cortando carne y venas.

—¡Para! —suplicó gritando—. Se lo llevaron a las montañas. Por favor, para.

Me enderecé, limpiando la hoja contra sus pantalones.

—Nos lo mostrarás.

—No puedo. —Jadeó—. Si los llevo allí, me matarán.

—Si no nos llevas allí, te mataremos. —Miré a Maxim a los ojos y, con un rápido asentimiento, supimos cómo íbamos a jugar—. Llévanos allí y los mataremos a todos. No quedará nadie que busque venganza. Y te dejaremos vivir. Lo cual es más de lo que conseguirás de tus socios.

No me costó mucho convencerlo. Aquel día se descontroló rápidamente: un caos total, sangre derramada por ambas partes. Demasiadas muertes, demasiado rápido. Pero salí de allí con algo más que simples respuestas. Aprendí algo sobre mí mismo.

Los años bajo el yugo de mi tío habían dejado cicatrices más profundas de lo que me había dado cuenta. Cuando llegó el momento, no vacilé. Torturé. Maté. Hice lo que fuera necesario, y no sentí remordimiento.

¿Qué fue lo que más me sorprendió? Me gustaba tener el control. Me gustaba establecer las reglas y que se cumplieran. El poder no se trataba solo de dominación, sino de protección. Estar en la cima significaba que podía proteger a las personas que me importaban. Como Ainslee. Y haría cualquier cosa para que siguiera siendo así.

A pesar de todo lo que había hecho, la sangre en mis manos, los crímenes que ya ni me molestaba en justificar, nada de eso se comparaba con esto.

Acosarla.

Esto tenía que ser tocar fondo.

Me mantuve en las sombras, observándola mientras se dirigía desde el hotel a la *Royal Opera House* en *Bow Street*. Era noche de función. Conocía su agenda tan bien como la mía, cada paso, cada semáforo, cada momento en que se apartaba un mechón de cabello detrás de la oreja.

Las noches de función eran los únicos momentos en que podía verla. Londres hacía más fácil desaparecer, solo otra cara de la moneda. Más fácil que en Edimburgo, donde los turistas se movían lentamente y se fijaban en todo.

Desde que me había liberado del servicio, la había seguido. En silencio. Desde la distancia. Siempre en la oscuridad. Ella seguía alojándose en el mismo hotel. Seguía tomando el mismo camino hacia el teatro. Rara vez usaba un taxi. Ese paseo del hotel al escenario se convirtió en algo nuestro. En cierto modo, silencioso, unilateral, retorcido. Una cita que ella no sabía que estaba teniendo.

¿Era inquietante? Maldición, sí que lo era. Al límite de lo psicópata. Algunas mujeres lo llamarían acoso.

Para la mayoría de las mujeres sería un motivo para una orden de alejamiento. Quizás algo peor.

No obstante, después de años de mantenerme alejado cuando lo único que quería era estar cerca de ella, oír su voz, ver su sonrisa, cedí.

Culpa al silencio. Culpa a la guerra. Culpa a los fantasmas que no me dejaban olvidar. Pero no la culpes a ella.

Así que, dado que el destino había considerado oportuno poner a Ainslee a mi alcance, tan cerca que casi podía tocar la vida que solo había observado desde las sombras, llevé mi obsesión a nuevos niveles.

O quizás a nuevos abismos.

Dependía de a quién le preguntaras.

Llámalo locura. Llámalo debilidad. Llámalo amor, disfrazado de algo mucho menos noble. Sin embargo, después de todos estos años, con ella tan cerca... ¿Cómo no iba a seguirla?

Al diablo. Que me juzguen. Que me condenen.

Estaba justo a mi alcance y nunca había dejado de desearla.

Desde aquella maldita partida de cartas, ganándola como si fuera un puto premio, había repetido una y otra vez en mi mente todas las versiones posibles de nuestro reencuentro. ¿Se alegraría de verme? Lo dudaba. ¿Tendría

miedo? Probablemente. Especialmente ahora que entendía el mundo del que procedía, aquel que nunca quise que la tocara.

La idea de que Ainslee se encontrara con Hugo hacía tantos años, sola e indefensa, todavía me helaba la sangre. No tenía ni idea de cómo supo que había vuelto a Londres, y mucho menos cómo logró encontrarme. Pero, Dios, ojalá se hubiera encontrado conmigo, no con él.

Cuando volví a ver las imágenes del almacén y vi el miedo en sus ojos, sentí como si me hubieran destripado. Mi ruiseñor, acorralada. Ese cabrón retorcido se había acercado tanto. Demasiado. Gracias a Dios que su taxista tuvo el sentido común de esperar, puede que le haya salvado la vida.

No pude entender las palabras que ella y Hugo intercambiaron, mas no hacía falta. El miedo tenía su propio lenguaje, y yo lo conocía bien. Mi primo la rodeaba como a una presa, saboreando su terror. Era el peor tipo de depredador, uno que disfrutaba de la persecución, pero que aún más amaba burlarse de sus víctimas. Y si hubiera sabido lo que realmente sentía por Ainslee, habría llegado incluso a torturarla delante de mí solo para verme sufrir.

Gran error.

Nunca tuvo la oportunidad de volver a ponerle un dedo encima.

Mi teléfono vibró con un mensaje, apartando los pensamientos del pasado.

Era una invitación de Alexander para asistir a una cena con su familia dentro de unos días. Pero, para entonces, tendría a Ainslee en mis manos. Estaba deseando llevarla por fin a casa. Una docena de años habían pasado volando en un abrir y cerrar de ojos, sin embargo, los últimos cuatro días desde mi encuentro con McLeod me habían parecido una eternidad.

Por un fugaz instante, contemplé la posibilidad de decirle a Alexander que llevaría a la fiesta a mi pequeña *examante/premio*. No pude evitar imaginarme cómo se desarrollaría esa escena.

«Una mezcla perfecta para desatar el drama», pensé con ironía, pero no creía que ninguno de nosotros estuviera preparado para eso. Probablemente, Ainslee estaría echando chispas durante toda la noche.

Así que le escribí un mensaje breve de respuesta.

Yo: Tengo que declinar. Me voy a Escocia. Llámame cuando estés por aquí.

Alexander también tenía una casa familiar allí y, con el tiempo, me gustaría presentarles a Ainslee a mi grupo de amigos. La quería en cada parte de mi vida. Y *necesitaba* recuperar el tiempo perdido.

Tenía la sensación de que McLeod no cumpliría mis instrucciones de traerme a Ainslee, así que ideé un plan B. Uno que se pondría en marcha justo después de su actuación de esta noche. Hasta entonces, el hombre al que había encargado vigilar su casa en Edimburgo se aseguraría de que nadie más se le acercara.

Otro de mis hombres estaba vigilando a McLeod, y esta mañana me informaron de que ese imbécil le había confesado lo que había hecho. Ella no se lo tomó nada bien. Y con razón: mi chica nunca había sido del tipo que se dejaba pisotear. Ainslee era la mezcla perfecta de cariño, alma y rebeldía, todo envuelto en un cuerpo precioso con rostro angelical, dotado de los ojos verdes más brillantes y coronado por una abundante melena de rizos rojos.

Desde el momento en que posé mis ojos en ella, la oscuridad que había en mí se disipó, y había una luz que me guiaba a través de ella. Ainslee lo era todo para mí. Incluso cuando me alejé, esa luz permaneció. Debería haber sabido que, al final, me llevaría de vuelta a ella. A pesar de todos mis sacrificios y del dolor que le causé, el destino tenía otros planes. Y esta vez, no la dejaría escapar.

Vestida con un sencillo vestido azul, caminaba a paso ligero hacia su destino, mirando por encima del hombro de vez en cuando. Como si pudiera sentirme acechándola en la penumbra. Podría haber hecho que uno de mis hombres la trajera hasta mí, pero no quería que nadie más la tocara. Era mía y solo mía.

Mientras la veía abrirse paso entre la multitud, admiré su figura. Tenía curvas en todos los sitios adecuados, recordándome a las pinturas renacentistas que solía pasar horas contemplando durante mis estancias en ciudades históricas europeas. Era la perfección, cada sonrisa, el balanceo de sus caderas, cada nota que salía de sus deliciosos labios. Nunca podría olvidar cómo se movía su exquisito cuerpo bajo el mío, cómo sus gemidos y besos me hacían derretirme en sus brazos. Quería hundir mi polla en su interior de nuevo y escuchar sus suaves gemidos mientras la penetraba con fuerza.

¿Me querría de nuevo como lo hizo alguna vez? ¿Me recibiría entre sus muslos y gritaría mi nombre como solía hacer?

No podía evitar preguntarme, quizás incluso temer, que ya no viera aquello que antes la atraía hacia mí.

Dejando a un lado ese temor, me concentré en Ainslee. Lo único que importaba era ponerla a salvo.

Casi podía saborear el alivio. Estaba casi a mi alcance. Se resistiría; estaba seguro de ello. Pero esperaba que al final entendiera que todo lo que hacía era

por su propio bien.

No debería ser difícil dominarla. Ainslee no era alta. De hecho, era bastante menuda, apenas medía un metro sesenta y cinco. No obstante, su porte y su personalidad la hacían parecer más imponente. Tenía que secuestrarla, discretamente, por supuesto, y luego esconderla en un lugar seguro. Y ya tenía el sitio perfecto en mente.

Mientras pasaba, los hombres la observaban con curiosidad. No podía culparlos. Ainslee McLaren era una belleza. Su abundante melena, del color de las llamas ardientes, bastaba para que la miraran dos veces, pero en realidad era una mujer excepcional. Aun así, me molestaba que alguien más se atreviera a posar los ojos en ella.

Me detuve cuando aminoró el paso frente al imponente edificio neoclásico. La sede de la *Royal Opera*, el *Royal Ballet* y la orquesta de la *Royal Opera House* se alzaba majestuosamente, dándoles la bienvenida a visitantes y artistas. Todavía era bastante temprano, así que no había mucha gente reunida afuera.

Una vez que la vi desaparecer dentro, esperé.

CAPÍTULO NUEVE

Ainslee

LAS RISAS RESONABAN EN las paredes, alegres y brillantes. El camerino era un caos habitual después de la función, vestidos medio desabrochados, delineador corrido y el dulce e intenso aroma a flores aplastadas por los *fans* más entusiastas. Todo estaba salpicado de brillantina. Alguien había derramado *prosecco* sobre un tutú.

—¡Estuviste divina, querida! —Clarissa prácticamente saltó a mis brazos, con su voz de soprano aún resonando en mis oídos. Me dio un beso en la mejilla y me ofreció una copa de *champagne* con la reverencia de una ofrenda sagrada—. Te lo juro, si no te adorara, planearía tu muerte prematura.

Me reí, haciendo chocar mi copa contra la suya.

—Si no te adorara, te dejaría. Ese sol agudo del segundo acto casi resucita a los muertos.

Clarissa sacudió sus rizos y sonrió con aire pícaro.

—Dios me mandó un mensaje. Dijo que estaba profundamente conmovido.

Se escuchó un coro de gritos y vítores por toda la sala.

Renata irrumpió como un huracán, todavía con el traje puesto, un tacón suelto, la peluca ligeramente torcida, una flauta en una mano y una trufa en la otra.

—¡Por nuestra última maldita función! —exclamó, tambaleándose al alzar su copa—. Vivimos, amamos, no morimos durante ese cambio de

escena donde alguien olvidó mover la maldita columna. Además, Ainslee, nuestra Carmen, nuestro ángel oscuro, estuviste divina. Lloré durante tu aria. Y no fue una simple lagrimita, sino todo un llanto teatral.

—Tú siempre lloras al final —le recordó Clarissa, dejándose caer en una silla de terciopelo—. Lloraste cuando olvidaste tus fajas la semana pasada.

—Eso fue una tragedia personal —respondió Renata con recato, metiéndose una trufa en la boca.

Dejé que su charla me envolviera, sumergiéndome en la alegría del momento. El cálido roce de los abrazos, las manchas de labial en mi mejilla, el sonido de mujeres que habían trabajado, reído y sangrado juntas en el escenario, celebrando en este momento como si hubiéramos sobrevivido a una guerra. Tal vez así fue.

Y, sin embargo...

Esa calidez volvió a recorrerme la columna vertebral, suave pero insistente. Había permanecido conmigo todo el día. Seguía ahí.

Me giré hacia el espejo y sonreí levemente a mi reflejo, labios rojos, ojos brillantes, la última rosa de Carmen en mi cabello. Por fuera, parecía radiante. Por dentro, me sentía a la deriva.

Esta noche, mientras cantaba *Habanera*, sentí la ironía como un fruto amargo en mi lengua. La melodía era ligera, coqueta, el amor es un pájaro rebelde que nadie puede domar, pero yo sabía muy bien que el amor también podía ser cruel. Hermoso. Destructivo.

Fue aquí, en este mismo escenario, donde canté por primera vez sobre mi desamor. Mi voz transmitió lo que mi corazón nunca pudo. Y esta noche, en el *crescendo* final de esa aria, me di cuenta de la verdad que había enterrado bajo años de silencio y de intentar seguir adelante.

Me permití creer que podía construir algo nuevo con Callen. Pensé que era de fiar y fuerte, y me convencí a mí misma de que me importaba. Al principio, incluso lo respetaba. Al fin y al cabo, era el padre de Bram.

Pero el amor nunca fue nuestro, y en el gran esquema de las cosas, yo era tan culpable de mi relación fallida con Callen como él.

Lo supuse en el momento en que intenté mirarlo a los ojos y encontrar lo que había perdido con Daniel. No estaba allí. Nunca lo estaría.

Mi corazón, frágil, tonto y traidor, había tomado su decisión hacía años. Mucho antes de que tuviera la oportunidad de descubrir quién era Daniel en realidad.

A pesar de todo. A pesar de las advertencias. A pesar de que no reconocía del todo al hombre en el que podría haberse convertido... Mi alma seguía buscándolo en la oscuridad.

E incluso en ese momento, mientras me encontraba entre risas y luz, sentí esa atracción.

Ese dolor.

Ese suave murmullo de certeza.

Él estaba cerca.



La recepción era la misma de siempre, satén, lentejuelas, gente adinerada, nuevos poderes y agendas apenas disimuladas. De fondo sonaba música suave, Mozart o algo parecido, pensada para impresionar. Los camareros se movían con copas de *champagne* y canapés que parecían obras de arte.

Hice mi ronda. Sonreí. Posé para fotos junto a personas cuyos nombres solo recordaba a medias. Las señoras me apretaban las manos con demasiada fuerza. Los hombres con exceso de colonia se inclinaban demasiado cerca.

—Se ha superado, señorita McLaren —susurró uno de ellos—. Cuánta... pasión. Es la actuación final más espectacular.

—Gracias —respondí con una sonrisa cortés y me disculpé, necesitando soledad tanto como aire.

—¿Tiene algún plan ahora que la temporada se está terminando?

—Me voy a tomar mis vacaciones anuales de la sinfónica —alegué.

—Pero volverá, ¿verdad?

—Sí.

Antes de que pudiera hacerme otra pregunta, me excusé rápidamente. Mis tacones resonaban suavemente contra el mármol mientras me alejaba de la multitud, pasando las cuerdas de terciopelo, hacia los altos ventanales. Afuera, Londres tarareaba su propia aria, fresca, oscura, llena de promesas tácitas.

Me llevé una mano al pecho y exhalé.

Esta noche había cantado *Habanera* como si fuera mi verdad. Porque quizá lo era. *El Amor es un Pájaro Rebelde*, y el mío siempre se había rebelado contra la razón.

Este escenario había sido testigo de mi desamor hacía tantos años. Y en este momento, por fin, me enfrentaba a él. Se acabó mentirme a mí misma.

Nunca había dejado de amar a Daniel Carrington.

Ni después de doce años. Ni después de todo lo que pasó, o no pasó. Ni después de que mi primo me advirtiera que se movía en círculos peligrosos. Ni siquiera después de enterarme de que había rehecho su vida.

Lo busqué de todos modos. Lo necesitaba. No era racional. Ni siquiera era seguro. Pero era real.

Y sí, intenté encontrar consuelo en otra parte. Callen había sido... estable. Y durante un tiempo, eso me pareció suficiente. Habíamos construido algo con pedazos rotos, y por Bram, me aferré.

Desgraciadamente, no era amor. No de ese que arde, duele y permanece.

Daniel había sido el primero. Quizás el único.

Intenté sacarlo de mi corazón, pero nunca funcionó. Esa parte obstinada de mí se aferraba al chico que me tomaba de la mano en el mercado, que se acurrucaba a mi lado en el sofá para ver películas antiguas, que me besaba como si estuviera memorizando cada pedazo de mi alma.

Tal vez formara parte de un mundo que yo no entendía, un mundo que me daba miedo, pero en su día había sido mi mundo.

Y quizás aún lo era.

Al ver que mi ventana era una vía de escape, me dirigí al guardarropa.

—¿Ya te vas? —preguntó Clarissa mientras tomaba mi abrigo.

—Le dije a Renata que estaba muerta de cansancio. Te enviaré un mensaje si voy al *after party*.

Clarissa arqueó una ceja perfectamente delineada.

—No lo harás.

—No —dije con una sonrisa discreta—. No lo haré.

CAPÍTULO DIEZ

Ainslee

SALÍ POR LA PUERTA trasera del teatro de la ópera como siempre hacía después de una actuación: en silencio, sin alarde. Era la mejor manera de evitar a la multitud de *fans* que solía reunirse en la entrada, ansiosos por conseguir autógrafos, *selfies* o vislumbrar algo más que una voz que se desvanecía.

Como me había marchado temprano de la fiesta, aún había seguridad. Me venía de maravilla. La calle estaba casi desierta, el silencio de la ciudad contenía la respiración entre los pasos y el tráfico lejano.

Una brisa fresca de diciembre me acarició la piel, refrescando el calor que aún perduraba de las luces del escenario y el *champagne*. Respiré hondo. El aire no era tan fresco ni limpio como en mi Edimburgo natal, pero era mejor que la nube densa de perfume del salón de recepción.

Me dirigí por el estrecho callejón junto al teatro de la ópera, con los tacones golpeando suavemente el pavimento húmedo. La calle principal estaba a solo una manzana. Si bien conocía bien esa ruta, esta noche algo me parecía... raro.

Esa inquietante sensación, como dedos recorriéndome la espina dorsal, volvió a invadirme. La misma que había sentido entre bastidores. Durante la representación. Incluso, el día anterior. Mis instintos, olvidados durante mucho tiempo, se agitaron con inquietud.

Miré por encima del hombro.

Nada. Solo paredes de ladrillo, contenedores de basura y una luz parpadeante que zumbaba como una abeja moribunda.

Aun así, aceleré el paso.

El callejón parecía más largo de lo normal esta noche, la oscuridad de alguna manera más densa. El tipo de oscuridad que se tragaba el sonido.

Entonces los escuché.

Pasos.

Suaves. Constantes. Haciendo eco de los míos.

Me quedé paralizada.

Me di la vuelta.

Vacío.

Las sombras no se movían. El silencio no se rompía. Pero el corazón me dio un salto brusco y lleno de pánico en el pecho.

Entrecerré los ojos hacia los extremos del callejón, donde la luz de la luna no llegaba del todo, donde las cosas podían esconderse a plena vista.

Mas no vi nada. Solo la oscuridad. Solo el zumbido de algo que no podía nombrar.

Y la tranquila certeza de que no estaba sola.

Me obligué a seguir caminando, a pesar de que el pulso me latía en la garganta como una batería. Pero en el momento en que lo volví a oír, pasos agudos y apresurados resonando en los adoquines, mi cuerpo se tensó. Alguien me seguía. No, *me perseguía*.

Se me cortó la respiración. Mi mente se fragmentó en los peores escenarios posibles, como un parabrisas agrietándose bajo presión.

¿Podría ser alguien relacionado con las deudas de Callen? Si bien sabía que había tenido problemas, me había dicho que lo tenía bajo control. Le creí... qué estúpida. Aunque, en el fondo, consideraba que esos hombres peligrosos podrían venir por mí.

Un estruendo metálico resonó a mis espaldas, una lata de refresco tirada sobre las piedras. El ruido repentino me sobresaltó. El pánico me atrapó.

Empecé a correr.

Bueno, lo que yo llamaba correr. Yo era más bien del tipo “caminar a paso ligero con remordimientos”. Correr y yo nunca nos habíamos llevado bien. No obstante, al parecer, la adrenalina había decidido tomar el control esa noche.

El callejón se estrechaba, pero justo delante vi la salida a la calle principal. Allí, bloqueando la salida, había un gran todoterreno negro con el

motor en marcha, como si llevara tiempo esperando.

Un Land Rover. Cristales tintados.

No sabía si eso significaba seguridad o peligro; sin embargo, sabía una cosa, necesitaba gente. Luces. Testigos. Si tan solo pudiera rodear ese maldito vehículo, podría despistar a quienquiera que me persiguiera entre la multitud.

Apreté el paso.

Me ardían los pulmones. Las piernas se rebelaban. Mis botas golpeaban contra la piedra resbaladiza.

Ya casi llegaba.

Solo unos pasos más.

Pero entonces... unos brazos. Unos brazos fuertes, que se apretaban como un torniquete alrededor de mi cintura. Me tiraron hacia atrás, dejándome sin aliento. Apenas tuve tiempo de jadear antes de que algo suave me presionara la nariz y la boca.

Lo primero que percibí fue el aroma.

Lavanda.

Suave, dulce... familiar. ¿Por qué me resultaba familiar?

Me retorcí, pataleando, arañando con los dedos el brazo que me apresaba el pecho. Mi cuerpo era puro pánico, no obstante, mi mente, *mi mente* traicionera y debilitada, estaba confusa. Ese aroma no debería haberme reconfortado, pero lo hacía. De alguna manera.

Intenté gritar. Creí que intenté gritar. Tal vez solo lo pensé.

—No...

La palabra se me escapó de los labios o resonó en mi cabeza.

Y entonces la oscuridad me arrastró hacia abajo, y caí en ella, con fuerza y rapidez, como lo había hecho tantos años atrás.

En los mismos brazos.

CAPÍTULO ONCE

Ainslee

ME MOVÍ LENTAMENTE, MIS pestañas revoloteaban ante el tenue resplandor de una luz cálida. Todo a mi alrededor era una suave sombra y silencio. Tardé unos parpadeos en enfocar la vista y, aun así, no me moví. Solo respiré. Escuché. Esperé.

La habitación estaba en penumbra, pero no resultaba hostil. Dos lámparas proyectaban un suave resplandor ámbar desde las mesitas de noche opuestas. Una cama *King Size* acunaba mi cuerpo, con sábanas que parecían de seda y almohadas tan mullidas que apenas resistían mi peso.

¿Estaba... en un dormitorio?

Bajé la mirada, con el corazón encogido. El vestido azul zafiro que había usado antes todavía se aferraba a mí, arrugado, pero intacto. Deslicé las palmas de las manos sobre la tela: ni rasgaduras, ni manchas. Ni rastro de... nada. Mi cuerpo estaba intacto, por lo que podía ver. Flexioné los dedos. Los tobillos. No estaban atados.

Aun así, la inquietud se aferraba a mi piel como electricidad estática.

Me incorporé lentamente, con un dolor sordo que me oprimía la base del cráneo. Parecía el final de un dolor de cabeza mezclado con *jet lag*. Tragué saliva con dificultad, tratando de ignorar cómo el pánico amenazaba con subirme por la garganta.

Me habían secuestrado.

El pensamiento cayó como un fuerte golpe.

Probablemente por culpa de Callen. Ese imbécil. Si me había vendido a algún cobrador de deudas de juego como si fuera una maldita ficha de póquer, iba a estrangularlo con su estúpida bufanda. Pero primero... escapar. Tenía que salir de allí.

Me puse de pie y observé la habitación con detenimiento.

El lujo me envolvía como un corsé demasiado apretado. Era precioso, deliberadamente precioso. Los suaves tonos grises y blancos suavizaban el espacio, y un papel tapiz con motivos de rosas cubría una pared con enredaderas que parecían casi pintadas a mano. Tallados a juego adornaban los postes de la cama y el armario de la derecha. Todo era costoso.

Elegante.

—Secuestrada por alguien con buen gusto —murmuré entre dientes—. La próxima vez, mejor envía una cesta de regalo.

Caminé descalza por el frío piso de madera, con cuidado de no hacer ruido. Las paredes eran gruesas; el silencio, absoluto. Pero no me fiaba de él.

Una pared de cristal se extendía a lo largo de un lado de la habitación. Unas puertas francesas daban a un balcón de piedra. El corazón me dio un vuelco. Quizás...

Me acerqué de puntillas a la puerta y giré el pomo.

Se abrió.

Afuera, el aire invernal me golpeó como una bofetada en la cara. Respiré hondo; el frío me caló los pulmones, vigorizante y punzante. Salí al balcón y me apoyé en la barandilla.

Entonces, lo vi.

Un bosque infinito. Siluetas de montañas escarpadas bajo el resplandor de la luna llena. El castillo, porque sí, se trataba de un maldito castillo, posado alto en un aislamiento majestuoso. No había otras casas. No había luces de la ciudad. Solo oscuridad y distancia.

Estaba en medio de la nada.

Atrapada.

El pulso me latía como un tambor de guerra en los oídos.

Me apoyé en la barandilla, dejando que el viento me acariciara la piel, tratando de calmar mis pensamientos confusos. Pero a medida que el alivio se desvanecía, el miedo surgió en su lugar.

Bram.

Dios mío, ¿y si también se habían llevado a mi hijo? Callen dijo que nos querían a mí y a Bram, así que era posible que lo hubieran secuestrado como hicieron conmigo y lo utilizaran para saldar las deudas de Callen.

Me abracé a mí misma, sintiendo de repente un frío glacial a pesar del aire denso.

Debería haberme quedado en casa. Debería haber llamado para decir que estaba enferma y haber dejado que mi suplente tuviera su gran debut. Debería haber estado con Bram. No aquí. No sola. No encerrada en una jaula de lujo por culpa de un hombre con el que no había hablado en...

El sonido de una puerta abriéndose me dejó helada.

Entré corriendo y cerré las puertas del balcón justo cuando una suave luz del techo se encendió, inundando la habitación con un brillo dorado. Parpadeé, cegada por un instante.

Y entonces lo vi.

Daniel Carrington.

Me quedé sin aliento como si me hubieran dado un puñetazo en los pulmones.

Allí estaba, de pie en la puerta: alto, corpulento, vestido de negro. Su cabello oscuro había crecido un poco, estaba despeinado y húmedo en las puntas. Parecía más mayor, más definido, como si el tiempo lo hubiera esculpido en piedra y lo hubiera envuelto en pecado. Sus ojos negros como el carbón se clavaron en los míos, indescifrables. Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

Mi cuerpo lo reconoció antes de que mi mente pudiera darse cuenta. El pulso se me aceleró, las rodillas me temblaron. Pero no por desmayarse.

Por la conmoción. La rabia. El dolor.

—Daniel —susurré, y sonó como una plegaria... o una maldición.

La puerta se cerró con un clic detrás de él. Instintivamente, di un paso atrás.

Inclinó ligeramente la cabeza.

—Hola, Ainslee.

Esa voz. Suave, grave, familiar.

Mil recuerdos me inundaron de golpe. Películas a altas horas de la noche y helados compartidos. Dedos entrelazados sobre el volante. Sus labios sobre los míos bajo la suave bruma de las farolas. No había sabido nada de él en doce años. Ni una llamada. Ni una nota. Ni siquiera un cruel fantasma de un mensaje para decirme que estaba bien.

Y en ese momento estaba aquí, reteniéndome cautiva en un castillo.

—Cuánto tiempo sin verte —agregué con voz tensa.

Arqueó una ceja.

—Eso es lo que pasa cuando no vuelves.

Sus palabras me atravesaron antes de que pudiera bloquearlas. Apreté la mandíbula.

—Qué ironía —lancé—. Llegas un poco tarde para un reencuentro. Y luego está ese pequeño e insignificante asunto de... ya sabes... secuestrarme. —Su expresión no cambió. De hecho, parecía... divertido—. El secuestro es un delito, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —dijo con calma, como si acabara de acusarlo de estacionarse mal.

Busqué en sus ojos, desesperada por encontrar siquiera un atisbo del chico que una vez conocí. Pero estos eran diferentes. Endurecidos. Cerrados. Fríos.

—Me habría encantado verte hace doce años —siseé—, cuando aún pensaba que quizá volverías. —Su máscara vaciló, solo un poco. Un destello de algo cruzó su rostro, pero desapareció demasiado rápido—. En cambio —continué, alzando la voz—, desapareciste sin decir una palabra, y ahora me arrastras fuera de un callejón como si fuera una heredera secuestrada de una novela policíaca. ¿Qué demonios quieres, Daniel?

Su mirada me traspasó.

—Quiero que estés a salvo —explicó simplemente.

Mi risa fue frágil y hueca.

—Tienes una forma muy graciosa de demostrarlo.

El silencio que siguió estaba cargado de todo lo que no nos decíamos. El pasado. El dolor. El millón de preguntas enredadas en mi garganta.

El hombre que tenía delante era un desconocido con el rostro de mi primer amor. Y yo no sabía si correr hacia él o destrozarlo.

En lugar de eso, crucé los brazos y lo miré fijamente.

—¿Y ahora qué, Daniel? ¿Vas a encerrarme en una torre y darme trufas mientras la mafia juega al póquer abajo?

Sus labios se crisparon.

—Solo si te portas bien.

Mi mirada podría haber quemado agujeros en el suelo.

Una cosa estaba clara: fuera cual fuera el juego al que estuviera jugando Daniel Carrington, yo era en ese minuto una pieza en el tablero.

Sin embargo, no tenía intención de seguir siéndolo por mucho tiempo.

CAPÍTULO DOCE

Daniel

AINSLEE SIEMPRE HABÍA SIDO hermosa.

En aquel entonces, era pura luz. Rizos salvajes y risas, manos suaves y un corazón tan grande que me hacía anhelar estar cerca de ella.

Pero en ese instante... ya era una mujer. Una visión impresionante y peligrosa. Ese cabello pelirrojo no era solo un color; era una advertencia. Una que había ignorado en el mismo instante en que volví a posar los ojos en ella.

Ella despertaba algo primitivo en mí. No solo deseo, aunque, Dios mío, de eso había de sobra. No, era algo más profundo, posesividad, instinto protector... y un ansia que no se había atenuado en doce años. Si acaso, se había agudizado con el tiempo.

El bloque de hielo que había llevado en el pecho durante más de una década se agrietó y luego se derritió, como si solo hubiera estado esperando su regreso. Por ella. La única que me había importado jamás.

Estaba aquí. En mi casa.

Aún no podía creerlo.

Hacía doce años, me alejé para protegerla.

Esta noche, la había secuestrado.

También para protegerla.

¿Retorcido? Quizás. Pero nada volvería a interponerse entre nosotros. Esa pizca de decencia, la que me convenció de mantenerla alejada para que pudiera tener una vida más segura... había muerto. Reducida a cenizas.

A partir de ese momento, era mía.

Para conservarla. Para protegerla. Para no volver a perderla nunca más.

Debería haberla dejado en paz. Siempre fue demasiado buena para mí. Demasiado brillante. Demasiado amable. Me había robado el corazón en el momento en que nuestras miradas se cruzaron, y nunca lo recuperé del todo. Puede que me haya acostado con otras mujeres a lo largo de doce años, pero nadie me había llegado a conmover.

No como Ainslee.

Y la había visto seguir adelante. Desde lejos. Siempre mantuve esa maldita distancia entre nosotros para protegerla. Ella construyó una carrera. Encontró a un hombre. Tuvo un hijo.

Mientras tanto, yo me consumía.

Porque aquella noche con ella, la única noche en la que me permití algo puro, algo bueno, fue la última vez que me sentí humano. La última vez que sentí algo.

Hasta ese instante.

Estaba al otro lado de la habitación, con la postura tensa por la furia y la incredulidad. Sus ojos, el mismo impresionante verde esmeralda que rondaba todos mis sueños, se clavaron en los míos.

—¿Quieres tomar algo? —Le ofrecí, con la esperanza de aliviar la tensión.

No pestañeó.

—No, gracias —dijo con frialdad—. Estamos en plena madrugada, Daniel. Lo que quiero es irme a casa. ¿Dónde demonios estoy?

Ese fuego en su voz hizo que algo en mi interior se tensara y no solo en el pecho.

Me acerqué al minibar escondido dentro del gabinete de palisandro y me serví una copa, fingiendo ignorar su furia. Me lo esperaba. No era una mujer que se tomara a la ligera que la maltrataran, y mucho menos que la drogaran y secuestraran.

—¿Qué has hecho, Daniel? —inquirió con voz tensa. Tenía los puños apretados a los lados, con los nudillos pálidos.

En los meses que estuvimos juntos, esos seis breves y perfectos meses, nunca me había levantado la voz. Veía dulzura, calidez, bromas juguetonas. Pero en ese momento su temperamento se había desatado con toda su fuerza.

Y era magnífico.

Y también aterrador.

Di un sorbo a mi *bourbon*.

—¿Te refieres a... qué ha hecho tu novio? —dije levantando una ceja.

El color se le subió a las mejillas. Los ojos le brillaban con indignación renovada. *«Así que todavía se preocupa por él».* Pensé con amargura. O al menos lo que él había hecho todavía tenía el poder de herirla.

—Exnovio —siseó.

«Perfecto». Callen no se la merecía. No podía protegerla, pero yo sí, y eso era precisamente lo que iba a hacer. Ella había vuelto a mi mundo, y ese cabrón no iba a interponerse en mi camino para mantenerla a ella y a su hijo a salvo.

Le di un momento. Entre los efectos persistentes del sedante y el impacto emocional de despertarse aquí, esperaba que tardara un poco.

—Bueno, a estas alturas ya te habrás dado cuenta de que Callen te apostó —expliqué con voz fría—. Y yo fui quien cobró.

Su expresión cambió de conmoción a horror.

—¿Tú? —susurró.

—Sí. Yo.

No se movió. Se quedó allí de pie, con el pecho subiendo y bajando mientras la verdad la golpeaba de lleno.

—¿Por qué? —susurró.

—Deberías preguntárselo a él —contesté—. Fue quien te usó como garantía.

—No —siseó, apretando los dientes—. ¿Por qué tú? ¿Por qué no te acercaste a mí como una persona normal? ¿Por qué dejaste que lo hiciera él?

—Llegué tarde. Ya te habían... puesto sobre la mesa —aclaré, eligiendo mis palabras con cuidado—. Para cuando me enteré, ya habían mencionado tu nombre. No podía pausar el juego y llamarte.

—¿Pero secuestrarme?

—No tenía tiempo para formalidades —pronuncié, encogiéndome de hombros—. Si me hubiera acercado a ti abiertamente podrías haber huido. O peor aún haber ido a la policía. Y no podía arriesgarme a eso.

Frunció el ceño.

—¿Arriesgarte a qué exactamente?

Dudé.

Decirle la verdad la aterrorizaría. No decírsela sería peor.

Exhalé

—Mi tío ya te tenía en la mira. —Parpadeó.

—¿Tu tío?

—Hector Carrington, padre de Hugo Carrington. —Quien ya estaba muerto, gracias a mí.

Su rostro se volvió pálido.

Ahí estaba. El reconocimiento. Todo el mundo conocía el nombre de Hector. A la prensa sensacionalista le gustaba describirlo como el rey en la sombra de Londres, rico, intocable, y completamente loco.

—Dios mío —susurró.

Asentí una vez.

—Y si no hubiera intervenido, ahora mismo estarías en sus manos. —Perecía físicamente enferma—. Lo siento, Ainslee —me disculpé en voz baja—. No planeé que sucediera así. Pero haré lo que sea necesario para protegerte. A tu hijo. A tu madre. Están bajo vigilancia. A salvo.

Eso la conmovió, apenas. Abrió los labios y exhaló un suspiro tembloroso.

—Ojalá me lo hubieras dicho —soltó con la voz quebrada—. Todo ese tiempo... simplemente te fuiste.

Los recuerdos me atravesaron como una navaja.

Ella estaba de pie junto a la cama, envuelta en sábanas blancas, con el cabello resplandeciente contra su piel pálida. Recordé lo fuerte que me abrazó, cómo me susurró: *Prométeme que volverás conmigo.*

Se lo había prometido.

Y luego rompí esa promesa.

—Pensé que mantenerme alejado era la mejor manera de protegerte —expresé—. Pero claramente me equivoqué. Esperé demasiado, y el peligro te encontró de todos modos.

Su mano se posó sobre mi pecho, suave pero abrasadora.

—Oh, Daniel. Tanto tiempo perdido —musitó y casi me derrumbé.

—Lo arreglaré —declaré con vehemencia—. Me encargaré de todo. Y cuando haya terminado, recuperarás tu vida.

Me miró con expresión inquisitiva.

—¿Y si no quiero recuperar esa vida?

La pregunta me golpeó más fuerte que cualquier bala.

Quizás, solo quizás, aún quedaba una pizca de esperanza.

Pero, aunque me odiara para siempre, la protegería. Aunque me costara la vida

CAPÍTULO TRECE

Ainslee

TODO ESTE TIEMPO, ÉL pensó que me estaba protegiendo.

Debería haber estado furiosa. No, estaba furiosa, porque, ¿qué derecho tenía él a tomar esa decisión por mí? ¿A desaparecer durante doce malditos años y en ese momento reaparecer como un héroe gótico con un complejo?

Y, sin embargo... lo entendía. Dios me ayudara, lo entendía.

«Quería protegerte de mi familia». Había dicho.

Ten sencillo. Tan devastador. Y así, sin más, el muro que había construido con ira, dolor y una década de preguntas sin respuesta comenzó a resquebrajarse.

La mafia Carrington no era ninguna broma. Todo el mundo en la ciudad conocía su nombre. Susurros en los callejones. Titulares de prensa que danzaban en torno a acusaciones que nadie podía probar. El tipo de gente que no solo arruinaba vidas, sino que las borraba. Así que sí, entendí por qué Daniel nunca volvió.

Pero entenderlo no borraba los años que había pasado esperando. Preguntándome. Siguiendo adelante, o intentándolo, solo para encontrarme siempre, siempre arrastrada de vuelta a la sombra de un hombre que nunca volvió a casa.

Atravesé lentamente el dormitorio, con su lujosa moqueta, mientras el denso silencio entre nosotros resultaba más íntimo que cualquier caricia. La luz del fuego de la chimenea lo bañaba en tonos ámbar y dorados mientras

permanecía de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y los hombros tensos. A la defensiva.

Los años lo habían cambiado.

En ese momento, estaba más fornido, con un físico definido y musculoso. Su rostro, antes abierto y cálido, se había endurecido. Estaba ensombrecido. Pero los ojos seguían siendo los mismos. Oscuros y penetrantes. Hambrientos. Solitarios.

—No puedo creer que sigas bebiendo *bourbon* —murmuré, más para llenar el silencio que para otra cosa.

Se giró ligeramente.

—Algunas costumbres son difíciles de erradicar.

—Ya veo —respondí secamente, sentándome en el borde de la gran cama, que, por cierto, tenía el colchón más suave que jamás había probado. Mi trasero casi se hundió en él. Le lancé una mirada fulminante—. ¿En serio? ¿Me secuestras y me das sábanas de cinco estrellas? ¿Qué es esto, "Criminales y Comodidades"?

La boca de Daniel esbozó una leve sonrisa.

—Pensé que te gustarían las rosas.

Miré hacia los postes tallados.

—Sutil.

—Solías dibujarlas por todos tus cuadernos.

Parpadeé.

—¿Te acuerdas de eso?

—Lo recuerdo todo, Ainslee.

Su voz era baja, tranquila, pero tenía el peso de doce años.

Inspiré profundamente, tratando de mantener mi dignidad, que en ese momento estaba acurrucada en un rincón, lamiéndose las heridas.

—Te esperé —dije, con la voz siendo apenas un susurro—. En aquel entonces. Te esperé todos los días.

—Lo sé.

—No, no creo que lo hagas. —Apreté los puños—. Desapareciste. No escribiste. No llamaste. Ni siquiera una maldita paloma mensajera, Daniel.

Tensó la mandíbula.

—No podía arriesgarme a contactarte. No sin ponerte en peligro.

—Y, sin embargo, aquí estamos. El mismo hombre que se suponía que debía protegerme me secuestró en lugar de acercarse a mí como una persona civilizada y hablar conmigo sobre cómo mantenerme a salvo.

Se acercó a mí despacio, con cautela, como si no estuviera seguro de hasta dónde podía llegar.

—No estoy orgulloso de cómo sucedió. Pero si eso significaba mantener a Hector y a su hijo lejos de ti, lo volvería a hacer.

—Y mientras tanto —pronuncié, mirándolo con fría rebeldía—, cometí mis propios errores, así que supongo que no puedo pretender ser una santa. Pero de todo esto salió algo bueno, mi hijo.

Se agachó frente a mí, con voz baja y ronca.

—¿Es como tú?

Asentí.

—No ve a Callen lo suficiente como para aprender nada de él. —Me estremecí ante la amargura en mi voz—. Olvídate de mí. ¿Y tú?

—Estaba sobreviviendo. Tomé el control de la organización de Hector, aunque sigue por ahí y es jodidamente difícil deshacerse de él.

—¿De eso se trata? ¿Protegerme de él? Supongo que debería darte las gracias.

—No. —Su voz era de acero—. No quiero que me des las gracias. Solo quiero que lo entiendas. Me mantuve alejado, porque pensé que era la única manera de mantenerte a salvo.

—Podrías haber confiado en mí para tomar esa decisión por mí misma.

Cerró los ojos.

—No quería arrastrarte a esa oscuridad.

—Noticia de última hora —solté, poniéndome de pie y pasando a su lado —. Lo hiciste de todos modos.

Me acerqué a la ventana, la brisa fría se colaba por una pequeña rendija del marco, refrescándome las mejillas.

La habitación era lujosa. Las rosas florecían en cada detalle, pero el dormitorio no resultaba romántico. Parecía encantado. Como si los ecos de fantasmas e historias trágicas aún perduraran allí, bailando en torno al silencio, rozándonos los hombros cuando no mirábamos.

No dijo nada durante un largo rato.

—Sigues siendo lo más hermoso que he visto en mi vida.

Me giré.

—Los halagos no te van a hacer ganar el perdón, Daniel.

—No intentaba halagarte —declaró con voz ronca—. Simplemente estoy diciendo la verdad.

Dios me ayudara, pero lo sentí. El calor retorciéndose en lo más profundo de mi estómago. El recuerdo de su boca sobre la mía. Las mil formas en que me había amado en una sola noche doce años atrás... y las mil formas en que me había destrozado al marcharse.

—Has cambiado —señalé, entrecerrando los ojos.

—Tú también —murmuró.

—Tenía que hacerlo.

—Yo también.

Me moví para sentarme de nuevo, esta vez más atrás en la cama, dándonos espacio a ambos.

—Pensé que tal vez... tal vez volverías. Esperé tanto tiempo, Daniel.

Apretó la mandíbula.

—Lo siento, quería venir. Te lo juro por Dios, Ainslee. Pero Hector tenía ojos por todas partes. Si hubiera mostrado el más mínimo interés en ti, habría ido tras de ti. Te habría hecho más daño del que yo jamás podría haberte hecho, y eso, Ainslee... eso me habría matado.

Asentí lentamente, con la garganta anudada.

—¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —preguntó, levantando la vista—. Ahora soy más fuerte que él. Ahora estoy dispuesto a acabar con él si es necesario.

El ambiente entre nosotros cambió.

—Sigo furiosa y dolida —admití.

—Siempre te gustaba tirar cosas cuando estabas enfadada.

—Y tú sigues melancólico como un personaje de una novela romántica trágica.

Eso le arrancó una sonrisa, pequeña, pero sincera. Ambos volvimos a quedarnos en silencio.

Y entonces hice la pregunta que ninguno de los dos se había atrevido a formular todavía.

—¿Has seguido adelante?

Negó con la cabeza, sin dudarlo.

—Lo intenté. Hubo mujeres. Sin embargo, ninguna se acercó ni lo más mínimo. Pensaba en ti todos los malditos días. Soñaba contigo todas las noches. Me odiaba por ello. Odiaba lo mucho que te echaba de menos. Y sigo haciéndolo.

Mis labios se entreabrieron ligeramente.

—A veces te odiaba. Quería olvidarte.

—Pero no lo hiciste.

—No. —Bajé la mirada hacia mis manos—. No lo hice.

Daniel se acercó. Sin tocarme, todavía no, aunque lo suficientemente cerca como para sentir su calor.

—¿Y ahora qué? —pregunté, sin estar segura de querer la respuesta.

Su voz era firme, profunda y constante.

—Ahora lo arreglaré. Un respiro a la vez. Y te protegeré como debí haberlo hecho desde el principio.

—¿Y qué hay de mi corazón? —Quise saber en voz baja.

Esa era la verdadera pregunta.

Extendió la mano lentamente y tomó la mía con delicadeza, como si no estuviera seguro de que le dejara quedársela.

—Me pasaré el resto de la vida demostrando que puedes confiar en mí.

Lo miré, lo miré de verdad. La oscuridad. El daño. La devoción.

Y que Dios me perdonara, aún lo amaba.

Aún era él. Siempre él.

CAPÍTULO CATORCE

Ainslee

¿Y AHORA QUÉ? —PREGUNTÉ en voz baja.

Hubo un tiempo en que me hacía reír con solo una sonrisa torcida. En ese instante, su mera presencia hacía que mi pulso se acelerara.

No debería preocuparme por él, no después de lo que hizo. Ya me había destrozado una vez. Y había aprendido la lección: nunca dejes que nadie se anteponga a tu familia. Ellos eran mi prioridad. Siempre lo habían sido. Siempre lo serían.

Entonces, ¿por qué su presencia, tan cerca, tan dolorosamente familiar, me hacía difícil respirar?

—Todos vendrán a vivir bajo mi techo —anunció, con voz firme como el granito tallado. Tranquila. Controlada. Absoluta—. Pueden confiar en mí.

Siempre tuvo ese aire de autoridad. Seguridad de sí mismo. Inquebrantable. Tan diferente a Callen, que se había derrumbado bajo presión más veces de las que se había mantenido firme.

¿Pero confiar en él? ¿Con mi seguridad? Por supuesto, ¿con mi hijo? Sin lugar a duda. ¿Con mi corazón? *Quizás.*

—Fui a buscarte —susurré antes de poder detenerme.

Sus ojos parpadearon y la máscara se deslizó por un instante. No se lo esperaba. No era mi intención decirlo, sin embargo, la verdad llevaba años carcomiéndome. Lo había buscado. Había preguntado por ahí. Había tenido esperanza. Incluso cuando lo odiaba, esperaba que de alguna manera él encontrara el camino hacia mí y tuviéramos nuestro felices para siempre. Sí,

era una tontería y una ingenuidad, pero el amor es ciego y no conoce límites, incluso después del encuentro con su primo que me había asustado de muerte.

—Lo sé. —Su confesión me sorprendió—. Y créeme, mi primo pagó con su vida por atreverse a amenazarte.

Lo hizo para protegerme, mas eso no borró la traición. Ni el dolor. Ni el agudo aguijón de la humillación cada vez que imaginaba que él había elegido mantenerse alejado.

—Créeme, Ainslee, si hubiera podido hacerlo de otra manera, de una forma que me permitiera tenerlo todo, lo habría hecho —concluyó con voz ronca.

Una sombra pasó por sus ojos. El tipo de dolor que ningún encanto podía ocultar. También había algo más allí, algo áspero e inexpresado. Secretos. Violencia. Arrepentimiento. Ya no era solo el chico al que amaba. En ese momento, era más oscuro, más peligroso. Y más solitario de lo que jamás lo había visto.

Quizás eso siempre había estado en él, escondido bajo esa voz suave y esa sonrisa fácil. Yo había sido demasiado joven para verlo.

Pero ya podía verlo.

Se acercó. A solo un suspiro de distancia.

Su aroma... Dios, su aroma.

Seguía siendo Daniel. Esa colonia limpia y costosa con un toque de humo y cuero, envuelta en recuerdos que había pasado una década intentando olvidar. Me sumergió de vuelta a las noches enredadas entre las sábanas, de vuelta al calor de su piel y al susurro de su voz en la oscuridad.

El deseo surgió, agudo e inmediato. Mi cuerpo recordaba. Y, oh, cuánto lo extrañaba.

Todas las señales de alarma se encendieron en mi cerebro. No debería sentir esto. No debería dejarlo ver. Lamentablemente, la sangre de los McLaren que me corría por las venas nunca había sido buena para rechazar una pelea o un sentimiento.

Quería decirle que aún lo amaba. Que nadie se le había acercado. Que incluso cuando Callen lo intentó, incluso cuando me dio un anillo, un hijo, una versión de seguridad... nunca había sido lo mismo.

Sin embargo, sabía que no debía caer tan fácilmente esta vez.

Así que me enderecé. Endurecí la voz.

—¿Y ahora qué?

Los labios de Daniel se crisparon, solo un poco. Todavía había humor enterrado en él, en algún lugar profundo.

—Ahora comemos.

Arqueé una ceja.

—¿A estas horas?

—Es casi medianoche —dijo encogiéndose de hombros—. No has cenado. Así que vamos a cenar.

Crucé los brazos automáticamente.

—¿Y cómo sabes que no he cenado? —Solo esbozó una sonrisa burlona. La revelación me golpeó como una bofetada—. Me has estado siguiendo.

Esa misma sonrisa se hizo más amplia, con un aire de suficiencia que me enfureció.

—Por supuesto que sí.

—Entonces... ¿ahora eres un acosador?

—Hago lo que debo —argumentó, rodeándome y dirigiéndose hacia la puerta del dormitorio—. Por la gente que me importa.

La gente que le importaba. Mi cerebro se bloqueó.

Se me secó la boca.

¿Eso fue una confesión?

Antes de que pudiera responder, me dijo por encima del hombro:

—Prepárate en cinco minutos. Quizás quieras refrescarte.

—Para que conste, sigues siendo un cretino —murmuré entre dientes—. Y uno loco, además.

Se detuvo en el umbral y miró hacia atrás.

—Si necesitas algo, pregúntale al personal.

Al personal. Claro. Porque nada decía mejor bienvenida al cautiverio que el personal satisfaciendo todas tus necesidades.

Miré el armario; luego, mi vestido. Su estado arrugado no era precisamente un atuendo que infundiera confianza.

Debería haber estado planeando una huida, llamando a alguien, haciendo cualquier cosa menos dejar que este hombre me desestabilizara con una sola mirada.

Pero en lugar de eso...

En lugar de eso, me senté en el borde de la cama, con el corazón latiéndome a mil por hora como a una chica enamorada. Un enamoramiento estúpido, poderoso e inconveniente por el único hombre que me había roto el corazón de verdad.

El recuerdo de nuestro primer encuentro en un café me invadió. Era alto, moreno y encantador, con una sonrisa burlona y unos ojos que habían visto más de lo que un chico de su edad debería haber visto. Me invitó el café. Le di las gracias. Acabamos sentados durante horas.

Eso fue todo. Yo era suya.

Ingenua, me decía en este instante. ¿Pero lo era de verdad?

¿O solo real?

No me levanté. Todavía no. Necesitaba un segundo para recomponerme. Para respirar. Quizás Islaine tenía razón, las mujeres fuertes no daban segundas oportunidades, pero con Daniel, yo no era fuerte. No necesitaba serlo, porque él siempre era el fuerte.

Y la idea de que Daniel estuviera herido, seguía sin sentarme bien, y de alguna manera pensé que eso lo decía todo.

Se me escapó una risa ahogada.

Se giró de nuevo, captándola.

—¿Qué es tan gracioso?

Negué con la cabeza.

—Nada. Solo que... es una tontería comer a mitad de la noche. No le hará bien a mi figura.

Su mirada recorrió mi cuerpo, lenta y ardiente. Se me cortó la respiración.

—Tu cuerpo —confesó bruscamente—, es perfecto. —Un fuego se encendió bajo mi piel. No podía apartar la vista—. Y, si alguien dice lo contrario, lo eliminaré. Tú, Ainslee, eres la mujer más hermosa que he visto jamás.

La forma en que pronunció mi nombre, Dios, me desmoronó. Su tono era tranquilo pero firme y lleno de promesas.

Mi mente se bloqueó con imágenes que no debería haber imaginado.

Señaló mi vestido.

—Está manchado. —Bajé la mirada y noté la leve mancha que ni siquiera había percibido antes—. Hay ropa para ti en el armario. Elige algo. Si necesitas algo que no esté ahí, avísales.

Lo que necesitaba no estaba en una percha.

Nuestras miradas se cruzaron de nuevo. Fuego. Hambre. Doce años de anhelo se arremolinaban entre nosotros.

¿Me deseaba como yo lo deseaba a él? Que Dios nos amparara.

Estuve a punto de decirle que no necesitaba comer. Que mi apetito se inclinaba más hacia... deseos carnales. Pero, por suerte, aún me quedaba un

ápice de dignidad.

Apenas.

Se apartó deteniéndose en el umbral. Su mirada se aferró a la mía como una atadura.

—Date prisa. Después de doce años, por favor, ten piedad y no me hagas esperar.

Y así, recordé por qué de este hombre, esta fuerza de la naturaleza peligrosamente magnética e irresistible, era tan fácil enamorarse. No porque dijera lo correcto ni porque pareciera el pecado con un traje a medida, sino porque bajo toda esa oscuridad y acero, había algo crudo y real. Algo que resonaba en lo más profundo de mi ser, en mi parte más ingenua. No solo entraba en una habitación, la dominaba. Y, de alguna manera, sin intentarlo, seguía siendo suya. Mi respiración. Mi pulso. Mis recuerdos. Mi estúpido y obstinado corazón.

Era una tormenta que nunca dejé de perseguir... incluso cuando fingía que sí.

La pregunta era si adentrarme en la tormenta llamada Daniel Carrington sería mi destrucción o mi salvación.

CAPÍTULO QUINCE

Ainslee

DE PIE FRENTE AL armario abierto, rebusqué entre la ropa. El hombre no había pasado por alto ni un solo detalle. Cada prenda era de alta gama, sedas, cachemir, ese tipo de sastrería que susurraba riqueza. Incluso había accesorios, bandejas para joyas, bufandas y una colección de zapatos que parecían sacados de un reportaje de moda de lujo.

Tentador, sí. Pero no estaba dispuesta a jugar a disfrazarme solo porque Daniel Carrington tuviera buen gusto y demasiado dinero. Aun así... siempre había tenido debilidad por las cosas que brillaban.

Con un suspiro, tomé unos *jeans* oscuros y una blusa verde bosque. Era una de las opciones más sencillas, aun así, la tela era pecaminosamente suave y el escote pronunciado gritaba seducción accidental. Por supuesto que sí. Nada en esta habitación carecía de intención.

Bajé la mirada hacia mis pies descalzos, dudando. Una cosa era arreglarme para cenar, pero hacerlo a medianoche me parecía ridículo. ¿Acaso había algún código de vestimenta para las cenas después de un secuestro?

Agachándome para examinar las cajas de zapatos, abrí una tapa y solté un grito ahogado.

—Demonios.

Había dado en el clavo. Jimmy Choo. Y no cualquier par de Jimmy Choos: eran de mi talla, de mi estilo, como si los hubiera escogido yo misma. Maldito sea.

Sostuve el elegante par negro con un discreto tacón de cinco centímetros, su elegancia era innegable. Dios, cómo me apetecía ponérmelos. Pero hacía años que no usaba tacones tan altos. No formaban parte de mi rutina nocturna. No como madre. No como alguien que, hasta este secuestro, solo cenaba con la familia y los amigos, o a veces incluso cenaba de pie delante del microondas.

Así que ganaron los pies descalzos.

Guardé los zapatos en su caja con cuidado y me puse de pie, alisándome la blusa sobre las caderas.

—Es ridículo arreglarse para cenar a medianoche —murmuré, mirándome en el espejo—. Tiene suerte de que no aparezca en pijama. A estas horas debería estar desvistiéndome, no arreglándome.

Aun así, no podía negar que la blusa le sentaba de maravilla a mi escote.

Con una última mirada hacia el armario, y a la tentación brillante que contenía, negué con la cabeza. No estaba allí para seguirle el juego. Me presentaría arreglada, sí. Pero según mis condiciones.

Cómoda. Sin complejos. Ligeramente, sarcástica.

Entré en el baño y encontré una gran variedad de productos para el cuidado de la piel y artículos de aseo. Nadie podría acusar a mi anfitrión de no ser meticuloso. Mirando fijamente mi reflejo, me sentí un poco horrorizada por lo que vi. Los ojos me brillaban de emoción y las mejillas se me tiñeron de un ligero rubor.

«¿Quién necesita maquillaje cuando tienes a Daniel Carrington?» reflexioné, llevando la estupidez a un nivel completamente nuevo.

Tras unas cuantas pasadas con el cepillo, me veía bastante presentable. Apenas había dejado el cepillo sobre la encimera de mármol cuando se oyó un golpe en la puerta del dormitorio. Respiré hondo y me acerqué, abriendo la puerta para encontrarme con una mujer en el umbral.

—Señorita McLaren, hola. He venido a acompañarla al comedor. —Me sonrió con dulzura y, si hubiera tenido fuerzas, me habría reído de aquella situación tan cómica.

Era plena noche y había venido a *acompañarme* a cenar. Daniel estaba claramente loco. No había otra explicación para ello.

—No tenía por qué levantarse de la cama para esto —le dije—. Siento las molestias.

—Oh, no es ninguna molestia. Llevo muchos años siendo la ama de llaves del señor Carrington, realmente no es ningún problema.

Dudaba que lo hubiera dicho, aunque estuviera de acuerdo conmigo. Aquello era una locura, y tenía la intención de decírselo a Daniel en cuanto lo volviera a ver.

Salimos del dormitorio y bajamos por la lujosa escalera. Aquella casa era un palacio, lo que me hacía preguntarme dónde estaba exactamente. Todo allí estaba impecable y, a falta de una palabra mejor, antiguo.

Incluida la barandilla de caoba intricadamente tallada.

Mientras bajaba, mis manos se deslizaron sobre la madera pulida y mis ojos siguieron la suave curva hasta el final de la escalera, donde Daniel estaba de pie con la mirada fija en mí.

La mera visión de él casi me dejó sin aliento. Se había puesto unos *jeans* oscuros y una camisa negra, y estaba tan guapo con ese sencillo atuendo como con un traje de tres piezas. Nuestras miradas se cruzaron, atrayéndome hacia él como si estuviera proyectando esa atracción ineludible que siempre habíamos sentido el uno por el otro.

Incluso en el vestíbulo, con la luz tenue, sus ojos me mantuvieron cautiva.

No se movió ni dijo nada, solo siguió mirándome. Como si me hubiera estado esperando toda su vida.

Cuando llegué al tercer escalón desde abajo, me detuve y quedé a la altura de sus ojos. Algo brilló en sus profundos y oscuros ojos, pero su expresión se cerró casi al instante. Era casi surrealista que estuviera tan cerca de mí; su mandíbula firme y sus sensuales labios a solo centímetros de distancia. Si me inclinaba, su boca se encontraría con la mía.

Daniel levantó la mano y me rozó el labio inferior con el dedo, como si hubiera leído mis pensamientos. Tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no revelar lo mucho que me afectaba ese simple roce. En lugar de eso, me agarré a la barandilla para impedirme alargar la mano hacia él.

Me rodeó la cintura con el brazo.

—Vamos a cenar.

—Daniel, no deberías hacer que tu personal trabaje hasta tan tarde solo para prepararnos la cena —reprendí en voz baja—. Si no sabes prepararte un sándwich, yo soy perfectamente capaz de hacerlo para los dos.

Su mano se deslizó hasta la parte baja de mi espalda y me guio hacia delante, me irritaba que no respondiera, pero estaba loco si pensaba que iba a dejarlo pasar.

Entramos en un comedor con capacidad para unas cincuenta personas. En el extremo más alejado de la larga mesa, se habían dispuesto dos cubiertos, con una suave luz de velas brillando entre ellos.

Daniel me apartó una silla y me dejé caer en ella con un murmullo de agradecimiento. Mientras se dirigía a su asiento, eché un vistazo al gran espacio. Era demasiado formal para mi gusto.

Justo cuando Daniel se sentó, entró en la sala un hombre vestido con lo que parecía un traje de mayordomo. Se acercó a nosotros con una bandeja, se detuvo para colocar copas de cristal delante de nosotros y las llenó de *champagne.*

—Gracias, Grant. Ella es Ainslee. Se quedará con nosotros un tiempo. —Daniel me miró y continuó—: Grant forma parte de nuestra casa y le confiaría mi vida. Puedes confiar en él.

Sonreí.

—Encantada de conocerlo.

—Igualmente, señora. Gracias, señor. —El hombre hizo una reverencia, una *reverencia* de verdad y luego dijo—: La cena se servirá en breve.

Desapareció tras una puerta batiente que supuse que daba a la cocina, y volví la cabeza para encontrarme de nuevo con la mirada de Daniel fija en mí.

—¿Por qué no me dejas preparar algo de comer? —pregunté, sintiéndome algo nerviosa—. Una cena formal a estas horas me parece una tontería. Además, ¿no crees que hay cosas más importantes de las que deberíamos hablar que la cena?

—¿Cómo qué?

—Como que nunca volviste conmigo como prometiste.

Se hizo un breve silencio.

—Quería hacerlo —manifestó con voz tensa—. Pero mi familia te habría hecho daño. Era por tu propio bien.

—Qué bien que pensaras por ti y por mí —reviré entre dientes.

—¿Perdón?

Negué con la cabeza.

—No importa. Volvamos a la comida, puedo preparar algo rápido.

—Quizás quiero impresionarte —replicó secamente.

Negué con la cabeza, incrédula, sin saber si creerle o no. Tenía que estar bromeando.

—Quizás quieras impresionarme el día de mañana —sugerí, poniendo los ojos en blanco—. Sinceramente, es que estoy agotada y ni siquiera tengo mucha hambre. Prefiero irme a la cama.

Por suerte, antes de que pudiera decir nada más, un alboroto en la habitación contigua me hizo girar la cabeza en esa dirección. Grant había abierto la puerta, dejando entrever la cocina que había detrás de él mientras volvía a entrar en el comedor, llevando una bandeja cargada con dos cuencos y una cesta de pan.

Dejó la cesta entre nosotros y luego colocó un cuenco delante de mí y otro delante de Daniel.

Se me escapó un suave gemido al ver que era sopa.

—¿No le gusta el *cock-a-leekie*, señorita? —preguntó Grant con educación.

—No pasa nada. De verdad —respondí rápidamente, alzando la vista para observar al camarero—. Solo espero que no sea una cena de cinco platos. Es un poco tarde para todo esto. —Dirigí mi mirada a Daniel—. ¿No te parece?

—Déjanos solos. —La voz de Daniel resonó como un latigazo en la inmensa sala.

Grant se enderezó de inmediato y se marchó sin siquiera mirarme. En cuanto se fue, abrí la boca, incapaz de guardar silencio.

—Eso fue grosero —siseé—. Primero, tienes a esta pobre gente trabajando en plena noche, y encima te comportas como un auténtico imbécil.

La sorpresa ante mi arrebato se reflejó en sus ojos, pero la disimuló rápidamente.

—¿Preferirías que no nos sirvieran? —cuestionó en su lugar—. ¿Que tuviéramos que ir por nuestros propios platos?

—*Sí* —asentí con indiferencia—. ¿Y quién come así a medianoche, Daniel? En serio.

Pareció reflexionar sobre mis palabras antes de tocar la campana que no había visto junto a su plato. Dos de sus empleados, junto con Grant, regresaron de inmediato.

—Mis disculpas por mi comportamiento brusco —dijo Daniel en tono tranquilo—. Por favor, retírense a descansar. No hay necesidad de mantenerlos despiertos cuando Ainslee y yo podemos servirnos solos.

—Pero tenemos que limpiar —protestó Grant.

—Puede esperar hasta mañana —replicó Daniel, dejando claro que no aceptaría un no por respuesta—. Buenas noches.

Asintieron y se retiraron, y Daniel tomó un panecillo.

Lo vi untarlo con mantequilla como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, y cuando se lo llevó a la boca, juraría que se me erizó la piel. Daniel tenía unos labios carnosos preciosos y, por desgracia, aún recordaba el placer que eran capaces de proporcionar.

Aunque no pude evitar preguntarme si mis recuerdos me estaban jugando una mala pasada y si la ausencia del tacto de un hombre había intensificado esos recuerdos.

Le dio un mordisco al panecillo; sus dientes fuertes me provocaron algunas ideas inquietantes. Ideas deliciosamente inquietantes.

«Por Dios, debería plantearme seriamente la idea de masturbarme».

O eso, o podría haberme abalanzado sobre este hombre allí mismo, al diablo con esta cena.

—¿En qué piensas? —preguntó Daniel mientras seguía masticando su comida y yo esperaba... No sabía qué, en realidad.

—Nada —repliqué, entrecerrando los ojos para mirarlo.

Inclinó la cabeza, mirándome con expresión desconcertada.

—Los mandé a la cama —dijo finalmente—. ¿Pero sigues... disgustada?

Suspiré, sin querer admitir que mi agitación podría tener más que ver con mi libido. Así que me conformé con una mentira.

—Me sorprendiste, eso es todo.

—¿Discutimos un rato? —preguntó, con una leve sonrisa en los labios.

—No —alegué rápidamente—. Lo que hiciste estuvo bien.

Se levantó de la silla y se dirigió con paso firme hacia lo que parecía una especie de despensa. Se quedó allí de pie, supongo que examinando la comida, mientras yo bajaba la mirada. No pude evitar admirar su espalda fuerte y *ese* trasero. Dios, tenía un trasero precioso.

—¿Me estás mirando? —inquirió con un toque de humor en su voz, y levanté la vista de golpe. Me había pillado.

—Solo intentaba ver qué han hecho los últimos doce años en tu físico —afirmé con indiferencia, encogiéndome de hombros.

¿Qué quería de mí? Nunca había pretendido ser una santa.

Cuando volvió a la mesa, sus labios esbozaban una pequeña sonrisa cómplice.

—Por favor, quita esa sonrisa de tu cara —gruñí—. Realmente es demasiado tarde en el día, digo en la noche, para eso.

—No has cambiado.

Por un momento, me quedé atónita y en silencio. Estaba muy lejos de ser la mujer que él había conocido hacía doce años.

—Creo que ambos hemos cambiado —admití—. Era inevitable.

Nuestras miradas se cruzaron mientras el silencio se apoderaba de la habitación, y un millón de emociones llenaban el espacio entre nosotros.

—Siento no haberte visto aquel día que viniste a buscarme.

Su repentino cambio de tema me pilló desprevenida.

—¿Lo sientes? —Mi corazón se aceleró. La mirada en sus ojos era salvaje.

—Vi las imágenes de las cámaras de seguridad —explicó, con la ira reflejada en su voz—. Ese enfermo estaba tan cerca de ti que casi pierdo el control. Desde que era niño y presencié la muerte de mi madre, no había sentido tanto miedo como cuando te vi a su alcance.

Un leve jadeo escapó de mis labios y resonó en la habitación como un trueno, percibí un odio puro en su voz y un terror absoluto en sus ojos.

Extendí la mano y cubrí la suya con la mía.

—Lo siento —murmuré—. Me dijo que estabas dentro. Teniendo... sexo con alguien —añadí en voz baja—. Aunque algo me inquietó de él, y no me quedé para averiguar qué era. De todos modos, pensé que era mejor no interrumpirte... —Dejé la frase inconclusa.

Posó la palma de su otra mano sobre el dorso de la mía. Luego, apartó la vista de nuestras manos entrelazadas para mirarme a los ojos.

—No estaba con una mujer. Estaba interrogando a un miembro de una banda rival. Hasta que murió. —Su voz era apagada, apática. Como si estuviera recitando una lista de la compra, no contándome que había asesinado a alguien.

Mi cuerpo se paralizó ante su confesión, pero no me aparté.

¿Quizás esa indiferencia era su forma de lidiar con todo? ¿O quizás yo estaba inventando excusas? No estaba segura.

—¿Qué te pasó? —susurré, sin apartar la vista de él. Había cambiado tanto, no obstante, creía que aún quedaba algo de bondad en su interior. Yo era joven por aquel entonces, mas no estúpida. Y, en ese instante, lo veía con claridad. ¿De qué otra forma podría explicar su insistencia en

protegerme a mí y a mi familia?—. Veo destellos de tu antiguo yo, pero has cambiado. Mucho.

—No soy un buen hombre. Probablemente, no sea adecuado para ti, Ainslee.

La ira se encendió en mi interior ante esas palabras.

—Creo que ya estoy harta de que otros decidan lo que quiero y necesito, de que moldeen mi vida por mí.

—Ah, ahí está. —Sus labios se torcieron hacia un lado, y quise acariciarlos con los dedos para ver cómo se curvaban en una sonrisa feliz.

—Tú no eres como él —musité. No estaba segura de dónde había salido ese pensamiento, pero me golpeó como un rayo.

—¿Quién? —indagó, levantando una ceja. Nuestras manos seguían entrelazadas y él había empezado a dibujar círculos en mi piel con su pulgar.

—Tu primo —dije, intentando ignorar el efecto que su tacto tenía en mi autocontrol. «*Concéntrate, Ainslee».* Me aclaré la garganta y continué—: Había algo que no me cuadraba en él. Desde el momento en que abrió la boca para hablar, percibí la malicia profundamente arraigada que emanaba de él a oleadas. Tú *no* te pareces en *nada* a él, Daniel.

—Eso espero.

—Créeme —afirmé con convicción—. Nada. Como. Él.

—Yo lo maté.

—Bien. —Si esta noche iba a estar llena de confesiones, no iba a fingir que me molestaba que Daniel hubiera matado a su primo. No me molestaba, porque había visto la maldad en su rostro, y algo me decía que apenas rozaba la superficie de su verdadero yo.

—Después de ese día, empezó a preguntar por ti, incluso te siguió —extendió—. No podía permitirlo.

—¡Qué asco! —exclamé repugnada—. Me alegro de que lo mataras.

Él claramente no esperaba que dijera eso, porque sus ojos oscuros brillaron.

—Siempre consigues sorprenderme, Ainslee.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, seguro que lo echabas de menos.

Se llevó mi mano a la boca, rozando mis nudillos con sus suaves labios.

—Lo hice, Ruiseñor… mi *nightingale* —susurró con voz ronca contra mi piel, mientras yo contuve la respiración—. Lo extrañé todo.

El corazón me latía con fuerza. Mi alma cantaba. Y mi cuerpo se derretía. Por Dios. Debería haberle costado un poco más seducirme. Pero, por desgracia, si me pidiera que me desnudara en ese instante, rompería la barrera del sonido.

—Y ya que estamos hablando de todo, ¿podemos hablar de cuál es el plan? —pregunté, optando por ignorar sus últimas palabras. Daniel no era tonto, sabía exactamente cómo me sentía. No tenía ninguna duda al respecto —. Bram tendrá preguntas y mi madre también. Y, créeme, es implacable cuando quiere respuestas.

—Tú también —reflexionó.

—No sé si eso es un cumplido o no —me quejé, aunque no pude evitar sonreír—. Mi madre tiene muchas citas médicas y una vida social muy activa que querrá mantener.

Se rio. Se rio a carcajadas.

—Ya sé. Un grupo de mujeres leyendo erótica —replicó, con los ojos brillando de diversión.

—¡Oye! No hay nada de malo en *lo erótico* —defendí.

—Oh, estoy de acuerdo.

Me sonrojé y aparté la mano de la suya, presionándola contra mi cara. Fue un error, porque en ese momento mi piel olía a él, y me vinieron a la mente imágenes salvajes. Este hombre me tenía tan excitada que temía mojarme no solo las bragas, sino también los pantalones.

Sus labios seguían retorciéndose con esa sonrisa torcida, y me di cuenta de que sabía exactamente lo que me estaba haciendo. ¡Qué hombre tan arrogante!

—Iremos a buscar a tu madre y a Bram, juntos —informó, sin parecer en absoluto afectado—. Los traeremos aquí. —Me quedé boquiabierta mientras lo miraba con asombro. No había otra forma de describir mi expresión de estupefacción—. Me pediste el plan, y te lo voy a contar. *Ya te lo dije*. Los mantendré a salvo.

—¿C-contigo? ¿Solo n-nosotros? —tartamudeé, sintiéndome tonta. Si estuviéramos todos juntos, mamá se enteraría de mi enamoramiento por Daniel y nunca lo olvidaría. Pero en el fondo, eso era lo de menos. Estaríamos a salvo. Y... vería a Daniel todos los días.

«Me quiere. No me quiere». Maldita sea, la voz en mi cabeza me estaba atormentando otra vez.

—Mañana iremos a tu casa, tal como estaba previsto —anunció con calma. No debería sorprenderme que conociera mi rutina cuando viajaba a Londres: actuar, pasar la noche en un hotel e ir al pequeño café francés de la esquina y luego un vuelo directo de regreso a la casa de campo—. Una vez que lleguen, tendrán todo lo que necesiten aquí.

Le creí.

—¿Dónde es *aquí*?

—En mi propiedad, en *Longniddry.*

Debí haber oído mal.

—¿Estamos en Escocia?

—Sí.

—Creía que vivías en Londres —refunfuñé estúpidamente. Estuve inconsciente durante mucho tiempo cuando me secuestró. ¿Cómo demonios se las arregló para subirme al avión mientras estaba inconsciente?

«Está borracha», me burlé de las situaciones imaginarias que se me pasaban por la cabeza. *«Le da miedo volar y se tomó demasiadas pastillas para dormir».*

Aunque lo más probable era que nadie se atreviera a hacerle preguntas *a* Daniel Carrington.

—El castillo de Seton está cerca de tu casa —interrumpió mis pensamientos.

Me dejé caer en la silla, mi mente dando vueltas con esta nueva información.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo tan cerca de...? —Cambié de tema antes de poder condenarme aún más—. ¿Tan cerca de Edimburgo?

—Lo compré mientras aún estaba en el servicio militar, pero casi nunca he estado aquí. Solo unas pocas personas saben que soy el propietario. La mayor parte del tiempo estoy en mi *penthouse* en Londres. —Asentí, aunque no sabía por qué. Me molestaba que nunca se hubiera puesto en contacto conmigo—. Come algo. Te sentirás mejor.

—Todo este tiempo... —susurré distraídamente.

—Ainslee. —Su voz me hizo levantar la vista hasta que nuestras miradas se cruzaron—. Lo compré para estar cerca de ti. —Mi boca se abrió en una "O" silenciosa ante su confesión. ¿Cómo podía estar allí sentado con tanta calma, llevándose cucharadas de sopa a la boca, después de soltar una bomba como esa?

Sentí una opresión en el pecho ante el torrente de emociones y estuve a punto de romper a llorar.

¿Qué tenía él? ¿Cómo podría pasar por alto los graves delitos que me había confesado y, al mismo tiempo, no ser capaz de dejar de lado mi enfado con Callen por las decisiones tan tontas que había tomado? Bueno, aparte de sus últimas decisiones, *tan* reales y estúpidas. Apenas había hablado con mi exnovio, salvo para compartir detalles sobre Bram. Ni siquiera había respondido a mis mensajes, y no me importaba. ¿Pero con Daniel...? ¿Hasta dónde llegaría con él antes de encontrar algo que no pudiera perdonar?

Eso decía mucho de mis ideas erróneas y mis prejuicios. ¿Verdad?

Sin embargo, era Daniel quien actuaba, decididamente y sin disculpas, después de que Callen no hubiera hecho más que estresarme, decepcionarme y, más recientemente, traer el peligro directamente a mi puerta como si fuera un maldito regalo de inauguración de casa.

A pesar de todo lo que Daniel era, irritante, prepotente y tan emocionalmente esquivo como siempre, no era pasivo. Y eso, en la situación actual, lo cambiaba todo.

Respiré hondo, me concentré y tomé la cuchara. La sopa que tenía delante estaba caliente y fragante, una crema de tomate que olía como si llevara horas cocinándose a fuego lento. Por suerte, no me caería pesada en el estómago, a diferencia de todo lo demás que me agobiaba.

Bram. *Mum.* El pasado. La tensión imposible entre nosotros. ¿Por dónde demonios debía siquiera empezar?

Levanté la mirada instintivamente y vi que Daniel ya me estaba observando.

Por supuesto que lo estaba haciendo.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos, intensos e indescifrables. Los mismos ojos en los que me había ahogado doce años atrás. ¿Y esta noche? No se habían suavizado. Simplemente, se habían vuelto más profundos, cargados de secretos, de tiempo y de una soledad brutal que reflejaba la mía.

La atracción entre nosotros no era solo un recuerdo: estaba viva. Vibraba en el aire como la electricidad antes de un rayo. Juraría que podía alimentar toda esta maldita mansión.

Me aclaré la garganta.

—Mirarme fijamente no hará que coma más rápido.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

—No tengo prisa.

Entrecerré los ojos, removiendo la sopa sin rumbo fijo.

—Quizás tú no. Pero yo sí. Puede que algunos de nosotros queramos llegar a la parte en la que podamos desatascar nuestras vidas.

Su sonrisa no se desvaneció.

—Estás comiendo sopa con una blusa de seda y *jeans* de marca en un comedor con temperatura controlada y una chimenea crepitando a tres metros de distancia. No finjamos que esto es una situación de rehenes.

—Me engañaste —murmuré—. Solo porque la jaula sea dorada no significa que no siga encerrada dentro.

Se inclinó hacia adelante, apoyando los antebrazos en la mesa, y bajó la voz hasta que me envolvió la columna como humo cálido.

—No estás encerrada, Ainslee. Estás protegida.

Resoplé.

—Lo dices como si hubiera alguna diferencia.

—La hay cuando alguien te tiene en la mira —pronunció en voz baja.

El silencio se extendió entre nosotros. Denso. Real. Porque tenía razón y ambos lo sabíamos.

Bajé la cuchara, con el apetito desvaneciéndose.

—No me importa lo que pienses de Callen. Nunca me lo perdonaría si Bram o *Mum* se vieran atrapados en el fuego cruzado de su imprudencia.

—Tú no eres quien los puso en peligro —corrigió Daniel, con voz seca —. Y no voy a dejar que les hagan daño. Tienes mi palabra.

—Tus palabras solían significar todo para mí —le recordé en voz baja, sin poder ocultar el dolor en mi voz—. Pero entonces...

No había necesidad de terminar la frase porque el significado era claro e hizo que Daniel se estremeciera, apenas, aun así, lo noté.

—Si te hubiera contactado, te habrían encontrado.

—No lo sabía —objeté—. Lo único que sabía era que te habías ido. Y tuve que recomponerme sin saber si habías muerto o simplemente habías terminado conmigo.

—No había terminado —afirmó, con voz áspera—. No contigo.

—Entonces, ¿por qué me sentí como si fuera desechable? —Mi voz se quebró en la última sílaba y me odié a mí misma por ello.

Exhaló y se echó ligeramente hacia atrás en la silla.

—Porque pensé que protegerte significaba dejarte ir. Pensé que alejarme evitaría que el peligro te alcanzara. Pero me equivoqué.

Parpadeé, con el pecho oprimido.

—¿Y ahora qué? ¿Crees que arrastrarme a tu casa y darme sopa a medianoche va a arreglar el pasado?

—No. Pero es el primer paso para construir algo nuevo.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Crees que podamos?

—No lo sé —admitió—. Pero sé que no me iré otra vez. Si hay la más mínima posibilidad, la aprovecharemos. *Juntos.*

Esa sola palabra, juntos, me pareció un salvavidas sobre las ruinas de todo lo que solíamos ser.

Volví a cerrar los dedos alrededor de la cuchara, solo para darle a mis manos algo que hacer. Mi voz sonó más grave de lo que pretendí.

—Sigues siendo imposible, ¿sabes?

Daniel sonrió, y el chico del que me había enamorado una vez brilló por un breve y cegador instante.

—Y tú sigues siendo la única mujer que ha logrado importarme de verdad.

Lo observé, durante un buen rato.

—Esto no va a ser fácil.

Negó con la cabeza.

—Nunca lo ha sido.

—Pero sigues aquí.

—Siempre quise estarlo.

Miré fijamente la sopa, sintiendo un ardor punzante detrás de mis ojos. Maldita sea.

Ese hombre tenía una forma de desarmarme, incluso cuando intentaba mantener la compostura.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Ainslee

—MAÑANA TE ENSEÑARÉ LA casa —indicó Daniel mientras me acompañaba fuera del enorme comedor, con la mano en mi espalda—. Espero que te guste estar aquí.

Incliné la cabeza para estudiar su perfil.

—Lo poco que vi me pareció precioso —agregué, y lo decía en serio.

—Piensa en ella como tu hogar. Si hay algo que quieras cambiar, siéntete libre de hacerlo.

Una risita incómoda se me escapó.

—Daniel, no puedo simplemente apropiarme de tu casa.

—Ya te lo dije: ahora también es tuya.

Una sonrisa incómoda se dibujó en mis labios.

—Te das cuenta de que, cuando sea seguro, mi madre querrá volver a su casa. Y yo iré con ella. Me necesita.

Lo último que quería era darle falsas esperanzas de que este arreglo fuera permanente. Además, la única forma en que daría ese paso sería si nos casáramos. ¿Qué podía decir? En ese sentido, era de la vieja escuela.

—Lo entiendo, pero este es el mejor lugar para ti ahora. Ninguno de nosotros puede saber cuándo será seguro disminuir la seguridad.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que el peligro haya quedado atrás?

—Ainslee, tengo muchos enemigos —respondió con un suspiro—. Mi tío es una amenaza inmediata para ti, pero hay otros que no dudarán en

utilizarte a ti y a tu familia para llegar hasta mí. No permitiré que ninguno de ustedes se convierta en su objetivo.

Fruncí el ceño.

—¿Qué dices, Daniel? —No quería malinterpretarlo. Aunque confiaba en él para nuestra seguridad, no estaba lista para renunciar al control total de mi vida. Necesitaba saber su plan a largo plazo. No podía esperar que nos quedáramos aquí indefinidamente, ¿verdad?

Sus labios se apretaron en una línea tensa, y supe que no me respondería. Fueran cuales fueran los secretos que Daniel guardaba, no estaba dispuesto a compartirlos. No debería haberme dolido, pero nunca había habido mucho lugar para los *deberías* en asuntos del corazón. Había sobrevivido los últimos doce años sin él, y sabía que podría arreglármelas durante los próximos doce. Y, *sin embargo…*

Absorta en mis pensamientos, no me di cuenta de que nos habíamos detenido frente a la puerta de mi dormitorio.

Me giré hacia Daniel, y la expresión en sus ojos hizo que se me acelerara el corazón.

Cuando nuestras miradas se cruzaron tantos años atrás, todo mi mundo giró sobre su eje, inclinándose hacia este hombre. No deseaba nada más que simplemente estar con él.

Incluso en ese momento, al mirarlo, me costaba ver al mafioso duro y despiadado. O tal vez era su oscuridad lo que me atraía. Lo que me sedujo.

Debería haber luchado contra esta atracción, esta obsesión por él. No era más que mi primer flechazo. Mi primer amor. Mi primer todo. Nunca estuvo destinado a durar. Entonces, ¿por qué no podía dejarlo ir?

Con las manos temblorosas, extendí la mano hacia él, desconectando mis pensamientos acelerados. El pasado. El presente. El futuro.

Mi palma descansó sobre su pecho, sintiendo los fuertes latidos que retumbaban al unísono con los míos. Después de todos estos años, seguía sintiendo una conexión innegable con él. Claro, teníamos química, pero también había algo más profundo, y eso me aterrorizaba. Porque podría destruirme. Aniquilarme por completo.

Los ojos de Daniel se encontraron con los míos y sentí que me ardían las mejillas, mientras el deseo por él se extendía por cada uno de mis átomos. El pasillo estaba en silencio, pero su lujuria por mí era ensordecedora. Colocó suavemente su dedo índice en mi mandíbula, recorriéndola con la ligereza de una pluma. Bajó por mi cuello, sobre la parte delantera de mi

garganta y atravesó el centro de mi pecho. Mi respiración se volvió pesada y mis pezones se endurecieron, haciendo que un calor húmedo se acumulara entre mis muslos.

Se alzaba imponente sobre mí y, cuando su cuerpo duro se inclinó hacia el mío, acogí su calor. Apretándome contra él, dejé que mi ansia se apoderara de todos mis sentidos.

¿Era una estupidez? *Quizás.*

¿Acabaría en desamor? *Probablemente.*

Deslizó la punta de la nariz por mi mejilla, un gesto suave pero apasionado. Su respiración estaba entrecortada, y juraría que esto lo afectaba tanto como a mí.

Se apartó ligeramente, capturando mi mirada mientras deslizaba el pulgar por mi labio inferior.

—Ya no sé cómo ser delicado —me advirtió en voz baja.

Algo peligroso se reflejaba en sus ojos, pero una parte de mí, anhelante, lo deseaba. Lo quería por completo. Arqueé la espalda hacia él, dándole la respuesta que mis labios no podían pronunciar.

Mi clítoris palpitaba, cada célula de mi cuerpo lo llamaba. Mis labios se separaron e introdujo su pulgar en mi boca. Cerré los labios sobre él, mordiéndolo. Como si ese pequeño acto fuera a evocar en él el dolor que me había causado.

Daniel apretó la mandíbula y fue como si me echaran agua helada. El arrepentimiento se apoderó de mí. ¿Le había hecho daño? Envolví su dedo con la lengua, tratando de calmar el dolor.

Sus músculos se tensaron bajo mi tacto y esperé a lo que vendría después.

—Dame lo que puedas —susurré, consciente de las consecuencias de esas palabras y sin importarme ni lo más mínimo. No mientras mi siguiente respiro dependiera del tacto de este hombre—. Puedo manejarlo.

Las palabras apenas habían salido de mi boca cuando sus manos me rodearon con firmeza la cintura y me levantó para llevarme al otro lado del umbral y cerrar de un portazo tras nosotros. No tenía ni idea de cómo acabamos en la cama, pero mi espalda chocó con las almohadas mientras nuestras bocas se fundían con avidez.

Me quitó la blusa por la cabeza de un solo tirón, arrojándola descuidadamente al suelo. Mis *jeans* y mis bragas fueron los siguientes, arrancados de mi cuerpo en un abrir y cerrar de ojos. Con su mirada oscura fija en mí, me separó las piernas. Estaba desnuda ante él, una ofrenda para

su placer. Sus manos recorrieron mis muslos, con una suavidad sorprendente, mientras bajaba la cabeza hacia mi intimidad.

En el instante en que su boca cubrió mi coño, atrayendo mi clítoris hacia su calor, un placer ardiente me recorrió y arqueé mi cuerpo hacia él. Daniel succionaba y lamía con el ardor de un hombre hambriento. Mis manos se extendieron hacia él, enredando mis dedos en sus oscuros mechones.

—¡Oh, Dios! —suspiré, a la par que el calor abrasador me derretía por dentro.

Me mordió el clítoris y las estrellas estallaron tras mis párpados. Le agarré el cabello mientras oscilaba entre el placer y el dolor. Un gruñido brotó de la garganta de Daniel, y mis gemidos se unieron a él en un eco que resonó por toda la habitación.

Su lengua se deslizó dentro de mí, empujando, girando, lamiendo, y mi cuerpo se estremeció con la necesidad de liberarse. La forma en que me comía parecía casi desesperada, como si lo impulsara una fuerza insaciable. Deslizó dos dedos dentro de mí, bombeando con intensidad. La sinfonía de placer y dolor hizo que mi espalda se arquease fuera de la cama y encendiese cada una de mis neuronas.

—No es Dios —gruñó, mientras sus labios me rozaban la piel sensible y sus dedos penetraban en mi interior—. Ni mucho menos.

Necesitaba más. Mucho más. Doce años sin él le habían pasado factura a mi cuerpo. Estaba hambrienta.

—Daniel —gemí mientras los estremecimientos me sacudían. Era adicta a este hombre, esa era la única respuesta lógica.

—¡Mía! —rugió y, luego, con voz ronca, ordenó—: Mírame.

Mis párpados se abrieron de golpe, encontrando su mirada oscura. Era una esclava dispuesta a cumplir sus órdenes.

—Necesito que me mires mientras te deshaces ante mí.

Esas palabras por sí solas casi me hicieron desmoronarme en mil pedazos. Nuestras miradas se cruzaron mientras deslizaba sus dedos dentro y fuera de mi coño húmedo. El latido se intensificó, y el sonido de mi excitación llenó la habitación.

—Dios mío —susurré, sin poder creer aún que eso estuviera pasando. Estaba desnuda, completamente expuesta ante él, mientras que él seguía completamente vestido. El contraste era abrumador; mi vulnerabilidad a sus pies.

—Daniel —musité, a la vez que el placer me sumergía en un éxtasis.

Mi piel hormigueaba como si unas llamas lamieran mi cuerpo, y al segundo siguiente, cuando Daniel introdujo un tercer dedo en mi interior a la par que mordía mi clítoris, me desmoroné. Me disolví en polvo de estrellas. Vi nacer galaxias en tanto el orgasmo me atravesaba. Mientras gritaba, Daniel susurró palabras que no pude comprender. Todo a mi alrededor era un borrón de colores.

Luchando por respirar entre la nube de lujuria, observé sus movimientos apresurados mientras se quitaba la ropa. Se me hizo un nudo en la garganta al ver aparecer su cuerpo musculoso. Músculos bronceados, abdominales marcados y esa distintiva V que apuntaba hacia su pene completamente erecto.

Se me abrieron los ojos como platos al ver su gruesa longitud. Era más grande de lo que recordaba, seguía siendo el ejemplar más hermoso con el que jamás había tenido intimidad. Apartando mi atención de su polla, busqué su mirada ardiente.

Ya me estaba observando fijamente, acariciándose con su mano musculosa. Sus fosas nasales se dilataron y percibí su control, su necesidad de estar dentro de mí, al borde del abismo. Mientras me confinaba con su cuerpo, envolví mis piernas alrededor de su cintura y alcé la mano para posar mi palma sobre su mejilla con barba incipiente.

Sin previo aviso, empujó con fuerza dentro de mí. Grité ante la intrusión, abrumada por la plenitud que se sentía tan bien. Su mirada se fijó en el punto donde nos uníamos, observándose a sí mismo deslizarse dentro y fuera de mí. La sensación abrasadora era demasiado y a la vez no era suficiente.

—Ábrete y déjame entrar —pidió con voz ronca y susurrante—. Eres mía. Y yo soy tuyo, Ainslee. Nunca te dejaré.

Algo en su voz me quebró, y se me escapó un gemido. Como si lo entendiera mejor que yo, se inclinó y me besó con suavidad. La ternura que una vez habíamos compartido resurgió como si nunca nos hubiéramos separado.

Levanté mi pelvis y él empezó a moverse. Me folló. *Con fuerza.* Como solo él sabía hacerlo. Fue crudo y salvaje, lo consumía todo. Su fuerza era evidente en cada potente embestida, empujándome hacia él.

—Daniel —susurré, retorciéndome bajo él—. Oh, Dios mío. —Jadeé—. Por favor, no pares.

Cuando me incliné sobre la cama, echando la cabeza hacia atrás, su mano rodeó mi garganta. No apretó, pero vi el brillo en sus ojos oscuros. Un depredador Alfa despertó mientras seguía follándome. Me incliné hacia su tacto, ofreciéndole mi cuello desprotegido. No tenía sentido. Estaba a su merced, y completamente sin miedo. Mi cuerpo confiaba en él. Para que me diera placer. Para que me infringiera ese dolor erótico. Para que me llevara al límite. Y para que garantizara mi seguridad.

Un rugido salvaje se escapó de Daniel mientras me penetraba con fuerza. Embestidas brutales, como si quisiera borrar de mi mente cualquier recuerdo de amantes anteriores. Pero esos recuerdos nunca habían existido. Siempre había sido *él.*

La forma en que se estrellaba contra mí, golpeando mi punto G una y otra vez, hacía que mi cuerpo temblara. Perdí todo el control. Solo podía sentirlo a él. Estábamos solos los dos en el universo mientras tomaba de mí lo que necesitaba.

Nuestras miradas se cruzaron a la vez que su otra mano me agarraba la cadera. Con los dedos aún envueltos alrededor de mi cuello, siguió follándome con salvaje desenfreno.

«Soy suya», lo supe. Siempre había sido suya. Gotas de sudor se formaban en su frente, su cabello negro como el ébano cayéndole sobre los ojos mientras me penetraba una y otra vez. Alargué la mano hacia él a ciegas, necesitando sentir su piel bajo mi palma, el ondular de sus músculos.

Me tomó brutalmente y fue diferente a todo lo que había experimentado antes con él. Este hombre era una bestia hambrienta y actuaba como si yo fuera su único alimento. Como si fuera su salvación. No había forma de que supiera que me estaba arrastrando a su abismo. Quería estar en ese abismo pecaminoso con él, no dejar de ser consumida por el placer.

Mi coño se apretó cuando sus embestidas se aceleraron. Mis manos recorrieron su espalda, bajando hasta su firme trasero. Lo atraje hacía mí, necesitando sentirlo más profundo.

—Daniel, voy a... —gemí, mientras el éxtasis me elevaba aún más.

El placer ardiente y cegador inundó mis venas, y me desmoroné, mi cuerpo envuelto en un infierno. La euforia se adormiló en cada célula viva. La mano de Daniel se cerró alrededor de mi garganta, y eso me hizo elevarme hasta la estratósfera. Mientras tanto, me penetraba más rápido, más fuerte, provocándome otro orgasmo. Pensé que podría morir.

Seguramente mi cuerpo no iba a ser capaz de soportar otro clímax alucinante.

Aflojó el agarre alrededor de mi cuello, y mi coño se contrajo en torno a su polla a la par que empujaba hasta el fondo con otro feroz gruñido. Floté en algún lugar entre la tierra y los cielos mientras me embestía con fuerza hasta que su propio orgasmo estalló y Daniel derramó su semen dentro de mí, enviando mi cabeza, que ya daba vueltas, más allá de las nubes.

«¿Cómo voy a volver a vivir si no puedo tener esto?» No estaba segura de mi futuro, pero sabía que una vida sin esta increíble sensación no valía la pena.

Daniel Carrington acababa de arrasar conmigo, de la mejor manera posible. Mis manos, aún sobre su cuerpo, temblaban por el exceso de adrenalina, por tantos sentimientos reprimidos que de repente intentaban escapar. Doce años atrás, el sexo con Daniel era magnífico, pero no se podía comparar con lo que acabábamos de compartir. Ni siquiera rozaba la superficie.

El silencio de la noche nos envolvió de nuevo, con solo nuestra respiración entrecortada llenando la habitación. Percibí el suave ulular de un búho mezclado con el graznido de los cuervos a lo lejos, una sinfonía amortiguada por las ventanas y puertas cerradas. No quería moverme, no quería despertar por si todo resultaba ser un sueño. Quería aferrarme a esa sensación un poco más antes de que la realidad llamara a mi puerta.

Daniel se movió, deslizándose fuera de mí y dejando un rastro de humedad que goteaba por mis muslos. Dos cosas me golpearon al mismo tiempo.

Primero, me sentí vacía sin él.

Segundo, no habíamos usado condón.

Al darme cuenta de eso, tragué saliva con fuerza. Daniel no era del tipo de hombre que provocaría un embarazo accidental. Por suerte, yo tomaba la píldora, pero aun así siempre usaba condón. Sabía que yo estaba sana. Sin embargo, él era un hombre diferente, con doce años de historia sexual a sus espaldas que yo desconocía. No me cabía duda de que había tenido muchas mujeres durante ese tiempo.

Abrí la boca cuando sentí un suave beso en el cuello. Por un segundo, me quedé paralizada y luego respiré temblorosamente. ¿Lo había imaginado? Nuestra respiración seguía siendo rápida y superficial; su cuerpo era una manta pesada pero reconfortante sobre el mío. Apoyó la nariz en el hueco

de mi cuello y besó el punto del pulso. Con tanta ternura. Tan diferente de la forma brusca y desenfrenada en que me había follado.

Sentí que el corazón me estallaba y supe que no había vuelta atrás. Al menos, no para mí.

Esta vez tenía que priorizarme. No dejaría que nuestra química y pasión me impidieran recordar cuánto me había destrozado, y me había dejado sola para recoger los pedazos de mi corazón roto.

Sin importar cuánto tiempo hubiera pasado, ni lo que me hubiera prometido.

CAPÍTULO DIECISIETE

Daniel

AINSLEE SIEMPRE HABÍA SIDO parte de mí, la parte buena, la mejor parte, la única parte que alguna vez me había hecho sentir verdaderamente vivo.

Yo era suyo, igual que ella era mía. Unidos de formas que las palabras nunca podrían captar del todo.

Tumbado en la oscuridad con ella durmiendo plácidamente a mi lado, por fin me permití un frágil respiro de paz, un respiro momentáneo del caos que se arremolinaba constantemente fuera de estas paredes.

No habíamos usado condón. Me di cuenta demasiado tarde, un impulso imprudente nacido de una esperanza desesperada. Siempre había sido cuidadoso, siempre me había protegido... excepto con Ainslee. Con ella, no quería ocultar nada. No quería barreras entre nosotros. Quería algo más: un vínculo, inquebrantable y real. Quería atarla a mí para siempre.

Mientras observaba cómo su pecho subía y bajaba, suave y constante a la luz de la luna, mi mente volvió a divagar hacia esa pregunta inquietante: ¿había cometido un error hacía tantos años atrás?

¿Y si?...

¿Y si hubiéramos elegido otra manera? ¿Y si hubiéramos construido una vida que incluyera hijos, niñas y niños pelirrojos persiguiéndose unos a otros por habitaciones bañadas por el sol y jardines cubiertos de nieve? Me los imaginaba, riendo y llorando, llenando nuestro hogar de ruido y amor, nuestra familia creciendo en un caos perfecto.

Ese sueño sin realizarse y que se alejaba cada día más, me parecía la única versión de mi vida que podría haber sido verdaderamente plena.

Y, sin embargo, aquí estábamos, dos almas fracturadas aferrándonos la una a la otra, anhelando algo que quizás nunca llegaría a ser.

El dolor de ese "y si..." se instaló en lo más profundo de mi pecho, pero bajo él había una firme determinación, sin importar lo que deparara el futuro, haría todo lo que estuviera en mis manos para protegerla, para asegurarme de que supiera que lo era todo para mí.

Pero, en estos momentos, tenía otras amenazas de las que ocuparme, amenazas que me distraerían de mi nueva misión en la vida, que era convencerla de que lo intentara de nuevo. Conmigo. Porque por mucho que quisiera estar desnudo dentro de ella y llenarla con mi semen, que quedara embarazada de mi hijo, eliminar esos obstáculos y garantizar su seguridad era innegociable.

Ainslee estaba en el punto de mira de mi tío. Tenía que protegerla a toda costa. Incluso si acababa odiándome por ello.

Mis ojos se detuvieron en su figura inmóvil, acurrucada de costado hacia mí, la rodeé con el brazo y la acerqué más a mi cuerpo.

Con apenas dos horas de sueño a mis espaldas, me quedé mirando al techo, escuchando la respiración regular de Ainslee. Hacía mucho tiempo que no sentía esta clase de satisfacción y sabía que era gracias a ella. Me quedé quieto, sabiendo que necesitaba descansar después de lo que había hecho el día anterior.

Sinceramente, me sorprendió que no se hubiera resistido más al darse cuenta de que la había acosado y luego secuestrado, quizás me necesitaba tanto como yo a ella. Aunque nunca lo admitió.

«Yo tampoco lo hice».

Después de años de sobrevivir con poco o ningún sueño, no necesitaba mucho para funcionar. Lo que me dejaba mucho tiempo para lidiar con los diferentes pensamientos y miedos que atormentaban mi mente. Me aterraba que Ainslee acabara pagando las consecuencias de quien era yo. Esa era la única razón por la que me había alejado de ella antes, pero en ese momento todo eso parecía no tener sentido. Porque, a pesar de mis esfuerzos, mi tío se había enterado de su existencia de todos modos.

Por suerte, Hector Carrington me enseñó una valiosa lección: *tener siempre hombres y oídos por todas partes.* Gracias a ello, el último imbécil que se atrevió a atacar a mi ruiseñor, acabó muerto.

Mi primo.

Me mantuve en las sombras mientras seguía a Ainslee desde el hotel en el que siempre se alojaba cuando actuaba en Londres. Parecía triste. Y cansada también. Me partía el corazón verla tan infeliz. Era como un puñal en el pecho. De hecho, ya me habían apuñalado antes, y de alguna manera, esto me dolía mucho más.

Miró hacia atrás varias veces. Siempre pasaba lo mismo cuando la seguía. Sentía mi presencia. Hubo tantas veces en las que quería decir: ¡A la mierda! Que se vaya todo al infierno. Acercarme a ella, tomarla y quedármela.

Sin embargo, no podía hacerle eso. Tenía una familia a la que quería, y no estaba bien arrancarla de ellos.

Volvió a estudiar su alrededor, pero esta vez vi cómo su expresión se tornaba en miedo. Seguí la dirección de su mirada y fue entonces cuando lo vi.

Hugo.

En ese instante, decidí que moriría. Tenía la mirada fija en Ainslee. Debería haber sabido que ese cabrón enfermo no la dejaría marchar.

Saqué mi teléfono y envié un mensaje a mi contacto.

Yo: Prepara la cámara frigorífica.

Él sabía lo que eso significaba... o más bien, a quién me refería.

De Hugo Carrington no quedaría un dedo cuando acabara con él.

Luego, un mensaje a mi mano derecha, Arthur. El único hombre al que confiaba la vida de Ainslee.

Yo: Coche. Valley.

Ese mismo día recibí un informe de que Hugo había estado husmeando en el pasado de Ainslee. Todavía me sorprendía que ella hubiera venido a buscarme. Eso significaba que sabía quién era yo. Y qué era. Y, aun así, vino.

¿Cuál era su plan al buscarme? Dudaba que llegara a saberlo. Probablemente, no tendría fuerzas para alejarme si lo supiera.

Me mantuve oculto a la vista de mi imbécil primo y seguí a Ainslee hasta que desapareció en el teatro de la ópera. Actuaba esta noche.

Llamé a mi contacto en la policía.

—Rogers.

—Necesito un favor —le dije.

—Dime cuál. —Por eso me caía bien Rogers. Detestaba las tonterías.

—Ainslee McLaren actúa esta noche en la Royal Opera House*. Lleva a tu novia a ver el espectáculo. Te reservaremos un palco privado. Ponte el uniforme. Después, por favor, acompaña a la señorita McLaren de vuelta a su hotel.*

—Bueno, esto es bastante inesperado —replicó—. Entendido. ¿A qué hora empieza el espectáculo?

—Tienes una hora antes de que se levante el telón.

Colgué, observando a mi primo escabullirse por la calle lateral. Debió de haber hecho algún reconocimiento. De lo contrario, no habría sabido que los artistas usaban la entrada del callejón cuando el público estaba en el edificio.

Mi corazón oscuro me impulsaba a deshacerme de cualquiera que amenazara a mi ruiseñor. Conocía ese callejón como la palma de mi mano. Sabía exactamente dónde pisar para evitar que me vieran o me oyeran. Cada zancada me acercaba más a la figura desprevenida de Hugo, que encendía un cigarrillo mientras esperaba a mi pajarito.

Saqué mi cuchillo de la funda, con movimientos sincronizados con los sonidos de la ciudad.

Con la mirada fija en Hugo, levanté la hoja. Mi mano le tapó la boca mientras le cortaba el cuello de un solo y rápido movimiento.

Arrojé su cuerpo al suelo mugriento y luego le di la vuelta con la bota. Quería asegurarme de que me viera. De que supiera quién lo había matado a la par que exhalaba su último aliento. Observé, sin apartar la vista, mientras jadeaba en busca de aire, abriendo y cerrando la boca inútilmente. Lo miré fijamente ahogarse en su propia sangre, con los ojos muy abiertos y llenos de miedo.

Al imbécil le gustaba matar, hacer sufrir a los demás, y en ese momento, mientras me miraba, la incredulidad brillaba en sus ojos. Nunca imaginó que le pasaría a él. Creía que era intocable. Debería haberlo hecho sufrir más tiempo, aunque no valía la pena. Pronto, desaparecería y se iría de este mundo.

—Mi mujer —dije mientras la vida se le escapaba—. Nadie, carajo, toca lo que es mío.

Acabé con mi primo. Quizás era hora de acabar con mi tío.

Habían pasado muchas cosas en los últimos doce años, pero con Ainslee en mis brazos casi podía fingir que no había pasado el tiempo. Casi.

Al mirar el reloj, vi que apenas eran las cinco de la mañana. Sabía lo que tenía que hacer, encontrar una forma de matar a mi tío sin hacer nuevos

enemigos.

Era la encarnación del mal. Un cáncer que, si no se controlaba, seguiría extendiéndose. Y yo lo había dejado sin control durante demasiado tiempo. Era hora de acabar con él. Ante todo, por la seguridad de Ainslee. Y, en segundo lugar, por nuestra felicidad.

Una vez tomada la decisión, una extraña calma me invadió, confirmándome que era lo correcto.

Los últimos doce años nos habían llevado exactamente a este punto, diciéndome que nuestros destinos estaban entrelazados y que siempre habíamos sido inevitables.

No necesitaba más pruebas de que Ainslee estaba exactamente donde debía estar desde el principio.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Ainslee

EL VEHÍCULO DE DANIEL redujo la velocidad hasta casi detenerse frente a la casa de piedra de mi madre, con los neumáticos crujiendo sobre la grava suelta del familiar camino de entrada.

La casa estaba exactamente como la había dejado, pintoresca y acogedora, con un exterior cubierto de hiedra flanqueada por maseteros, pero, de alguna manera, todo era diferente. Este lugar susurraba seguridad y té caliente, un marcado contraste con el hombre oscuro y peligroso sentado a mi lado.

Lo miré de reojo, pero el rostro de Daniel no delataba nada, la mandíbula marcada y apretada, la mirada fija al frente como si se estuviera preparando para la guerra. Quizá lo estaba.

Cuando me desperté esta mañana, su lado de la cama estaba frío y vacío. No obstante, sabía que había estado allí. Su aroma aún perduraba en las sábanas, madera de cedro, y especias, y el calor residual aún me acunaba el costado como un eco. No habíamos hablado de lo que había pasado. Simplemente, se había desvanecido en la mañana, sustituido por Grant, quien apareció con esa misma quietud intimidante y me acompañó hasta Daniel como si fuera responsabilidad de otra persona.

Habíamos desayunado juntos, él en silencio y estoico; yo incómoda y cuestionándome todo. No dijo ni una palabra sobre la noche anterior. Ni miradas. Ni caricias prolongadas. Solo el hombre con una mandíbula esculpida en piedra y una voz que no delataba nada.

¿Qué esperaba? ¿Un beso? ¿Una sonrisa burlona? ¿Un susurro de que *la noche anterior significó algo?* No lo sabía. Pero, aun así, la esperanza había permanecido en silencio en mi pecho toda la mañana.

La puerta del acompañante se abrió con un leve clic, sacándome de los pensamientos en los que me había sumido.

—Gracias, Arthur —dijo Daniel—. Ainslee, te presento a mi mano derecha y guardaespaldas personal. Nos ha seguido en coche para garantizar nuestra seguridad.

Arthur permanecía allí rígido y alerta, con el aspecto de un asesino de primera clase. Su expresión era indescifrable, pero me di cuenta de que no se le escapaba casi nada.

Salí del coche y me alisé el vestido de lana con las manos. Un tic nervioso.

Durante toda la mañana, se me habían pasado por la cabeza diferentes escenarios sobre la mejor manera de abordar esto. A Bram sería fácil convencerlo, pero a mi madre, no tanto, a pesar de que sabía del lío en el que Callen nos había metido. Le encantaba su rutina, su casita de campo, y podía oler las mentiras a kilómetros de distancia. Tenía un don para eso. Nunca entendí cómo una mujer que leía tantas novelas románticas idealistas podía ser tan realista. Pero lo era. Y nunca le había caído bien Callen. Eso debería haberme dado una pista años atrás.

Sin embargo, nuestra seguridad era lo primero. El tío de Daniel no era ninguna broma. La pila de cadáveres que se sospechaba que había dejado a su paso a lo largo de los años era enorme. Entre sus presuntas víctimas había políticos, magnates de negocios y famosos, y eso era solo lo que se había relacionado vagamente. No tenía ninguna intención de dejar que Bram, mi madre o yo formáramos parte de esas estadísticas.

Respiré hondo y exhalé lentamente. Daniel me tomó de la mano, entrelazando sus dedos con los míos. Mis ojos se posaron en nuestras manos unidas. No sabía qué pensar de él. Se había colado de nuevo en mi vida con tanta facilidad que resultaba aterrador y emocionante a la vez. Eso demostraba que nunca lo había superado. Hubiera sido fácil volver a caer en nuestros viejos hábitos, actuar como lo hacíamos cuando yo iba a la universidad y fingir que solo existíamos él y yo en este mundo. Pero ya no era aquella chica ingenua, y tenía un hijo en quien pensar. Mi hijo era la prioridad.

—Déjame hablar a mí —murmuré, más para mí misma que para él—. Será mejor así.

Inclinó la cabeza, observándome como si estuviera memorizando la forma de mi boca.

—Como desees.

Un destello de algo, humor, tal vez afecto, brilló en sus ojos antes de que me apretara la mano suavemente. Una calidez me recorrió el brazo. Odiaba lo reconfortante que me resultaba.

Todo era surrealista. Hacía menos de veinticuatro horas, no habría imaginado volver a ver a Daniel jamás. Y en ese momento, estaba a su lado como si fuera mi pareja, como si no estuviera peligrosamente cerca de volver a perderme a mí misma.

«Síndrome de Estocolmo», siseó mi voz interior.

«Cállate», le respondí.

—Esto va a ser divertido —musité, apretándole la mano. Era como llevar a tu primer novio a casa y esperar que les gustara a tus padres. Si a eso le sumábamos el peligro en el que nos encontrábamos, quizá Daniel también pudiera ser nuestro héroe.

De repente me llamó la atención la ausencia de movimiento en la casa.

No hubo ningún saludo desde las ventanas. Ni rastro de Bram abriendo la puerta de par en par ni de *Mum* en pie con los brazos cruzados, esperando para interrogar a quien quiera que hubiera traído a casa. Y entonces lo vi: otro coche estacionado más arriba en el camino de entrada. No lo había visto antes, parcialmente oculto por el cerco.

La puerta se abrió con un crujido cuando di un paso adelante, y el aroma familiar de la madera vieja y el té de manzanilla me envolvió como siempre lo hacía el hogar.

—¡*Mummy*! —Resonó la voz de Bram, alegre y vivaz, haciendo eco en las paredes como la luz del sol a través del cristal.

Se me cortó la respiración al soltar la mano de Daniel y agacharme justo a tiempo para que mi hijo se abalanzara sobre mí con toda la fuerza que sus diminutas extremidades podían reunir.

—Hola, pequeñín. —Me reí, abrazándolo y besando su suave cabello, húmedo por el sudor del verano—. Te he echado mucho de menos.

Él se rio, arrugando la nariz mientras yo le llenaba las mejillas de besos. Fingía que lo odiaba, pero una vez me había susurrado que los besos le hacían sentir magia.

Sus ojos verdes, tan parecidos a los míos, se fijaron en Daniel, llenándose de asombro al instante. Seguí su mirada y vi a Daniel observándonos, con una extraña expresión en el rostro. Me hizo desear leer mejor a este hombre.

—Cariño, este es el señor...

—Daniel —interrumpió, agachándose a mi lado. Incluso en cuclillas, parecía increíblemente grande junto a mi hijo, como un personaje de cuento de hadas. Peligroso, pero fascinante—. Y tú debes de ser Bram —dijo Daniel, tendiéndole la mano—. He oído hablar mucho de ti.

Bram ladeó la cabeza, lo estudió un instante y luego colocó lentamente su pequeña mano en la de Daniel, que era mucho más grande. Algo que nunca hacía con extraños. A diferencia de lo que Callen creía, a Bram le gustaba que lo trataran como a un niño grande, no como a un bebé. Daniel había hecho precisamente eso, ganándose así algunos puntos.

—¿Puedo llamarlo Daniel? —preguntó Bram. Lo habían educado para dirigirse a sus mayores con más formalidad.

—Puedes llamarme Daniel —añadió con una pequeña sonrisa—. Pero solo si yo puedo llamarte Bram.

Bram asintió solemnemente, como si se tratara de un pacto secreto. Y así, sin más, Daniel se lo ganó. No sabía si quería besarlo o gritar.

—Ainslee, cariño, ven al salón con nosotros. —Se oyó la voz de mi madre, cálida, pero con un matiz más agudo—. Tenemos invitados.

Los guardias de Daniel estaban afuera como estatuas, con la mirada recorriendo el perímetro con fría precisión. Les había dicho que este lugar era seguro, pero ellos no se guiaban por los sentimientos. Solo por las amenazas.

Bram nos tiró de las manos, arrastrándonos hacia el interior de la casa.

El salón me resultaba familiar y acogedor, sillones mullidos, estanterías repletas de libros, un aroma persistente a cera de lavanda y azúcar caliente.

Mi primo Lachlan estaba allí. Por supuesto que estaba ahí.

Estaba sentado junto a su esposa, Eve, quien me dedicó una pequeña sonrisa que decía “Sé que algo pasa, y estoy deseando que me lo cuentes todo más tarde”. Habían tenido un comienzo difícil, pero estaban resolviendo sus diferencias, y yo no podía estar más feliz por ellos. Ambos habían pasado por tantas cosas y no había nadie en este planeta que se mereciera más la felicidad.

—Ahí estás, problemática —me saludó Lachlan con una sonrisa.

Mum se sentó en su rincón habitual del sofá, con la mirada clavada en Daniel como si estuviera escudriñando su alma en busca de debilidades. Si aún no había descubierto quién era, estaba a punto de hacerlo.

—Hola, ustedes dos —pronuncié, y luego me volví hacia mi madre, intentando transmitirle con la mirada que fuera con cuidado y se lo tomara con calma con Daniel—. Hola, *Mum*.

Recé para que nadie dijera ninguna tontería. Especialmente, Lachlan, ya que conocía la identidad de mi primer amor. Si soltaba algo como "Ainslee lloró como una niña pequeña cuando la dejaste", lo mataría y ni siquiera me molestaría en esconder su cadáver.

—Todos, este es Daniel Carrington. —Presenté, señalando al hombre que una vez me había hecho creer en el *felices para siempre* antes de dejarme desangrándome—. Daniel, esta es mi madre, mi primo Lachlan y Eve.

Los nervios me consumían y me movía inquieta de un pie a otro. *«Aquí vamos».*

—¿*El* Daniel Carrington? —preguntó Lachlan. La tensión se palpaba en la habitación como un cable tensado. Sus ojos se encontraron con los míos, una advertencia mordaz tras la preocupación. Lo sabía. Claro que lo sabía. Lachlan seguía los rumores y, a juzgar por su expresión, no estaba contento. Pero Daniel no era la amenaza. Su tío sí.

—Lachlan —advertí, en voz baja y amenazante, mirando fijamente a mi primo mientras me maldecía por dentro por no haber llamado antes de volver a casa. Mi primo solía comportarse como el hermano mayor que nunca tuve. No se inmutó en absoluto, seguía con la mirada clavada en Daniel. Prácticamente, podía verlo calculando si podría o no acabar con él. No podría, a pesar de los guardaespaldas que acechaban justo afuera y que probablemente irrumpirían ante el más mínimo alboroto.

Aun así, tenía que admitir que lo amaba por eso.

—Ainslee es como una hermana para mí —declaró con voz firme—. No quiero que se meta en problemas.

—Estoy aquí —respondió Daniel con calma—, para mantenerla alejada de ellos.

Lachlan llevaba la protección a otro nivel. Después de mi desengaño amoroso, me instruyó sobre la crueldad de los hombres y me enseñó suficientes estrategias de defensa personal como para que se enfureciera al saber lo rápido que me secuestraron anoche.

—Encantado de conocerte, entonces. —Lachlan asintió una vez, pero mantuvo la atención fija en él. Duelo de machos alfa, primer asalto.

Eve carraspeó.

—Soy Eve —dijo con tono incisivo, lanzándome una mirada que prometía un futuro interrogatorio—. Soy la esposa de Lachlan.

Los dos hombres se dieron la mano; luego, Daniel asintió hacia Eve con respeto antes de que Bram le volviera a estrechar la mano.

—Encantado de conocerlos a los dos —soltó Daniel antes de dirigir la mirada hacia mi *mum*—. Y usted debe ser la señora Wallace. Me alegro de conocerla por fin. Conozco a Ainslee desde sus días en la universidad y recuerdo que hablaba muy bien de usted. Y de su tío.

Genial. Si *Mum* no había adivinado que Daniel era el hombre por el que lloré doce años atrás, seguro que en ese momento lo había descubierto, porque solo había habido un hombre en mi vida mientras estudiaba en Londres.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, y supe que estaba bajo su hechizo. Algo que nunca había pasado con Callen, por mucho que lo hubiera intentado.

—Encantada de conocerte. —Le sonrió ampliamente—. ¡Por fin!

Miré a Eve y noté que observaba la conversación con gran interés. Levantó una ceja, con una clara pregunta en sus ojos. Negué levemente con la cabeza, mirándola con una expresión que decía *te lo contaré todo más tarde.* No podía hablar de eso todavía. ¿Cómo le explicabas que el padre de tu hijo te había apostado como si no fueras más que una posesión?

—Nos veremos por aquí, ¿eh? —preguntó Eve con una leve sonrisa.

—Eso espero —respondió Daniel sin dudarlo—. Tengo una vivienda cerca.

El rostro de Daniel era una máscara de relajación mientras observaba el pequeño espacio y a las personas que más significaban para mí. Tragué saliva, con la garganta oprimida. Todo estaba sucediendo demasiado rápido y, sin embargo, no lo suficientemente rápido.

—¿Por qué no te sientas? —Le ofrecí—. Voy a buscar algo de beber.

Daniel se sentó y Bram se acurrucó a su lado como si fuera lo más natural del mundo.

Y de alguna manera... creí que podría ser así. No podía quitarme de la cabeza la sensación de que todo podría salir bien.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Daniel

EN EL MOMENTO EN que el hijo de Ainslee alzó sus ojos, tan parecidos a los de su madre, hacia mí, supe que haría cualquier cosa por él. Ainslee lo rodeó con sus brazos como si estuviera abrazando el mundo, y se me oprimió el corazón al verlo.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba exactamente donde debía estar. Con la mujer a la que amaba y con las personas a las que ella amaba.

Ainslee volvió la cabeza hacia su madre.

—*Mum*, ¿quieres tu té de siempre?

Pero la señora Wallace no observaba a su hija, sino que me miraba directamente a mí.

—No, gracias, querida. Lachlan me preparó un poco antes. —Pasó un instante antes de que continuara—. Señor Carrington...

—Por favor, llámeme, Daniel —le sugerí.

Ella sonrió.

—Daniel, entonces. —La *mum* de Ainslee me observó, y supe que estaba evaluando mi valía en relación con su hija y su nieto—. Puedes llamarme Margaret. ¿Quieres café o té?

—Té, por favor. Gracias.

Ainslee desapareció en otra habitación mientras Bram permanecía a mi lado, con todas las miradas aún clavadas en mí. Me sorprendió que Bram se sintiera cómodo junto a mí, siendo prácticamente un desconocido para él,

en lugar de seguir a su madre o sentarse con los demás. Eso hizo que mi pecho brillara como una bombilla de cien vatios.

Lachlan le susurró algo al oído a su esposa y ella se levantó, siguiendo a Ainslee a la cocina. Sabía lo que se avecinaba. Como conocía un poco a Lachlan McLaren, no me sorprendió en absoluto. Toda la familia estaba muy unida, y Lachlan no sería un buen primo si no me desafiara. Al fin y al cabo, él había sido la única presencia masculina constante y de confianza en la vida de Ainslee. Su protector. En ese aspecto, parecía que él y yo teníamos cosas en común.

—Bram, amigo, ¿puedes hacerle compañía a la abuela? —le preguntó Lachlan en tono serio. El chico asintió, respondiendo con sinceridad.

Le revolví el cabello rubio al niño y me levanté.

—¿Te vas? —me preguntó Bram.

—No, solo voy a hablar con tu tío Lachlan. —Técnicamente, eran primos, pero a los niños no les preocupaban las sutilezas semánticas.

Tras hacer un gesto respetuoso con la cabeza a la madre de Ainslee, seguí a Lachlan afuera.

—¿Qué está pasando aquí? —Fue directo al grano. Eso me gustó.

Lo miré, debatiéndome sobre cuánto debía contarle. No estaba seguro de lo unidos que estaban él y McLeod, aunque, a decir verdad, no importaba. Mi prioridad era mantener a salvo a Ainslee y a su familia.

—McLeod apostó contra mi tío. —En cuanto la palabra "apostó" salió de mis labios, la expresión de Lachlan se endureció—. Puso a Ainslee en el bote. Intervine y gané la partida de póquer, pero a mi tío no le gustó eso.

—Maldito Callen —gruñó.

—En su defensa, creo que lo manipularon injustamente para que lo hiciera —expliqué con sinceridad. Claro, había sido él quien se había emborrachado hasta perder el conocimiento y se volvió vulnerable a las dudosas intenciones de mi tío, pero, aun así. Me froté la barba incipiente y continué—: No permitiré que Hector se acerque a ella ni a su familia. Así que, para asegurarme de que esté a salvo, la busqué.

Omití la parte del secuestro. Algo me decía que no le haría ninguna gracia.

Nuestras miradas permanecieron fijas. No iba a dejar que Lachlan se interpusiera entre Ainslee y yo, pero conseguir que se pusiera de mi lado facilitaría las cosas infinitamente. Eran una familia muy unida y no quería

ser yo quien provocara una ruptura. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para asegurar su cooperación.

—Muy bien —expresó finalmente—. Callen nunca fue el adecuado para ella. Si alguna vez lo atrapo, está acabado.

—Tendrás que esperar tu turno —comuniqué, reprimiendo la rabia que amenazaba con resurgir—. ¿Volvemos adentro? No quiero alarmar a Ainslee.

Asintió con la cabeza y regresamos a la pequeña sala de estar, retomando nuestros asientos.

—Supongo que has venido para quedarte —preguntó Lachlan, sin rastro de la tensión que antes se cernía entre nosotros. Mis labios se curvaron en una sonrisa.

—Sí, estoy aquí para quedarme.

No tenía sentido fingir que Ainslee y yo simplemente nos habíamos encontrado por casualidad y estábamos poniéndonos al día por los viejos tiempos. Esta vez no pensaba desperdiciar mi oportunidad.

Lachlan abrió la boca para decir algo más, pero el regreso de su esposa lo detuvo.

—No seas entrometido, esposo —lo reprendió con voz suave.

Mis fuentes habían recabado información básica sobre todos los que formaban parte del círculo de Ainslee, así que conocía un poco de su historia. Eve Bailey era escritora de novelas románticas y había conocido a Lachlan por motivos de trabajo. Había perdido a su primer esposo y a un hijo en una extraña explosión hacía unos años, y no hizo falta estar mucho tiempo en su presencia para darme cuenta de que, a veces los amores más grandes nacen de las peores tragedias. Sabía que ella y Lachlan se habían casado hacía poco, pero no sabía mucho más, como si planeaban formar una familia juntos.

Se volvió hacia mí y vi la pesadez distante reflejada en sus ojos oscuros.

—No le hagas caso a Lachlan. Es demasiado sobreprotector.

Asentí sin decir nada, pero algo en mi mirada debió de indicarle que sus servicios ya no serían necesarios, porque intentó ocultar su sonrisa tras la taza que sostenía en las manos.

Ainslee regresó a la habitación con una taza de té para los dos. Le hice un hueco en el sofá y, sin dudarlo, se sentó a mi lado.

—Un terrón de azúcar —me dijo, y algo dentro de mí se hinchó. Se acordaba.

—¿Qué tal la función de ayer? —preguntó Margaret, rompiendo el silencio con una aparente naturalidad mientras sostenía su taza de té.

Ainslee enderezó la espalda ligeramente, algo apenas perceptible a menos que la conocieras bien. Sus dedos se tensaron un poco alrededor de la taza, pero la sonrisa ensayada de sus labios no vaciló.

—Salió muy bien —respondió con un tono alegre pero sereno—. El último espectáculo de la temporada fue todo un éxito. Lleno total, ovación de pie y la fiesta posterior... bueno, se convirtió en algo más de lo previsto.

Margaret entrecerró ligeramente los ojos por encima del borde de la taza de té, intuyendo la respuesta cuidadosamente medida.

—He visto las críticas esta mañana —comentó, dejando la taza sobre la mesa con un suave tintineo—. Lo han calificado como un final *impactante y con una protagonista magnética.*

Ainslee se encogió de hombros ligeramente, como si los elogios fueran solo parte del trabajo.

—Son muy amables.

—Siempre supiste cómo dominar el escenario —reflexionó Margaret, pero había un matiz oculto tras el cumplido. Una curiosidad. O tal vez una advertencia.

Se produjo un incómodo silencio.

Ainslee miró hacia la ventana, observando a Bram perseguir mariposas cerca del seto con la alegría despreocupada que solo los niños poseen. Era algo que la devolvía a la tierra. La realidad. Su vida real. No los trajes ni las salidas a escena.

—Esta vez se sintió... diferente —admitió, con la voz más suave—. Quizás porque muchas cosas estaban cambiando entre bastidores. No era solo un papel. Sentí como si me estuviera despidiendo de algo.

La expresión de Margaret cambió.

—Las despedidas tienen la costumbre de sorprendernos. A veces ocurren mucho después de lo que creemos.

Sus miradas se cruzaron. El silencio se prolongó de nuevo, pero esta vez tenía peso. Cosas no dichas. Recuerdos. Arrepentimientos.

—¿Y cómo volvieron a conectar ustedes dos? —preguntó Lachlan con indiferencia mientras dibujaba círculos en el muslo de su esposa.

Sin verla, supe que Ainslee le estaba lanzando miradas asesinas a su primo. Enderezó la espalda y apretó ligeramente la mandíbula.

—¿A qué viene este interrogatorio? —lanzó, con un tono más cortante del que probablemente pretendía.

Lachlan se limitó a encogerse de hombros, con la mirada fija en mí, fría y evaluadora.

—¿Qué puedo decir? Quiero lo mejor para ti, prima. Eso suele empezar por saber con qué o con quién estamos tratando.

Eve soltó una risa seca y le dio un codazo suave.

—Tenemos mucha suerte de tenerte, mi querido esposo.

Ainslee murmuró algo entre dientes, probablemente impronunciable, y se pasó la mano por la cara.

Sin embargo, no dejé que me distrajera. No tenía sentido andarse con rodeos sobre la verdadera razón por la que estaba allí, no cuando había vidas en juego. Me volví hacia la madre de Ainslee, cruzando las manos sin apretarlas delante de mí, y mantuve un tono respetuoso pero firme.

—Me gustaría hacerle una invitación, señora Wallace. —Comencé con voz tranquila—. A usted, a Bram y a Ainslee: quisiera que se queden conmigo un tiempo. Mi casa es segura y mis hombres ya están al tanto. No es la situación ideal, sobre todo con los días festivos a la vuelta de la esquina... pero, francamente, lo ideal desapareció en el momento en que McLeod cerró ese trato.

Margaret parpadeó, sorprendida por la franqueza. Mas no dijo nada.

—Daniel... —intervino Ainslee, con voz tensa—. Ya hemos hablado de esto. Es demasiado rápido.

La miré a los ojos, asegurándome de que viera que hablaba en serio cuando dije:

—Nada es demasiado *rápido* cuando se trata de tu seguridad.

La tensión en la habitación cambió. No era densa, pero sí tensa, expectante.

—No lo sé... —pronunció Margaret con vacilación, apretando los dedos alrededor de su taza de té.

—Tía Margaret —agregó Lachlan, inclinándose hacia adelante—. Quizás sea lo mejor. Bram y Ainslee se adaptarán más rápido si estás con ellos. Y todos estarán más seguros allí que aquí.

Sus ojos se movieron entre su sobrino y yo, sopesando algo. Quizás era confianza. Quizás era miedo.

—Callen nunca ha sido adecuado para mi hija —afirmó, con voz baja pero firme.

—McLeod tiene un problema —agregué con sencillez—. Pero estoy de acuerdo, no es el adecuado para Ainslee.

«Ella es mía y siempre lo ha sido», pensé, aunque guardé esas palabras para mí, aunque estaba seguro de que la familia de Ainslee podía leer entre líneas.

Lachlan apretó la mandíbula y su expresión destelló furia antes de que volviera a disimularla. El hombre no necesitaba decir nada, su desdén por McLeod ya se le leía en la cara. Antes me había preguntado si su presencia sería una complicación, pero en ese minuto lo veía claro: sería un aliado. McLeod era un problema, ponía en peligro a Ainslee y a Bram, y Lachlan también lo sabía.

Bram acababa de volver de su persecución de mariposas y Ainslee rompió el silencio con voz suave pero decidida.

—¿Bram, cariño? —lo llamó con dulzura—. ¿Puedes subir a tu habitación y empacar tus juguetes favoritos? Solo los que no quieras dejar atrás. Puede que nos vayamos de viaje, ¿de acuerdo?

El niño simplemente asintió y salió corriendo sin preguntar. En cuanto sus pasos desaparecieron por el pasillo, aproveché la oportunidad.

—Lo que hizo Callen es tema para otro día —expliqué con calma—. Ahora mismo, la prioridad es llevarlos a todos a un lugar seguro. A algún sitio donde mis hombres tengan el control del perímetro.

Lachlan abrió la boca, pero Eve le apretó la mano antes de que pudiera hablar. Él dudó, la miró y luego no dijo nada. Intercambiaron una mirada, una de esas silenciosas comunicaciones conyugales que dicen más de lo que las palabras podrían expresar.

Ainslee captó el intercambio y le dirigió a Eve un gesto silencioso de agradecimiento. Luego, se volvió hacia su madre.

—*Mum* —preguntó, con voz más suave ahora—. ¿Qué opinas?

La habitación volvió a quedarse en silencio. Margaret me miró, directamente a los ojos, con esos mismos ojos verdes y penetrantes que había heredado su hija. Había acero en esa mirada. Era una mujer que había mantenido todo en pie cuando todo se desmoronaba. Que no se asustaba fácilmente. Que no confiaba fácilmente.

Aun así, no apartó la vista.

—De acuerdo —aceptó finalmente, tras un momento de silencio—. Lo intentaremos.

Sentí un gran alivio en el pecho, aunque no lo demostré. Me limité a asentir ligeramente con la cabeza.

—Gracias.

No era una solución definitiva. Todavía no. Pero era un comienzo. Un paso hacia la protección de lo que importaba.

CAPÍTULO VEINTE

Daniel

EL AIRE EXTERIOR ESTABA húmedo, con el frescor penetrante del comienzo del invierno, limpio y lo suficientemente frío como para despejar la mente de un hombre. Salí del *porche* de la casita de las Wallace y exhalé lentamente, observando cómo mi aliento se empañaba con la luz dorada que entraba por las ventanas. El murmullo de la conversación en voz baja dentro se desvaneció al cerrar la puerta tras de mí.

Mis hombres, Arthur y Dorian, permanecían a una distancia prudente cerca del borde del camino de grava. Siempre lo suficientemente cerca como para intervenir si fuera necesario, pero nunca al alcance del oído. Los había entrenado bien, sombras leales y silenciosas. En ese momento, agradecí el espacio.

Unas botas crujieron detrás de mí. No necesitaba mirar para saber que era Lachlan.

Se detuvo a mi lado, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada, con esa misma actitud protectora que veía cada vez que sus ojos se posaban en Ainslee. Nos quedamos hombro con hombro en el frío, con un silencio largo y tenso entre nosotros.

—No sé si quiero darte la mano o romperte la nariz —confesó Lachlan finalmente.

Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de mi boca.

—Entonces somos dos.

Resopló, pero no se movió.

Lo miré.

—¿Crees que he venido aquí para hacerle daño?

—Creo que ya lo has hecho.

Eso me golpeó más fuerte de lo que esperaba. Aparté la mirada, apretando la mandíbula. El peso de esa verdad se había posado sobre mi pecho años atrás. Nunca fue mi intención hacerle daño, mi intención era salvarla. Sin embargo, era una línea muy fina y, al final, ella sangró de todos modos.

—No te equivocas —dije en voz baja—. Pero no desaparecí, porque dejara de importarme. Lo hice, porque sabía lo que pasaría si ella se quedaba en mi vida.

Lachlan entrecerró los ojos y miró hacia la casa.

—Deberías habérselo dicho.

—Tenía dieciocho años, Lachlan. Era dulce. Inocente. Con sus ojos llenos de asombro. Yo estaba hasta las rodillas en sangre y secretos que la habrían devorado por completo. —Me pasé una mano por el cabello y negué con la cabeza—. Mi tío... Mi primo. No sabía quién era peor y si ella se hubiera quedado... —Exhalé lentamente, sintiendo cómo el frío atravesaba mi abrigo—. La habrían utilizado. Destrozado. Quizás algo peor. —De nuevo el silencio—. Se merecía algo mejor que el hombre en el que me estaba convirtiendo —añadí, más suave esta vez.

—Tal vez. —Lachlan se movió, y sus botas crujieron sobre la grava—. Pero no le diste a elegir, y eso es lo que no puedo perdonarte. La dejaste en la oscuridad y luego la abandonaste. Pasó meses en cama. No podía comer. Ni siquiera podía cantar. Tuve que sacarla de ese estado.

Cada palabra era un puñetazo en el estómago, aun así, no me inmuté. Las acepté todas. Me las merecía.

—Lo sé —murmuré—. Y nunca me lo perdonaré. Pero no voy a volver a irme.

Me observó fijamente durante un largo instante, con expresión indescifrable.

—¿Por qué ahora?

—Porque Callen McLeod la convirtió en un peón de una deuda que nunca tuvo intención de pagar. —Mi voz se volvió más grave y sombría—. Y porque mi tío se enteró de su existencia.

Lachlan apretó los labios, con un destello de irritación en los ojos. Era evidente que se estaba conteniendo.

—No está a salvo —continué con voz inexpresiva—. Ninguno de ellos lo está. No hasta que elimine la amenaza por completo. Por eso la llevo a mi casa. Por eso haré lo que sea necesario para protegerla. No me importa si nunca me perdona. Recibiré la bala. Pero no dejaré que la toquen. Ni a Bram. Ni a su *mum*.

Su expresión cambió, suavizándose por un instante al mencionar a Bram.

—Es un buen chico —musitó—. Y mi tía es la mujer más amable y comprensiva que jamás conocerás.

Asentí.

—Él es lo mejor que le ha pasado en la vida. Los dos lo son. Lo veo claro.

Se produjo otra larga pausa entre nosotros. El viento se intensificó, susurrando entre los árboles que bordeaban la propiedad. En algún lugar del interior, oí el eco débil de la risa de Bram.

—Sigues enamorado de ella —señaló Lachlan, sin que fuera una pregunta.

—Nunca dejé de amarla —respondí, dejando que las palabras calaran hondo, crudas y sinceras—. Pero esto no se trata de eso. Se trata de mantenerla con vida.

Lachlan volvió a mirarme.

—Si le fallas otra vez, te enterraré yo mismo.

Justo. Totalmente justo.

Asentí una vez.

—Decepcionarla no es una opción.

Sostuvo mi mirada un segundo más, luego apartó la vista y se metió las manos en los bolsillos.

—Es fuerte, ¿sabes? Más inteligente de lo que nadie cree.

—Lo sé —concordé—. Siempre lo ha sido.

Pasó otro instante.

Entonces, sin mirarme, dijo:

—Si de verdad quieres protegerla, hazlo bien. Nada de secretos. Nada de desapariciones. Sé el hombre que se merece.

Luego de eso, se dio la vuelta hacia la casa, sus pasos resonando con firmeza mientras se alejaba. Me quedé atrás, contemplando las estrellas que empezaban a asomar en el cielo índigo. El frío me quemaba los pulmones con cada respiración, pero lo agradecía.

Porque tenía razón.

Esta vez, no le fallaría.
Sin importar el precio.

Ainslee

Mientras mi primo y Daniel salían, con sus voces bajas desvaneciéndose en el aire fresco, mi madre subió arrastrando los pies, murmurando en voz baja a Bram mientras recogía las cosas de ambos. De repente, la casa se sintió más silenciosa. Y el peso del momento se posó a mi alrededor como un pesado manto. Fue entonces cuando lo sentí, un suave tirón en mi manga.

Los ojos de Eve se encontraron con los míos en el tenue resplandor de la luz de la lámpara, agudos y penetrantes, como si pudiera ver a través de los muros que había construido cuidadosamente a mi alrededor. Al principio, no dijo nada, solo mantuvo mi mirada con esa expresión cómplice que siempre tenía, de esas que hacían imposible guardar secretos.

Sin decir palabras, la seguí en silencio a través de la puerta hacia la cocina. El aroma familiar a romero y cítricos del popurrí de *Mum* nos envolvió, devolviéndome a la realidad. Una vez dentro. Eve cerró la puerta suavemente tras nosotras y se giró, cruzando los brazos con una naturalidad que sugería que había estado esperando este momento.

—Bueno... —Su voz era baja, cautelosa, como si pisara terreno frágil—. Ha sido mucho que asimilar. Daniel Carrington, ¿eh?

Me mordí el labio, con una mezcla de alivio y ansiedad retorciéndose en mi pecho. El nombre aún me resultaba pesado, como un eco de un pasado que creía haber enterrado hacía mucho tiempo.

—Sí —contesté, con una voz apenas por encima de un susurro—. Es complicado.

Su expresión se suavizó, la aguda curiosidad se transformó en empatía.

—Lo entiendo. No me debes toda la historia. Pero puedo ver que hay algo más, algo más que "él es *el* hombre que te rompió el corazón".

Suspiré, recostándome contra la fría encimera. El suave murmullo de la casa me pareció una burbuja segura, un refugio de la tensión que aún flotaba en el salón.

—Él... siempre ha sido parte de mi historia —confesé en voz baja—. Como un fantasma del que intentas escapar, pero con el que siempre te topas. Y ahora, con Bram en escena, todo se ha enredado. Quiero proteger a mi hijo, proteger a mi familia... Sin embargo, Daniel... es más que un problema. Es todo lo que nunca quise admitir que todavía necesitaba.

Eve se acercó, con una mirada cálida y comprensiva.

—Parece que intentas proteger tu corazón, pero ese órgano tiene voluntad propia... y quiere a Daniel.

Se me escapó una risa amarga, aguda e inesperada.

—Tal vez. O tal vez solo tengo miedo. Miedo de que dejarlo ir signifique perder a la única persona que me ha hecho sentir viva.

Su mano rozó la mía brevemente: cálida, firme, una pequeña ancla en la tormenta de mis emociones.

—Eres más fuerte de lo que crees, Ainslee. Pase lo que pase, no tendrás que enfrentarlo sola.

Una silenciosa gratitud me invadió, suavizando el miedo que me oprimía el pecho desde la llegada de Daniel. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, no era la única que comprendía la tormenta que estaba atravesando.

—Gracias, Eve —susurré—. Necesitaba escuchar eso.

Sonrió, una sonrisa sincera esta vez, y señaló la puerta con la cabeza.

—Vamos. Es hora de volver antes de que empiecen a preguntarse si te has escapado.

Juntas volvimos a entrar en el salón, donde me esperaba la frágil y compleja danza de la familia, las viejas heridas y los nuevos comienzos.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Ainslee

CUANDO EL COCHE DE Daniel subió por el largo y sinuoso camino de entrada, mi *mum* se quedó completamente inmóvil.

El acceso al castillo parecía sacado de un cuento de hadas, o quizá de una película de James Bond, según cómo se mirara. Altos árboles de hoja perenne bordeaban el sendero como centinelas con sus ramas gruesas y oscuras cubiertas de escarcha. Al coronar la última cueva, una majestuosa fuente apareció ante nuestros ojos en el centro de un amplio camino circular. El agua se había congelado en pleno movimiento, y los carámbanos reflejaban la luz como fragmentos del cristal, brillando bajo el sol invernal. Solo podía imaginar lo impresionante que debía de ser en primavera, con el agua cayendo en cascada y las flores floreciendo a su alrededor.

Entonces, el castillo apareció a plena vista.

Lo había visto antes, por supuesto, pero había sido a través de la neblina del agotamiento, la preocupación y el caos. En ese momento, a plena luz del día, su enorme magnitud me dejó sin aliento. La fachada de piedra gris se extendía ancha y alta, con torretas, grandes arcos y ventanas que reflejaban el cielo pálido. La hiedra se aferraba a algunas partes de la estructura, inactiva durante el invierno, pero prometiendo vida verde en las estaciones más cálidas.

—¡Dios mío! —exclamó mi *mum*, mirando a través del parabrisas. Su tono no era de escepticismo ni de crítica, sino de auténtico asombro. Y

viniendo de Margaret Wallace, eso significaba mucho. Mi madre había crecido en un entorno privilegiado, en mansiones de familias adineradas y con suelos de mármol, así que hacía falta algo más que unos ladrillos y unas puertas para dejarla boquiabierta.

Y, sin embargo, aquí estábamos.

—No hay que preocuparse por el espacio para todos, ¿eh? —añadió con una sonrisa irónica, con un toque de humor en su voz.

Desde el asiento del conductor, Daniel soltó una risita.

—Si decides evitarme, tendrás varias opciones que elegir —dijo con ligereza—. Aunque preferiría que no lo hicieras.

Capté la mirada que me lanzó por el espejo retrovisor, cálida y burlona, pero el estómago se me revolvió de todos modos. Había algo inquietante en la facilidad con la que conseguía que me sintiera como una adolescente otra vez.

Al doblar la esquina del castillo, se me quedó la boca abierta.

—¿Es eso un helipuerto? —solté antes de poder contenerme.

—Con su propio hangar —confirmó Daniel, con la misma naturalidad con la que alguien mencionaría un cobertizo de jardín—. Resulta más útil de lo que te imaginas.

Ni siquiera quise preguntar qué tipo de vida requería un helipuerto privado. No estaba segura de estar preparada para la respuesta.

Cuando el coche se detuvo suavemente cerca de la gran escalinata de la entrada, alcancé la puerta, pero Daniel ya había salido. Para cuando di la vuelta, ya había sacado a Bram de su sillita y lo había levantado en brazos con un movimiento fluido que resultaba demasiado natural como para ignorarlo.

Arqueé las cejas, sorprendida.

—Ya has hecho eso antes —indiqué en voz baja.

Daniel me miró por encima del hombro, con una expresión indescifrable durante un instante, antes de que una suave sonrisa se le dibujara en los labios.

—No con Bram —respondió simplemente—. Pero sí.

El viento nos azotaba, frío y vigorizante. Me ajusté el abrigo mientras Bram balbuceaba alegremente en los brazos de Daniel, claramente emocionado por el imponente castillo que tenía adelante.

—Me siento como si estuviéramos visitando a un príncipe —susurró con asombro, lo suficientemente alto como para que todos lo oyéramos.

Daniel se rio ante eso y me miró con un brillo en los ojos.

—Me temo que el título sugiere que tengo buenos modales —mencionó.

—Discutible —murmuré.

Mi madre resopló.

Aun así, al alzar la vista hacia el castillo, los ángulos marcados de la piedra, los imponentes ventanales, la promesa de secretos tras cada puerta, me di cuenta de algo más.

Este lugar no solo era grandioso.

Estaba fortificado.

Escondido. Seguro. Como su dueño.

Y a pesar de que todos mis instintos me gritaban que me mantuviera alerta, no podía negar que en lo más profundo de mi ser me sentía... segura. Por primera vez en lo que parecían meses.

Aun así, la seguridad era una cosa.

¿Confianza? Eso era algo completamente distinto.

«¿Tiene hijos?»

La pregunta me golpeó de la nada, traqueteándome en el cerebro como un carrito de supermercado desbocado en una pendiente. No debería haberme impactado tanto, pero ahí estaba, esa repentina y ligeramente aterradora constatación de que aún no sabía nada del hombre que en ese momento cargaba a mi hijo como si fuera suyo.

Daniel podía leerme como un libro abierto, pasando las páginas de mis emociones con una facilidad exasperante. Mientras tanto, él seguía siendo una caja fuerte cerrada con llave, una de esas antiguas con diales giratorios y compartimentos secretos.

¿Cuáles eran sus comidas favoritas? ¿Sus mayores remordimientos? ¿Lloraba con las películas tristes? ¿Era más de perros o de gatos? Y, lo más urgente, ¿qué demonios había estado haciendo durante los últimos diez años y pico?

La pregunta me salió antes de que pudiera filtrarla.

—¿Tienes hijos, Daniel?

Suave, Ainslee. Muy sutil.

Daniel me miró de reojo, con una ceja ligeramente arqueada, como si mi pánico le resultara un poco entretenido.

—No.

Solo una palabra, pronunciada con una calma que me hizo sentir completamente desquiciada en comparación.

Aun así, la curiosidad me tenía agarrada por la garganta y no había terminado.

—¿O una... *eh*, exesposa?

Mentalmente, me llevé la mano a la frente.

No se rio, lo que de alguna manera lo empeoró todo.

—No —replicó—. Solo ha habido una mujer para mí, Ainslee. Lo he dejado *muy* claro.

Ah.

Bueno, pues.

Me sonrojé y aparté la mirada, fingiendo estar muy interesada en ajustar la cremallera de la bolsa de viaje de Bram.

Mis mejillas se convirtieron en un auténtico infierno mientras nos dirigíamos al interior de nuestro nuevo hogar, con las maletas a cuestas. Tenía que recomponerme y no dejar que me distrajeran los cumplidos velados. Y *necesitaba* estar a solas con este hombre para *llegar a conocerlo* de verdad.

Tenía que llevarnos a un terreno más seguro antes de que explotara.

—¿Cuál es tu color favorito? —pregunté sin mirarlo, desesperada por calmar el frenético aleteo de mariposas en mi pecho.

Hubo un momento de silencio y, cuando respondió, pude oír la sonrisa en su voz.

—Fácil. Verde.

Me giré lo justo para cruzar mi mirada con la suya, y él ya esbozaba una media sonrisa, como si supiera exactamente lo que me estaba haciendo.

—Eres tan cliché —murmuré, cruzando los brazos.

—Y, aun así —pronunció acercándose con voz baja y cálida—, sigues nerviosa.

Lo miré con indiferencia.

—No estoy nerviosa.

—Te estás sonrojando.

—Hace frío afuera.

—Estamos adentro.

—Entonces tu ego está absorbiendo todo el oxígeno de la habitación.

Se rio entre dientes, con aire de suficiencia, mientras yo murmuraba entre dientes algo poco propio de una dama.

Ese hombre era irritante. Exasperante. Imposible. Y no estaba segura de poder dejar de amarlo jamás.



De pie en el amplio vestíbulo, el majestuoso candelabro araña me llamó la atención. Era un elemento central inconfundible que iluminaba el suelo de mármol blanco. La elección del material debería haber transmitido una sensación de frialdad, pero, de alguna manera, funcionaba. Los paneles y el color blanco hueso resultaban muy acogedores, al igual que los pequeños detalles que le daban carácter, como las pesadas cortinas y las alfombras gruesas y esponjosas que unían el espacio.

Subimos por la escalera imperial. Sus amplios peldaños nos llevaron hasta la mitad de la subida, donde colgaba un enorme cuadro antiguo sobre el rellano, y luego se dividían en dos ramales que se dirigían en direcciones opuestas. No había más que lujo e historia a nuestro alrededor por todas partes. Nos dirigimos hacia la izquierda, llegamos a la segunda planta y recorrimos el largo pasillo.

—Si no te gustan estas habitaciones, hay otras —mencionó Daniel, interrumpiendo nuestro asombro boquiabierto—. Hay ocho en total en esta planta entre las que elegir.

Se me escapó una risa ahogada.

—No seas tonto, Daniel. Esta está bien.

Mis ojos se abrieron como platos al ver la habitación de Bram. Era una *suite* enorme, con puertas en arco que conducían a su zona de descanso. Había un sofá, una alfombra multicolor y estanterías repletas de todos los juguetes que mi hijo pudiera imaginar.

Bram chilló de alegría, con la mirada recorriendo todo el lugar.

Corrió a la habitación contigua y gritó emocionado. La curiosidad pudo más que yo y lo seguí, viendo que su cama tenía forma de tren. La cómoda y las estanterías a juego seguían la temática de *Thomas el Tren.* Era el dibujo animado favorito de Bram, y me pregunté cómo había podido adivinarlo Daniel. Sería imposible sacar a mi hijo de allí. Este dormitorio era el sueño hecho realidad de mi pequeño.

Corría de un lado a otro, rebotando contra las paredes. Se abalanzó sobre Daniel para abrazarlo. Luego, vino hacia mí. Volvió con Daniel y luego con sus juguetes. Balbuceaba palabras que nunca podríamos descifrar entre tanta emoción. Feliz de inspeccionar cada uno de sus tesoros. Era como si ya fuera la mañana de Navidad.

—Daniel —susurré—. Esto es demasiado.

Solo sonrió.

—Los niños están hechos para ser consentidos.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Pero no así...

—Gracias, Daniel —intervino mi *mum*, como si no me hubiera interrumpido—. Eso es lo que mi hija intenta decir, *sin éxito.*

Suspiré a regañadientes.

—Gracias.

El teléfono de Daniel sonó y lo sacó del bolsillo. Frunció el ceño y la burbuja de felicidad que nos rodeaba se rompió.

—¿Todo bien? —le pregunté con cierta vacilación.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Tengo que ocuparme de algo —respondió, y luego se arrodilló—. Bram, espero que te guste tu habitación. —Mi hijo asintió con tanto entusiasmo que me preocupó que se hiciera daño en el cuello. Sus ojos vagaban con asombro, sin saber dónde mirar primero—. Si falta algo, avísanos a tu madre o a mí.

—Eso no se le puede decir a un niño —lo reprendí, aunque mi sonrisa era casi imposible de disimular—. Sabes que los niños quieren todos los juguetes que ven, ¿verdad?

Los ojos oscuros de Daniel brillaban con picardía cuando levantó su rostro hacia mí. *«Dios, ¿cómo habría sido la vida si él hubiera sido el padre de Bram?»* Aparté ese pensamiento de mi mente, prometiéndome a mí misma no seguir por ese camino. No cambiaría nada de mi vida, no si eso significara cambiar las partes que tienen que ver con Bram.

Daniel le revolvió el cabello al niño y se levantó.

—Margaret, tu habitación está justo al lado, y hemos pasado por la de Ainslee de camino aquí. Así, los tres podrán estar cerca. Si hay algo que necesites y se nos haya pasado por alto, por favor, dímelo —comunicó Daniel.

Tenía que admitir que había pensado en todo. Pero claro, él siempre había sido considerado, anteponiendo mis deseos y necesidades a los suyos.

Aunque eso no le impidió marcharse sin siquiera llamarme para romper conmigo.

—Gracias, hijo —expresó *Mum*, y mi cabeza se movió tan rápido que me mareé. ¿Después de conocer a Daniel menos de un día, ya lo llamaba *hijo*?

Si Daniel se dio cuenta, no lo dejó entrever. Asintió con la cabeza y salió de la habitación con largas zancadas. Una vez que Bram volvió a jugar, me di cuenta de que mi madre me estaba observando.

—¿Qué? —pregunté a la defensiva, tirando de las mangas de mi cárdigan.

—Ay, Ainslee —murmuró, acariciándome suavemente la mejilla—. Por eso no funcionó con Callen.

Le eché un vistazo a mi hijo, pero estaba absorto con sus juguetes, sumergido en su mundo de fantasía.

—No sé a qué te refieres —susurré entre dientes. ¿Cómo le explicaba mis miedos a que Daniel volviera a abandonarme, a la mujer que mejor me conocía? Quizá no tenía por qué hacerlo.

—Bueno, yo lo sé —replicó—. Tu madre es quien mejor te conoce. Confía en mí. —Arrugué la nariz, pero mis labios esbozaron una sonrisa—. Ahora quiero saber exactamente qué está pasando —añadió.

Sabía que había aceptado venir con demasiada tranquilidad. Era solo cuestión de tiempo que exigiera saber toda la historia. La verdad era que me sorprendía que le hubiera llevado tanto tiempo.

Miré fijamente a *Mum* y dudé sobre cuánto contarle.

—Quiero que me escuches antes de que te alteres. ¿De acuerdo? —Confirmó con un movimiento de cabeza, así que, continué—: ¿Recuerdas aquel asunto de apuestas en el que se vio involucrado Callen? —Asintió—. Fue contra el tío de Daniel, Hector Carrington. —Los ojos de *Mum* brillaron al reconocer ese nombre, y aproveché su silencio para resumir los detalles importantes.

No le conté nada de mi pasado con Daniel, pero tampoco era tan ingenua como para pensar que mi madre no se daría cuenta.

—¿Así que forma parte de la mafia de Londres? —preguntó, procurando que Bram no la oyera.

Tragué saliva, esperando que me regañara en cualquier momento.

—Sí, pero no se parece en nada a él.

—Espero que no —manifestó, con voz fría—. De lo contrario, podríamos estar muertas mañana por la mañana.

Asentí sabiamente.

—Pero él es quien te rompió el corazón —señaló.

Exhalé. Esto podría acabar siendo un punto en su contra.

—Sí. No quería atraer la atención de su familia sobre mí —conté con voz ronca—. Y él... él no se creía lo suficientemente bueno para mí. Así que se marchó. Se alistó en el ejército y mantuvo las distancias.

No sabía qué esperaba, pero no que mi madre sonriera con dulzura.

—Ya veo —murmuró—. Por fin.

Negué con la cabeza. Siempre conseguía sorprenderme. La mayoría de las madres habrían preferido a un hombre como Callen antes que a Daniel, pero la mía no.

Solté una risa ahogada.

—Tengo que admitir que me has sorprendido.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Acaso no te he apoyado siempre?

—Sí, pero ¿y si las cosas salen mal? Y las conexiones de Daniel con ese mundo... ¿No te preocupa?

Hizo un gesto con la mano.

—Todos tenemos algo de malo. Lo que me importa es tu felicidad y que tengas el amor que te mereces. Y está claro que ese hombre te ama.

¿Pero sería suficiente para que se quedara con nosotros?

Suspiré.

—A veces estoy convencida de que crees que la vida es como una novela romántica.

—Puede ser. Después de todo, lo viví con tu padre. —Mi *mum* era sin duda poco convencional, pero eso era lo que la hacía una persona maravillosa. Inclinó la cabeza pensativa antes de añadir—: Quizá podamos convencer a Eve para que escriba una novela romántica de la mafia.

Me eché a reír.

—Te quiero, *Mum*.

—Yo también te quiero, Pajarito.

La rodeé con los brazos y la abracé con fuerza.

—¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

Ella se rio entre dientes.

—Está justo al final del pasillo —respondió—. Bram y yo nos quedaremos aquí un rato. Tú ve a hablar con Daniel.

Dejándolos charlar alegremente en el paraíso de la sala de juegos, me fui en busca del hombre alto y taciturno con un lado tierno y oculto. Lo encontré en su despacho, una elegante estancia compuesta principalmente por ventanas. El fuego crepitaba en la chimenea, y las llamas parpadeaban de una forma que me calentaba hasta lo más profundo.

—Ainslee. —La voz grave de Daniel me recordó por qué estaba allí.

—Tenemos que hablar —musité—. Establecer límites.

Se rio entre dientes y se levantó de detrás de su escritorio. Deteniéndose a solo unos centímetros de mí, extendió la mano para acariciarme la mejilla mientras sus ojos marrones oscuros se clavaban en los míos. Estaba tan cerca que su loción para después del afeitado me envolvió, y el aroma me hizo flaquear las rodillas.

—¿Qué pasa? —Sus ojos brillaban con intensidad, como si pudiera sentir el impacto que tenía en mí. Su dedo rozó la curva de mis pechos, deteniéndose en el izquierdo. Estaba segura de que podía sentir los latidos salvajes de mi corazón.

—Es que todo esto es demasiado —me quejé con voz entrecortada—. Bram pensará que es todo suyo. Los niños son dife...

—Ainslee, *es* suyo. Quería darle lo que se merece. Y lo que tú te mereces. Ahora que estás conmigo —explicó—, no voy a dejarte ir. ¿Qué hace falta para convencerte?

Casi cedí allí mismo, pero entonces me obligué a recordar. Busqué en lo más profundo de mí para *sentir* el dolor que me había causado. En ese momento, tenía más que perder. Tenía a Bram. *Mum* dependía de mí. Tenía mi carrera, por la que había luchado tanto. La temporada había terminado y el plan era volver en primavera.

En resumen, necesitaba mantener la cabeza fría, al menos hasta estar segura de que él estaba completamente comprometido.

Obviamente, el sexo era increíble. En ese sentido, no había ningún problema. Pero necesitaba saber que podíamos mantenernos unidos por algo más que química y compatibilidad física.

—¿Cómo puedo confiar en que todo esto es real? —inquirí en voz baja.

Me soltó de repente y dio un paso atrás.

—Estoy trabajando en ello, Ruiseñor.

Decidí dejarlo ahí y pasé al tema que había venido a tratar.

—¿Cuál es el plan? Quiero ayudar. Este lío es en parte culpa mía.

La sonrisa de Daniel carecía de alegría.

—No, no es culpa tuya. Te puse en peligro en el momento en que me acerqué a ti hace tantos años. No tienes que preocuparte por nada. Quédate aquí conmigo.

Le puse la mano en el brazo.

—Nunca pensaste en volver a contactarme, ¿verdad? Si Callen no hubiera hecho lo que hizo, ¿estaríamos aquí ahora mismo?

—¿No lo ves? Estamos destinados a ser. Siempre lo hemos sido.

Contuve la respiración y negué con la cabeza, sin estar preparada para descifrar el significado de sus palabras.

Enderecé los hombros, cambiando de estrategia otra vez.

—Déjame ayudarte.

El silencio se hizo denso entre nosotros mientras esperaba su respuesta. Había vuelto a mi vida, independientemente de cómo hubiéramos llegado hasta aquí, y yo quería formar parte de la suya. Pero no podía limitarme a dejarme llevar y seguir adelante en la ignorancia. Tenía que darme algo, convertirme en su compañera en este viaje. Una vez seguí sus caprichos sin hacer preguntas, y eso me costó más de una década de angustia. Esta vez, quería algo más que las partes luminosas de su alma. Quería también los rincones oscuros que intentaba ocultar. Estaría a su lado, pasara lo que pasara.

Se pasó la mano por el cabello y, por un momento, pensé que por fin me diría lo que estaba sucediendo. Hablaría conmigo.

—Tengo algunas cosas que hacer hoy —notificó, y mi decepción fue amarga. ¿Pero qué podía esperar?—. Desempaca y ponte cómoda, Ainslee —añadió.

Se dio la vuelta y salió de su oficina sin mirar atrás. Me recosté contra su escritorio, intentando comprender por qué me mantenía a distancia.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Daniel

INTENTABA DARLE A AINSLEE espacio para adaptarse. Bram necesitaba estabilidad y acostumbrarse a este lugar, y requeriría todo el tiempo de su madre y su abuela.

El castillo se sentía cavernoso en el silencio, y su grandeza, de repente, intimidaba en lugar de reconfortarla. Había esperado que el espacio y el lujo la hicieran sentir segura, como una fortaleza para los cuatro, pero en cambio parecía aumentar la distancia entre nosotros.

Suspiré y me recosté contra la gruesa pared de piedra de mi biblioteca, con el fuego crepitando suavemente en la chimenea. El aroma de la madera de roble quemada se mezclaba con los tenues restos de su champú de lavanda que aún flotaban en el aire, y me provocaba un dolor en el pecho que no podía explicar del todo.

Necesitaba tiempo, tiempo para volver a confiar, para desprenderse de años de dolor y dudas. No iba a presionarla, por mucho que deseara acortar la distancia entre nosotros.

Mi teléfono vibró en el bolsillo y lo saqué. El nombre de Maxim apareció en la pantalla y contesté con un toque rápido.

—Hola, Max.

—*¿Cómo estás, amigo?*

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Bien.

—*No lo pareces.*

Solté una risa ahogada.

—En realidad, sí. Solo que no sé qué hacer.

Su voz áspera se escuchó de inmediato.

—¿Qué está pasando?

Exhalé lentamente.

—Acabo de trasladar a Ainslee, a su hijo y a su *mum* al castillo. Intento darles espacio, pero siento que camino sobre la cuerda floja.

—¿La cantante de ópera?

—Sí.

Max se quedó en silencio un instante antes de responder.

—Nunca se te ha dado bien caminar sobre la cuerda floja, Daniel. Eres más bien una excavadora.

Sonreí a pesar de mí mismo.

—Sí, bueno, las excavadoras no pueden arrasar con los sentimientos. Sobre todo, con los de ella.

—Parece que tienes miedo —comentó Maxim sin rodeos.

—Quizás —admití—. Ha sufrido mucho, Max. Más de lo que me imaginaba. Y no dejo de preguntarme si solo soy el siguiente capítulo de su larga historia de desamor.

Hubo una pausa en la línea, y luego agregó:

—Escucha, no puedes controlar cómo se siente. Solo puedes estar ahí. Si confía lo suficiente en ti como para dejarte entrar, entonces lucha por ello. De lo contrario, espera. Y cuando esté lista, tú estarás ahí.

Me froté las sienes.

—No se trata solo de ella. Todavía tengo asuntos que atender. La gente de Hector me pisa los talones, y también la de su exnovio. Intento protegerla, pero esa sombra siempre está presente.

Max soltó una risa sombría.

—¿Desde cuándo haces algo sin que las sombras te acechen?

—Es cierto —refunfuñé—. Ojalá pudiera darle una vida normal. Al menos, por un tiempo.

El tono de Max se suavizó.

—Lo estás intentando. Eso cuenta para algo. Joder, cuenta conmigo para lo que necesites.

Asentí, aunque no pudiera verme.

—Gracias, Max. Necesitaba oír eso.

—No hay problema. Y, cuando estés listo para hablar de estrategia, ya sabes dónde encontrarme.

Colgué el teléfono y miré hacia mi oficina. La distancia entre Ainslee y yo seguía siendo grande, pero tal vez, solo tal vez, con paciencia y la ayuda de amigos como Max, no seguiría siendo así para siempre.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Ainslee

NO VOLVÍ A VER a Daniel en lo que restó del día. Supuse que quería que desempacáramos las maletas y nos acomodáramos. *Mum* y Bram estaban en la luna en nuestro nuevo, aunque temporal, hogar. Me parecía sospechoso que Margaret Wallace estuviera tan... complaciente. Tan abierta a esta nueva "aventura", como la había estado llamando todo el día. Como si confiara ciegamente en Daniel. ¿Por qué a mí no me bastaba con eso?

Con Bram profundamente dormido, deambulé por los pasillos vacíos del castillo. Era demasiado pronto para ir a dormir, pero *Mum* insistió en que estaba agotada y se había acostado poco después que su nieto.

Me encontré en un elegante salón. Por alguna razón, esa sala no encajaba en absoluto con la personalidad de Daniel. Era demasiado luminosa, demasiado *rosa.* Me senté en el extremo del sofá de color rosa y saqué mi móvil.

Tenía varios mensajes sin leer. Y todos eran de Callen. Me quedé mirándolos. Ni sumando los últimos tres meses, me había enviado tantos mensajes de texto como en ese momento.

Callen: Lo siento, Ainslee.

Callen: No volveré a apostar, lo prometo.

Resoplé. Era un poco tarde para eso. Y la promesa también sonaba un poco desgastada.

Callen: ¿Me puedes llamar para que lo hablemos?

Callen: Te amo. **Callen: Por favor, llámame.**

No había ni un solo mensaje sobre Bram.

Por mucho que me doliera admitirlo, mi madre tenía razón. Siempre había dicho que Callen no era el adecuado para mí, y no era por lo que ella sentía hacia él. *Mum* siempre me decía que el amor debía ser apasionado, arrollador. Como el suyo con mi padre. Esa era la razón por la que nunca volvió a casarse. Pero mi relación con Callen no era nada de eso. Sin embargo, una vez que quedé embarazada, sentí que él tenía que ser "el indicado" para mí.

Me equivoqué al darle falsas esperanzas. Lo que comenzó como una forma de superar lo de Daniel se había convertido en algo que apenas podía tolerar con un hombre que era todo lo contrario. La noche anterior, quedó claro, nunca lo había superado. Con Callen, jamás había sentido ni una pizca de esa intensa pasión de la que *Mum* me hablaba en voz baja.

Marqué su número, aunque no tenía ni idea de qué le diría.

—*¡Ainslee!* —exclamó, con un tono de desesperación en la voz.

—Hola.

—*Por favor, déjame explicarte*. —Comenzó, y de repente me sentí cansada. Demasiado agotada para escuchar sus excusas. Para absolverlo. Para ofrecerle consuelo.

—No, Callen —lo interrumpí—. No queda nada que explicar.

—*¿De verdad?* —Había incredulidad en su voz—. *¿Entonces estamos bien?*

—No, no estamos bien —siseé—. Llevamos demasiado tiempo intentando arreglar esto. La verdad es que no hay nada entre nosotros. Nuestro hijo es lo único que nos mantiene unidos. —Respiré hondo y continué—: Me importas, Callen, pero solo como el padre de mi hijo. Quiero que formes parte de la vida de Bram; sin embargo, no te obligaré.

—*¡Oh, Dios!* —exclamó—. *Es por la maldita partida de cartas.*

La rabia me invadió al oír esas palabras.

—*Sí*, obviamente. Pero también por el hecho de que volvieras a apostar —reviré—. ¿Acaso te importó que tus acciones pusieran en peligro a nuestro hijo? ¿A mí?

—*Estoy intentando conseguir el dinero para pagar la deuda* —se justificó.

—¡Es demasiado tarde! —grité por teléfono—. ¡Ya me tiene a mí!

—¿Q-Qué?

—Daniel me recogió —contesté. La ironía era que no podía pronunciar las palabras *me secuestró*. Daniel cometió un acto ilegal para protegerme, mas mi furia contra Callen se debía a su negligencia, que había puesto en peligro la seguridad de mi hijo. Podía perdonar muchas cosas, pero eso nunca.

El juego era su debilidad. Daniel era la mía. Quizá los dos éramos simplemente seres humanos débiles.

—*¿Daniel?* —Su voz sonaba recelosa—. *¿Lo llamas* Daniel*?*

—Sí, lo llamo Daniel. —¿Cómo podía este imbécil centrarse en cosas tan triviales?—. Y sí, estoy a salvo. No te preocupes, no me ha hecho daño. Está haciendo todo lo posible para mantenernos a salvo.

«¡A diferencia de ti!» Me tragué las palabras. Callen era un peón, pero uno voluntario, lo cual demostró cuando se negó a alejarse de su adicción.

Para mi horror, empezó a sollozar al teléfono.

—Lo siento. Todo esto es culpa mía.

No podía discutir eso, así que me quedé en silencio. Sabía que quería a su hijo, y nunca le privaría a Bram de eso. No quería que fuéramos esos padres que se odiaban y que Bram se viera atrapado en medio. Pero tendría que enderezar su vida. Eso no era negociable.

—Escucha, estamos bien —dije finalmente, intentando tranquilizarlo—. Cuando las cosas se calmen, llegaremos a un acuerdo con Bram.

—¿Qué quieres decir?

Qué demonios iba yo a saber. No estaba segura de si Daniel hablaba en serio cuando dijo que no pensaba dejarnos ir. Solo si me aseguraba, sin dejar lugar a dudas, que me quería a su lado y me amaba, sería suficiente para que nos quedáramos allí definitivamente. Hasta el momento, no había pronunciado esas palabras.

Dios mío. Un solo día con Daniel Carrington y ya había vuelto a ser una adolescente llena de dudas.

—*¿Ainslee?* —La voz de Callen me devolvió al presente.

—Estoy aquí —contesté—. Lo que quiero decir es que tú y yo nunca hemos estado bien juntos. Pero no me arrepiento. —La verdad era que deberíamos haber tenido esta conversación cara a cara; sin embargo, había que decirlo en ese minuto en lugar de esperar a un momento mejor—. No me arrepiento, porque tenemos a Bram, y él es lo más preciado del mundo. Y gracias a él, siempre contarás con mi cariño. Pero no te amo, Callen. Y no es justo para ninguno de los dos seguir alargando algo que nunca va a suceder.

—*¿Es por mi adicción al juego?* —preguntó, y pude percibir la tristeza en su voz.

—Eso es solo una pequeña parte —le respondí con sinceridad—. Lo que hiciste no está bien. Necesitas ayuda. Eres un buen hombre, pero incluso sin ese hábito tan perjudicial, lo nuestro nunca habría funcionado.

—*¿Por qué, Ainslee? Creía que estábamos progresando.*

—Porque entregué mi corazón hace mucho tiempo. A otra persona —admití. Era la primera vez que lo decía en voz alta. Callen no sabía nada de mi primer amor. Y antes de Callen, solo había estado Daniel.

—*¡Te amo!* —exclamó, y me costó tragar saliva al sentir el nudo en la garganta al oír sus palabras.

Lo quería, pero no lo amaba. Y para tener un final feliz para siempre, necesitaba amor.

—Lo siento, Callen —me disculpé en voz baja, necesitando terminar con esto. Ese día había sido uno de los más largos de mi vida—. Lo último que quiero es hacerte daño.

No estaba segura de qué estaba esperando mientras el silencio se extendía por la línea. ¿Su perdón? ¿Su arrepentimiento? ¿Su promesa de amistad? Cuando siguió en silencio, añadí con el corazón encogido.

—Sé que esto parece repentino, pero ambos sabemos que hemos estado luchando durante un tiempo. Sin embargo, quiero que sigamos cerca. Por Bram. Nos necesita.

—*Ainslee, puedo arreglar esto* —suplicó de nuevo, y me sentí fatal—. *Hablaré con Hector Carrington. Lo solucionaré todo.*

—¡No! Es la última persona con la que deberías hablar. Por favor... No quiero que te pase nada malo —advertí—. Sé inteligente, Callen. Piensa en tu hijo y no hagas nada imprudente.

—*No lo haré* —murmuró—. *Te prometo que lo arreglaré todo. Y entonces podremos resolver esto y empezar a planificar nuestro futuro.*

Respiré hondo y luego exhalé lentamente.

—No, Callen —declaré con firmeza—. Nuestra relación se limitará a garantizar la felicidad de nuestro hijo. Como pareja, ya hemos terminado.

—*No es el momento de hablar de eso* —negó, de repente, visiblemente molesto—. *Tengo que irme.*

Sin decir una palabra más, colgó y me quedé sentada, mirando fijamente la oscuridad de la noche. Preguntándome dónde estaría Daniel.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Ainslee

LA BIBLIOTECA DEL CASTILLO de Daniel era enorme y mi lugar favorito para pasar el rato. Era cálida, acogedora y relajante. Los libros se apilaban en estanterías empotradas desde el suelo hasta el techo, con sus lomos envejecidos y orgullosos. Un pequeño fuego crepitaba en la chimenea, proyectando una luz dorada sobre la alfombra persa y los sillones de cuero desgastados. No esperaba encontrarlo allí, mas tampoco me sorprendió.

Daniel estaba de pie junto a la ventana, con un vaso en la mano y las mangas dobladas hasta los antebrazos. No se giró cuando entré, pero sabía que estaba allí. Siempre lo sabía.

—Estás despierta hasta tarde —murmuró, con la mirada fija en la noche más allá del cristal.

—Tú también.

Entré más en la habitación; el silencio solo se rompía por el suave crepitar del fuego y el leve tintineo cuando dejó su vaso sobre la mesa.

Se giró para mirarme, sus ojos recorriendo mi rostro.

—¿Todo bien?

Asentí con la cabeza, aunque ya no estaba segura de lo que eso significaba.

—Necesitaba... perspectiva.

—¿Callen?

El nombre quedó suspendido entre nosotros. No respondí de inmediato, no hacía falta. Daniel me conocía demasiado bien.

—Le dije que todo terminó —admití.

Tensó la mandíbula, pero asintió en silencio, reconociendo el costo de ese momento.

—No tenías por qué explicarle nada, Ainslee.

—Necesitaba hacerlo —declaré—. No por él. Por mí.

Daniel dio un paso adelante, con una expresión indescifrable, no obstante, la energía de la habitación cambió, más tranquila, pero cargada de tensión. Extendió la mano y me tocó suavemente la mía. Sus dedos estaban cálidos.

—Lo que dije fue en serio —me recordó en voz baja—. No voy a dejar que te vayas otra vez.

No respondí. Todavía no. Necesitaba algo más que declaraciones. Necesitaba pruebas. Pero tampoco me aparté.

Antes de que se pudiera decir nada más, se oyeron pequeños pasos contra el suelo de piedra, seguido de una voz susurrante.

—¿*Mummy*?

Me giré justo cuando Bram asomaba la cabeza por el marco de la puerta, con los rizos revueltos y los ojos somnolientos.

—¿Cariño? —Me agaché y abrí los brazos. Corrió hacia mí y se acurrucó en mi abrazo—. ¿Qué haces fuera de la cama?

—No podía dormir —murmuró contra mi hombro—. Soñé que estábamos en un barco y que luego desaparecías.

Se me encogió el corazón. Daniel se arrodilló a nuestro lado y puso una mano firme sobre la espalda de Bram.

—Ahora estás a salvo —anunció Daniel, con voz baja pero firme—. Nadie se va a ir a ninguna parte.

Bram parpadeó y lo miró, vacilante por un momento, y luego, milagrosamente, se inclinó hacia él. Daniel me miró en silencio, asombrado; luego, lo tomó en sus brazos con delicadeza y se puso de pie.

Mum apareció en la puerta, envuelta en un camisón de seda que, de alguna manera, la hacía parecer más propia de una película de cine negro de los años cuarenta que de un castillo medieval escocés. Parpadeó ante la escena, observándonos a los tres, yo agachada sobre la alfombra, Bram aferrado a Daniel mientras este se mantenía en equilibrio con torpeza, con la camisa desabrochada en el cuello como si hubiera perdido la noción del tiempo.

—Me pareció oír unos pasitos —dijo con una sonrisa soñolienta—. Parece que el sueño nos elude a todos esta noche. Debe ser algo en el agua. O en los muros del castillo. O quizás sea simplemente el trauma abrumador de tener cuarenta y tres habitaciones y ni un solo televisor que funcione.

Contuve una sonrisa mientras me levantaba.

—Bram ha tenido una pesadilla.

—Ay, cariño —murmuró ella, entrando del todo en la habitación, con los pies descalzos deslizándose silenciosamente sobre el suelo. Se acercó a Bram y le apartó los rizos de la frente con la delicadeza y el cariño de una abuela que había criado a una hija y en ese momento aprovechaba su segunda oportunidad para mimar a alguien hasta la saciedad—. Bueno, desde luego no podemos permitir que los monstruos atormenten los sueños en un lugar como este. No cuando tenemos a nuestro propio caballero viviendo aquí.

Le lanzó a Daniel una mirada significativa, a partes iguales burlona y evaluadora.

—Quizá necesites una bebida caliente y un cuento. —Le ofreció, con un tono alegre y melodioso, igual que solía hacer para convencerme de que volviera a la cama con la promesa de una tostada y un chocolate caliente.

Bram la miró parpadeando, y luego dirigió su atención a Daniel.

—¿Puede Daniel leerlo?

Incluso el fuego se detuvo, como si quisiera ver cómo acabaría todo esto.

Daniel miró a Bram, luego a mí, y de nuevo a Bram, sopesando si se trataba de algún tipo de prueba. Se aclaró la garganta.

—Eh... sí. Por supuesto. Si a tu madre le parece bien.

Bram asintió solemnemente, como si nombrarlo *Lector Oficial de Cuentos* fuera un honor que no se concedía a la ligera.

Miré a Daniel y asentí levemente.

—No hay problema.

Mum me miró con una ceja arqueada, sorprendida en silencio.

—Bueno, esto promete ser interesante —cuchicheó, lo suficientemente alto como para que la oyera.

Bram se acurrucó contra el pecho de Daniel, ya medio dormido, con sus diminutos dedos agarrándose a la camisa de él como si fuera lo único que lo mantuviera anclado al mundo de los despiertos.

—*Mmm*, me pregunto si estos libros están ordenados alfabéticamente —preguntó Daniel, mirando a su alrededor en la enorme biblioteca como si

tuviera mil libros, pero solo hubiera leído veinte.

Mum arqueó una ceja.

—¿Quieres decir que no usas la biblioteca? ¿Alguna vez has leído aquí?

—He leído aquí —dijo secamente—. Es solo que no sé exactamente dónde está nada. La última vez que necesité un libro, soborné al ama de llaves con un Glenlivet.

Intenté no reírme, pero fallé.

Mum puso los ojos en blanco y se dirigió a una estantería como si hubiera vivido allí toda la vida.

—Hombres. Apuesto a que no les han quitado el polvo a estos libros en décadas.

—No seas ridícula —reviró Daniel, ajustando a Bram en sus brazos—. Para eso está el personal.

—Encantador —murmuró *Mum*, sacando un ejemplar maltrecho de *El Jardín Secreto* y entregándoselo—. Toma. Este es seguro. Sin duendes. Sin piratas. Solo una leve represión emocional y rosas descuidadas.

Tomó el libro con una media sonrisa y se dejó caer en el sillón de cuero más cercano. Bram se acurrucó junto a él como si perteneciera a ese lugar. *Mum* y yo encontramos nuestros sitios, ella se acurrucó en un sillón de terciopelo con una manta sobre las piernas y yo en el suelo, apoyada contra el sofá.

Daniel abrió el libro, se aclaró la garganta de nuevo, de forma dramática, en mi opinión, y comenzó a leer.

—En tiempos del cólera, cuando todos estaban enfadados y todo era un poco terrible...

—No empieza así —interrumpió *Mum*.

—Estoy improvisando —aclaró—. Para darle un toque dramático.

Bram soltó una risita, con la cabeza apoyada en el pecho de Daniel.

No hubo ningún gran anuncio, ninguna declaración de familia forjada en el fuego o el drama. Solo voces suaves, un espacio compartido y el entendimiento tácito de que algo estaba cambiando. Sanando. Construyendo.

No era así como me imaginaba que se formaba una familia, pero a mí me lo parecía.

Y, de repente, la biblioteca ya no parecía tan grandiosa. El fuego ya no parecía tan solitario. Por primera vez en mucho tiempo, todo parecía estar exactamente como debía estar. No perfecto, pero real.

Y tal vez, solo tal vez, al borde de algo que podría durar.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Daniel

TODO EL DÍA SIGUIENTE transcurrió entre reuniones y recabar información sobre mi tío.

Recibí información de que McLeod había buscado a Hector y que habían hablado. Ese maldito idiota acabaría muerto si seguía metiéndose en ese mundo. No era que me importara, pero al fin y al cabo *era* el padre de Bram, y me preocupaba demasiado el niño como para dejar que perdiera a su padre.

McLeod no era rival para alguien como Hector Carrington. Llegué incluso a enviar a mis hombres tras McLeod, solo para asegurarme de que no le pasara nada a ese maldito cabrón. Sin embargo, nadie pudo encontrarlo. Y eso no me daba un buen presentimiento.

No había conseguido averiguar de qué había hablado con mi tío, y eso me enfurecía. Llamé a todos mis contactos, a todos mis espías, para obtener cualquier información que me diera alguna pista sobre sus movimientos. Solo conseguí enfurecerme.

Apreté los puños con tanta fuerza que me dolían los huesos. Maldita sea, ese día no había conseguido nada. Ni una maldita cosa.

Mi instinto me decía que Hector tenía un plan que involucraba a Ainslee. Simplemente, no podía imaginarme cuál podría ser, ni entendía su repentina fascinación por ella. La pregunta era: ¿por qué ahora? Hector no era un hombre paciente, así que, si mi primo le había contado algo sobre Ainslee a su querido padre, Hector habría ido por ella justo después de que yo matara

a su hijo. Quizá se trataba de algo completamente diferente, y yo no lo estaba viendo. ¿Una venganza personal, tal vez? A ese imbécil adulador no le gustaba que nuestros hombres me apoyaran más a mí que a él, pero había permanecido inactivo durante años. Al final, él desaparecería y ellos acabarían bajo mi mando de todos modos.

¿O tal vez tenía otra persona en mente a quien cederle el liderazgo?

Negué con la cabeza. Eso no parecía probable. Pero con el viejo nunca se sabía. Podría tener un hijo ilegítimo en alguna parte. Aunque lo más probable era que se hubiera enterado de que yo había matado a su hijo. ¿Cómo? Solo había tres personas que sabían lo que había pasado: Arthur, *Meatlocker* y yo.

Confiaba en Arthur con mi vida, y él llevaba años demostrando su lealtad. Eso dejaba a *Meatlocker*, que había sido igual de digno de confianza. Sí, sabía que el dinero era su primer y único amor verdadero, pero conocía los sórdidos detalles del brutal asesinato de su padre. Por eso sabía que no había ninguna posibilidad de que fuera él, teniendo en cuenta que Hector era el responsable de la muerte de su padre.

«¡Mierda!» Necesitaba mantener la cabeza fría. Encontraría a quien estuviera ayudando a Hector y los enterraría a todos.

Cerré mi *laptop* y salí. A esa hora no quedaba ningún otro empleado en el edificio. Este lugar, en pleno centro de la ciudad, no era más que una fachada que protegía al verdadero propietario, pero que se había creado para gestionar la parte legal de mi negocio. Solo unas pocas personas de mi confianza lo sabían. Cuando estaba en el país, era aquí donde llevaba a cabo mis negocios. Lo elegí específicamente con la esperanza de que, de alguna manera, me acercara más a Ainslee.

Me informaba de su paradero cada hora a través de Arthur. Ella era lo único en lo que podía pensar, todo el día. En cuanto eliminara esta amenaza, saldría con ella como era debido. Tal y como se merecía. O tal vez me saltaría el cortejo y la llevaría directamente al altar.

Cuando salí de mi oficina, eran casi las diez de la noche. La noche aún era joven, y yo ya no podía más. No podía seguir alejado. Me subí a mi Land Rover y atravesé Edimburgo a toda velocidad, infringiendo todas las reglas de tránsito y sin que me importara una mierda.

Acababa de salir de la ciudad cuando sonó mi teléfono.

—Arthur —respondí al instante, con una sensación de alarma oprimiéndome el pecho. Nunca llamaba a menos que la situación fuera

crítica.

—*Se ha complicado esta mierda* —comunicó, con voz entrecortada, sin aliento—. *Callen McLeod está muerto. Han enviado un video al móvil de tu mujer. Estábamos en la biblioteca.*

Se me heló la sangre. ¿Muerto? El día anterior, Ainslee acababa de hablar con él.

Ni siquiera me molesté en responder. Tiré el teléfono al asiento del copiloto y apreté el acelerador a fondo.

La nieve caía espesa sobre la autopista, cubriendo el asfalto con un resbaladizo brillo de peligro, pero me daba igual. Los neumáticos resbalaron ligeramente cuando giré hacia las estrechas carreteras secundarias en dirección a Longniddry, con los faros atravesando la tormenta como una cuchilla. No me importaba si el maldito coche acababa en una zanja; tenía que llegar hasta ella.

Con Ainslee.

El castillo apareció ante mi vista antes de lo que debería. Creo que batí un récord de velocidad al llegar hasta allí. No me detuve a admirarlo. Salí disparado del vehículo, ignorando el frío intenso, y entré furioso por la puerta principal. El lugar estaba oscuro y silencioso.

La encontré en la biblioteca, exactamente donde Arthur había dicho que estaría.

Estaba acurrucada en el sofá de color rosa, con los pies metidos debajo de ella y los hombros encogidos, como si intentara desaparecer dentro de sí misma. Tenía el rostro pálido, surcado por lágrimas, y sin vida, de una forma que me revolvió el estómago. Su teléfono temblaba en sus manos. El suave zumbido de un video en pausa crepitaba de fondo.

Arthur estaba de pie cerca de la chimenea, con los brazos cruzados, la mandíbula apretada y una expresión sombría. Me miró a los ojos, asintió levemente y desapareció de la habitación como un fantasma, dirigiéndose de vuelta a la sala de vigilancia.

Mi atención se centró directamente en Ainslee. Aún no se había dado cuenta de mi presencia. Tenía los ojos clavados en la pantalla del teléfono, los labios temblorosos y el pecho subiendo y bajando con respiraciones superficiales y entrecortadas.

Avancé en silencio y eché un vistazo por encima de su hombro justo a tiempo para ver el final del video, una imagen temblorosa y granulada de Callen McLeod desplomado en una silla, con un charco de sangre a sus

pies, y un mensaje brutal grabado en el marco con ese tipo de fría precisión que lo identificaba inequívocamente como obra de Hector Carrington.

—Ya basta —pedí, rodeando el sofá y quitándole con delicadeza el teléfono de sus manos temblorosas. Lo guardé en mi bolsillo y me arrodillé frente a ella.

Luego, la envolví en mis brazos.

Se derrumbó contra mí como una marioneta a la que le habían cortado los hilos, hundiendo el rostro en mi pecho. El sonido que salió de ella no fue un sollozo, sino un grito crudo y gutural de alguien que acababa de ver morir a una persona.

Había visto cómo lo mataban.

Su cuerpo temblaba y sus dedos se aferraban a la tela de mi camisa como si se estuviera ahogando y yo fuera lo único que la mantenía a flote.

—Está muerto —pronunció con voz quebrada, con palabras entrecortadas y vacías—. Está muerto, Daniel.

—Lo sé —susurré entre su cabello, apretándola más contra mí—. Lo siento mucho.

Y lo sentía. Callen podría haber sido un idiota imprudente, pero no se merecía eso. Nadie se lo merecía.

—No debería haber contestado su llamada. No debería haber dicho todas esas cosas...

—No —la interrumpí, con suavidad pero con firmeza—. Esto no es tu culpa. ¿Me oyes?

Otro sollozo se le escapó de la garganta y casi me hizo caer de rodillas.

La abracé con toda la fuerza que pude, manteniéndola firme mientras la tormenta la azotaba. Mi propia furia latía como un tambor de guerra bajo la superficie, ardiendo cada vez más con cada segundo que pasaba. Quería meterle una bala entre los ojos a Hector. Quemar todo lo que tocara. Pero no en ese instante.

Ella no necesitaba mi ira.

Necesitaba mi fuerza.

—Lo haré pagar —susurré, presionando mis labios contra su sien—. Nunca volverá a hacerte daño. Ni a Bram. Ni a nadie que te importe. Te lo juro, Ainslee. Por todo lo que tengo.

Su abrazo se hizo más fuerte, como si esa promesa fuera lo único que la mantuviera anclada a la realidad.

Y tal vez lo era.

Porque en ese mismo momento, me di cuenta de algo terriblemente sencillo.

No solo la amaba.

La necesitaba.

Y nada ni *nadie* me la iba a quitar de nuevo.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Ainslee

ME QUEDÉ VIENDO LA pantalla por lo que debía de ser la centésima vez.

Todos mis instintos me gritaban que apartara la vista, que dejara de mirar, que me protegiera de aquel horror, pero no podía. Estaba clavada en mi lugar, atrapada en un bucle de agonía e incredulidad. Se me revolvió el estómago y sentí cómo el ácido me subía por la garganta, sin embargo, ni siquiera las náuseas lograron distraerme.

El video siniestro seguía reproduciéndose, sin sonido. El rostro de Callen, apenas reconocible, apareció en la pantalla, hinchado y ensangrentado, con la boca abierta en un grito que me horrorizaba, pero a la vez agradecida de no poder oírlo. El silencio, de alguna manera, lo hacía aún peor. La ausencia total de sonido convertía su sufrimiento en algo surrealista, como ver una pesadilla.

Sin embargo, no era una pesadilla.

Era real.

No era una táctica para asustar. No era una advertencia.

Era una ejecución.

Cada golpe impactaba con una precisión repugnante. Su cuerpo se retorcía, luego se desplomaba, y volvía a estremecerse bajo otro golpe. Quienquiera que lo hubiera filmado se había asegurado de capturar cada detalle brutal, cada ángulo, como si fuera algo que quisiera que recordara. Algo destinado a grabarse en mi mente para siempre.

Y así fue.

No podía apartar la mirada. No porque fuera morbosa o estuviera entumecida, sino porque una parte de mí sentía que se lo debía. Verlo. Ser testigo. Soportarlo, porque él tuvo que hacerlo.

Porque esos eran los últimos segundos de su vida, reproduciéndose justo ante mis ojos.

Me tapé la boca con la mano, tratando de contener los sollozos. No sabía por qué seguía castigándome, viéndolo una y otra vez.

Callen estaba tan maltratado que su rostro era casi irreconocible, con el cabello rubio empapado en sangre. Se aseguraron de que sufriera el máximo dolor posible antes de que un hombre con traje negro se le acercara con una espada. Una puta espada. Obligó a Callen a inclinar la cabeza, apoyó la hoja contra su cuello y asestó el golpe. La cabeza de Callen rodó por el suelo de cemento como una maldita bola de boliche. Había tanta sangre que se me revolvió el estómago.

Era como una escena de una película medieval, salvo que todo era demasiado real.

Un gemido escapó de mi boca al ver el cuerpo decapitado de Callen desplomarse sobre el suelo asqueroso. Mi respiración era superficial y me zumbaban los oídos. Sentía todo el cuerpo débil y temblaba mientras el pánico se apoderaba rápidamente de mí. Me habría derrumbado si Daniel no me hubiera estado sosteniendo en sus brazos.

—No más —demandó, cuando estaba a punto de volver a darle al botón de reproducir, me quitó el teléfono. Mis ojos buscaron los suyos y, en su mirada profunda, vi la luz. A pesar de todo, sentí alivio de tener a Daniel conmigo y apoyé la cabeza en su hombro.

Me costaba creer que Callen estuviera muerto. El día anterior, había hablado con él y ya no estaba. No se merecía morir así. Nadie se lo merecía.

Los sollozos sacudían mi cuerpo mientras Daniel me abrazaba, prometiendo arreglarlo todo, murmurando palabras suaves y tranquilizadoras en mi cabello.

—¿Y si vienen por Bram? —pregunté con voz ronca, aterrorizada—. Por mí.

Rodeó mi cara con sus palmas y la acercó a la suya. Su agarre era firme y tenía la mandíbula apretada. Me ahogué en su mirada, encontrando en ella la fuerza que necesitaba.

—Nadie se acercará ni a Bram, ni a ti ni a nadie de tu familia —gruñó—. Maldición, ¡nunca jamás!

Exhalé un suspiro. Todo esto era demasiado. No estaba hecha para esto. Ver a Callen morir de una forma tan brutal me había llevado al límite.

—Déjame llevarte a la cama —murmuró Daniel—. Necesitas descansar.

Tenía razón, sabía que la tenía, pero no podía borrar esas imágenes de mi mente. La cabeza de Callen rodando por el suelo frío y duro. Ese cabello dorado, del mismo color que el de mi hijo, empapado de sangre.

—Ainslee. —La suave voz de Daniel me sacó de mis sombríos pensamientos.

—De acuerdo. Sí, a la cama. —Ni siquiera podía articular una frase. Intenté levantarme, pero las piernas me fallaron. Daniel me tomó rápidamente y me levantó en brazos.

Me llevó a través de los pasillos a oscuras de su castillo como si no pesara nada. Sus brazos eran firmes, pero el silencio entre nosotros estaba cargado de dolor, miedo, culpa y amor. Las paredes de piedra parpadeaban con la luz ocasional de las velas, proyectando sombras que se movían como fantasmas por su rostro.

Al acercarnos al pasillo que llevaba a mi dormitorio, mi mirada se desvió hacia la puerta al otro lado del pasillo, la habitación de Bram. Había ido a ver cómo estaba antes. Estaba profundamente dormido, respirando suavemente bajo un montón de mantas, apretando su peluche de dinosaurio contra su pecho como si fuera un salvavidas.

Eso fue antes.

Antes de que llegara el video.

Antes de ver cómo golpeaban a su padre hasta reducirlo al silencio.

Un dolor repentino floreció en mi pecho, agudo y desesperado. Necesitaba estar cerca de mi hijo. Escuchar su respiración, tocarle el cabello, asegurarme de que seguía intacto, ajeno a la fealdad que acababa de presenciar.

Daniel debió de sentirlo, de leerlo en el cambio de mi postura, en la forma en que giré la cabeza. Sin decir palabra, cambió de rumbo y me llevó a la habitación de Bram.

Usó el hombro para abrir la puerta en silencio y luego entró.

La habitación estaba en calma, bañada por una pálida luz plateada que se colaba por los grandes ventanales. El silencio era casi sagrado. La pequeña figura de Bram estaba acurrucada bajo el edredón azul marino, con la

cabeza casi perdida en una almohada demasiado grande, los rizos rubios brillantes contrastaban con la oscura ropa de cama. Parecía increíblemente pequeño en la cama matrimonial. A salvo. Inocente. Dormido en un mundo en el que aún existían los monstruos.

Pero incluso mientras lo miraba, otra imagen se agitó en mi mente, cabello rubio empapado en sangre, un cuerpo destrozado desplomado en una silla.

Callen.

Cerré los ojos con fuerza, apartando ese pensamiento de mi mente.

Daniel notó que se me cortaba la respiración.

—Ainslee —me llamó, en voz baja y suave—. Tú y tu hijo están a salvo. Te lo juro. Moriría antes de dejar que les pasara algo a cualquiera de los dos.

Su voz me envolvió como una manta, firme e inquebrantable.

Y le creí.

Porque si no hubiera venido a buscarnos... si hubiera llegado tan solo un día más tarde... podría haber sido yo la de ese video.

—Mantenernos a salvo —susurré contra su cuello, con voz apenas audible—, pero mantente con vida tú también. No puedo... *no voy* a ver cómo te hacen daño.

Entonces se detuvo, apretándome ligeramente con los brazos. Levanté la cabeza, necesitando ver su rostro, anclarme en sus ojos.

—Prométemelo, Daniel —musité.

Me miró, y algo cambió entre nosotros. El mundo desapareció. No había murallas de castillo, ni tormenta de nieve afuera, ni asesinos acechando en la oscuridad. Solo nosotros. Solo esto.

Ya había roto promesas antes.

Me había destrozado una vez.

No obstante, esta promesa... necesitaba que la cumpliera. Por Bram. Por mí misma. Por todo lo que aún podríamos llegar a ser.

—Necesito que estés bien —pronuncié—. Necesito que cumplas esta.

Sin apartar la mirada, nos llevó hasta la cama y me tumbó junto a Bram como si estuviera hecha de cristal.

—Ni siquiera el mismísimo diablo podría separarme de ti, Ruiseñor —prometió, rozando mis labios con los suyos.

«Bien», pensé. Porque bien podría ser el mismísimo diablo quien viniera a continuación.

Me cubrió con la manta y la arropó con delicadeza alrededor del cuerpo dormido de Bram, quien se movió ligeramente, aunque no se despertó.

Daniel me besó la frente, dejando allí sus labios, como sellando un voto. Luego, se tumbó a mi lado y nos abrazó a los dos, a mí por un lado y a nuestro hijo por el otro.

—Ahora duerme —pidió en voz baja—. Yo te protejo.

Y así fue.

Si algún hombre me había tenido alguna vez, en cuerpo, corazón y alma, era él.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Daniel

OBSERVÉ CÓMO AINSLEE CERRABA los ojos, con el brazo envuelto protectoramente alrededor del pequeño cuerpo de Bram. Sus dedos aún se aferraban al borde de su camiseta, como si, incluso en sueños, supiera que ella era su ancla.

Aquí estaba a salvo.

Este castillo, escondido en lo más profundo de los campos escoceses, era un lugar aislado, ausente de cualquier registro oficial, protegido tras sociedades ficticias y décadas de encubrimiento intencionado. Nadie sabía de mi presencia aquí. Nadie sabía de ellos. Y hasta que encontrara a Hector, hasta que lo enterrara, Ainslee no pondría un pie fuera de esta casa.

Ni siquiera para respirar el aire.

Me quedé a su lado hasta que su respiración se hizo más profunda, suave y rítmica. Solo cuando estuve seguro de que estaba realmente dormida, a salvo, abrigada, entre su hijo y el silencio de la noche, salí del dormitorio.

Abajo, el castillo se había vuelto más frío, más oscuro de alguna manera, como si él también hubiera sido testigo de lo que habíamos visto. Me dirigí directamente a la biblioteca.

Arthur ya estaba allí, de pie frente a la chimenea como una estatua tallada en piedra. No dijo ni una palabra cuando entré, solo me dirigió una mirada.

Me acerqué a la licorera, me serví un *bourbon* y levanté la botella.

—¿Quieres uno?

Negó con la cabeza, con la vista fija en las llamas.

Lo bebí de un trago, el ardor trazando un camino por mi garganta, despejando la niebla. Lo rellené y me senté en el mismo asiento donde había encontrado antes a Ainslee, encogida sobre sí misma, destrozada. Aún podía sentir el fantasma de su dolor impreso en los cojines.

Tomé el teléfono, abrí el video y le di a reproducir.

Otra vez.

Las mismas imágenes infernales. El hombre de negro, con el rostro oculto, asestando golpe tras golpe. La sangre de Callen chorreando como tinta por el suelo de cemento. Incluso sin sonido, era insoportable de ver, pero me obligué a hacerlo. Necesitaba ver lo que ella había visto. Necesitaba entender lo que Hector quería que ella sintiera.

Rabia. Impotencia. Miedo.

Pero yo no sentía nada de eso.

Solo determinación.

Repetí el video. Lo ralenticé. Esta vez, lo observé con la concentración de un cazador.

Y ahí estaba, tan sutil que casi se me pasaba por alto.

Un movimiento de la mano izquierda del agresor mientras alcanzaba algo fuera de cámara. Congelé la imagen. Hice *zoom*.

—Hijo de puta —murmuré.

Arthur se acercó.

—¿Qué pasa?

Aumenté el zoom. La imagen se fue enfocando, píxel a píxel, hasta que fue inconfundible, una marca de nacimiento descolorida en la palma de la mano del hombre, con forma de cuchillo de carnicero.

Arthur maldijo entre dientes.

—Ese maldito bastardo.

No era una marca cualquiera. Pertenecía a alguien con quien nos habíamos cruzado hacía años, a quien creíamos desaparecido y enterrado hacía tiempo. Un fantasma de un capítulo más sangriento.

—¿Puedes rastrear al remitente? —pregunté, entregándole el teléfono.

Arthur lo tomó con un breve asentimiento y se marchó sin decir palabra. Sin quejas. Sin comentarios. Por eso confiaba en él. Era eficiente.

De nuevo solo, me quedé mirando el fuego. Las llamas crepitaban, saltando sobre los troncos como si tuvieran algo que decir. Algo que no quería oír.

Doce años, vi cómo dos hombres ardían vivos.

Recordé cómo sus gritos desgarraban la noche. El hedor a carne quemada. La culpa de saber que no había hecho nada para impedirlo. Me había dicho a mí mismo que se lo merecían. Que era necesario. ¿Pero la verdad? La verdad tenía dientes.

No se olvidan cosas así.

La culpa no se fue. Solo cambió de forma, convirtiéndose en algo que llevabas contigo como una segunda piel.

Cuando Arthur regresó, su voz me sobresaltó.

—Tengo una pista.

Parpadeé. El tiempo había pasado sin que me diera cuenta. Eché un vistazo al reloj, habían pasado casi tres horas.

Levantó el teléfono.

—El mensaje cifrado procedía del sur de Gales. Una zona rural. Remota. Pero tenemos una pista.

—Gales —repetí con voz sombría, saboreando la palabra como si estuviera podrida. El mundo se les hacía cada vez más pequeño. La red se estrechaba.

Me levanté lentamente y me acerqué a la chimenea. Algo en el fondo de mi mente parpadeaba, justo fuera de mi alcance. Un recuerdo. Un nombre. Una sensación. No conseguía captarlo del todo.

Sin embargo, sabía una cosa, esto era personal.

Demasiado personal.

Me giré hacia Arthur.

—Que nuestros hombres se lleven a *Meatlocker*.

Los labios de Arthur se curvaron en una sonrisa fina y peligrosa.

—Eso llamará su atención.

—Bien —solté, mirando fijamente las llamas una vez más—. Porque ya es hora de que empecemos a enviar nuestros propios mensajes.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Ainslee

ME DESPERTÉ LENTAMENTE, COMO se hacía después de una noche sumida en el dolor.

Durante unos segundos de dicha, no recordaba nada. La luz de la mañana se filtraba suavemente por las cortinas, el aire de la habitación era cálido, tranquilo, seguro. Estaba acurrucada contra algo, alguien, sólido. Un brazo pesado descansaba sobre mi cintura, dándome seguridad, y una respiración lenta y constante me rozaba la nuca.

Daniel.

Y entonces me golpeó. Como un tren de carga.

El video. Callen. Su rostro: ensangrentado, maltrecho, irreconocible. Sus últimos momentos.

Se había ido.

Sentí una opresión en el pecho y, por un segundo, no pude respirar. El dolor no era solo tristeza, era confusión, horror, culpa. Muchísima culpa.

A mi lado, Bram se removió. Me giré ligeramente, observándolo estirarse y murmurar en sueños, con las mejillas aún sonrojadas por el sueño y la inocencia. Me dolía el corazón solo de mirarlo. Él no lo sabía. No sabía que su padre se había ido.

No sabía lo que le habían hecho.

Sentí que Daniel se movía detrás de mí y su mano presionaba suavemente mi cadera.

—Estás despierta —murmuró, con la voz aún baja y ronca por el sueño.

Asentí con la cabeza, incapaz de encontrar la voz todavía.

Me dio un beso en la parte posterior del hombro y luego apoyó allí la frente.

—No te has movido en toda la noche —dijo suavemente—. Solo te aferraste a él.

—Necesitaba sentir que seguía aquí —susurré, viendo a Bram girarse de lado y acurrucarse más en mi brazo—. Que nada había cambiado.

Daniel guardó silencio un instante y luego habló en voz baja:

—Tú también te aferraste a mí.

Me giré entonces, lentamente, para poder ver su rostro. Sus ojos eran suaves, enmarcados por el cansancio, pero aun completamente alerta. Mirándome. Leyéndome.

—No fue mi intención —me disculpé, aunque mi voz carecía de protesta.

—No me importó.

Pasó un momento entre nosotros, lleno de cosas no dichas. Cosas que no hacía falta decir todavía, pero que rondaban por ahí.

Me incorporé, acariciando los rizos de Bram con los dedos. Pronto, despertaría, y entonces... ¿Qué? ¿Qué le decías a un niño cuando le han arrebatado uno de los pilares de su mundo?

—¿Hay alguna noticia? —pregunté en voz baja, para no despertarlo.

Daniel también se incorporó, pasándose una mano por el cabello.

—Arthur ha rastreado al remitente. Sur de Gales. Nos estamos acercando.

—¿Crees que fue tu tío?

—Sé que fue él —afirmó, rotundamente—. Pero no estaba solo. Reconocí a alguien en las imágenes. Tenemos una pista.

La noticia no me trajo alivio, sino una especie de temor sordo. Porque, si estaban dispuestos a enviarme el video de un asesinato real, no se limitaban a mandarme mensajes: me estaban haciendo una advertencia.

—Esto no ha terminado —declaré.

Daniel extendió su mano y tomó la mía.

—No, pero no estás sola en esto.

Lo miré fijamente, luego bajé la vista hacia nuestras manos, sus dedos grandes y callosos envolvían protectoramente los míos. Había algo aterrador en confiar en alguien que una vez te había destrozado, en saber que aún *querías* confiar en él.

Bram se movió de nuevo, esta vez abriendo los ojos. Me miró parpadeando, confundido solo por un segundo antes de que el rostro se le

iluminara con una sonrisa somnolienta.

—¿*Mummy*?

—Hola, cariño —saludé, apartándole el cabello de la frente.

Su mirada se desvió más allá de mí.

—¿Daniel? —preguntó, con una sonrisa asomando en sus labios.

—Buenos días, pequeño —respondió Daniel con voz cálida, incluso cariñosa.

Bram se estiró.

—Dormiste aquí.

Daniel me miró, luego volvió a mirar a Bram.

—Parecía el lugar más seguro.

Bram asintió solemnemente.

—Lo es. Hay dragones abajo.

Daniel arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Los oí roncar.

Daniel se inclinó hacia él, bajando la voz a un susurro secreto.

—¿Debería ir a luchar contra ellos?

Bram se incorporó con repentino entusiasmo.

—¿Puedo ayudar?

Los observé, a mi hijo y al hombre al que una vez creía haber perdido para siempre, conectando de una forma que parecía... natural.

Y, por primera vez desde la noche anterior, sentí que algo se removía dentro de mí que no era dolor.

Era esperanza.

Frágil, temblorosa y completamente inesperada.

Daniel

Les di espacio.

Cuando Bram se despertó del todo, me disculpé con una excusa poco convincente sobre que tenía que hacer una llamada. La verdad era que no confiaba en mí mismo para quedarme. No con la forma en que Ainslee me

miraba. No con la forma en que sus dedos se detuvieron en mi brazo mientras me ponía de pie.

La esperanza estaba floreciendo de nuevo entre nosotros. Lo sentía en lo más profundo de mi ser. Pero después de todo, lo que habíamos sobrevivido, lo que aún se cernía sobre nosotros, no estaba seguro de tener el derecho de dejar que creciera.

La biblioteca estaba en silencio cuando entré. El fuego ardía lentamente, proyectando suaves sombras doradas a lo largo de los lomos de viejos libros que no había tocado en años. No había venido aquí en busca de respuestas. Había venido en busca de tranquilidad.

Sin embargo, no estaba solo.

Margaret estaba sentada junto a la ventana, su silueta apenas visible a la luz de la mañana. Sostenía una taza de té, como si hubiera estado esperando a alguien, o tal vez solo buscaba un poco de paz. Me miró con calma, aunque atenta.

—Pensé que acabaría encontrándote aquí —indicó, con esa voz que aún conservaba esa elegancia inquebrantable. Esa que te recordaba que ella venía de un mundo de buenos modales y encimeras de mármol, pero que había sobrevivido a suficientes adversidades como para manejar el acero—. He estado esperando.

Asentí y me acerqué al bar de la esquina, sirviéndome un trago de *whiskey*. Al diablo con la mañana.

—Ella es fuerte —mencionó Margaret, casi para sí misma—. Pero eso ya lo sabes.

Me giré para verla.

—Sí.

—Ha pasado por mucho. Y sigue en pie. Criando a un hijo. Evitando derrumbarse incluso cuando el peso habría aplastado a la mayoría.

No dije nada. ¿Qué podía decir? Todo lo que Margaret decía era cierto. Ainslee había atravesado el infierno y había logrado, de alguna manera, mantener su alma intacta.

—Durante mucho tiempo, pensé que solo eras el flechazo adolescente que nunca se fue —añadió Margaret, esta vez con más delicadeza—. Pero después de que te fueras... —Se le quebró la voz, solo por un momento—. Vi cómo mi hija se desmoronaba. En silencio. Con dignidad, por supuesto, porque eso es lo que hacemos las mujeres. Desafortunadamente, fue el tipo de desamor que te cambia por completo.

Aparté la mirada, apretando la mandíbula.

—Lo sé.

—No creo que lo sepas —reviró en voz baja—. Me preocupó muchísimo verla tan desconsolada. Vi cómo acabó con la vida de mi hermano, y no iba a permitir que le pasara lo mismo a mi hija. Ainslee nunca dijo nada sobre ti, pero una madre lo sabe.

El silencio se prolongó entre nosotros un instante demasiado largo. El fuego crepitaba.

—No me fui porque dejé de amarla —expliqué finalmente—. Esa es la peor parte. Me fui, porque creí que estaba haciendo lo correcto. Pensé... —Negué con la cabeza—. Creí que estaría mejor sin mí.

—¿Intentabas protegerla? —Quiso saber Margaret, sin juzgar, solo preguntando.

—Sí.

—Bueno —dijo, reclinándose en la silla—, fallaste.

Sus palabras no pretendían ser crueles. Eran sinceras. Y me golpearon más fuerte que un puñetazo en el estómago.

—Pero estás aquí ahora —señaló, y cuando volví a encontrar su mirada, vi en ella sinceridad y fe en sus ojos. Era el comienzo de algo que tenía la intención de atesorar.

—Te lo juro —declaré, acercándome, con voz firme—. Pase lo que pase a partir de ahora, protegeré a Ainslee. Y a Bram. Y a ti, si me lo permites.

Margaret ladeó ligeramente la cabeza, estudiándome.

—¿Eso lo dice el caballero de brillante armadura o el hombre que desapareció sin despedirse?

—Ambos —afirmé sin dudar—. Porque no voy a marcharme otra vez. A menos que esté muerto.

Eso pareció satisfacerla más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho. Asintió brevemente y dio un sorbo a su té, con la mirada volviendo a la ventana.

—Ahora eres mayor —reflexionó—. Más fuerte, menos impulsivo.

—Todavía tengo mis momentos.

—Más te vale no volver a joderlo —agregó, con su habitual tono seco—. Porque si lo haces, Daniel Carrington, seré yo quien arrastre tu cuerpo hasta el lago.

Se me escapó una risa, más bien un bufido. Pero, Dios, lo necesitaba.

—Entendido.

Se levantó lentamente, dejó la taza sobre la mesa y se acercó a mí.

—Ella todavía te ama —informó en voz baja—. Pero el amor no bastará si le haces pasar por ese tipo de dolor otra vez.

Asentí.

—No lo haré. Te lo prometo.

Margaret se detuvo en la puerta, mirando por encima del hombro con algo parecido a una sonrisa.

—Entonces quizás esta vez todos tengamos suerte.

Y entonces se marchó, dejándome solo en la biblioteca, mirando fijamente el fuego, con el peso de una promesa que, por una vez, tenía toda la intención de cumplir.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Daniel

HABÍAN PASADO VARIOS DÍAS desde el asesinato de McLeod. La conmoción se había atenuado, sustituida por una concentración implacable. Habíamos estado trabajando sin descanso, rastreando movimientos, persiguiendo nombres, removiendo cada piedra podrida que mi tío hubiera tocado jamás. Y por fin, parecía que un avance en el caso estaba al alcance de la mano. Tan cerca que casi se podía saborear.

Al caer la noche sobre la campiña escocesa, el frío se instaló como una segunda piel. Me quedé de pie junto a la ventana del estudio, viendo cómo el último rayo de luz desaparecía tras las colinas.

Fue entonces cuando recibí la llamada, *Meatlocker* había llegado.

Tras días de vigilancia y sutil presión, mis hombres habían logrado arrastrar al desgraciado a través de la frontera hasta dentro de Escocia, en silencio. Sin dejar rastro. Sin testigos. Sin dejar huellas.

No estaba dispuesto a alejarme de Ainslee por mucho tiempo, no después de todo lo que había pasado. La sola idea de que estuviera fuera de mi vista me ponía los vellos de punta. Así que lo resolví a mi manera: *Meatlocker* fue llevado a uno de los almacenes abandonados justo al borde de mi propiedad; lo suficientemente cerca para sentirme seguro, lo suficientemente lejos para poder negarlo.

Era hora de una “transacción de negocios”.

Y por *negocio*, me refería a sangre.

Los gemidos y los gritos resonaban en el espacio vacío mientras el hombre era empujado hacia delante, cayendo de rodillas justo a mis pies. Con una bolsa negra en la cabeza y las muñecas atadas por delante, no podía hacer gran cosa para defenderse. Mi hombre le quitó la bolsa de su cabeza, lo que hizo que *Meatlocker* la moviera de un lado a otro, tratando de encontrarme en la penumbra.

—*Meatlocker,* qué amable de tu parte venir.

Meatlocker, quien había usado ese apodo desde que lo conocía, era al menos quince años mayor que yo. Su padre había servido a la familia Carrington desde hacía doce años atrás, cuando intentó renegociar las condiciones de su servicio. Hector Carrington respondió quemándolo vivo.

Un día que quedó grabado en mi memoria. Así que cuando *Meatlocker* siguió los pasos de su padre y juró lealtad al negocio familiar, le pagué generosamente. Siempre había afirmado que su padre había sido un hombre brutal y que nunca se habían llevado bien, pero sospechaba que quería vengarse de mi tío jurándome lealtad a mí. Estas cosas, sumadas a mi riguroso sistema de selección y al salario que le permitía muchos lujos, me dieron la certeza de que podía confiar en él.

Todo este tiempo, había creído que odiaba a mi tío tanto como yo.

Pero, como había descubierto en los últimos días, odiaba tanto a Hector que estaba dispuesto a sacrificarme como medio para alcanzar su fin.

Los ojos de *Meatlocker* se encontraron con los míos, y se le fue todo el color de la cara.

—Daniel. ¿Qué... qué significa esto? —Le tembló la voz y se dejó caer hacia atrás sobre el suelo húmedo—. No había necesidad de recurrir a la violencia —expresó.

—¿De verdad? Porque la culpa reflejada en tu rostro me dice lo contrario —siseé.

—Yo no lo hice. —Esa sola declaración bastó para confirmar su culpabilidad.

—¿Hacer qué? —me burlé—. Ni siquiera te he acusado de nada todavía. —Dejé que el silencio se prolongara, haciéndolo temblar en su propia piel antes de continuar—. Me traicionaste.

Negó con la cabeza, pero su expresión de culpabilidad era inconfundible. Parecía un ciervo paralizado por los faros de un coche, con el cerebro demasiado lento para inventarse una excusa o una mentira.

—Yo... yo no.

Alcé la mirada y le hice un gesto de asentimiento a Arthur. Este dio un paso adelante y sacó una tableta, reproduciendo una grabación de la conversación de *Meatlocker* con mi tío. Arthur tenía intervenidas todas las líneas de Hector, así como las de sus conocidos socios. Imagínate mi sorpresa cuando supe que Hector Carrington y *Meatlocker* tenían una cita fija cada semana que duraba entre veinte y treinta minutos.

Y yo ni siquiera podía eludir la culpa. Debería haberlo esperado, incluso haberlo previsto. *Meatlocker* sabía que yo estaba allí el día en que su padre fue asesinado. Sabía que había sido el detonante de mi ruptura y de la creación de mi propia facción dentro de la mafia de Londres, pero, aun así. A veces, la familia era más importante que los negocios.

En su intento por ganarse el favor de Hector, como parte de un gran plan del que aún desconocía los detalles, *Meatlocker* me traicionó. Le dijo a mi tío que yo había matado a su hijo.

—Jefe, fue un error —soltó, con el labio inferior temblando.

—Sí, lo fue —gruñí—. Y lo pagarás con tu vida. —Se estremeció y luego abrió la boca, seguramente para contarme otra mentira. Pero no necesitaba más excusas. Solo quería los detalles sobre lo que eso significaba para Ainslee—. Dime por qué —insistí.

No volvería a preguntar. Era una oportunidad única. O lo torturaría hasta sacarle la verdad, alargando la conversación todo lo que fuera necesario, o le daría una muerte rápida. Por experiencia, los traidores eran cobardes y se rendían tarde o temprano.

—Tu tío quiere a la mujer —gimió—. Y matarte. Se ha aliado con los rusos y quiere volver a traficar con personas.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula. No dije ni una palabra más. Teníamos toda la noche para que me explicara exactamente qué tenía que ver el tráfico de personas con Ainslee. No era que fuera a permitir jamás que eso ocurriera. El comercio con sexo o trabajo forzado estaría prohibido para siempre bajo mi mandato, sin excepciones.

—Él se acercó a mí para pedirme ayuda para esconder a las mujeres que llegaban —continuó *Meatlocker*—. Yo... no sabía cuándo volvería a tener la oportunidad de... —Se calló y se quedó mirando al suelo. Podía entender su rabia e incluso algunos de sus motivos, pero no podía permitirme ponerme sentimental en ese momento. Si no lo hubiéramos interceptado, Ainslee podría haber sido secuestrada a estas alturas—. ¡Fui un idiota! —exclamó

—. No podía seguir viviendo conmigo mismo sabiendo lo que él hizo. ¡Lo que hizo, Daniel! Tú habrías hecho lo mismo. —Observé cómo su vientre redondo se agitaba mientras le brotaban gotas de sudor en las sienes. Sudaba como un cerdo.

Se secó la frente con manos temblorosas, lo que atrajo mi mirada hacia la marca de nacimiento. La furia me invadió como un volcán, recordándome lo despreciable que era ese cabrón.

—Tu padre también murió intentando negociar con Hector, ¡idiota! —siseé—. Le costó la vida. ¿O lo has olvidado? ¿Qué te hace pensar que habías conseguido vengarte antes de que él te matara de la misma forma brutal?

Los ojos de *Meatlocker* se movieron rápidamente de izquierda a derecha, como si estuviera barajando opciones para escapar.

—Tu tío se ha vuelto loco, resentido, porque cada vez más hombres están cambiando su lealtad hacia ti. Así que le ofrecí información con la esperanza de que confiara en mí. Y luego... ni siquiera lo sé. Solo quería verlo muerto. Si eso significaba arrojarte a ti y a tu zorra a los lobos...

—Ni una palabra más o te torturaré, tan lentamente que te destrozarás la garganta de tanto gritar.

Él sabía que lo decía en serio. Torturar a hombres no era algo que disfrutara, pero si se metían con los que amaba, no había vuelta atrás. Este imbécil merecía morir. *Meatlocker* sabía a qué atenerse. Y, de todos modos, aunque lo perdonara, mi tío acabaría matándolo tarde o temprano. Fue quien cortó en trocitos al preciado hijo psicópata de Hector y lo redujo a nada, detalles que, estoy seguro, omitió mencionar cuando me traicionó.

Este era el mundo en el que vivíamos. Ninguna traición quedaba impune.

—¡No eres tan diferente de tu tío! —reviró, con el rostro deformado por la furia mientras probaba una nueva táctica.

Lo miré con dureza. Odiaba que me compararan con mi tío. *Meatlocker* también lo sabía, a juzgar por la expresión de satisfacción de su rostro.

—Ambos matan y torturan, dejando familias destrozadas, hechas pedazos.

—Y tú ¿qué hiciste? —gruñí con voz sombría—. ¿Matar a un hombre cortándole la cabeza, a un hombre que no tenía nada que ver con todo esto, fue justo?

—¡Tu familia quemó vivo a mi padre! —rugió, consumido por la rabia. Su voz resonó por el almacén, y la acusación retumbó en el vasto espacio.

Los recuerdos invadieron mi mente de inmediato. Las conexiones finalmente se aclararon. Parecía que el pasado había vuelto a asomar su fea cabeza.

Me burlé.

—Tu padre estaba vinculado a esta organización criminal. Cuando te involucras en este mundo, tienes que esperar repercusiones. Además, vengar a tu padre trabajando con mi tío, quien ordenó su muerte, va en contra de toda lógica. Me parece que estás desesperado.

Negó con la cabeza.

—No, no es cierto.

Mostré los dientes.

—Lo es, y lo sabes. Sabes muy bien que mi tío nunca te habría dejado vivir sabiendo que descuartizaste a su hijo como a un animal. Tú y yo sabemos perfectamente que fue Hector quien ordenó matar a tu padre. Manchaste su memoria con esta jugada. Y ni siquiera lo conseguiste.

—Deberían haberse matado entre ustedes. Así mi venganza habría sido completa y habría podido tomar las riendas de este negocio.

Negué con la cabeza. Sabía que *Meatlocker* era muchas cosas, pero delirante no era una de ellas. Aunque, en ese momento, al ver su sonrisa maníaca, mi instinto me decía que no estaba bien de la cabeza.

—Le dije a Hector que habías insistido en torturar a Hugo a solas, despacio y con calma. Y que sus gritos se oyeron por toda la manzana.

Una calma mortal se apoderó de mí mientras buscaba mi pistola. Las mentiras que le había contado a mi tío no importaban. Estaba tratando de salvar su propio pellejo.

—Te daré una muerte rápida, por el bien de tu viejo padre —pronuncié, apuntándole con el cañón entre los ojos—. Mi tío se reunirá contigo pronto. Mejor escóndete en el infierno.

Apreté el gatillo. Una bala entre los ojos y ya no estaba. La vida se había extinguido para siempre. La sangre salpicó mi ropa, pero nada de eso importó. Fue su traición lo que me inquietó.



Dejando atrás el sótano, entré en el baño contiguo y me deshice del hedor de las últimas horas. El agua caliente me golpeó la piel como una

absolución, lavando la sangre, el sudor y el humo, pero no el peso de lo que había descubierto.

La traición de *Meatlocker* me había dejado sin aliento, aunque ya sospechaba que algo no iba bien. Aun así, conocer la verdad era mejor que ser sorprendido después. Al menos, en ese momento entendía el juego, y a los jugadores.

Lo que significaba que yo tenía la ventaja.

Hector no tenía ni idea de que lo había descubierto. Ni la más mínima sospecha de que había desvelado las capas de su operación. Esa ignorancia me daba una oportunidad estrecha pero crucial: tiempo para elaborar una estrategia, para atacar primero y para acabar con esto de una vez por todas para siempre.

Sin embargo, la estrategia podía esperar.

En ese momento, la necesitaba a ella.

Ainslee.

La necesidad de verla, tocarla, escuchar su voz, me golpeó con fuerza, en lo más profundo de mis entrañas, como un hambre que no había saciado en mucho tiempo. No la había visto desde el día anterior por la mañana, y se sentía como una eternidad. Cuanto más tiempo pasaba lejos de ella, más se intensificaba el dolor.

Necesitaba sentirla debajo de mí. Ver que seguía a salvo. Que seguía aquí. Que seguía siendo mía.

No más distracciones.

Cerré el grifo, agarré una toalla y me puse en marcha con determinación.

Como un adicto desesperado en busca de su dosis, con la polla dura como una piedra, corrí por la ciudad para llegar hasta ella. Una vez en casa, subí corriendo las escaleras y entré en su habitación. Estaba durmiendo, con el cabello rojo extendido sobre las nítidas almohadas blancas. Parecía mi salvación.

Levanté la manta y vi sus piernas al descubierto. Se le había subido el camisón. La brillante luz de la luna que se colaba por las ventanas envolvía su cuerpo en un suave resplandor. Me temblaba la mano mientras la deslizaba por su suave piel, subiendo por su muslo.

Ainslee se despertó, y cuando sus ojos color esmeralda se encontraron con los míos, mi alma se iluminó. Todo este tiempo había estado vagando a tientas en la oscuridad, pero en el momento en que ella volvió a entrar en

mi vida, ese velo tenebroso se había disipado. Aún se cernía sobre mí, aunque había sido atravesado por la luz. Mi Ainslee.

En la penumbra de la habitación, Ainslee abrió las piernas en señal de invitación, y mi cuerpo vibró de anticipación. Me despojé de la ropa en tiempo récord y tomé mi rígida polla en la mano, bombeando una vez, dos veces. Deslizándome bajo las sábanas con ella, me sumergí en su dulce y cálido coño. Gritó mientras me alcanzaba, clavándome las uñas en la espalda y marcándome como suyo.

En el momento en que su calor húmedo me envolvió, el deseo que me había estado carcomiendo todo el día se alivió y me dejé llevar. Encontré un ritmo constante y me perdí dentro de mi mujer. Todo a nuestro alrededor se disolvió. No existía nada más que el infierno entre nosotros mientras la follaba con embestidas profundas y pausadas. Nunca había experimentado un placer tan intenso con nadie más que con esta mujer.

—¡Daniel! —gritó, retorciéndose contra las almohadas. Sus uñas me arañaron la espalda mientras empujaba las caderas hacia arriba, permitiéndome deslizarme más profundamente dentro de ella. Estar desnudo dentro de ella era el paraíso. Sentí cada parte suave de su cuerpo y quise llenarla con mi semen.

Su coño se contrajo alrededor de mi polla y seguí empujando dentro de ella. Más rápido. Más fuerte. Una y otra vez. Hasta que sentí la chispa inconfundible en la base de mi columna vertebral. Ainslee soltó un grito de placer y yo alcancé el clímax, eyaculando chorros de semen caliente en su interior.

Los dos respirábamos con dificultad cuando me retiré de ella. Era una visión. El cabello le brillaba como el fuego a la luz de la luna, y sus ojos muy abiertos relucían como diamantes al encontrarse con los míos.

CAPÍTULO TREINTA

Daniel

YA LA HABÍA TENIDO antes. Años atrás. Me había memorizado cada centímetro de su piel, cada sonido que emitía, la forma en que se aferraba a mí como si estuviera agarrando algo que ya se le escapaba de entre los dedos.

Sin embargo, en ese momento era diferente.

Esta vez, no fingíamos que el mundo no existía. No éramos adolescentes escondidos tras las hormonas y la fantasía. Esta vez, sabíamos lo que podíamos perder. Lo que nos arriesgábamos con solo respirar el mismo aire.

Me quedé sobre ella, con un brazo doblado bajo su cuello y el otro recorriendo lentamente y con reverencia su cintura. Sus piernas se entrelazaban con las mías, su cuerpo aún temblaba ligeramente. Apreté mi frente contra la suya.

El silencio se extendió entre nosotros. No era incómodo, solo pleno. Pleno de lo que no podíamos decir. De lo que quizá no teníamos el valor suficiente para decir. Todavía.

Ella fue la primera en hablar, con voz baja pero firme.

—¿Crees que alguna vez se acabará? ¿El huir... el esconderse... el mirar por encima del hombro?

Apreté la mandíbula.

—No estoy huyendo.

No discutió, pero percibí un silencioso escepticismo en su respiración. No porque no me creyera, sino porque parecía que estuviera huyendo y

escondiéndome. Aunque no lo fuera.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —repliqué tras un momento, en voz baja—. Tú, Bram, tu madre, Lachlan... he hecho los arreglos necesarios.

Frunció el ceño.

—¿Qué tipo de arreglos?

—Del tipo que garantiza que mi tío nunca se acerque a ellos —expliqué —. Ni a nadie más que te importe.

Se movió ligeramente debajo de mí, rozando mi pecho con sus dedos.

—Ni siquiera conoces a Lachlan.

—No hace falta —murmuré—. Es importante para ti. Con eso basta.

Se le humedecieron un poco los ojos, pero parpadeó para disimularlo antes de que pudiera decir nada. Aun así, lo vi. Ladeó la cabeza hacia atrás para mirar al techo.

—A veces siento como si todo esto le estuviera pasando a otra persona —admitió en voz baja—. Como si lo estuviera viendo desarrollarse desde afuera. Y entonces Bram se ríe o pide panqueques, y recuerdo que sigo siendo yo. Sigo siendo su madre. Y él sigue teniendo solo cinco años.

Asentí lentamente.

—No deberías tener que ser tan fuerte.

—No creo que tenga otra opción.

—Sí que la tienes —objeté—. Tenías todas las opciones para alejarte de esto. De mí. Pero te quedaste.

Sus ojos se encontraron con los míos de nuevo.

—Tú también.

Y ahí estaba. Un temblor de algo más grande de lo que ninguno de los dos quería nombrar.

Levanté la mano, acariciándole el cabello con los dedos, y luego la dejé en su mejilla.

—¿Crees que podría dejarte?

—No lo sé. Ya lo hiciste una vez.

Sus palabras no pretendían herir. Eran simplemente un hecho. Una cicatriz aún sensible bajo la piel.

—Pagué por ese error cada maldito día que respiré —expresé, con la voz apenas audible—. Pero esta vez... no me iré. Pase lo que pase.

Tragó saliva con dificultad. Pude ver la lucha interna en sus ojos, el corazón la arrastraba en una dirección, la lógica, en otra.

—Quiero creer eso.

—Pues, hazlo.

El silencio volvió a caer, denso y crudo. Su mano se deslizó por mi pecho y se posó sobre mi corazón.

—Es mucho más fácil —mencionó suavemente—, cuando solo estamos los dos. En esta cama. En este momento.

—Lo sé —concordé—. Pero no estoy aquí solo por los momentos fáciles.

Un suspiro se le atascó en la garganta. Se giró hacia mí, apoyando la cabeza en mi pecho, mientras sus dedos trazaban patrones lentos e indecisos sobre mi piel.

—Tengo miedo —admitió.

La rodeé con mis brazos, abrazándola con más fuerza.

—Yo también.

No respondió de inmediato, aunque luego sentí que asentía.

Aún quedaban cosas por decir. Sentimientos que flotaban justo bajo la superficie, rozando los límites de nuestra determinación. Pero por ese momento, esto era suficiente. Su latido contra el mío. El peso de su confianza en mis brazos.

Al final, ella susurró:

—Prométeme que volverás. Siempre.

Le di un beso en la frente.

—Te lo juro, Ruiseñor. Siempre.

Y, aunque ninguno de los dos lo dijimos en voz alta, la verdad resonó con fuerza en el silencio, nos amábamos.

Que Dios nos ayudara, todavía nos amábamos.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ainslee

DESDE QUE LLEGÓ ESE maldito video, siete días atrás, aunque me pareció una eternidad, no había dormido bien. Cada vez que conseguía quedarme dormida, lo que me esperaba no era descanso, sino tormento. Las imágenes de los últimos momentos de Callen me atormentaban la mente como una película que no podía detener. La brutalidad. El miedo en sus ojos. Los gritos silenciosos.

La mayoría de las noches, acababa dando vueltas en la cama hasta que, como un reloj, Daniel se metía silenciosamente detrás de mí. Nunca decía nada. No hacía falta. Su presencia, cálida, firme, protectora, bastaba para mantener a raya las peores pesadillas. Pero ni siquiera él podía evitar que la culpa se filtrara en mi mente.

Me desperté temprano, antes de lo habitual, aunque eso se había convertido en mi nueva normalidad. El trauma tenía la capacidad de reprogramar el reloj biológico.

El cielo afuera era de un gris azulado apagado, y los primeros rayos de luz matutina se derramaban lentamente sobre las ventanas cubiertas de escarcha. Me quedé donde estaba, acurrucada de lado, observando cómo se movía la luz, pensando demasiado. Sintiendo demasiado.

No le había contado a *Mum* lo del video. No le había hablado de Callen.

¿Cómo se le decía algo así a alguien? ¿Que un hombre que no le caía bien, pero que seguía siendo el padre de su nieto, había sido torturado y

asesinado frente a la cámara? ¿Que su hija había recibido involuntariamente una amenaza de muerte digital?

Ya no había ninguna versión del mundo de Daniel que pudiera pintarse con contornos suaves. Se había corrido la cortina y lo único que quedaba eran esquinas afiladas, manchas de sangre y verdades brutales. Me había cambiado a mí. Y a ella también la cambiaría.

Pero lo que más me atormentaba eran las preguntas de las que no podía huir, ¿iba a poder criar a Bram en este mundo? ¿Podría exponerlo a los mismos peligros que yo apenas empezaba a comprender?

Daniel lo había arriesgado todo para protegernos. Pero ¿a qué precio?

¿Y si la mafia venía por Lachlan? ¿O por Eve? O, Dios no lo quisiera, ¿por *Mum*?

No sobreviviría. No me lo perdonaría.

Amar a Daniel no cambiaba eso. Podía amarlo hasta que me doliera, lamentablemente, eso no hacía que los riesgos fueran menos reales. En medio de todo este caos, necesitaba trazar una línea, definir qué estaba dispuesta a sacrificar. Y qué no.

Aparté las sábanas, me levanté y me dirigí a la ducha. El agua estaba ardiendo, pero no conseguía hacer desaparecer las dudas. Treinta minutos más tarde, estaba vestida, con el cabello aún húmedo y lista para afrontar otro día imposible.

Me habían concedido mis vacaciones anuales de la sinfónica, normalmente un respiro muy apreciado durante las fiestas y toda la temporada de invierno. En ese momento, se sentía como un arresto domiciliario con un telón de fondo de alto riesgo. Pero por mucho que todo lo demás se hubiera desmoronado, mi trabajo como madre no lo había hecho.

Especialmente, en ese momento.

Caminé en silencio hacia la habitación de Bram, con el familiar dolor de la pena retorciéndome el estómago a medida que me acercaba. Todavía no había encontrado la manera de decirle que su padre ya no estaba con nosotros. Había sido asesinado. No había ningún guion para esa conversación. Ninguna forma suave de transmitir una devastación a un niño de cinco años.

Entré sigilosamente por la puerta, crucé la sala de juegos y eché un vistazo al rincón. Bram se estaba despertando, con los ojos entrecerrados, el cabello revuelto y las mejillas cálidas y sonrojadas por el sueño. Esa mirada

soñadora, a medio camino entre el sueño y la vigilia, aún se reflejaba en su rostro.

—Buenos días, cariño —susurré.

Su cara se iluminó al instante. Un rayo del sol en medio de una tormenta que yo no podía controlar.

Me acerqué y me senté en el borde de su cama, rodeándolo con mis brazos. Lo abracé con más fuerza de la habitual, deseando poder protegerlo de todo lo que aún no sabía.

Algún día, pronto, tendría que decírselo. Pero este día no. No tan cerca de Navidad. Al menos le daría eso.

—¿Qué te parece si nos vestimos, vamos a ver a Nana y averiguar qué hay de desayuno? —le propuse con dulzura. Asintió con entusiasmo—. Quizá nos colemos en la cocina y convenzamos al cocinero para que nos deje ayudar a hornear galletas para Santa.

—¡Sí! —chilló—. ¿Daniel también?

Me reí entre dientes.

—Le preguntaremos. No estoy segura de si todavía está en casa o si ya se ha ido a trabajar.

No hacía falta que supiera que el "trabajo" de Daniel tenía que ver con armas, sangre y venganza. Todavía no.

Una vez que Bram se vistió, nos dirigimos por el pasillo. Por suerte, *Mum* salía de su habitación justo cuando nos acercábamos.

—¡Mis dos personas favoritas! —exclamó alegremente.

—Y nuestra abuela favorita —respondí, esbozando una pequeña sonrisa.

Ella le dio un beso en la cabeza a Bram y me apretó el brazo.

—¿Listos para desayunar?

—Muero de hambre —respondió Bram.

—¿Se une Daniel a nosotros? —preguntó ella con un tono casual. Pero los ojos le brillaban con una sutil curiosidad.

—No estoy segura —murmuré, muy consciente de lo que estaba a punto de admitir—. Se había ido antes de que me despertara.

Mum arqueó una ceja, mas no dijo nada. Me preparé para un comentario sarcástico, pero lo dejó pasar.

En cambio, suspiró.

—Trabaja demasiado.

Me encogí de hombros, agradecida de que dejara el tema. ¿Qué se suponía que debía decir? "Está ocupado" no cubría del todo

“Probablemente, esté orquestando el desmantelamiento de una red mafiosa mientras venga un asesinato”.

Miré a Bram, que ya iba trotando adelante, tarareando una melodía inventada en voz baja, completamente ajeno a que el mundo se tambaleaba bajo sus pies.

Por ese momento, estábamos a salvo, y eso tendría que ser suficiente hasta que Daniel se encargara de la amenaza.

Porque no tenía ninguna duda de que lo haría.



Cuando llegamos al final de las escaleras, se abrió la puerta de la biblioteca y salió Daniel, con el teléfono pegado a la oreja. Asintió a mi madre y le revolvió el cabello a Bram, provocándole unas risitas. Luego, sus ojos se posaron en mí. Me observó como si comprobara si estaba de una pieza. *Este hombre.* Sonreí y le hice un gesto con la mano para que no se preocupara, sonrojándome furiosamente.

—Suena bien —dijo al teléfono mientras nuestras miradas se cruzaban—. Mantenme informado —concluyó, y luego colgó antes de dirigirse a nosotros—. Buenos días a mis personas favoritas.

—Daniel, ¿podemos hacer galletas para Santa? —inquirió Bram, alegre e impaciente, completamente ajeno a mis sentimientos y a la tensión que nos rodeaba—. Por faaaaavor —añadió, mirándolo con los ojos muy abiertos y llenos de esperanza.

Daniel acortó la distancia entre nosotros y Bram estiró el cuello hacia atrás mientras miraba con tanta confianza al hombre que se alzaba sobre él.

—Por supuesto. ¿Cuándo te gustaría hacerlas?

—¿Ahora? —replicó, con un tono de esperanza en su voz.

Daniel soltó una risita.

—¿Qué tal si desayunamos primero? —Bram se encogió levemente de hombros—. Tu abuela y *Mum* tienen hambre. Yo también. ¿Tú no?

—Un poquito.

—Bien, entonces es hora de desayunar —demandó Daniel—. Después, podemos armar un buen lío en la cocina haciendo galletas. ¿Trato hecho?

Bram sonrió radiante.

—¡Trato hecho!

—A Grant no le va a hacer gracia el desastre en su cocina —bromeó *Mum*, riendo entre dientes.

—Ya se le pasará. Además, creo que en secreto se alegra mucho cada vez que pasamos tiempo allí —afirmó Daniel, antes de levantarse y sonreírle a *Mum*—. Buenos días, Margaret. Espero que hayas dormido bien.

—Como una bebé, Daniel. —Mi madre también le sonrió radiante, como si él tuviera la luna en sus manos. Estaba feliz. No sabía si era por este lugar, por este hombre o por la estación del año, no obstante, era tan bonito verla así—. Me encanta este lugar y no quiero irme nunca.

Mum me guiñó un ojo y no pude evitar poner los ojos en blanco.

—Me alegro de escuchar eso —contestó Daniel, buscando mi mirada de nuevo—. Nada me haría más feliz que tenerlos a todos aquí. Para siempre.

Sus ojos eran la fuente de esa fuerza gravitatoria, atrayéndome cada vez más hacia su órbita, pero mi miedo me mantenía a raya. La realidad de Daniel era mucho más peligrosa de lo que pensaba. Mucho más malvada. Antes del video, mi visión de este mundo era ingenua. Basada en la ficción que se veía en las películas. Sin embargo, esto estaba lejos de ser ficción.

—Ainslee, quiero invitarte a salir esta noche —comunicó con voz pausada, su tono grave inundándome—. A una cita.

Abrí la boca, pero antes de que pudiera aceptar o rechazar, mi madre respondió por mí.

—Le encantaría.

Giré la cabeza hacia ella y la vi sonriendo con aire de suficiencia.

Fruncí el ceño y negué con la cabeza.

—*Mum*, puedo responder por mí misma.

—Lo sé, cariño —contestó—. Solo intentaba ayudar.

Sorprendentemente, Daniel se quedó en casa el resto del día. Horneó galletas con nosotros, luciendo un tanto cómico con su traje oscuro en la cocina. Aunque nadie podía acusarlo de no esforzarse al máximo. Cuando empezó a nevar, pusimos música navideña mientras nos peleábamos por el espacio en el horno y la encimera. Parecía un día perfecto en vísperas de las fiestas.

El cocinero, el señor Storm, por su parte, nos daba órdenes a todos. Estaba ocupado preparando las comidas para los próximos días, ya que estaría fuera para celebrar las fiestas con su propia familia. Pero nos vigilaba con una sonrisa, listo para intervenir y avisarnos cuando nos desviábamos demasiado de la receta.

—Señor Storm. —Mi madre se rio alegremente—. Se le da muy bien mandar.

Tomé la sal y fingí que la iba a añadir a nuestra mezcla para las galletas de azúcar.

—¿Esto es lo siguiente, señor Storm?

Lo miré con inocencia mientras Daniel y Bram observaban toda la escena con gran atención. Mamá me conocía demasiado bien; sacudiendo la cabeza, me llamó alborotadora entre dientes.

—¡No, no! —exclamó el cocinero—.Es sal. Necesitas azúcar. ¡Son galletas de azúcar!

No pude contener la sonrisa.

—¡Oh, error mío!

—Me estás tomando el pelo, jovencita —me reprendió—. El señor Daniel tendrá que vigilarte.

Todos nos echamos a reír. Fue el mejor día que había tenido en mucho tiempo.

Las galletas quedaron horribles, pero por suerte, el señor Storm estaba haciendo otra tanda justo detrás de nosotros. Todos teníamos más harina en la ropa que en la masa.

—¿Podemos comprar un árbol de Navidad y ponerle adornos? —pidió Bram, sin ningún interés en hornear.

Miré a Daniel. Si bien tenía la intuición de que estaría de acuerdo, no me sentía bien gobernando su casa. Ya sentía que estábamos tomando el control.

Daniel se agachó para quedar a la altura de los ojos de Bram.

—¿Qué tal si vamos a cortar un árbol de Navidad? Luego, lo decoramos todos juntos. —Miró su reloj—. Quiero llevar a tu *Mum* a cenar esta noche, así que tendremos que ir a buscar árboles ahora mismo.

—¿No dijiste que no nos dejarías salir de casa? —pregunté—. ¿Que no es seguro?

—Voy a estar contigo —afirmó con naturalidad—. No dejaré que te pase nada.

—*Ah*.

Tanto Bram como Daniel se me quedaron viendo, con un brillo travieso en la mirada, y sentí un calor en el pecho. ¿Era esto lo que mi madre temía que me perdiera...? ¿Esa sensación particular de felicidad, satisfacción y dicha?

—De acuerdo. —Les sonreí—. ¡Más vale que nos abriguemos bien! Ahí afuera parece un globo de nieve.

Me volví hacia mi *mum*, con la intención de invitarla a que se uniera a nosotros.

—Oh, no. Me quedo aquí, muchas gracias —soltó antes de que tuviera oportunidad de preguntarle—. Me está dando un ataque de artritis. Además, quiero terminar el nuevo libro de Eve, así que me viene bien un rato de tranquilidad.

No pude evitar reírme cuando vi que los labios de Daniel se curvaron en una leve sonrisa. Él sabía que Eve Bailey escribía historias muy picantes.

—Bueno, vamos —dije finalmente, dando una palmada y guiando a mi pequeño grupo hacia el armario de la entrada donde guardábamos nuestro equipo de nieve.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Ainslee

BRAM NOS ENCONTRÓ EL árbol perfecto y, una vez que lo llevamos a casa, pasamos horas decorándolo mientras escuchábamos música navideña y tomábamos chocolate caliente y sidra de manzana. Casi lamenté que Daniel y yo tuviéramos que separarnos para vestirnos para nuestra salida nocturna. El día había sido simplemente mágico.

La perspectiva de que Daniel me cortejara solo intensificó los sentimientos que se arremolinaban en mi interior. Entré en mi armario y revisé diferentes opciones antes de decidirme por un vestidito negro.

Llevaba las piernas al descubierto a pesar de las gélidas temperaturas, me pondría un abrigo largo si Daniel intentaba protestar, y parecían aún más largas una vez que me puse los botines de tacón de charol que llevaba toda la semana deseando. El vestido tenía un dobladillo asimétrico y una abertura lateral que dejaba entrever un poco de mis muslos. Un escote pronunciado dejaba entrever mi busto.

Me puse delineador y rímel, y me apliqué una ligera capa de sombra de ojos neutra en los párpados. Nunca me maquillaba mucho. En mi opinión, mi cabello rojo ya llamaba demasiado la atención, y añadir cualquier tipo de color brillante a mi rostro me hacía parecer un payaso.

Mientras bajaba las escaleras, Daniel levantó la vista hacia mí y sentí cómo se me calentaba la piel por la forma en que me observaba.

—Estás preciosa —susurró, recorriéndome con la mirada.

Estaba apuesto con su traje oscuro. Aunque yo lo prefería desnudo, con su cuerpo musculoso permitiéndome adorar cada centímetro suyo. Conocía íntimamente el físico de este hombre y, aunque nos acostábamos casi todas las noches, no me cansaba de él. De hecho, quería más de él y temía desmoronarme sin él.

—¿Nos vamos? —Tendió su mano, y al acercarme, su palma se posó en la parte baja de mi espalda. Me colocó un pesado abrigo de lana sobre los hombros y agradecí que no hubiera dicho nada sobre mi atuendo.

Daniel me tomó de la mano y me sacó al exterior. Seguían cayendo copos de nieve, lo que hacía que todo a nuestro alrededor pareciera mágico. Casi me hacía olvidar los horribles sucesos de la semana pasada... al menos por esa noche. Me enfrentaría a la realidad en unos días, empezando por contarle a *Mum* lo que le había pasado a Callen.

Al abrir la puerta de su Land Rover, me ayudó a acomodarme en el asiento con delicadeza. Agarré el cinturón de seguridad y me lo abroché mientras él rodeaba el capó y se deslizaba en el asiento del conductor. Cuando puso en marcha el vehículo, dejé que el ronroneo del motor me relajara.

Los limpiaparabrisas estaban trabajando sin descanso, y su sonido rítmico era lo único que rompía el agradable silencio. Daniel irradiaba confianza en sí mismo, una fortaleza interior que me hacía sentir protegida. Pero a pesar de todo, no tenía ni idea de dónde estaríamos el año que venía por estas fechas. De hecho, ni siquiera sabía dónde estaríamos la *semana* que venía.

—Estás callada —señaló y volví la cabeza hacia él—. ¿Estás bien?

Se acercó a mí, su palma rozó mi muslo y entrelazó sus dedos con los míos. Me tomó de la mano mientras conducía, apoyando nuestras manos unidas sobre mi pierna. El gesto era sencillo, pero tan íntimo.

—Sí, estoy bien —afirmé, acariciándole suavemente la piel con el pulgar —. Hoy ha sido un día bonito. Gracias por pasar tiempo con nosotros.

—Quiero estar contigo cada momento de cada día —dijo en voz baja—. Debería ser yo quien *te* agradezca por pasarlo conmigo.

Exhalé y luego tragué saliva con dificultad.

—Me preocupa adónde nos llevará todo esto.

—Nos llevará a nuestro futuro, a nuestro para siempre. Creo que nos lo merecemos después de todos estos años —gruñó, con voz firme y llena de convicción.

—Tu mundo es diferente, Daniel —le recordé con voz ronca, con las emociones a punto de abrumarme. La verdad era que no quería dejarlo marchar. Nunca—. No veo cómo podríamos tener un futuro juntos. Si fuera solo por mí, lo daría todo. Pero tengo que pensar en Bram. Y en *Mum* también. El mundo al que perteneces es... peligroso. ¿Entiendes por qué lo digo?

Se quedó en silencio un momento, y pude sentir la tensión que emanaba de él. No tenía ni una pizca de duda de que haría lo que fuera necesario para mantenernos a salvo. Pero ¿era realmente justo cargarlo con tanto peso?

—Esto de Callen... Es solo que ... —No pude terminar la frase. La angustia me oprimía la garganta. Por eso había intentado con tantas fuerzas sacarlo de mi mente. Nunca antes había visto ni experimentado ese tipo de brutalidad. Sin embargo, parecía ser la norma en el mundo de Daniel.

—Yo me encargaré de mi tío.

Sabía que lo haría, pero la idea de que hubiera otros hombres como su tío en este mundo me daba aún más miedo.

—Y te creo —aseguré—. De verdad. Me haces sentir protegida. Pero siempre habrá alguien que te amenace. ¿No es así?

No tuvo que responder para que yo supiera que era verdad.

—No me descartes todavía —pidió, con voz grave, y ligeramente tensa —. No *nos* descartes, Ainslee.

Levanté la mirada hacia él, y, por un breve instante, vi angustia en su rostro, pero la disimuló rápidamente. No quería parecer débil. A mis ojos, nunca podría serlo.

Solo deseaba que se abriera. Tenía su deseo, pero necesitaba más. Necesitaba conocer sus miedos, sus esperanzas, sus sueños. Quería que hablara conmigo.

—Nunca te descartaría, Daniel. —Me incliné hacia él y le di un beso en la mejilla. Él siguió conduciendo, con la mirada fija en la carretera y la mandíbula apretada—. Todo esto me está costando mucho —murmuré—. No sé cómo asimilarlo, ni cómo sería nuestro futuro juntos en tu mundo. —Entonces, al darme cuenta de lo que había dicho, añadí—: Le comentaste a *Mum* que viviríamos contigo de forma permanente, pero tú y yo no hemos hablado de nosotros ni hemos hecho ningún plan.

Mis palabras salían desordenadas y sentía que estaba estropeando lo que tenía que decir.

Daniel se mantuvo concentrado en su tarea. Estaba oscuro y nevaba, era demasiado arriesgado apartar la vista de la carretera durante mucho tiempo. En ese momento, deseaba haber esperado a llegar a nuestro destino antes de tener esta conversación. Quería ver sus ojos. Leer la expresión en ellos y hacerme una idea más clara de lo que estaba pensando.

Se llevó nuestras manos entrelazadas a su boca.

—Tengo planes para el futuro, y todos y cada uno de ellos te incluyen a ti, Ainslee. Si quieres que queme el mundo, lo haré. Pero no sé si podré dejarte ir.

—Oh. —Su declaración debería haberme hecho salir corriendo. Sonaba loca, *obsesiva* y, sin embargo, me inundó y calmó algo que había encerrado bajo llave hacía muchos años. Quería estar en su vida para siempre. Quería que él estuviera conmigo para siempre.

—Bram necesita un mundo normal y seguro —murmuré, intentando no desviarme del tema.

—Lo tendrá —me aseguró—. Te lo prometo, estará a salvo. Y le daremos la mejor vida posible. Quiero que nuestra vida sea aquí, cerca de tu familia.

Se detuvo frente a la entrada principal del restaurante y se dirigió directamente al servicio de *valet*. Eché un vistazo a mi alrededor y me sorprendió ver que estábamos en el *Dome*.

—Creía que estaba cerrado —dije.

—Lo está —replicó—. Estaremos solos.

El *Dome* era el favorito tanto de los lugareños como de los visitantes. Situado en la bulliciosa *George Street* de Edimburgo, en un antiguo edificio bancario, era grandioso y opulento, y ofrecía un ambiente espectacular bajo su majestuosa cúpula. Por no hablar de la fabulosa comida y el servicio.

—¿Cerraste todo el restaurante solo para nosotros?

—Sí.

—Apuesto a que no están muy contentos contigo ahora mismo. Con lo cerca que están las fiestas —murmuré, negando con la cabeza.

—Valió la pena —afirmó, y salió del SUV.

—¿Lo vas a dejar aquí sin más? —le pregunté mientras me abría la puerta y me ayudaba a salir. Cuando el *valet* tomó las llaves, pero no movió el coche más de metro y medio de la entrada, miré a Daniel—. ¿Planeas una escapada rápida? —bromeé.

—Nunca se sabe —bromeó con voz ronca mientras yo me alisaba el abrigo para asegurarme de que no se me hubiera subido hasta los muslos,

junto con el vestido.

Su mano se posó en la parte baja de mi espalda mientras me guiaba por los escalones de la entrada, e incluso a través del grueso abrigo, pude sentir el calor de su tacto.

—Señor Carrington —saludó la *hostess* con una sonrisa deslumbrante, una vez que terminé de contemplar la decoración festiva—. Bienvenido. —Su mirada se deslizó hacia mí y me dedicó una sonrisa—. Sus invitados ya están aquí. Espero que pase una velada maravillosa.

Arqueé una ceja hacia Daniel.

—¿Invitados? —pregunté en voz baja.

Asintió, pero no dio más detalles. En cambio, me ayudó a quitarme el abrigo y se lo entregó a la *hostess*. Luego, mientras ella se alejaba con paso firme hacia el comedor, la mano de Daniel se posó de nuevo en mi espalda, guiándome hacia allí.

En cuanto entramos en el *Grill Room*, mis pasos vacilaron. Un grupo de personas nos esperaba. Reconocí a Layla Cambridge con su larga melena rubia. Estaba inmersa en una conversación con dos hombres que, por su parecido facial, supuse que eran parientes. En brazos de uno de ellos iba otra mujer, con su melena oscura y sus ojos color avellana que jamás olvidaría.

Liberty Smith. Corrección: Liberty *Caldwell.* La mujer a la que Callen había dejado plantada en el altar hacía tiempo.

La culpa me invadió al recordar la imagen de una novia con el corazón roto frente a la iglesia.

Miré a Daniel.

—No puedo...

Me tomó de la mano y me besó el dorso.

—Todo saldrá bien. Maxim y Alexander Caldwell son muy amigos míos. Van a pasar las vacaciones en su casa en Skye, así que quería que los conocieras antes de que se vayan. Te caerán bien todos, especialmente Liberty y Layla.

—¡Por fin! —exclamó una voz grave de hombre antes de que pudiera articular otra palabra de protesta a Daniel—. Pensaba que nos habías enviado al restaurante equivocado.

Los labios de Daniel esbozaron una sonrisa.

—La próxima vez lo haré —bromeó mientras nos uníamos al grupo—. Chicos, esta es Ainslee McLaren. —Se giró hacia mí y continuó con las

presentaciones—. Ainslee, este es Maxim Caldwell. Mi mejor amigo y el hombre con el que siempre puedo contar.

—*Oh*. —Me aclaré la garganta, sintiendo la familiar sensación de incomodidad subirme por el cuello. Estar cerca de alguien remotamente relacionado con Liberty Caldwell era como reabrir una herida cerrada. Las afiladas garras de la culpa parecían no soltarme nunca, siempre latentes bajo la superficie.

Daniel, ya fuera ignorándola o esquivando hábilmente la tensión, prosiguió:

—Fuimos juntos al colegio. También servimos en el ejército —añadió con un gesto de asentimiento—. Y Layla Cambridge, su media naranja.

Layla hizo una media reverencia con una sonrisa burlona, entrando con naturalidad en la habitación como si fuera suya.

—De hecho, ya había conocido a Layla antes —dije, esbozando una sonrisa mientras la miraba—. Me alegro de volver a verte.

—Oh, ¿sí? —Maxim arqueó una ceja, claramente intrigado—. ¿Dónde se conocieron?

Antes de que pudiera buscar una excusa vaga, o peor aún, que me pillaran mintiendo, Layla intervino sin problema:

—Me enamoré. O eso creía. —Me guiñó un ojo y luego rozó ligeramente el hombro de Maxim con el suyo—. De su primo. Pero este apareció y me salvó.

—¡Claro que sí! —exclamó Maxim con una sonrisa—. Solo hay un hombre para ti y ese soy yo.

Layla puso los ojos en blanco con cariño y, por primera vez, me di cuenta de lo diferente que parecía, más ligera. No fingía seguridad; la irradiaba. Su sonrisa era auténtica. Y esos penetrantes ojos azules brillaban con algo peligrosamente cercano a la paz.

—Hola, Ainslee —saludó, volviéndose hacía mí y acercándose para darme un beso en la mejilla—. Feliz Navidad.

Parpadeé, sorprendida por la calidez, pero logré decir:

—Igualmente. —Me giré hacia Maxim y le extendí la mano—. Encantada de conocerte por fin.

Me estrechó la mano con firmeza y respeto.

—Igualmente. Daniel nos ha hablado mucho de ti.

—Ah, ¿sí? —Arqueé las cejas, sorprendida mientras miraba a Daniel, que ni siquiera pestañeó.

Maxim sonrió.

—Todo bien. Casi siempre.

Daniel esbozó una sonrisa burlona.

—No te dejes engañar por él. La mitad del tiempo no escucha.

—Escucho lo suficiente —replicó Maxim—. Lo suficiente para saber que no se había puesto tan tenso con nadie desde... bueno, nunca.

Layla resopló.

—Ustedes dos se están buscando problemas.

Daniel se rio entre dientes.

—Somos todo lo contrario a problemas. Tu nombre, en cambio, aparece en el diccionario junto a esa palabra.

—Alguien tiene que mantenerlos a ustedes a raya —replicó Layla con dulzura.

Me reí a pesar de mí misma, y la tensión por fin empezó a desaparecer de mis hombros.

Fuera cual fuera esta dinámica, esta extraña e inesperada pequeña familia elegida, me hacía sentir sorprendentemente bien. Cálida. Como el tipo de vida en la que hacía tiempo que había dejado de creer que estuviera destinada para mí. Y, sin embargo, ahí estaba... acercándose cada vez más. Esperando.

Y tal vez, solo tal vez, estaba bien dejarla entrar.

—No les hagas caso a estos dos, Ainslee —agregó Maxim con una sonrisa despreocupada, en un tono ligero pero sincero—. Empiezo a entender por qué Daniel insistía tanto en ampliar nuestras operaciones en Escocia.

Sonreí levemente, sabiendo que se refería a uno de los negocios legítimos de Daniel, aunque los detalles aún me resultaban vagos. Eso no era lo que me ponía nerviosa.

Era la sombra que se cernía sobre aquella sala, la que llevaba el nombre de Liberty Caldwell. La culpa no había aflojado su agarre, y estar en su compañía solo hacía que se apretara más. No pude evitar preguntarme cuánto tiempo tardarían en atar cabos. En mirarme no con bienvenida, sino con reproche.

Así que hice lo único que pude en ese momento: sonreí de nuevo y no dije nada.

La voz de Daniel rompió mi silencio.

—Y este es Alexander Caldwell y su esposa, Liberty.

Se me revolvió el estómago.

Me giré lentamente, con todos los nervios del cuerpo tensos, como si la vergüenza fuera un olor que percibirían en cuanto me vieran. Los miré a los ojos, insegura de lo que veían, pero segura de lo que yo sentía.

Expuesta.

—Encantado de conocerte. —Alexander Caldwell me tendió la mano, con un apretón firme pero no excesivo. Se la estreché; sin embargo, mis ojos, mis pensamientos, ya estaban puestos en su esposa.

Liberty.

Habían pasado años, aun así, el tiempo no había logrado empañar su belleza. Su presencia me golpeó como un recuerdo empapado de remordimiento, suave, doloroso, punzante, todo a la vez. No cabía duda de que me había reconocido. No había vacilación en su mirada. Pero tampoco había odio en ella.

Solo... conocimiento.

—Encantada de conocerte también. —Logré decir, aunque las palabras apenas me salieron de la garganta. El corazón me latía con fuerza en el pecho, cada latido un recordatorio de la historia que nos unía.

La sonrisa de Liberty era suave, casi amable.

—Layla no para de hablar maravillas de tu voz —halagó con calidez—. Alexander y yo estamos planeando ir a ver una actuación mientras aún podamos.

Fue entonces cuando me fijé en el suave bulto bajo su vestido, y en cómo su mano lo acariciaba instintivamente.

—Estamos esperando trillizos —añadió, al notar mi expresión de sorpresa.

—Vaya —murmuré, parpadeando. La palabra me pareció insignificante, casi ridícula. Las disculpas me pesaban en la lengua, sin pronunciar, pero luchando por salir. ¿Debería ofrecer una en ese segundo? ¿Fingir que el pesado nunca ocurrió? Ambas opciones parecían minas terrestres.

—Trillizos, *¿eh?* —Me recuperé—. Felicidades.

—Gracias —respondió Liberty radiante, recostándose ligeramente en el costado de su esposo. El cariño entre ellos era natural, como un suéter favorito. Sentí una opresión en el pecho, que luego se suavizó.

—Estoy intentando convencer a Layla para que se ponga manos a la obra también —añadió Liberty con una sonrisa pícara—, pero se resiste.

—Paso, gracias —interrumpió Layla, levantando su copa de vino—. No tengo prisa por quedar embarazada.

Ahí estaba la Layla que recordaba, directa, sin complejos. No obstante, en ese momento parecía diferente. Más suave. Como si tal vez la felicidad se hubiera instalado por fin en algún lugar bajo su piel.

—Hermana, compórtate —reprendió Liberty, dándole un codazo con una sonrisa cariñosa.

—¿Hermana? —Parpadeé, mirando a ambas.

Liberty rio, claramente divertida.

—Descubrimos que somos medias hermanas —explicó Layla—. Es una larga historia. Escandalosa, complicada, muy de telenovela. Sinceramente, es mejor que no preguntes.

—Pero ha salido todo a la perfección —agregó Liberty, mirando a Alexander, que parecía un hombre atrapado en una novela romántica, con los ojos fijos en su esposa como si fuera la última estrella de su cielo.

Observé su intercambio con una especie de envidia silenciosa. Había algo en la naturalidad entre ellos, en la forma en que se movían juntos como si el mundo a su alrededor no importara.

Los brazos de Daniel se deslizaron alrededor de mi cintura por detrás, aclarándome con su tacto.

—Liberty dirige ahora la editorial Caldwell —me murmuró al oído.

«Y la de Callen», pensé, mientras el dolor volvía a florecer en mi pecho.

¿Lo sabían? ¿Que había muerto? ¿Lo del video? ¿*Cómo* había muerto?

No era el momento. No en una habitación llena de risas y calidez. No cuando el mundo afuera de ese espacio estaba tan lleno de sombras.

Aun así, el dolor persistía. Callen nunca volvería a ver otra Navidad. Bram nunca volvería a tener otra noche de cuentos con su padre. ¿Cómo se suponía que iba a explicárselo? Apenas podía explicármelo a mí misma.

—Espero verte más a menudo —pronunció Liberty de repente, devolviéndome al presente—. Me encanta esta época del año. Especialmente Año Nuevo. Se siente como... un nuevo comienzo. ¿Sabes? —Asentí con un nudo en la garganta. ¿Era eso? ¿Me estaba dando una oportunidad?—. Dejamos el pasado en el año viejo —añadió en voz baja—, y recibamos al nuevo con los brazos abiertos.

Su sonrisa no contenía resentimiento. Solo elegancia. Y me di cuenta, en ese momento, de que me estaba ofreciendo paz. Perdón.

Casi me derrumbó.

—Lo siento mucho —susurré, casi inaudible.

Liberty extendió la mano y tomó la mía con delicadeza.

—Todo se soluciona como debe ser —expresó con tranquila seguridad—. Con el tiempo. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla, con una caricia ligera como una pluma—. Y si alguna vez necesitas algo, solo pídelo. Layla y yo estamos aquí. Aunque… —agregó con una mirada cómplice—, algo me dice que Daniel se encargará de todo antes de que siquiera lo menciones.

Mis labios esbozaron una sonrisa a pesar de la tormenta de emociones que se agitaba en mi interior. Y cuando la mano de Daniel se deslizó con más firmeza alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia él, supe que tenía razón.

La tensión que había llevado dentro durante semanas, meses, empezó a aliviarse.

El camarero llegó con las bebidas, y agradecí que nos quedáramos de pie. Eso mantuvo el ambiente distendido, me permitió estar cerca de Daniel, sentir su calor. Como una armadura que no sabía que necesitaba.

—Daniel es un tipo al que le gusta tomar las riendas —intervino Layla después de que el camarero se marchara—. Maxim y Alexander también. Todos ellos son unos controladores. Pero, curiosamente, son adorables.

—Alguien está buscando que la castiguen —bromeó Maxim, observándola fijamente.

—No me amenaces con un buen rato —replicó Layla, dándole un codazo en el hombro.

Alexander gimió.

—¿Podemos parar? Hay bebés por nacer aquí.

—Ni siquiera quiero saber lo que oyen en el vientre —murmuró Layla.

Me atraganté con la bebida y Daniel se rio, dándome unas palmaditas en la espalda.

—¿Te ha dicho Daniel? —inquirió Layla con una sonrisa pícara—. ¿Que es dueño tanto de *Revelación* como de *Nightingale*?

Arqueé las cejas.

—Ya sabía lo de *Nightingale*. ¿Pero *Revelación*?

Daniel gruñó.

—Layla, te juro que voy a quitarte el acceso libre al club.

—No te preocupes, cariño. Te volveré a contratar —comentó Maxim, inclinándose.

Los rumores que había oído sobre *Revelación* eran... bueno, muy vívidos. Exclusivos. Misteriosos. Hedonistas. El tipo de lugar del que se hablaba en voz baja con curiosidad y asombro.

Me acerqué a Daniel, murmurando.

—¿Podría verlo? ¿Algún día?

El calor en sus ojos fue inmediato e intenso. Su mirada se clavó en la mía como una promesa.

—Algún día —gruñó suavemente, su aliento rozándome la piel—. Y no solo te lo mostraré. Te arruinaré.

Cada terminación nerviosa de mi cuerpo se encendió. Tragué saliva con dificultad, de repente hiperconsciente de cada centímetro de espacio entre nosotros... y de cada centímetro que deseaba llenar.

El resto de la noche transcurrió en una mezcla de risas y charla ligera. La alegría de Liberty era contagiosa. Layla y Maxim eran caos y consuelo en uno. Y Alexander... velaba por todos ellos como un guardián, silenciosamente atento, pero siempre presente.

Pero era en Daniel, que no dejaba de pensar. Su voz en la conversación, la curva de su boca cuando se reía, la forma en que me contemplaba cuando creía que yo no lo veía. Como si me estuviera memorizando.

Y cada vez que cruzaba mi mirada con la suya, lo sabía.

Él no se iba a ir a ninguna parte.

Y, por primera vez en lo que me pareció una eternidad, yo tampoco.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Ainslee

CUANDO REGRESAMOS AL CASTILLO, Daniel se detuvo en el vestíbulo para hablar con Arthur. Fuera lo que fuera lo que estuvieran discutiendo, no me quedé a escuchar. Mi cuerpo se movió por sí solo mientras recorría los pasillos, guiada más por el instinto que por el pensamiento.

No fui a mi habitación.

Fui a la de él.

Era extraño, la verdad, no habíamos pasado mucho tiempo allí. La mayoría de las noches, él venía a verme a mí. Pero esta noche, quería ver el mundo que él se guardaba para sí mismo.

La puerta se abrió con un crujido bajo mi mano, revelando un espacio tan intrínsecamente suyo que resultaba casi desconcertante. La habitación estaba impregnada de una elegancia victoriana, paredes negras con molduras doradas, maderas oscuras pulidas hasta brillar como un espejo, texturas ricas por dondequiera que mirara. La enorme cama con dosel se alzaba como un trono, con las sábanas impecables y bien planchadas. Las pesadas cortinas estaban parcialmente corridas, dejando entrar los rayos de la luna que bailaban sobre el suelo de madera.

El fuego crepitaba en la chimenea, proyectando sombras doradas que brillaban sobre la piedra. Su calor me envolvió de inmediato, ahuyentando el frío que se había aferrado a mi piel durante todo el día.

Entré lentamente en la habitación, rozando con las yemas de los dedos el respaldo de un sillón de cuero, para luego deslizar la mano hacia la repisa tallada de la chimenea. Me detuve frente al fuego, mirándolo fijamente, dejando que las llamas parpadeantes nublaran mis pensamientos.

Un lejano repique resonó por los pasillos, el viejo reloj de pie del pasillo Este, cuyas profundas notas anunciaban la medianoche.

Detrás de mí, lo sentí entrar antes de oírlo. El aire se alteró. Sentí un cosquilleo en la piel y se me erizaron los vellos de la nuca con expectación.

Al principio no dijo nada. Solo caminó hacia mí, sin prisas, con pasos que de alguna manera eran silenciosos sobre el piso de madera.

Cuando se detuvo detrás de mí, su presencia me envolvió como la gravedad.

Y entonces presionó lentamente su pecho contra mi espalda, alto, sólido y ardiente. Su aliento me rozó la curva del cuello y un escalofrío me recorrió el cuerpo, disipado con la misma rapidez por su mano que descansaba suavemente sobre mi cadera.

Me giré para mirarlo, con el corazón latiéndome con fuerza.

Sus ojos se clavaron en los míos, oscuros, tormentosos, llenos de un deseo que me hizo flaquear las rodillas. Sentí como si hubiera estado al borde de algo peligroso e irresistible.

Su mirada bajó a mi boca y luego volvió a mis ojos.

Me lamí los labios, con la respiración entrecortada.

—Esta habitación te sienta bien —susurré, aunque no estaba del todo segura de por qué lo decía. No sonrió, pero algo cambió en su expresión, un acuerdo tácito—. Y tú —señaló con voz grave y ronca—, me sientas bien.

No quedaba espacio entre nosotros, y podía sentir su fuerza, su calor, los latidos de su corazón, su autocontrol, penetrando en mí. Era electrizante.

Su mano se deslizó a lo largo de mi columna vertebral.

Y en ese momento, no pensaba en el asesinato ni en la venganza ni en los secretos que pesaban sobre nuestras vidas.

Solo pensaba en él.

En nosotros. Aquí. En ese momento.

Me puse de puntillas y presioné los labios contra los suyos.

—Quiero estar contigo —murmuré, con nuestras narices casi tocándose. Sus ojos marrones parecían brillar, con destellos dorados y ámbar bailando en sus profundidades sombrías. O tal vez solo fuera un efecto de la luz del fuego. No lo sabía. Solo sabía que era hermoso.

Su gran mano se cerró alrededor de mi cuello, con el pulgar presionando ligeramente contra mi pulso. La vulnerabilidad que sentía me excitaba. Hacía que mi interior se tensara de deseo. Me atrajo hacia él, moviendo los labios sobre los míos.

—Nunca me cansaré de ti.

Su boca se estrelló contra la mía, su lengua tomando el control. Su mano permaneció en mi garganta mientras me envolvía el cabello con la otra y tiraba de mi cabeza hacia atrás con brusquedad. Me inclinó justo como él quería, y yo simplemente seguí su ejemplo. Su tacto era como el cielo, y me *derretí.* Por él.

Él era todo lo que podía sentir, saborear y escuchar. Éramos uno, no sabía dónde terminaba yo y dónde empezaba él. Besé a Daniel con todo mi ser. Mis manos se aferraron a sus bíceps y sus músculos se contrajeron bajo mis palmas.

Su boca sobre mí era un dulce tormento. Pero no era suficiente. Me guio y me recostó sobre la mullida alfombra frente a la chimenea. El calor era acogedor, mas no era nada comparado con el calor del tacto de Daniel.

Levanté la vista hacia él, que se cernía sobre mí. Podría dominarme fácilmente, y, sin embargo, sentía que todo el poder estaba de mi lado.

Daniel me miraba fijamente, con los ojos oscuros recorriéndome el cuerpo, y al instante me empapé. Me arrancó el vestido negro de un tirón, con un movimiento salvaje y desesperado.

—¡Oye! Me gustaba ese vestido —protesté mientras levantaba las caderas para quitarme las bragas.

—Te consigo diez más —soltó con voz ronca, ayudándome a deslizarlas por mis piernas. Luego, sus manos se deslizaron por mis muslos, y me estremecí ante la aspereza de sus palmas contra mi suave piel. Sus manos subieron hasta mis pechos, amasándolos y haciendo que los pezones se me endurecieran. Quería sentir su tacto directamente sobre mi piel, sin la barrera de mi sujetador entre nosotros. Daniel me miró directamente a los ojos, y me ahogué en sus pozos sin fondo mientras me arrancaba la frágil prenda, dejándome completamente al descubierto ante su mirada.

Extendí la mano hacia él, pero negó con la cabeza, deteniéndome. Fruncí el ceño, confundida. ¿Había hecho algo mal?

Se aflojó la corbata y me llevó las manos por encima de la cabeza, atándome las muñecas con la delicada seda. *Oh.* Tragué saliva con dificultad, mirándolo con los ojos muy abiertos.

—Puedes decirme que pare en cualquier momento —me susurró con voz ronca al oído.

Tenía la boca seca mientras el deseo me palpitaba entre las piernas. Arqueé la espalda en señal de invitación y él bajó la cabeza. Hacia abajo. Y más abajo. Hasta que sus labios se cerraron alrededor de mi pezón. Solté un gemido y su respuesta, un gruñido, resonó por toda la habitación. Sus labios descendieron aún más. Llegó a mi ombligo, introduciendo su lengua en el interior y haciéndome retorcerme. Las caderas se me levantaron por voluntad propia, suplicándole lo que ansiaba desesperadamente.

Sus manos ásperas me agarraron las nalgas, acercando mi coño a sus labios. Se sumergió en él como un hombre hambriento, y un fuerte gemido brotó de mí mientras me perdía en el nirvana. Quería agarrar el cabello de Daniel, pasar los dedos por sus suaves mechones, pero no podía mover las muñecas atadas. Además, no quería que se apartara, porque sentía que moriría sin su lengua experta sobre mí. Me prendió fuego al cuerpo, comiéndome, y estaba a punto de explotar cuando de repente se detuvo.

Abrí los ojos de golpe y fruncí los labios. Él sonrió con malicia, pero en sus ojos ardía un deseo inconfundible. Se puso de pie y lo vi desabrocharse un par de botones y luego sacarse la camisa por la cabeza. Sus músculos se tensaban con cada uno de sus movimientos. Aquel hombre era una obra de arte, esculpida a la perfección. Mi vientre se tensó de anticipación. Le siguió el cinturón, y luego los pantalones y bóxers cayeron a sus pies. Estaba completamente desnudo. Su polla era larga, gruesa y apetecible.

Volvió a arrodillarse, sus manos encontraron mis rodillas y me abrieron de par en par. Luego, me agarró los muslos mientras frotaba su polla dura contra mi coño húmedo. Los ojos se me voltearon hacia atrás de placer, pero necesitaba más. Empujé las caderas hacia arriba. Sintiendo la punta en mi entrada.

Un instante después, me penetró, embistiendo dentro de mí con tal fuerza que vi las estrellas. Me llenó por completo.

—Daniel. —Jadeé.

Se hundió de nuevo, con fuerza, golpeándome. Mis manos atadas buscaron algo a lo que agarrarse. Mi sexo se hinchó a su alrededor. El infierno del placer intenso justo al alcance de mis dedos. Sus embestidas eran brutales, rápidas y estimulantes.

Como una presa maltrecha frente a una fuerza implacable de la naturaleza, me rompí. Un grito brotó de mis pulmones, mi cuerpo se

convulsionó bajo él y mi coño se contrajo alrededor de su polla mientras él seguía follándome. Lo tomó todo y me dio más. Empujando cada vez más profundo, cada vez más rápido. Me hice añicos en un millón de pedazos, mi orgasmo interminable. Todo mientras Daniel seguía empujando salvajemente, amenazando con partirme en dos.

Se corrió con un rugido, derramándose dentro de mi calor con unas cuantas embestidas vigorosas. Y luego me abrazó y me susurró palabras que no pude entender. No con la neblina que me envolvía el cerebro.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Daniel

AINSLEE YACÍA ACURRUCADA EN el suelo ante la chimenea, envuelta en una manta de lana gastada, con la respiración subiendo y bajando a un ritmo suave. El fuego crepitaba suavemente, proyectando sombras parpadeantes por toda la habitación, mientras afuera la nieve caía sin cesar, cubriendo el mundo de un frío silencio. La luna llena pendía sobre las brillantes colinas y campos blancos y relucientes, y su pálida luz lo pintaba todo con un resplandor plateado etéreo, un comienzo silencioso hermoso para el día de Navidad.

Le ajusté la manta con más fuerza, con cuidado de no perturbar su sueño tranquilo. Mis ojos se demoraron en su rostro, la delicada curva de su mejilla, el leve pliegue de preocupación en ese minuto suavizado por el descanso. El viento fuera arreciaba, trayendo un frío cortante que se colaba por las rendijas de los marcos de las ventanas, recordándome con nitidez la frase favorita de Maxim: “Así es Escocia”. Siempre bromeaba diciendo que era el tipo de lugar en el que se te podían congelar las pelotas sin importar la estación.

Sin embargo, yo no sentía el frío. No de verdad. Mi mente era una tormenta en sí misma.

No había dormido más de tres horas la noche anterior. El miedo se había arraigado profundamente en mi pecho, un terror desconocido y asfixiante que no había sentido desde que era niño. Un pavor nacido de la posibilidad

de perderla a ella y a Bram. Ainslee, lo único que me quedaba, y su hijo eran lo único que importaba.

Desde el momento en que volvió a mi vida, supe que no era lo suficientemente fuerte como para dejarla marchar. Me dije a mí mismo que podía, no, que lo haría, pero era una mentira. Una maldita mentira, tanto para ella como para mí mismo. Lucharía con uñas y dientes para mantenerla a mi lado. No había vuelta atrás, ni retirada, ni seguridad en la rendición.

Sin ella, estaría destrozado sin remedio.

Siempre había sido *ella.*

Siempre sería *ella*.

Si tenía que hacerlo, perseguiría toda la red del bajo mundo de Londres, sin dejar ni una sola piedra sin remover, hasta encontrar y matar a Hector. Y sus socios, que creían que podrían dirigir una red de tráfico de personas en mi territorio, estaban lejos de estar a salvo. Todos morirían.

El calor del fuego se estaba desvaneciendo, pero yo permanecía inmóvil, velando por ella como un centinela, prometiendo en silencio que ninguna oscuridad la tocaría mientras yo estuviera despierto. E incluso si fallaba, incluso si los vientos fríos atravesaban mis defensas, una cosa seguía clara, mi mundo, mi todo, estaba envuelto en la frágil curva de su figura dormida.

La casa seguía en silencio y, a diferencia de años anteriores, no podía esperar a que todos se despertaran e iniciara nuestra Navidad.

Era algo que nunca había experimentado antes. Alegría, en esta época del año. Desde que tenía memoria, había odiado las fiestas. Eran un recordatorio constante de todo lo que me faltaba. Familia. Amor. Pero en ese momento, las cosas se sentían diferentes. Había esperanza en mi corazón, junto con la mujer a la que amaba y su, *nuestra*, familia.

Arthur mencionó que Ainslee le había pedido a uno de mis hombres que recogiera algunas cosas que había encargado. Algunas cosas de su casa y otras compras de última hora que había hecho. Todo parecía tan hogareño. Hacer galletas. Decorar el árbol. Preparar los regalos.

Sentí cómo me invadía una cálida sensación en el pecho y estaba deseando ver qué nos depararía el día.

Mientras tanto, disfrutaba de tumbarme en la cama improvisada en el suelo, con la espalda apoyada contra las almohadas y una Ainslee completamente desnuda acurrucada a mi lado. Su glorioso cabello rojo me hacía cosquillas en el pecho. Su pequeña palma descansaba sobre mis abdominales, peligrosamente cerca de mi polla. Incluso después de haberla

tenido varias veces la noche anterior, seguía queriendo tumbarla sobre las suaves mantas y penetrarla, dentro de su coño cálido y húmedo.

Todo en ella pedía mi tacto. Desde su piel sedosa y suave hasta sus pezones prominentes. Mi mano recorrió su suave piel y un gemido bajo se le escapó de los labios, despertando el calor en lo más profundo de mis entrañas.

La giré suavemente para que quedara boca arriba, y sus piernas se abrieron inmediatamente para mí. Mi deseo por ella era demasiado grande para resistirlo. Mi boca se encontró el camino hacia el costado de su cuello, sellando los labios sobre su pulso allí. Sus pechos, esos hermosos pechos, me llenaban las manos, y le apreté y pellizqué los pezones con los dedos.

Otro gemido se me escapó de los labios mientras bajaba besándola por el pecho y me metía su pezón izquierdo en la boca. Su espalda se arqueó cuando lo chupé con fuerza y luego centré mi atención en el otro, tomándolo entre mis dientes.

Esta vez. Una serie de gemidos fuertes resonó por la habitación, y sonreí con malicia contra su piel sedosa.

Le metí dos dedos en el coño y ella se derritió, retorciéndose contra mi mano. La penetré a un ritmo constante mientras sus gemidos se hacían más fuertes y sus dedos se enredaban en mi cabello. Me encantaba escucharla, *verla* así. Sus fluidos cubrían mis dedos mientras sus caderas se movían contra mi mano, buscando con ansia más placer.

—¡Daniel!

Mi nombre en sus labios era música para mi corazón y mi alma. Continué mi recorrido por su vientre plano, y en el momento en que mi lengua se deslizó más allá de los labios de su coño e ingresó en su entrada, me embriagué de ella. Su aroma, ya familiar, me embargó, y lamí su excitación como si fuera el último estimulante que jamás obtendría.

Sus gemidos eran una sinfonía erótica mientras le lamía y chupaba el clítoris. Mantuve el ritmo implacable hasta que se corrió sobre mi cara.

Mi polla estaba tan dura que pensé que podría estallar por la presión insoportable.

La neblina de sus ojos se disipó al bajar del orgasmo. Entonces, nos dio la vuelta y se colocó entre mis muslos, a cuatro patas. A la tenue luz de la luna menguante, parecía una sirena salida directamente de los lagos de los *Highlands.*

Sin apartar la mirada, se metió mi polla en la boca.

Maldita sea. Sus suaves labios y su cálida boca se sentían de maravilla. Me chupó con fuerza y desató a la bestia que llevaba dentro. Le agarré el cabello y empujé hacia arriba, golpeándole la parte posterior de la garganta. Me agarró los muslos mientras mantenía un sellado hermético, ahuecando las mejillas mientras me chupaba. Perdí por completo el control y la follé más fuerte, más profundo.

—Mierda —gemí.

Animada, me chupó con más ardor, moviendo la cabeza al ritmo de mis embestidas. No aguantaría mucho así. Las lágrimas le corrían por las mejillas a la par que yo seguía empujando hacia su garganta, observándola para asegurarme de que seguía conmigo. Un placer ardiente me subió por la columna vertebral y el clímax me atravesó. Rugí mientras mi semen se derramaba en su boca, y ella siguió chupándome. Se tragó hasta la última gota, dejándome seco, y luego giró la lengua para lamerme.

Una eternidad después, la habitación volvió por fin a enfocarse. Aparte de nuestras respiraciones entrecortadas, reinaba el silencio. Al cruzar mi mirada, se enderezó y sonrió suavemente.

—Buenos días —murmuró.

Le rodeé la cintura con el brazo y la atraje hacia mí.

—Feliz Navidad —repliqué.

—Feliz Navidad, Daniel.

Tremenda forma de empezar el día.

Había habido tantas Navidades en las que me despertaba pensando en Ainslee. Y en ese momento, ahí estaba ella. Conmigo. En mis brazos. En mi casa. Exactamente donde debía estar.

Dos horas más tarde, estábamos en la biblioteca, y la habitación parecía como si la hubiera azotado un tornado de papel de regalo. Bram iba de un juguete a otro, sin decidirse con cuál jugar primero. Ainslee y su madre lucían amplias sonrisas en el rostro. Sin lugar a duda, esta había sido la mejor mañana de Navidad de mi vida.

Eché un vistazo a la caja que tenía en la mano. Ainslee me había comprado unas mancuernillas con mis iniciales grabadas. Me encantaban; sin embargo, fue el vale de regalo para *Footman's*, el pub al que solíamos ir a comer algo rápido y una cerveza, lo que realmente me llegó al corazón. Su madre frunció el ceño cuando lo vio, así que Ainslee no debía de haberle contado el significado de aquel lugar. Apostaba a que no le había contado a nadie que *Footman's* era nuestro lugar habitual durante aquellos meses que

pasamos juntos en Londres. Pero este modesto regalo me hizo saber que recordaba y apreciaba el tiempo que habíamos pasado juntos.

La madre de Ainslee también estaba encantada con sus regalos. Me había enterado de que le gustaba pintar, así que le compré un juego de lienzo y caballete, y acuarelas con pinceles nuevos. Tenía que admitirlo, fui egoísta. Mi esperanza era que, si Margaret encontraba aficiones por aquí, se quedaría. Y si era feliz viviendo aquí, sería una garantía adicional de que Ainslee también se quedaría.

Quería pasar más tiempo con Ainslee, así que decidí invitarla a venir conmigo a Londres al día siguiente. Por suerte, antes de bajar, volvió a preguntarme por *Revelación*, el club que Maxim y yo teníamos. Sentía curiosidad, y no la culpaba, aunque no había ni una maldita posibilidad de que la perdiera de vista ni un solo segundo mientras estuviéramos allí. Sería el objeto del deseo de todos, y no tenía ganas de manchar con sangre mis mancuernillas nuevas.



Mientras los demás seguían disfrutando del momento tras el papel de regalo, las cintas y las risas, me escabullí a mi despacho, justo al lado de la sala principal. Mis pasos eran silenciosos, decididos. Quería guardar su último regalo y luego sacar una sorpresa final.

La escuché antes de verla.

—Espero que te haya gustado la idea de *Footman's* —comentó Ainslee en voz baja desde la puerta. Su voz se deslizó en la habitación como una brisa cálida en un día frío. Me di la vuelta, apoyándome contra el borde de mi escritorio, y le tendí la mano.

Se acercó sin dudar y la atraje hacia mí.

—Me encanta —admití.

Tenía pensado llevarla a un restaurante exclusivo en los *Highlands*, donde cada platillo venía acompañado de un camarero con guantes blancos y un precio a la altura. ¿Pero *Footman's*? Ese lugar era una institución de pueblo pequeño, sin pretensiones, sin formalidades. Solo buena comida, risas y un sentido de pertenencia. No había estado allí en más de una década, pero el olor a carne asada y a los asientos de cuero desgastados aún perduraba en mi memoria.

—Hace tiempo que no como allí —admití. No lo había hecho desde... antes.

Antes de romperle el corazón y alejarme de ella. Casualmente, también era un lugar al que solía ir con mis padres cuando era pequeño. El *pub* llevaba abierto varios siglos.

Ainslee se acercó y me rodeó la cintura con los brazos. Su tacto era instintivo, reconfortante, como si supiera dónde estaban las aristas afiladas y cómo suavizarlas.

—Yo tampoco —susurró. Y supe, sin preguntar, que se refería a antes de nosotros. Antes de los escombros que dejamos atrás hacía doce años.

La abracé con más fuerza.

La Navidad nunca volvió a ser lo mismo después de que mi *mum* falleciera. A ella le encantaban las fiestas, horneaba durante días, colgaba adornos hechos a mano, incluso tejía *jumpers* a juego para mi padre y para mí. En aquel entonces los odiaba. Pero después de que ella se fuera, me habría puesto diez solo para volver a oír su risa.

Mi padre ni siquiera intentó llenar el silencio tras su muerte. Se limitaba a beber y a sumergirse en sus negocios, tratando la Navidad como un inconveniente.

Nunca había intentado recuperarla... hasta ese momento.

Con Ainslee, Bram y Margaret.

—Tengo un regalo más para ti —anuncié. Metí la mano en el cajón de mi escritorio y saqué la pequeña caja envuelta en papel plateado y atada con una cinta de satén.

Ella gimió, aunque su sonrisa la delató.

—Daniel, ya me has comprado demasiado. Ni siquiera sé qué voy a hacer con las botas de Louboutin y ese juego de maletas de diseñador. ¿Estás planeando robarme y llevarme a algún sitio?

—Esa era la idea —murmuré, rozando sus labios con un beso. Fue rápido, pero prolongado y con intención—. Tú te las pondrás. Y yo disfrutaré quitándotelas.

Recorrí con la boca su mandíbula, mordisqueándole ligeramente el lóbulo de la oreja. Se estremeció en mis brazos, sonrojándose maravillosamente.

—Esto —añadí—, es egoísta. Quiero que lo lleves puesto todo el tiempo. Y a veces, solo eso.

Las mejillas se le tiñeron de carmesí y una satisfacción engreída me invadió en un instante. Vivía para momentos como este, cuando podía ver el

efecto que tenía en ella.

Desenvolvió el regalo con cuidado, con los dedos vacilando ligeramente antes de soltar la cinta. Cuando abrió la caja, amplió mucho los ojos.

Un collar de platino descansaba sobre un cojín de terciopelo, delicado pero atrevido, con un único colgante de esmeralda que combinaba exactamente con el verde de sus ojos al sol.

—Dios mío —susurró—. Daniel, esto es...

—Lo compré en Grecia hace años —expliqué en voz baja—. Durante una escala en una de mis misiones militares. Acababa de empezar a permitirme volver a recordarte. Lo vi y pensé en tus ojos.

Su mirada se posó en la mía, en ese minuto, brillante, vidriosa por las lágrimas contenidas.

—Es precioso. ¿Me ayudas a ponérmelo?

Extendí la mano hacia el collar mientras ella se daba la vuelta lentamente, recogiéndole el cabello y apartándolo del cuello. Con un suave clic, abrí el broche y luego le coloqué con delicadeza la cadena alrededor del cuello mientras me acercaba a ella. Los dedos le rozaron la piel al abrocharlo, provocándole un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Listo —murmuré en voz baja, susurrándole al oído—. Perfecto.

Se soltó el cabello y yo aparté las manos a regañadientes.

—Gracias, Daniel. —Se giró para mirarme, sus ojos se encontraron con los míos y el aire entre nosotros se volvió más denso, cargado de tantos sentimientos tácitos—. Siempre lo llevaré puesto.

—Hice una pequeña... modificación —continué, sintiendo la necesidad de ser sincero con ella—. Hay un chip de rastreo en la montura.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas. E inmediatamente, me arrepentí.

Su asombro se desvaneció en confusión.

—¿Qué?

Vi el cambio en ella, vi cómo se ponía a la defensiva como si se desplomara un telón.

—Es por tu seguridad —aclaré, intentando mantener la calma—. Solo en caso de emergencia. Si algo sucede, podré encontrarte.

—¿Crees que eso lo justifica? —preguntó, incrédula—. ¿Me pusiste un rastreador en un regalo y no me lo dijiste?

—Te lo acabo de decir. —La voz se me quebró—. Porque no quiero mentirte. Pero si algo sucede, si alguien te secuestra, al menos tendré la

oportunidad de recuperarte. —Ella extendió la mano para desabrocharlo, pero la sujeté suavemente de la muñeca—. Ainslee, por favor. Déjalo.

—¿Esto es lo que significa estar contigo? —inquirió con voz ronca—. ¿Vigilancia? ¿Control?

—No, significa estar protegida. Y si eso me convierte en controlador, que así sea. Ya fuiste un objetivo una vez, y me niego a que vuelva a suceder.

Se apartó un poco, lo suficiente como para que pudiera sentir cómo crecía la distancia entre nosotros.

—Creí que habías dicho que podías protegernos.

—Puedo hacerlo —declaré con firmeza—. Pero no voy a ser tan arrogante como para fingir que lo tengo todo bajo control. El collar es solo una capa más de protección.

Su silencio se prolongó, denso e incierto.

Odiaba esa sensación, la distancia entre lo que yo sabía que era correcto y lo que ella sentía que estaba mal. Odiaba haber roto algo entre nosotros, aunque lo hubiera hecho por amor.

—Por favor, necesito que lo tengas contigo —pedí en voz baja—. Por mí.

No se lo quitó.

Pero la calidez de sus ojos se había apagado.

—¿Vas a ponernos rastreadores a todos? —preguntó con voz quebrada—. ¿A Bram? ¿A *Mum*? ¿A mis primos?

—No —solté—. Pero tú... tú eres diferente. Ya te perdí una vez y no volveré a hacerlo.

Esa era la verdad. Quizá la única verdad que sabía decir en ese momento.

Ella no respondió, y yo no insistí.

—Tengo trabajo que hacer —murmuré, pasando a su lado antes de decir algo de lo que no podríamos retractarnos.

Cuando la puerta se cerró detrás de mí, me di cuenta de algo que no quería admitir.

Por muy cerca que estuviera, seguía aterrorizado por haberla perdido de nuevo.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Ainslee

OBSERVÉ CÓMO SE ALEJABA la espalda rígida de Daniel, con los hombros tensos por la ira. La tensión marcaba surcos en su mandíbula y, aunque no tenía motivos para estar enfadado, yo entendía por qué, el rastreador me había desconcertado, había destrozado la frágil calma que tanto me había costado mantener. De repente, la incertidumbre y el miedo se apoderaron de mí, y el arrepentimiento me embistió como una ola fría.

Pero mi orgullo me mantenía clavada en el sitio, rígida y obstinada. Amaba a Daniel, Dios, cómo lo amaba, y no deseaba nada más que estar cerca de él. Sin embargo, en ese momento, no podía permitirme el egoísmo. Había otras personas en quienes pensar. Personas que dependían de mí. Tenía que ser más fuerte que mis propios deseos.

—Creí que te había educado mejor.

La voz de mi madre rompió el silencio, firme e inquebrantable. Giré la cabeza hacia ella, encontrando su mirada firme mientras entraba en la oficina. Bram seguía junto al árbol de Navidad, absorto en su propio mundo, felizmente ajeno a la tensión que se hacía cada vez más densa en el ambiente.

—*Mum* —murmuré, con la voz cargada de frustración—. No necesito esto ahora mismo.

Pero por mucho que quisiera rebelarme contra sus palabras, normalmente tenía razón. Siempre tenía razón. Y a pesar de mi orgullo, esta vez no podía negarlo.

—Te ha hecho un regalo precioso —declaró, con un tono de reprimenda claro, pero atenuado por el amor. De repente, me sentí como una niña otra vez, pillada y reprendida—. Podría haberte ocultado el localizador. En cambio, fue sincero contigo. Y tú te enfadaste. ¿Por qué? Porque olvidaste lo mucho que se preocupa por ti.

Miré hacia donde Daniel había desaparecido, con el peso de sus palabras calando hondo en mí.

Exhalando lentamente, asentí para mis adentros. Tenía razón. Otra vez.

Mi madre acortó la distancia entre nosotras, y la alegría de sus ojos dio paso a una serena seriedad.

—Ainslee, Daniel es un buen hombre —me recordó con dulzura, tomándome la mano—. No creció con la misma red de seguridad que tú. Sin una familia que lo quisiera, sin un apoyo incondicional. Y, sin embargo, sigue siendo un hombre decente. Uno que iría al infierno y volvería para protegerte. Pero él también necesita algo de ti, tu amor, tu confianza.

Contuve un nudo en la garganta, con la vergüenza de mi reacción anterior ardiente en mi interior.

—Iré a decirle que me equivoqué al enfadarme.

—Hazlo. Y di algo más —me insistió *Mum*, acercándose a la puerta de la biblioteca, donde resonaba la risa de Bram—. Di las palabras, Ainslee. No hay mejor momento que el presente.

Hice una breve pausa antes de ir a ver cómo estaba Bram. Estaba sonriendo, perdido en su mundo de trenes y fantasía, una burbuja perfecta de inocencia en medio del caos.

Encontré a Daniel y a Arthur de pie en el vestíbulo, con sus teléfonos, revisando imágenes.

—Hola —saludé en voz baja.

Arthur levantó la vista y me devolvió el saludo con una cálida sonrisa.

—Hola. Feliz Navidad.

—Igualmente.

Miró a Daniel, luego a mí, y carraspeó.

—Nos vemos luego, Daniel.

En cuanto Arthur se marchó, Daniel se dirigió en silencio hacia su despacho, sin pasar por la biblioteca. Lo seguí, con las palabras enredadas en mi interior, esquivas y obstinadas.

Se dejó caer en su silla y empezó a checar sus papeles sin mirarme a los ojos.

—No voy a quitar el rastreador —afirmó de repente.

Su voz era monótona, distante. Debería haberme tragado mi orgullo y haberme disculpado. En cambio, su fría indiferencia solo me dolió aún más.

—No pasa nada —respondí en voz baja—. Gracias por todos los regalos.

Por fin levantó la mirada, cruzándola con la mía brevemente antes de volver a su trabajo.

—De nada. Siento haberte molestado.

La sinceridad de su voz ablandó algo dentro de mí. Respiré hondo para tranquilizarme.

—Siento haber reaccionado de forma exagerada y haber arruinado el día. No debería haber dudado de ti rápidamente. —Dando un paso vacilante, me acerqué y apoyé una mano en el respaldo de su silla—. ¿Podemos simplemente disfrutar del resto del día de Navidad?

Sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, en ese instante más cálidos, como una llama reavivada, y me invadió el alivio. Era aterrador lo profundamente que anhelaba su aprobación, cómo una simple sonrisa suya derretía los muros que había construido a mi alrededor.

—Déjame terminar este correo electrónico y luego iremos a ver cómo está Bram con su tren de juguete.

Me senté en el borde de su escritorio, sonriendo.

—Esperaré.

Daniel se inclinó hacia delante, deslizando la mano hasta mi nuca y atrayéndome hacia él hasta que su aliento me rozó los labios.

—Feliz Navidad, Ainslee —murmuró, reclamando mi boca con un beso que deshizo todos los nudos que tenía dentro. El calor de su tacto, la presión de sus labios... eran adictivos, encendían un fuego que no quería que se apagara.

Cuando se apartó, me quedé sin aliento, luchando por recordar cómo respirar. Mientras tanto, los dedos de Daniel bailaban con soltura sobre el teclado, escribiendo su mensaje como si nada hubiera pasado.

Lo observé, hipnotizada por la elegancia de sus movimientos.

En cuestión de minutos, se levantó y me ofreció el brazo, con los ojos brillando con un secreto.

—Tengo algo que enseñarte mañana —notificó—. En Londres.

Curiosa, me incliné hacia él, empapándome de su calor.

—¿Qué es?

Me mordisqueó el lóbulo de la oreja, provocándome deliciosos escalofríos por la espalda.

—Es una sorpresa.

Grité, incapaz de ocultar mi emoción.

—Me encantan las sorpresas.

—Lo sé.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Daniel

MIENTRAS SUBÍAMOS LAS ESCALERAS hacia el primer club que había abierto con mi amigo Maxim, Ainslee gritó de alegría.

Se comportaba como si volviera a ser la mañana de Navidad, y no pude evitar sonreír ante su emoción. Llevaba un vestido rojo de lana que le llegaba justo por encima de las rodillas y medias sujetas por un liguero, algo que había descubierto mientras la veía vestirse un rato antes. En ese momento, su cuerpo estaba oculto bajo un abrigo de piel sintética.

Los ojos de Ainslee brillaban como esmeraldas iluminadas por el fuego, muy abiertos por la sorpresa al entrar en la sala principal. Al principio, no dijo nada. Su mirada recorrió el espacio, ansiosa por absorberlo todo. La observé intentar captar cada detalle, y aun así, de alguna manera, se le escapaba la mitad.

Bien.

Para eso se había diseñado *Revelación.*

El club no era llamativo. No hacía falta que lo fuera. Era exclusivo, íntimo, misterioso, poder envuelto en terciopelo. El tipo de sitio que susurraba en lugar de gritar, que seducía en lugar de suplicar.

Mientras cruzábamos el umbral arqueado hacia el corazón del local, sentí un sutil cambio en su respiración. Su asombro era palpable. Ni siquiera se dio cuenta de que había ralentizado el paso para verla absorberlo todo.

En lo alto, lámparas de araña antiguas derramaban oro líquido sobre el suelo de mármol negro. Cortinas de terciopelo caían del techo en intensos

tonos burdeos y azul marino. Música *jazz* en vivo, y en tono bajo, se enroscaba en el aire como el humo de un cigarrillo, elevándose desde un piano escondido en un rincón lejano. Todo en este lugar estaba pensado a conciencia. La arquitectura. La iluminación. El anonimato.

Revelación se construyó para la discreción, el deseo y el dominio.

Se giró lentamente sobre sí misma, su cabello rojo como una llama viva en la tenue luz, y sus labios se entreabrieron ligeramente, sin palabras, solo aliento.

Me acerqué, dejando que mi mano se posara en la parte baja de su espalda. Su cuerpo reaccionó al instante, como siempre lo hacía. Tensión y consciencia, surgiendo justo bajo la superficie de su piel.

—Bienvenida a *Revelación* —le susurré al oído.

Giró la cabeza y me miró.

—Esto es... diferente a todo lo que había imaginado.

Sonreí.

—De eso se trata.

No traía a cualquiera aquí. De hecho, solo un puñado de personas en mi vida habían pasado del vestíbulo, y mucho menos habían visto los pisos superiores. La presencia de Ainslee aquí significaba algo. Lo significaba todo.

Porque esto no era solo un club.

Era un reflejo de la vida que me había labrado cuando me alejé de ella. Oscura, opulenta, privada. Tenía reglas. Límites. Un poder que fluía invisible, bajo la superficie.

Observé cómo sus ojos se desplazaban hacia arriba, hacia la escalera curva que conducía al segundo piso, cuartos privados ocultos tras cortinas negras transparentes, el santuario interior. Habitaciones que podían hacer o deshacer a una persona, dependiendo de lo que viniera aquí a perder.

No preguntó qué pasaba allí arriba, pero su pulso me dijo que ya lo sabía.

—¿Estás bien? —le pregunté en voz baja.

Asintió lentamente, aún absorbiendo la atmósfera.

—Es como entrar en otro mundo.

—Lo estás.

Pasó un instante, el aire cargado de cosas no dichas.

—Este lugar... Es poder. Control. Secretos —afirmó finalmente, con la voz baja, casi perdida entre el *jazz*.

—Te has olvidado de la libertad —añadí, acercándome y apartándole el cabello del hombro—. Aquí nadie vigila. Nadie juzga. Simplemente, eligen.

—¿Y qué elegiría yo? —inquirió, mirándome a los ojos con un desafío que había pasado completamente desapercibido.

Me incliné, dejando que mi boca se cerniera sobre su oreja.

—Lo que quieras. A quien quieras. Como quieras. Solo espero que sea yo cada vez.

Se le cortó la respiración de nuevo.

Y por un momento, solo un breve y perfecto segundo, volvimos a ser como antes. Más jóvenes y despreocupados.

Quería darle todo. Mostrarle todo. Protegerla de todo, incluso de aquellas partes de mí que no estaba seguro de que estuviera preparada para ver.

Pero, Dios, ella ya estaba aquí. Y no había huido.

Todavía no.

—Ven —pedí en voz baja, acariciándole el brazo con los dedos—. Déjame enseñarte algo.

La llevé hacia la escalera, donde la lujosa alfombra carmesí amortiguaba nuestros pasos mientras subíamos. No dudó. Los ojos le brillaban de curiosidad, recorriendo de un lado a otro, empapándose de cada lujoso detalle.

—Dios mío —susurró, casi como un suspiro. Una sonrisa se le dibujó en el rostro, genuina y radiante—. Nunca hubiera imaginado todo esto desde afuera. He pasado por aquí antes y nunca le había prestado atención.

Sonreí con suficiencia. Ese era precisamente el punto.

Revelación no estaba diseñado para llamar la atención. Se construyó pensando en la privacidad. En la exclusividad. El tipo de lugar que permanecía invisible para cualquiera que no supiera dónde mirar.

—Ahora entiendo por qué se están expandiendo —continuó—. *Revelación* en todas las grandes ciudades del mundo. Tiene sentido.

Me reí entre dientes.

—Te voy a convertir en una mujer de negocios.

Ladeó la cabeza.

—¿Y *Nightingale*? ¿También se expandirá?

Negué con la cabeza.

—No. Ese se queda en Londres. Es donde nos conocimos. Donde nos enamoramos.

Se quedó paralizada a mi lado, con los ojos ligeramente abiertos y los labios entreabiertos, como si hubiera olvidado cómo respirar. Se le quebró la voz cuando por fin dijo:

—¿En serio?

—Sí —confirmé en voz baja—. Todo lo que he hecho... cada paso que he dado desde el día que me fui... todo ha sido por ti. Incluso este club. Especialmente, este.

Los ojos le brillaron, llenos de preguntas, de historia y de un dolor que no se había permitido procesar hasta ese momento.

—Lo llamé *Revelación* por ti, Ainslee —confesé—. Porque fuiste y sigues siendo lo más impresionante que he conocido jamás. Me hiciste ver el mundo de otra manera. Nadie más se ha acercado ni de lejos. Solo has sido tú.

Durante un instante, no dijo nada. Se quedó allí de pie, con la mirada fija en la mía, llena de ternura y de emociones tácitas.

Y entonces, con voz suave, dijo:

—Te amo, Daniel. Siempre te he amado. Y siempre te amaré.

Se mordió el labio inferior, nerviosa en ese instante, pero lo suficientemente valiente como para admitir lo que ambos habíamos estado eludiendo durante días.

—Yo... no creo que pueda vivir sin ti —susurró.

Le acaricié el rostro con las manos, le pasé el pulgar por la mejilla y la besé, lento y profundo, con todo lo que había estado conteniendo. Lo vertí todo en ella, cada dolor, cada promesa, cada año que había perdido sin ella.

—Yo también te amo —murmuré contra sus labios—. Y sé que no puedo vivir sin ti. La vida sin ti no es vivir. Es solo... existir.

Se fundió conmigo y volví a tomar su boca, robándole el aliento solo para darle el mío. No sé cuánto tiempo estuvimos así, envueltos el uno en el otro, pero cuando por fin nos separamos, tenía las mejillas sonrojadas y los ojos le brillaban como esmeraldas pulidas.

—Para siempre, entonces —susurró.

—Para siempre —repetí. Luego, solté una risita—. Maxim se moriría de risa si supiera que acabamos de confesarnos nuestro amor en un club. Arruinó su propia historia de amor en *Revelación*, y lo regañé por lo cursi que fue.

Ainslee sonrió, y su lado juguetón volvió a cobrar vida.

—Bueno... No me importaría ver el lado más atrevido de *Revelación*. Layla mencionó que aquí pasan cosas bastante picantes.

El brillo de sus ojos me pilló desprevenido... y me encantó.

—Ah, ¿sí? —Levanté una ceja, intrigado—. ¿Qué dijo exactamente?

Se encogió de hombros, con aire burlón.

—Algo sobre subastas... máscaras... Quizás un poco de *bondage* suave... —Su voz bajó de tono—. Estaba pensando en apuntarme a una.

Mi polla se estremeció ante la imagen que se grabó al instante en mi mente. Ella, en el escenario. El cabello revuelto. La piel sonrojada. Desafiando al público a que la deseara.

Gruñí por lo bajo.

—Solo lo harás si yo estoy ahí. ¿Entendido?

Parpadeó con inocencia.

—Sí, señor.

Entonces, se echó a reír, y así sin más, la chica de la que me enamoré estaba de nuevo justo delante de mí, más radiante, más atrevida y aún más irresistible.

—Pícara —murmuré con cariño, sacudiendo la cabeza. Si no fuera por la sombra persistente de mi tío y la guerra que se cernía en el horizonte, quizás habría creído que las cosas por fin estaban encajando.

—Entonces... —Comenzó de nuevo, más animada en ese momento—. Llevo años imaginando *Revelación*, pero de alguna manera superó incluso mi imaginación.

—¿En serio? —pregunté, divertido.

—Sí. Siempre me lo imaginé adornado de carmesí. Todo rojo. Terciopelo. Espejos en los techos. Como un *set* de porno lujoso.

Me detuve en seco y la miré fijamente, sin saber si estaba bromeando.

No bromeaba.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí.

—Dios mío. Supongo que podríamos redecorar.

Me dio un codazo juguetón.

—Ni se te ocurra. Este lugar es perfecto tal como está.

—Lo sé.

—Quiero volver cuando haya una fiesta temática. —Sonrió con picardía —. Necesito encontrar un disfraz. Algo... dramático y *sexy*.

Gruñí.

—Vas a ser mi perdición.

Me guiñó el ojo.

—Ese es el objetivo.

Me incliné y le rocé los labios con los míos, solo una vez.

—Entonces, le diré a nuestro director de eventos que anteponga la próxima noche de socios en el calendario.

Bajó la voz.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Y en ese momento, con su mano entrelazada con la mía, su cuerpo cálido contra el mío y su sonrisa aún radiante, lo supe con más certeza que nunca: ni cien vidas junto a esta mujer serían suficientes. Y dedicaría cada una de las que tuviera a intentar ser digno de ella.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Ainslee

LA ATMÓSFERA DE *REVELACIÓN* vibraba con grandeza. Sombras aterciopeladas nos envolvían, salpicadas por destellos de luz de velas y el profundo zumbido de un bajo que resonaba levemente en el suelo de mármol. Los espejos reflejaban el resplandor ámbar, captando fragmentos de movimiento.

Todo el cuerpo me temblaba de un deseo crudo y doloroso. Quería a este hombre. Aquí mismo. En ese mismo instante.

Miré a Daniel, y él lo vio. Al instante. Las ansias. La sumisión.

Me leyó como una canción que había tocado cien veces y de la que nunca se había cansado. Sin decir una palabra, me atrajo hacia sus brazos.

Su mano se deslizó por mi nuca, y sus dedos se enredaron posesivamente en mi cabello. Luego, aplastó la boca contra la mía, con fuerza y exigencia, como si necesitara consumirme o arder vivo en el intento. Apretó su agarre y me echó la cabeza hacia atrás lo justo para profundizar el beso hasta que mi columna se arqueó hacia él, con cada nervio vibrando.

Con la otra mano, me agarró las muñecas y me las inmovilizó por encima de la cabeza, sujetándome contra una de las columnas de obsidiana tallada cerca del balcón privado. Esa posición me dejaba expuesta, controlada, indefensa de la mejor manera posible. Pero no me resistí. No quería hacerlo.

Confiaba en él. Completamente.

Devoró mi boca con un ansia que me hizo flaquear las rodillas. Mis pensamientos se desordenaron, se dispersaron y desaparecieron. Lo único

que existía era él, su aliento, su cuerpo, el sabor pecaminoso de sus labios. Su boca era fuego, trazando un camino abrasador a lo largo de mi mandíbula, mi garganta, marcándome con cada caricia.

Cuando por fin me soltó las muñecas, mis manos cayeron, agarrándose a sus hombros como a un salvavidas. No iba a soltarlo. Ni en ese momento. Ni nunca.

El silencio del club no hacía más que realzar el momento. Esta habitación, normalmente, reservada para exhibiciones privadas y placeres prohibidos, era nuestra esta noche. Solo nuestra. Un privilegio embriagador. Un peligroso patio de recreo.

Un gemido resonó, amplificado por la perfecta acústica del lugar y los ojos de Daniel se oscurecieron de satisfacción.

Me besó apasionadamente hasta que me dio vueltas la cabeza y se me borraron todos los pensamientos. Quería todo lo que él pudiera darme. Sus labios eran ardientes y exigentes, quemándome la piel a su paso. Tan solo el placer de estar con él era eufórico, una rapsodia envuelta en una dicha ferviente. Daniel era el único hombre capaz de darme esa euforia abrasadora y palpitante. Porque lo amaba. Porque siempre había sido él.

Su mano se deslizó bajo el dobladillo de mi vestido, hacia arriba y más arriba, hasta que me encontró ansiosa y lista para él. Jadeé, y el sonido rebotó en los altos techos abovedados y las paredes de piedra de la habitación vacía.

—Estás empapada —me susurró con voz ronca al oído, y luego volvió a tomar mis labios.

Gemí en su boca, haciéndolo gruñir, y él intensificó el asalto, frotando sus dedos contra mis bragas mojadas. Abrí los muslos. Mis caderas comenzaron a moverse contra su mano, balanceándose contra ella. Buscando fricción.

Necesitaba más de él.

Me pellizcó el clítoris hinchado a través del delicado encaje y me estremecí, gimiendo. Todo el cuerpo me ardía. Sus dedos se deslizaron bajo la tela, acariciando mis pliegues resbaladizos, provocando mi botón adolorido con su pulgar.

—Oh, Dios mío, Daniel. —Jadeé. Estaba delirando de deseo.

Deslizó su dedo profundamente dentro de mí y arqueé la espalda. Jadeé, agarrándome a sus hombros. Nuestra respiración era entrecortada, y mi sangre se convirtió en fuego líquido, extendiéndose rápidamente.

Doblé la rodilla y deslicé la pierna sobre su cadera, abriéndome más para él.

—Por favor... —supliqué.

Me susurró palabras roncas al oído, pero ninguna de ellas me llegó. Estaba demasiado perdida. Mientras su pulgar frotaba mi clítoris, la presión se intensificaba cada vez más, volviéndome loca.

—Joder, Ainslee.

Su aliento me rozaba la boca. Podía sentir su dura erección contra mí, y el dolor en mi interior se intensificó. Deslizó otro dedo dentro y presionó mi clítoris. Y yo... me desmoroné.

Mi orgasmo fue repentino y violento. Una explosión de placer. Me corrí con fuerza para él, temblando y gritando el nombre de Daniel.

De repente, me apartó las bragas a un lado y mi espalda quedó presionada contra la pared de terciopelo. El sonido de la cremallera se mezcló con mi respiración entrecortada. Daniel se abrió la bragueta de los pantalones, con la boca devorando la mía sin cesar. Con una mano agarrándome el trasero y la otra en su polla, se hundió profundamente dentro de mí con una embestida poderosa.

Gemimos al unísono cuando me llenó por completo.

Me folló tan fuerte y profundo, que lo único que pude hacer fue agarrarme. Enganché los pies detrás de su espalda, dándole la bienvenida a la tormenta desatada.

Me penetró una y otra vez, acercándonos más con cada fuerte embestida.

—Joder, sí. —Su voz era entrecortada mientras movía la mano para rodearme el cuello.

Sin dudarlo, presioné mi cuello contra su palma, ofreciéndole todo el control que ansiaba.

Me follaba con locura, como si su vida dependiera de ello. Sus dedos me apretaban el cuello, y la mezcla de dolor y placer me hacía delirar. La adrenalina pura me recorría el cuerpo y el corazón me latía a un ritmo peligrosamente alto.

—Mírame, Ainslee —ordenó con otra embestida fuerte.

Abrí los ojos y me perdí en su ardiente mirada. Estaba precioso, apasionado e insaciable. Frunció el ceño con intensidad, una expresión que gritaba a los cuatro vientos que yo era suya. Cambió de ritmo, acelerándolo al máximo, y todo mi cuerpo se tensó. Mis paredes internas se apretaron alrededor de su miembro, temblando con sus poderosas embestidas.

«Le pertenezco».

—Mía —susurró—. Este coño es mío. —Embistió contra mí, exigente e implacable—. Tus pechos son míos. —Sus caderas retrocedieron hasta que la punta de su polla apenas quedaba dentro—. Tu culo es mío —gruñó mientras volvía a empujar, hundiéndose hasta el fondo. Mi espalda se arqueó contra la pared—. Eres mía. Siempre has sido mía.

Sollocé, desmoronándome ante él, sumergiéndome en el mar turbulento de emociones que me había impedido seguir adelante sin él durante más de una década. En el momento en que me entregué a Daniel, mi corazón, mi cuerpo, mi alma y mi mente, fui completamente suya.

—Te amo —murmuré contra sus labios—. Todos esos años... los pasé esperándote.

La confesión me pareció acertada. Era verdad.

—Te amo, Ruiseñor —soltó con voz ronca mientras su cuerpo se estremecía contra el mío, ambos respirando con dificultad.

Gimió mi nombre mientras apoyaba la frente en mi cuello y se vaciaba dentro de mí, llenándome con su semen cálido. Con los brazos envueltos alrededor de su pecho y mis piernas entrelazadas en su cintura, cerré los ojos y me sentí en casa.

Daniel era mi hogar.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Ainslee

EL ELEGANTE COCHE DE Daniel estaba detenido justo delante de su *penthouse*, y el suave zumbido del motor nos envolvía en una cálida atmósfera contra la fría noche londinense. Parecía el final perfecto para una cita mágica... o tal vez el comienzo de algo mucho más íntimo, en ese momento que estaba a punto de llevarme a su mundo privado.

Se giró hacia mí, me levantó la mano izquierda y me dio un beso tierno y prolongado en la curva de la palma. Su piel estaba cálida, su tacto era suave pero decidido, una promesa tácita que hizo que el corazón se me acelerara.

—Esta noche ha sido... Tú eres...

Asentí.

—Esta noche ha sido perfecta.

—Lo fue. Todo contigo es perfecto.

Entonces, sin decir palabra, salió del coche.

Lo observé, con los nervios bailando bajo mi apariencia tranquila, mientras rodeaba la parte delantera del vehículo con fluida confianza. Cuando me abrió la puerta, sus ojos recorrieron la tranquila calle con aguda precisión, un hábito instintivo, empezaba a comprender, profundamente arraigado en su forma de ser.

—¿Dónde está Mikey esta noche? —preguntó Daniel, señalando con la cabeza al *valet* que había aparecido para recoger el SUV.

—Está enfermo, señor —respondió el hombre en voz baja.

Daniel frunció el ceño, y la preocupación se le reflejó fugazmente en el rostro, pero su mano se mantuvo firme mientras me ayudaba a salir. El aire frío de la noche me pellizcaba la piel, en marcado contraste con el acogedor calor que acabábamos de dejar atrás.

—¿Esta es tu residencia principal en Londres? —pregunté, al salir a la acera.

Se giró para observarme de frente, con la luz de la farola reflejándose en las líneas definidas de su mandíbula y la tranquila intensidad de su mirada.

—Sí. Tengo una casa a las afueras de la ciudad, pero el *penthouse* me resulta más práctico cuando trabajo hasta tarde.

Dudé, y la pregunta salió de mi boca con una voz más suave y vulnerable de lo que pretendía.

—Espero que no trabajes hasta tarde muy a menudo. No me gusta la idea de no verte todos los días.

Sus ojos se suavizaron y una leve sonrisa se le dibujó en las comisuras de la boca.

—¿De verdad?

Asentí con la cabeza, sintiendo cómo se me sonrojaban las mejillas ante esa sinceridad que rara vez mostraba. Esto... esta era la vida con la que había soñado. Un ritmo tranquilo de hogar, amor y familia. Cenar juntos. Reírme con Bram. Tomar el té con *Mum*. Momentos sencillos.

—Entonces, me aseguraré de estar siempre en casa a tiempo para la cena... y para irnos a dormir juntos, Ainslee. —Su tono era ligero, pero su mirada transmitía algo firme y seguro. Algo real.

Sonreí, tratando de contener la oleada de emoción que se apoderaba de mí.

—Lo siento... Supongo que me he dejado llevar por mis fantasías.

Sus dedos se deslizaron bajo mi barbilla, levantando mi rostro para que volviera a encontrarse con el suyo. Su voz bajó, grave y sincera.

—No te disculpes. Yo quiero esas mismas cosas. Verte todos los días. Dormirme contigo en mis brazos. Criar a nuestros hijos juntos. Lo quiero todo... contigo.

Un suave suspiro se me escapó, en parte alivio, en parte esperanza, en parte algo más profundo.

—Te amo, Daniel. ¿Estás seguro...?

—No hay nadie más —declaró, firme e inquebrantable—. Solo estás tú.

Esas tres palabras se posaron en lo más profundo de mi pecho, haciendo que una oleada de calor me invadiera, elevando mi corazón más alto de lo que había estado en años.

El trayecto en ascensor fue suave y silencioso. El suave zumbido solo se veía interrumpido por alguna que otra voz apagada procedente del vestíbulo de abajo. Cuando las puertas se abrieron en la planta del *penthouse*, me quedé sin aliento.

Era impresionante.

El mármol negro brillaba bajo una suave iluminación empotrada. El mobiliario era elegante, monocromático con llamativos detalles en carmesí, un equilibrio perfecto entre la elegancia moderna y el toque masculino. Las ventanas de suelo a techo enmarcaban el resplandeciente horizonte de Londres, con la Torre y el Támesis brillando en la distancia. Parecía como si estuviéramos flotando sobre el mundo.

—Esto es... —Me giré lentamente sobre mí misma—. Increíble.

—Nunca traigo mujeres aquí —admitió Daniel.

Lo miré, con el corazón palpitante.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros levemente, y la sombra de antiguas defensas se reflejó fugazmente en sus rasgos.

—No me gusta tener extraños en mi espacio.

Tenía sentido. Daniel era sereno, discreto, deliberadamente reservado. Pero entonces su expresión se suavizó.

—Pero contigo... me parece bien. Te quiero en cada parte de mi vida. No quiero ocultarte nada.

—Yo siento lo mismo. —Me acerqué y le acaricié el rostro con las manos —. Tú y mi familia... son lo mejor de mi vida.

Se inclinó hacia mi tacto; luego, me tomó de la mano y me llevó más adentro del *penthouse*. Las luces de la ciudad se extendían sin fin más allá de las ventanas, pero mi atención se centraba en él, en su forma de moverse, seguro y relajado, completamente a gusto en su territorio. Y, sin embargo, cuando me miraba, había una dulzura que me robaba el aliento.

La cena ya estaba servida en una elegante mesa negra, salmón a la parrilla con hierbas, verduras asadas y una botella de vino blanco bien frío. La luz de las velas lo bañaba todo en un resplandor dorado, haciendo que el espacio se sintiera íntimo, casi sagrado.

Daniel me apartó la silla y luego se sentó frente a mí, sin apartar nunca la mirada.

—Espero que tengas hambre —dijo, bromeando.

—Sí, tengo —respondí, extendiendo la mano y rozándole los dedos—. Esto es perfecto.

Hablamos mientras comíamos, con voces alegres y llenas de risas. Le conté sobre la obra de teatro de Bram en el colegio y él compartió conmigo detalles de su trabajo, cosas que rara vez dejaba que nadie que no fuera lo suficientemente cercano escuchara. Cada momento nos acercaba más, borrando la distancia entre nosotros.

—Cena todas las noches —susurré, recordando su promesa—. Eso es lo que quiero.

—Trato hecho —dijo, se inclinó y me apartó un mechón de cabello de la oreja—. No importa hasta qué hora trabaje, estaré en casa. Siempre.

Nuestras risas se mezclaron con el murmullo de la ciudad allá afuera, y el momento se prolongó, dorado y lleno de promesas.

Cuando llegó el postre, una tarta de chocolate muy sabrosa, me dio un bocado, rozándome los labios con los dedos. El contacto me hizo sentir una chispa y me incliné hacia él, con el corazón latiendo con fuerza por la expectación.

Esa noche era solo para nosotros.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Ainslee

PERDIMOS LA NOCIÓN DEL tiempo y, al final, nos levantamos juntos cuando nos dimos cuenta de lo tarde que era. Daniel me tomó de la mano y me llevó hacia la puerta con esa misma atención cuidadosa. El trayecto en el ascensor de vuelta abajo fue silencioso, aunque lleno de promesas implícitas.

Afuera, la ciudad parecía más fresca en ese momento. El elegante coche negro de Daniel nos esperaba, brillando suavemente bajo las farolas. Pero mientras escaneaba la zona del servicio de *valet* con una mirada aguda y experta, algo no cuadraba.

Ningún *valet* apareció. La figura habitual y familiar no se veía por ninguna parte.

Daniel apretó la mandíbula. Sus ojos barrieron las sombras, agudos y alertas, fijándose en cada movimiento, en cada susurro.

—No hay nadie aquí.

Sentí una punzada de inquietud recorrerme. La calma exterior de Daniel permaneció imperturbable, pero yo sabía que su mente iba a mil por hora bajo esa mirada firme. Esto era más que un simple escaneo rutinario del entorno. Una alarma lo recorrió con una tensa advertencia.

Abrió mi puerta con suavidad, aun así, mantuvo sus sentidos agudizados en el entorno.

—Quédate cerca —murmuró.

En ese instante, un movimiento repentino detrás de Daniel me sacó de mi ensimismamiento. Abrí los ojos de par en par, alarmada, y se me hizo un nudo en la garganta. Cada fibra de mi ser gritaba que lo apartara, que le advirtiera, pero estaba paralizada, impotente.

Una figura sombría alzó un bate de críquet y lo estrelló contra la cabeza de Daniel.

—¡Nooo!

Un crujido espantoso rompió el silencio de la noche y, por fin, un grito desgarrador salió de mis pulmones. Los ojos de Daniel, antes tan vivos y feroces, parpadearon y se apagaron, y la luz se les escapó como una llama moribunda. Volví a gritar, poniendo toda la fuerza de mis años de formación en ópera en mi voz, desesperada porque alguien, cualquiera, viniera. Arthur estaba cerca.

Tenía que estarlo.

El pesado cuerpo de Daniel se desplomó en mis brazos, pero me negué a soltarlo. El corazón me latía con fuerza, abrumado por el miedo y la incredulidad. Por el rabillo del ojo, vi a unos hombres corriendo hacia nosotros, y me invadió el alivio. La ayuda estaba llegando. Sin embargo, antes de que pudiera siquiera respirar, el dolor estalló en mi mejilla, un brutal revés del agresor.

Retrocedí tambaleándome y choqué con el SUV por el impacto. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dejar que Daniel se cayera. Su peso me aplastaba y me dolían los brazos, pero era mi corazón el que sufría una agonía. *«Que esté bien».*

La mano del bruto se cerró alrededor de mi cuello.

—Suéltalo o le dispararé en la cabeza —siseó.

El corazón me latía con fuerza, el miedo me mareaba. Sopesé mis opciones en un abrir y cerrar de ojos. Los hombres estaban demasiado lejos. Si este tipo decidía disparar, la ayuda nunca llegaría a tiempo.

—Ahora, perra —añadió con un gruñido.

Solté a Daniel y el tipo me apartó bruscamente antes de cargarme sobre su hombro sin esfuerzo. En cuestión de segundos, me metieron a empujones en una furgoneta. Me puse de rodillas con la mirada escudriñando los alrededores.

El motor rugió al arrancar y nos alejamos de la acera.

No podía dejar que me llevaran. Mis posibilidades de escapar disminuían con cada segundo que pasaba. Respiré hondo y solté otro grito, con los

pulmones ardiendo por el esfuerzo.

—Cállate o te mato ahora mismo —amenazó una voz grave desde la parte delantera de la furgoneta, y me quedé quieta al instante. Era otro hombre. Tenía sentido. Uno debía de haber estado esperándonos a Daniel y a mí mientras el otro tenía el vehículo listo. Para llevarnos. Para llevarme a *mí.*

«Daniel vendrá por mí». Sabía que lo haría. Y entonces haría que esos pedazos de mierda se arrepintieran de haberme tocado.

Estos tenían que ser los matones de su tío. Los mismos que habían matado a Callen. Los que había evitado antes, gracias a Daniel.

«Daniel». Sus palabras justo antes de que lo atacaran se repetían una y otra vez en mi mente. Ese hombre despiadado me amaba. Mataría a cualquiera que me tocara. Con una revelación sorprendente, supe que yo también mataría a cualquiera que se atreviera a tocarlo.

Estaba tan presa del pánico que no sabía a qué distancia habíamos llegado. Debí de quedarme dormida, porque el reloj del tablero indicaba que habían pasado horas.

Cuando la furgoneta se detuvo, la puerta se abrió y me sacaron a rastras del vehículo y me pusieron de pie. Intenté empujar al idiota que me maltrataba, pero fue en vano.

—¡Daniel vendrá a buscarme! —reviré.

Sin previo aviso, el hombre me abofeteó y tropecé por la fuerza del golpe. Me escocía la mejilla por el primer golpe, no obstante, en ese minuto me ardía por completo. El sabor de la sangre me invadió la lengua.

—Lleven a la mujer adentro. —Retumbó una voz masculina a mis espaldas, y giré la cabeza en esa dirección. Nunca lo había visto antes, pero no hacía falta ser un genio para reconocer quién era. Hector Carrington. El tío de Daniel—. La hermosa Ainslee McLaren. —Ronroneó, dedicándome una sonrisa llena de malicia y una mirada inquietante—. Ahora entiendo la fascinación de mi sobrino. —Se rio, y el brillo cruel de sus ojos prometía dolor y venganza—. No ha sido fácil intentar poner mis manos sobre ti —siseó, agarrándome del cabello y tirándome de la cabeza hacia atrás con tanta fuerza que me escocía el cuero cabelludo.

Aunque eso no fue lo peor. La expresión gélida de sus ojos reflejaba el frío invernal. Me provocó escalofríos que me recorrían la espalda. Su mirada me daba náuseas.

Mantuve la boca cerrada, sabiendo instintivamente que provocar a este hombre sería una estupidez. Había salvajismo y un matiz de algo deplorable en sus ojos.

—Inteligente —dijo, comportándose como si estuviéramos manteniendo una conversación normal y corriente. Como si no me hubiera secuestrado ni *decapitado* a Callen—. Llévala adentro.

Alguien me empujó por detrás, y mis pies parecían bloques de cemento con cada paso que daba hacia el edificio. El viento aullaba a mi alrededor, y casi podía oír la voz susurrante de Daniel llevada por la brisa:

Aguanta, ruiseñor. Voy por ti.

Lo haría. Estaba segura.

CAPÍTULO CUARENTA

Daniel

LO PRIMERO QUE PERCIBÍ fue el rostro de Arthur, ojos penetrantes por la preocupación, mandíbula tensa.

Lo segundo, una constatación aún más desconcertante; Ainslee no estaba a mi lado.

El pánico se apoderó de mí. Me incorporé de un sobresalto y enseguida me arrepentí. El dolor se disparó detrás de mis ojos como un rayo e instintivamente llevé las manos a mi cabeza. Presioné con los dedos un lado de la sien. Mi visión se nubló por un momento antes de aclararse.

—¿Dónde está? —gruñí, con un tono de voz que rompió el silencio. Recorrí la habitación con la mirada, el *penthouse*, me di cuenta, pero no recordaba cómo había llegado hasta aquí—. ¿Cómo demonios entré?

—Nosotros te trajimos —explicó Arthur, con tono sombrío—. Pesas más de lo que pareces.

—¿Dónde está Ainslee? —lancé, levantándome del sofá a pesar del dolor punzante en la cabeza.

La expresión de Arthur se ensombreció.

—Se la llevaron.

Sentí un nudo en el pecho.

—¿Qué?

—Uno de nuestros hombres intentó seguirlos, pero perdieron el rastro a las afueras de la ciudad. Quienquiera que haya hecho esto sabía lo que hacía.

Una rabia fría e inmediata me invadió.

—Mierda. Mi teléfono —murmuré, girándome y tropezando hacia el ascensor. Apenas me di cuenta de que Arthur me llamaba.

Las puertas del ascensor se abrieron y apreté con fuerza el botón del garaje. Cada segundo se me hizo eterno.

No podía permitirme entrar en pánico. En ese momento, no.

En cuanto llegué a mi coche, abrí de golpe la puerta del conductor. El teléfono seguía allí, boca abajo en la consola central, donde lo había dejado. Lo tomé con manos temblorosas y abrí la aplicación de rastreo, rezando para que ella aún llevara el collar. Rezando para que no lo hubieran tirado.

La pantalla se cargó. El corazón me latía tan fuerte que apenas podía oír mis propios pensamientos.

Ahí. Una señal.

Exhalé bruscamente, calculando ya la ruta en mi mente.

Arthur apareció en la puerta del vehículo, mirándome con una mezcla de frustración y preocupación.

—Tienes que ir al médico —demandó—. Te pegaron fuerte, es probable que tengas una conmoción cerebral.

—¡Me da igual! —bramé, sin mirarlo—. Ya nos ocuparemos de eso más tarde.

—Podríamos estar cayendo en una trampa. Esto estaba planeando, Daniel.

—Lo sé —murmuré, apretando la mandíbula—. Y están a punto de descubrir lo mala que fue esa idea.

Apreté con más fuerza el volante, mientras el motor rugía debajo de mí. La señal de rastreo parpadeaba en la pantalla, seguía moviéndose.

Seguía viva. *«Aguanta, Ainslee».* Iba para allá.

—Deberías ir al médico...

—Luego —lo interrumpí con un gesto de la mano, sin siquiera mirarlo. Tenía la vista enfocada. Ainslee era mi prioridad. Lo era todo.

—Está en Gales —notifiqué secamente—. En *Newport*. El rastreador emitió una señal allí.

Arthur entrecerró los ojos.

—Eso está a casi tres horas de distancia de aquí. ¿Estás seguro?

—Sí. *Newport*. —Sentí un nudo en el pecho—. La familia de mi abuela tenía una pequeña propiedad allí. Nunca he estado, pero Hector debe saber de ella. Probablemente cree que nadie recuerda que existe.

Dios mío. ¿Estuve inconsciente tanto tiempo? Tres horas... perdidas. Tres horas en las que ella estaba en sus manos.

La sangre me hervía, cada músculo de mi cuerpo se tensó con la rabia. Mi visión se agudizó, y mis instintos tomaron el control

Me di la vuelta y entré corriendo en el edificio, con Arthur pisándome los talones. Tomamos el ascensor de vuelta al *penthouse*. Privado, seguro. Mi santuario, pero esa noche era un centro de mando.

—¡Llama a todo el mundo! —ordené mientras el ascensor subía suavemente—. A todos los jodidos hombres que tenemos. Quiero gente sobre el terreno en veinte minutos.

Arthur no cuestionó nada, solo asintió y sacó su teléfono, marcando el número al instante.

Las puertas del ascensor se abrieron directamente en el *penthouse*. Me dirigí a zancadas hacia mi dormitorio, quitándome ya la camisa destrozada que llevaba puesta. Necesitaba equipo táctico. Potencia de fuego. Concentración. Esto no era una negociación. Era un rescate.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Daniel

DURANTE LA SIGUIENTE HORA, el piso se llenó del murmullo sordo de hombres duros y del leve tintineo de armas que se revisaban una y otra vez. Quince de nosotros nos amontonamos en mi oficina, un espacio que nunca se había pensado para este tipo de estrategia, pero no me importaba. La privacidad podía esperar. Mi santuario personal se había convertido en un campo de batalla, y todos y cada uno de esos hombres habían acudido en cuanto Arthur llamó.

Estaba agradecido, pero también me sentía frío y decidido. No estaban allí para una visita social. Estaban allí para traer de vuelta a la mujer que amaba.

—Rodeamos el edificio —expliqué, señalando el esquema que aparecía en mi pantalla. Había trazado la distribución de la propiedad basándome en imágenes de satélites y en los escasos recuerdos que tenía de viejas historias familiares—. Cuatro puntos de entrada. Entramos todos a la vez.

Mi dedo señaló la habitación central.

—Está aquí. Aquí es donde la localizó el escáner térmico. No disparen hasta que la tenga a la vista. En cuanto dé la señal, eliminen a todos los leales a Hector. —Los separé en equipos de cuatro—. Cada equipo es responsable de despejar su cuadrante asignado. Cualquiera que esté cerca de Ainslee es responsabilidad mía y de Arthur. Sin errores.

Arthur me miró a los ojos. Ya estaba listo para la batalla: tranquilo, controlado, letal.

—¿Le habrán puesto guardias?

—Tres, como máximo —adiviné—. La ve como una moneda de cambio, no como una amenaza. Pero entraremos como si estuviera custodiada por un ejército.

Arthur asintió con severidad. Sabía lo que esto significaba para mí. Lo que *ella* significaba para mí.

Entonces, pensé en Maxim. Una parte de mí deseaba que él también estuviera aquí. Había pasado por lo peor conmigo, combate, traición, reconstrucción. Sin embargo, yo tracé una línea divisoria clara entre mi imperio personal y mis negocios más oscuros. No estaba dispuesto a difuminarla, ni siquiera por esto.

Eché un último vistazo alrededor de la sala. Rostros sombríos. Miradas duras. Estos eran mis hombres. Mi ejército. Y esta noche, reduciríamos el pasado a cenizas.

—Nadie se mueve hasta que yo dé la orden —demandé con voz baja y firme—. Disparen a matar. No voy a arriesgarme a que estos bastardos vuelvan a ir por Ainslee.

El tiempo de Hector se había agotado. Esto ya no se trataba de poder, legado ni territorio.

Esto era personal.

Vestido con equipo táctico negro, Kevlar, fundas, cuchillos, armas cortas, y armado hasta los dientes, examiné a cada hombre a mi alrededor. Eran hombres a los que podía confiarles mi vida y, lo que era más importante, la de Ainslee. Y eso era lo que más importaba en ese momento, porque esto no era solo una redada. Era una ejecución. Un mensaje.

Hector quería reconstruir su imperio con sangre y miedo. Se alió con los rusos después de que mis hombres desertaran. Le dio la espalda a su familia y quemó todos los puentes para alimentar su ambición.

En ese instante, yo encendería la cerilla bajo su tumba.

Mi teléfono vibró. Un mensaje.

Todos están en sus posiciones.

Bien.

Me levanté de la silla y me enganché el último cargador al cinturón.

—En marcha —ordené en voz baja.

Nos movimos rápido. El ascensor nos llevó hasta el garaje privado. Arthur y yo tomamos el Land Rover. En cuanto me subí, su aroma me golpeó: débil,

pero inconfundible. El perfume de Ainslee aún permanecía en el asiento de al lado.

Fue como un puñetazo en el pecho.

Apreté el volante con fuerza, con la mandíbula tensa. No podía permitirme derrumbarme en ese minuto. No lo haría. Ella necesitaba que estuviera concentrado. Mortal. Eficiente.

Ella era mi razón de ser. El centro de la vida que había reconstruido.

Arthur conducía. Una decisión acertada, yo habría embestido a todos los coches que se cruzaran en nuestro camino con tal de llegar más rápido. Todo el trayecto transcurrió en silencio, salvo por el zumbido ocasional de las actualizaciones del equipo de comunicaciones. Observé el mapa. Siguiendo el punto parpadeante que marcaba la ubicación de Ainslee. Todavía en *Newport*. Todavía en ese maldito edificio.

«Aguanta, amor».



Cuando por fin llegamos, el almacén se alzaba en la oscuridad como una bestia dormida: bajo, ancho y podrido por los bordes. El revestimiento oxidado reflejaba destellos de luz de luna, y la maleza se abría paso a través de las grietas en el cemento como si la tierra misma intentara reclamar el lugar.

Más allá de las puertas, se movían las sombras. Tal y como esperaba, patrullas dispersas merodeaban por el perímetro, demasiado relajadas, demasiado lentas. Una mezcla de chaquetas rusas y restos de la antigua guardia de Hector. Los cigarrillos les iluminaban los rostros. Las risas agudas y estúpidas resonaban en el viento. Creían que la noche significaba seguridad.

Aficionados.

Toqué mi auricular.

—Última orden: no prisioneros.

Los clics de confirmación resonaron en mi oído. Sin preguntas. Sin vacilaciones. Ya habíamos barrido el lugar desde la distancia, los visores térmicos de grado militar detectaron una docena de cuerpos calientes en el interior. Dos estaban demasiado cerca de ella. Maldición, demasiado cerca.

Cargué una bala con un chasquido seco que resonó en mi cráneo. Mi respiración se estabilizó, pero mi pulso se aceleró.

Entonces, los primeros disparos rompieron el silencio como huesos al romperse.

Se desató el caos.

Entramos como el humo: silenciosos, agachados y letales. Los silenciadores siseaban. Las botas golpeaban el suelo al correr. Mis hombres actuaban con precisión quirúrgica, atravesando las defensas de Hector con una exactitud perfeccionada en zonas de guerra de las que la mayor parte del mundo nunca oiría hablar. Gritos ahogados. Golpes sordos de cuerpos al desplomarse. Los gritos se convirtieron en gorgoteos.

Me moví a través de la tormenta con un control ensayado, cada esquina despejada, cada disparo contaba. La sangre pintaba las paredes con rayas irregulares. El hedor a pólvora se mezclaba con el sudor y el débil aroma metálico del miedo.

¿La banda de Hector? Ya se estaba desmoronando. No estaban preparados para nosotros. Para mí.

Bala a maldita bala, me abrí paso entre los escombros de su arrogancia.

Y en medio de todo eso, un nombre latía como tambores de guerra en mi pecho: Ainslee.

Veía su rostro en cada destello de los disparos. Recordaba cómo su mano encajaba en la mía, el sonido de su risa, cómo se atrevieron a silenciarla. Cómo se atrevieron a tocar algo que nunca podrían entender, que nunca merecerían.

Habían cometido un error.

Lo convirtieron en algo personal.

Ella no era solo una debilidad. Era el ancla. La razón por la que aún me corría sangre por las venas. Creyeron que podían usarla para quebrarme.

Sin embargo, lo único que hicieron fue afilar la hoja. Aún no le había puesto un anillo en su dedo, pero que no cupiera duda. Ella ya era *mía.*

Mi pasado. Mi presente. Mi futuro.

Y quemaría cada centímetro de este maldito mundo para recuperarla.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Ainslee

EL VIENTO AZOTABA CON fuerza, helándome la piel al descubierto. No sabía qué esperaba, pero esto no lo era. No había nada a nuestro alrededor hasta donde alcanzaba la vista, salvo un almacén de aspecto desolador.

Me hicieron pasar al interior antes de que el tío de Daniel me empujara a una pequeña habitación vacía. Parecía que en algún momento había sido una oficina. El corazón me latía con fuerza por el miedo, y me aterrorizaba lo que pudiera intentar hacerme. No tenía experiencia con el peligro. Nunca me había visto expuesta a él, y en ese momento me encontraba justo en medio de él.

Hector Carrington se rio, sacándome de mi aturdimiento.

—Pareces un poco fuera de tu elemento —se mofó, pero no había humor en sus ojos ni en su voz.

Apreté los labios, reacia a responder a su burla. Me negaba a ser el juguete de ese monstruo. Daniel vendría por mí; solo tenía que alargar esto lo suficiente para que llegara.

Hector se inclinó y su aliento rancio me golpeó la cara.

—¿Sabes quién soy?

Contuve las náuseas que me provocaba el hedor. Su mano me acarició la mejilla y tuve que adherirme a mi fuerza de voluntad para no estremecerme ante su contacto. Me daba escalofríos.

—¿Lo sabes? —rugió.

—Sí. —Logré articular con voz entrecortada.

Me rodeó el cuello con los dedos y apretó con fuerza. Odiaba que eso me recordara a la forma en que Daniel me presionaba la garganta con la mano. Con Daniel me producía placer, pero en ese momento sentía miedo.

—Me arrebató a mi hijo. —No podía hablar, me estaba oprimiendo las vías respiratorias—. A mi hijo —siseó con voz ronca, en la que se percibía algo parecido a una emoción auténtica. —Mi hijo. Hugo solo quería darle una lección a Daniel, castigarlo por abandonar el negocio familiar. Pero entonces Hugo te vio y quiso quedarse contigo.

Mis labios se torcieron de asco al recordar a aquel hombre cruel.

—¡Jamás habría sido suya! —reviré.

Me sonrió, y el destello de sus dientes amarillentos me provocó un nuevo terror.

—Daniel tuvo que ir y llevarse lo que no era suyo. Me lo ha quitado *todo*. A mi hijo. A mis hombres.

La puerta de la oficina se abrió y Hector me soltó al instante. Mientras jadeaba en busca de aire, entraron dos hombres empujando un carrito con ruedas que contenía un televisor encima. Respiré hondo y luego exhalé lentamente. Desesperadamente, intenté aferrarme a mis fuerzas en decadencia. Necesitaba ser valiente. No podía dejar que viera lo asustada que estaba.

—¿Q-qué es e-esto? —balbuceé—. Tienes que soltarme. Todavía tienes tiempo antes de que te arrepientas de esto.

Los hombres siguieron adelante y colocaron el soporte al otro lado de la habitación. Me aparté, observándolos con recelo. Una vez que tuvieron listo el antiguo televisor con reproductor de VHS, le entregaron una cinta de VHS a Hector.

—Te vamos a enseñar un poco a mi sobrino, preciosa Ainslee —pronunció Hector con voz pausada, mientras me recorría con la mirada.

Me estaba dando escalofríos. Igual que su hijo hacía tantos años atrás.

Hector se acercó a mí y yo di un paso atrás, tratando de mantener la distancia, pero me topé con la pared. Apreté los puños y me quedé quieta mientras él levantaba la mano hacia mi cara. Deslizó los dedos suavemente por mi pómulo y yo tragué saliva con dificultad, apartando la cabeza bruscamente de él.

—A Daniel no le hará ninguna gracia saber que me has tocado —le recordé, manteniendo la voz firme.

—Esa es la idea. —Sonrió, con su aliento repugnante insultando mis sentidos—. Tú serás su ruina.

Su voz erizó mi piel. Tenía una mirada enloquecida. Su cabello blanco y grasiento se erguía en todas direcciones, lo que acentuaba su aspecto maníaco. Había algo perturbador en su expresión. Esos ojos oscuros suyos, tan parecidos a los de Daniel, brillaban mientras se fijaba en mí.

—Puedo ver por qué Hugo no te dejaba marchar. —Ronroneó con voz espeluznante—. Atraes a los hombres como la luz a las polillas, ¿verdad?

Este hombre había mandado matar a Callen. No dudaría en matar a mi familia. La crueldad formaba parte de su ADN. Se deleitaba con el sufrimiento y el dolor ajeno. Me repugnaba, y tuve que obligarme a no hacer una mueca de asco.

—Daniel vendrá por mí —insistí, con una voz apenas por encima de un susurro. No tenía ninguna duda de que lo haría. Siempre vendría por mí, protegería a mi hijo y a mi familia.

Me moví, dando un paso hacia un lado para acercarme a la puerta, no obstante, Hector se interpuso para bloquearme el paso. Mis ojos recorrieron la habitación, tratando desesperadamente de encontrar una salida. Había una sola ventana, pero, salvo lanzarme contra el cristal, no tenía más opciones. Estaba atrapada. Daniel era mi única esperanza.

Me temblaba el labio inferior, pero lo metí entre los dientes y me lo mordí, liberando el sabor metálico de la sangre en mi lengua.

—Ahora, te voy a presentar al verdadero Daniel Carrington. —Se alejó de mí y se dirigió a la única silla de la habitación—. ¿Quién sabe? Quizá te perdone la vida —continuó, con un brillo venenoso en sus ojos—. Después de todo, ahora no tengo heredero. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo mientras las entrañas se me estremecían de asco—. No me importaría tomarte por esposa y embarazarte con mi hijo.

Tuve que contener con todas mis fuerzas las náuseas. Si me tocaba, perdería los estribos. No era lo suficientemente fuerte como para no derrumbarme si este anciano se me echaba encima. No era tan valiente como los hombres y mujeres que formaban parte de este mundo, y dudaba de que sobreviviera a cualquier cosa vil que Hector estuviera planeando.

Hector se recostó en su silla, separando las piernas. Si no fuera por la sonrisa odiosa en su rostro y la mirada desquiciada en sus ojos, sería un hombre atractivo. El parecido entre él y su sobrino era asombroso, pero

Daniel no era un loco cruel y sádico. Los oscuros ojos de Daniel eran mi refugio seguro, su calidez me hacía sentir como si volviera a casa.

En cuanto Hector asintió al hombre que aún permanecía en la habitación, el viejo televisor se encendió con un parpadeo. La habitación se llenó del silbido de la estética y, a continuación, comenzó la grabación.

—No quiero verlo —murmuré. Sabía que había un lado de Daniel que aún no había visto, pero tampoco me importaba presenciarlo. Lo amaba incondicionalmente.

—Lo verás para que sepas exactamente por quién morirás —dictaminó, con una sonrisa burlona que delataba su regocijo ante la posibilidad de causarme dolor—. Para que sepas por qué murió Callen McLeod.

—Murió porque tú lo mataste —lo acusé, con la furia filtrándose en mi voz.

—No. Murió porque mi sobrino *mató a mi hijo.* —Alzó una ceja como si me estuviera desafiando. Me quedé en silencio—. Daniel siempre fue un cretino celoso. Mi hijo te quería, y Daniel no soportaba la competencia.

—Tu hijo nunca tuvo ninguna oportunidad. Era despreciable.

Al parecer, su padre también estaba delirando.

—¡Mira el video! —bramó Hector, levantando el control remoto y subiendo el volumen.

Giré la cabeza y me preparé para lo que fuera que viniera a continuación. Daniel formaba parte de la mafia. Había hecho algunas cosas malas, pero no era tan malvado como su primo y su tío. Tenía honor. Bajo esa apariencia dura, y en su corazón, era un buen hombre.

Fijé la mirada en la pantalla y me ardían los ojos al ver a un Daniel más joven en una habitación cerrada y salpicada de sangre. Se acercó a una mesita auxiliar donde había una gran selección de herramientas. Su rostro era una máscara estoica, la mandíbula apretada y los labios fruncidos en una línea fina. Pude ver que lo odiaba, y me dolió el corazón por Daniel. Escogió una herramienta que parecía un cuchillo y se volvió hacia un hombre ya muy magullado que estaba sentado y atado a una silla en el centro de la habitación.

—¿Quién es? —le pregunté a Hector.

—Un miembro de un grupo rival que robó nuestro cargamento.

Volví a mirar la pantalla.

Con el miedo reflejado en el rostro, el hombre gimió cuando Daniel se acercó a él con un cuchillo. No podía culparlo; ni siquiera estaba en la

habitación con él, y ya me sentía asustada.

Daniel tiró de la cabeza del tipo hacia atrás hasta que sus miradas se cruzaron.

—¿Dónde está el cargamento? —interrogó Daniel con voz fría.

Se me revolvió el estómago al mirar la pantalla. Este Daniel Carrington no era el hombre que yo conocía. Había intuido la oscuridad que acechaba en lo más profundo de su ser, sin embargo, nunca había imaginado que fuera capaz de la brutalidad que estaba presenciando.

«Este no es su verdadero yo», me recordé a mí misma.

Había otro hombre en la sala de tortura junto a Daniel y al desafortunado tipo. Era Hugo Carrington, que tenía el mismo aspecto que cuando me topé con él mientras buscaba a Daniel. El parecido entre los primos era evidente, pero incluso en la pantalla había algo repulsivo en Hugo. Probablemente, fuera ese brillo enfermizo en los ojos y la sonrisa amenazante en su rostro que delataba que lo que estaba pasando le resultaba emocionante.

Hubiera apostado mi vida a que realmente disfrutaba viendo a Daniel torturar al hombre atado a la silla. Mientras que la expresión de Daniel era impenetrable y su mirada vacía, Hugo se apoyaba contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos brillantes.

Tragué saliva con dificultad, con el contenido de mi estómago amenazando con volver a salir mientras veía en la pantalla cómo Daniel le arrancaba la piel del brazo al hombre. La carne viva me provocaba náuseas, pero fueron sus gritos los que se grabaron para siempre en mi memoria. Me zumbaban los oídos y ya no podía distinguir si eran sus gritos o los míos lo que me estaban destrozando.

—¡Apágalo! —grité—. ¡Por favor, apágalo!

El tío de Daniel se rio entre dientes como si toda esta situación fuera una simple broma. El hombre era depravado. Sí, acababa de ver a Daniel cometer un acto monstruoso, pero él no me había dejado con la repugnante sensación que me provocaba su tío. Sin que me lo dijeran ni verlo con mis propios ojos, sabía sin lugar a duda que Hector Carrington había torturado a personas inocentes. Y mi instinto me decía que lo había disfrutado.

Sentía como si tuviera fragmentos de cristal clavados en la parte posterior de la garganta, lo que me hacía casi imposible tragar. El ácido me quemaba las entrañas a medida que subía por el esófago.

—Daniel *vendrá* a buscarme. Vendrá —susurré, repitiendo las mismas palabras una y otra vez—. Vendrá por mí. Lo hará.

Sonaba segura, enfatizándolo para él, no para mí misma. Aunque al mismo tiempo, me aterraba que Daniel apareciera por aquí. Solo podía imaginar las maldades que su tío le gustaba infligir, y no quería que ese lunático le hiciera daño.

Ojalá tuviera alguna forma de conectar con la policía. O alguna forma de advertir a Daniel.

—Como te dije, cuento con ello. —Se puso de pie, alisándose el traje—. Y él morirá. La cuestión es si te mantendré con vida o no.

Me estremecí, sintiéndome mareada. Me temblaban las piernas y, si me movía, caería de rodillas. Este hombre era un monstruo. Era malvado. De repente, por primera vez en mi vida, quise infligirle dolor a otro ser humano. La sed de hacer pagar a este cretino, de hacerlo sufrir, era abrumadora. Nunca había presenciado la violencia de primera mano, nunca había querido hacerle daño a nadie en toda mi vida, pero en ese momento no había nada que deseara más que matar a ese hombre.

Hector debió de notar la ira que me invadía, porque sonrió triunfalmente.

—Morirás —gruñí, lo que hizo que entrecerrara los ojos y me mirara fijamente—. Morirás, y los últimos en reír seremos Daniel y yo.

Me miró con odio, pero me negué a acobardarme ante ese hombre despreciable.

El silencio se extendió entre nosotros mientras el corazón me latía con fuerza contra las costillas, y la sangre me zumbaba en los oídos. Era sofocante y ensordecedor hasta que resonaron los disparos. Sonaban demasiado cerca, aunque no lo suficientemente.

Hector se abalanzó hacia mí justo cuando la puerta se abrió de golpe, y Daniel atravesó el umbral como un ángel vengador. Me invadió el alivio y, por un momento, me olvidé de su loco tío. Eso fue hasta que su brazo arrugado se deslizó a mi alrededor por detrás.

Su repugnante mano se posó sobre mi pecho derecho y pude sentir su aliento rancio acariciándome la oreja.

—Retírate —le gruñó Hector al otro hombre de la habitación—. Él es mío.

Utilizando mi cuerpo como escudo, se enfrentó a Daniel. Estaba segura de que no dudaría en hacerme daño si Daniel atacaba.

—Bueno, hola, sobrino. —Se jactó. Casi podía oír la sonrisa burlona en esa voz empalagosa suya.

Me manoseó bruscamente el pecho, haciéndome estremecer de repugnancia mientras se burlaba de Daniel con ese espectáculo.

—¿Has perdido algo, muchacho? —Se rio y me lamió el cuello, justo debajo de la oreja izquierda. —Mi cuerpo se rebeló ante su tacto y grité. No podía contener mi reacción más de lo que podía contener mi amor por Daniel—. Me quitaste a mi hijo, así que yo te voy a quitar tu juguete favorito. Un trato justo, ¿no crees? —Soltó una risita sin gracia.

De pie frente a mí, Daniel llevaba la misma máscara que acababa de ver en él en el video. Busqué tranquilidad en sus ojos oscuros, mas no había ni un rastro de calidez en ellos. Todo lo que vi fue a un asesino despiadado y frío con una pistola apuntando a su tío.

Pero me tenía a mí. Sabía que me tenía a mí. Nunca dejaría que me pasara nada. Daniel era mi salvador. Lo era todo para mí.

Su tío empujó su entrepierna contra mi espalda, y la furia dentro de mí se volvió ardiente.

¿Cómo iba a acabar Daniel con ese hombre si me estaba utilizando como escudo humano? Quizás era una cobarde, pero no quería morir. Quería más tiempo. Más años para vivir mi vida.

Ver a mi hijo convertirse en un buen hombre.

Dar paseos al atardecer con mi madre.

Ver crecer a mi familia y ser feliz.

Envejecer junto a Daniel. Nos merecíamos más tiempo juntos.

Miré fijamente a los ojos duros y sin fondo del hombre al que amaba, y recé para que supiera lo que estaba haciendo.

—Parece que tenemos un problema, tío. —El tono gélido de Daniel me dolió como una puñalada—. Déjala ir. No te sirve de nada. Tú me quieres a mí, no a ella —afirmó con calma, sin mostrar ni una pizca de emoción en su rostro.

—No, muchacho. Lo has entendido todo mal. Puede que te quiera a ti, sí. Te quiero muerto y desaparecido. Pero primero, creo que disfrutaré follándome a tu mujer mientras te obligo a mirar. Cuando haya terminado, le cortaré la garganta solo para verla desangrarse. —Hector me mordió el lóbulo de la oreja y grité de dolor—. Y no habrá nada que puedas hacer, sobrino, salvo sentarte y observar. La perderás, igual que yo perdí a mi hijo.

El cabrón me apretó el pecho con fuerza y yo me eché hacia atrás, intentando escapar con un tirón hacia un lado. Justo cuando lo hice, un estruendo retumbó en la habitación y algo caliente me salpicó la nuca.

Entonces, un gran peso se desplomó sobre mí, tirándome al suelo. Una fracción de segundo después, alguien más irrumpió en la habitación y se oyó otro disparo.

Daniel se acercó a mí mientras yo yacía allí, aturdida, mirando fijamente los dos cuerpos sin vida a mi lado. El hombre de Hector, con un disparo en el pecho, con la sangre derramándose sobre el sucio cemento, y Hector, con la nuca volada. Más allá, una ventana destrozada. Una ventana que hacía solo unos instantes estaba intacta y no ofrecía ninguna posibilidad de escapar, ya que Hector nos había acorralado a ambos contra ella.

Los disparos, que parecían no tener fin, sonaban en ese momento lejanos, con el zumbido en mis oídos atenuando el sonido. Daniel me protegía con su cuerpo. Sus ojos estaban alertas, escaneando la zona en busca de posibles amenazas.

El horror se extendió por mis venas, no por la visión de Hector sin vida, sino por el alivio que sentí al saber que estaba muerto. No sentí ni una pizca de remordimiento por su muerte. Se lo merecía.

—Ainslee —susurró Daniel, y yo levanté la vista hacia él—. ¿Estás bien? —Asentí con la cabeza, incapaz de articular una sola palabra—. ¿Te hizo daño?

Negué con la cabeza, pero sus ojos se posaron en mi cuello. Me llevé la mano a la garganta. Podía imaginar los moretones extendiéndose ya. Los dedos de Daniel se deslizaron hasta mi boca y me frotó el pulgar sobre el labio partido.

—Solo fue eso —musité mientras la neblina se disipaba lentamente y mi vista y mi oído recuperaban la nitidez.

Daniel se levantó y me ayudó a hacer lo mismo, sin soltarme hasta que me mantuve firme sobre los pies. Se guardó la pistola en la funda que llevaba atada a la cintura mientras se apartaba para hablar en voz baja con Arthur. Esos pocos segundos sin él me parecieron una eternidad. Echaba de menos su calor, echaba de menos la seguridad que me proporcionaba. Regresó y se acercó a mí con cautela, como si fuera un animal herido. Me estremecí al pensar en cómo debía de estar.

—Quiero irme a casa —sollocé, temblando mientras daba un paso hacia él, buscando consuelo en su fuerte abrazo—. Quiero ir a casa. Con mi hijo, con mi *mum*.

No podía dejar de temblar y mis pensamientos eran un caos. Tenía las manos y el cuello cubiertos de sangre, y manchas oscuras en el vestido y el

cabello. A mis pies yacía el cuerpo de un hombre malvado, con los ojos turbios y sin vida.

—Lo siento mucho —pronunció Daniel contra la coronilla de mi cabeza, rodeándome con sus brazos.

Mi cuerpo temblaba, asimilando por fin lo sucedido. Levanté la cara y me encontré con la mirada de Daniel. Contuve la respiración al sentir las emociones que se le arremolinaban en esos orbes oscuros, que me conmovieron profundamente.

Miedo, tristeza, pérdida, amor. Tantas emociones. Todas rebosaban claramente en lo más profundo de su ser.

No pude hacer nada más que dejar que me abrazara con fuerza.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Daniel

LA PERDÍ.

Con cada segundo que pasaba, sentía cómo se me escapaba. Acababa de recibir una lección muy cercana y personal sobre la vida que llevaba, y estaba aterrorizada. Vio de primera mano cómo era mi mundo. Cómo era *yo*.

Arthur recuperó el video que Hector le había puesto, en el que se me veía en pleno modo torturador. No podía decirle a Ainslee que ese era el "antiguo yo", porque si alguien intentaba hacerles daño a las personas que me importaban, me convertiría en ese hombre en un instante.

Sin pedir perdón.

Sin dudarlo.

Y ese hombre, obviamente, no era alguien con quien ella quisiera estar cerca.

Quería volver a casa. Con su familia. A su mundo seguro en el que yo no estaba.

¿Podría culparla? No.

¿Me molestaba? ¡Mierda, sí!

No obstante, por encima de todo, a pesar de saber que mi vida no valía la pena sin ella, quería verla feliz.

Así que ahí estaba yo, llevándola de vuelta a su antigua vida, veinticuatro horas después de haberle declarado mi amor y de que ella me respondiera con esas dos palabras.

La llevaría a mi castillo en Escocia y luego la dejaría allí. Podría quedarse allí, rodeada de sus seres queridos, para siempre, por lo que a mí respectaba. Le cedería la propiedad.

Ese lugar no significaba nada para mí sin ella. Arthur se encargaría de cuidar de todos hasta que Ainslee decidiera cuáles serían sus próximos pasos.

Quizás esto era lo mejor.

Apenas me miró desde que habíamos salido del almacén. Por fin se había dado cuenta de quién era yo en realidad. Alguien que le repugnaba.

Eso no me impedía querer rodearla con mis brazos. Mi necesidad de abrazarla y consolarla era más fuerte que nunca, pero seguí su ejemplo y mantuve la distancia.

El zumbido de los motores resonaba en la cabina mientras mi *jet* privado iniciaba su lento descenso. Nuestro viaje estaba a punto de terminar, y yo llegaba con un vacío en el corazón. Podría obligar a Ainslee a quedarse conmigo, chantajearla... No era incapaz de hacer algo tan deplorable. Pero quería que ella estuviera dispuesta, que *eligiera* quedarse conmigo. Un hecho que estaba seguro de que ya no era posible. Ella era demasiado buena para alguien como yo.

El trayecto hasta el castillo fue tan silencioso e incómodo como nuestro vuelo. Sus ojos, esos lagos verdes que se asemejaban a los valles escoceses, estaban apartados de mí, fijos en el paisaje nevado de su país natal. Lo único que le veía era la curva del cuello pálido y elegante.

Llegamos a nuestro destino demasiado pronto, pero ella lo quería así. Quería viajar toda la noche para alejarse de mí lo antes posible.

Y para mí... Si nos hubiera llevado años volver aquí, habría sido demasiado pronto para despedirnos de nuevo, así que tuve que conformarme con este momento fugaz.

Después de ayudarla a salir del SUV, ella entró corriendo en la casa en busca de Bram y de su madre. Ni siquiera se molestó en mirarme por encima del hombro. Mientras tanto, yo no podía apartar la vista de ella. La fría mañana acariciaba el ardiente cabello de Ainslee, provocándome una punzada en el pecho. Se había duchado en el avión para quitarse la sangre, y aún tenía el cabello húmedo. Resistí el impulso de correr tras ella y ponerle un gorro, no fuera a ser que se resfriara.

Lo único que importaba era que mi ruiseñor estuviera a salvo.

Y ella estaría mejor sin mí.

—Al aeropuerto —le ordené a mi chofer mientras me abrochaba el cinturón de seguridad, sacudiéndome de encima esa última imagen de Ainslee y endureciendo mi corazón ante el sombrío futuro que me esperaba.

Un futuro sin ella y sin Bram.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Ainslee

LONDRES ERA SOMBRÍO Y terriblemente gris en invierno. Apenas veinticuatro horas después de que Daniel me dejara en su castillo, ya lo extrañaba como el desierto extrañaba la lluvia.

Le pedí que me llevara a casa. Donde estaban mi madre y Bram. Lo que pasó con el tío de Daniel, el miedo a no volver a ver a mi hijo nunca más... me sacudió hasta lo más profundo. Pero en ese momento, no pude expresar con palabras lo que sentía. Y cometí un error en cómo manejé las cosas con Daniel.

Solo tardé unas horas en darme cuenta de cómo se había interpretado mi petición. Para entonces, él ya se había ido y yo perdí la oportunidad de explicarme.

Daniel lo interpretó como un rechazo.

Nunca fue mi intención que lo fuera.

No era de extrañar que Daniel estuviera tan distante durante el viaje de vuelta. No era de extrañar que se marchara inmediatamente después de dejarme, como me contó Arthur. Pensó que no lo quería. Mi actitud retraída no hizo más que confirmárselo.

En lugar de buscar consuelo en Daniel, me quedé allí sentada todo el tiempo como una estatua, repitiendo mentalmente los acontecimientos de la noche. Pero, en mi estado de *shock*, cada pequeño detalle se distorsionó, e imaginé todas las formas en que las cosas podrían haber salido terriblemente mal. Todas las formas en que podría haber muerto.

Los escenarios hipotéticos eran interminables. Mi mente estaba destrozada. Definitivamente, no estaba pensando con claridad.

Como era de esperar, fue *Mum* quien me señaló mi error.

Finalmente, me derrumbé y le conté todo lo que había pasado. Desde que conocí a Daniel hacía doce años hasta la noche anterior, cuando me salvó de su tío. Lloré a lágrima viva al hablar de Callen, y ella me abrazó hasta que ambas dejamos de llorar, quizás ella no respetara las decisiones de aquel hombre, pero él nos había dado a todos el mejor regalo: Bram. No se merecía morir así. *Nadie* se merecía morir así.

Después de admitir la verdad, me sentí mejor. Como si me hubieran quitado un gran peso de encima. También le expliqué a Bram que su papá ahora estaba en el cielo, cuidando de él, y que ya no lo veríamos más. Aunque no estaba muy segura de cuánto entendía. Ya habría tiempo para hablar de ello más adelante.

El sonido de una bocina me recordó dónde estaba.

Le debía a Daniel una gran disculpa. No, borra eso. Le debía la vida. Y en lugar de besarlo hasta dejarlo sin sentido cuando me salvó, lo aparté de un empujón. Lo herí.

Apreté los puños sobre mi regazo mientras me recostaba contra el suave cuero del coche. Arthur zigzagueaba entre el tráfico mientras nos llevaba al *penthouse* de Daniel.

Tenía que verlo. Necesitábamos terminar este año con buen pie para tener un comienzo maravilloso en el nuevo.

Un nuevo comienzo.

El corazón me latía con fuerza. Tenía los nervios tan tensos que estaba a punto de morderme las uñas. Cuanto más nos acercábamos al edificio de Daniel, más ansiosa me sentía. Sabía que le había hecho daño. Y por eso, me daba miedo que me rechazara. De perderlo. Para siempre, esta vez.

Una vez que llegamos al rascacielos situado en una de las zonas más prestigiosas de Londres, Arthur se estacionó y dio la vuelta para abrirme la puerta.

—Te acompaño hasta su piso. —Me ofreció.

Le di las gracias a Arthur con voz tensa, sintiendo cómo me sudaban las manos.

¿Cómo pude decirle a Daniel que él *lo* era *todo* para mí y luego salir corriendo en cuanto las cosas se pusieron difíciles? Él prometió protegerme,

y lo hizo. Debería haberle suplicado que nos llevara a casa. No a mí, sino *a nosotros.*

Le dije que sería para siempre, y ya era momento de demostrarle que lo decía en serio.

Subimos en el ascensor hasta la última planta en silencio. Una vez que la cabina se detuvo. Arthur apoyó su huella dactilar en un sensor y las puertas se abrieron directamente al amplio *penthouse*.

Me armé de valor y entré.

Mi corazón nunca se recuperaría si ya lo había perdido.

Las puertas del ascensor se cerraron detrás de mí y luego se oyó un ligero silbido cuando el ascensor se llevó a Arthur de vuelta abajo, dejándome sola para enfrentarme a las consecuencias de mis actos.

—En mi despacho, Arthur. —La voz de Daniel retumbó en la distancia. El corazón me dio un vuelco al volver a oír ese barítono tan querido.

Mierda, si tan solo hubiera sabido cómo llegar a su despacho.

Con cierta vacilación, di unos pasos hasta que un ruido en la habitación al final del pasillo llamó mi atención. Al entrar, vi un escritorio vacío.

—¿Qué haces aquí? —La voz de Daniel me hizo girarme rápidamente y lo vi sentado en el sofá, acurrucado en un rincón de la habitación. Sus pies descansaban sobre la mesa de centro frente a él, junto a una botella de *whiskey* medio vacía.

Una barba de un día cubría su hermoso rostro, y esos ojos que una vez me contemplaban con afecto y amor en ese momento me miraban con oscuridad y fría desesperación.

Los segundos pasaban mientras nos mirábamos fijamente. Verlo siempre me dejaba sin aliento.

Silenciosamente, mis pies me llevaron hacia adelante sobre la mullida alfombra. Los ojos de Daniel estaban entrecerrados y su expresión velada, impidiéndome vislumbrar sus pensamientos.

—Tengo que hablar contigo —murmuré, deteniéndome frente a él mientras deslizaba suavemente las manos bajo sus pantorrillas. Sus músculos se tensaron al sentir mi tacto. Pero no se resistió. Le levanté las piernas y le apoyé los pies en el suelo; luego, me deslicé entre sus rodillas y la mesa.

—Ainslee... —Comenzó a decir, pero lo interrumpí rápidamente.

—Por favor, déjame decir lo que he venido a decir —pedí con voz temblorosa.

Daniel me miró fijamente y luego asintió con la cabeza.

—Te amo —susurré—. No puedo...

Mis palabras quedaron interrumpidas cuando me sentó en su regazo, el calor de su cuerpo me envolvió al instante, y algo en ello me dio valor.

—No puedo vivir sin ti —afirmé con voz ronca. Cuando él permaneció en silencio, tragué saliva, intentando contener el nudo de emociones que se me había atascado en la garganta. El miedo al rechazo me invadía—. Ayer... Fue todo un *shock*. Sabía que vendrías a buscarme. Pero al oír las amenazas de tu tío y luego presenciar esas muertes, me bloqueé. Me afectó mucho.

—Lo siento —murmuró, y el alcohol en su aliento delataba su propio dolor.

—No, lo siento yo —dije con la voz quebrada—. Me equivoqué al alejarte de mí. Has estado ahí para mí, protegiéndome, incluso cuando no te veía. Incluso cuando intenté seguir adelante, y por cómo me comporté... Me equivoqué. Fui estúpida. Lo único que quiero es pasar el resto de mis días contigo. Hacerte feliz.

Sentí un nudo en el pecho que me dificultaba respirar.

—Quiero envejecer contigo. Llorar contigo. Reír contigo. Vivir contigo tanto en los buenos momentos como en los malos. Me da igual dónde estemos, cómo vivamos, siempre y cuando estemos juntos. Y si quieres que sea una criminal contigo, lo seré. —Él no se movía, no pronunciaba ni una palabra. Y con cada segundo que pasaba, el pánico crecía dentro de mí—. Solo quiero estar *contigo*, Daniel. Por favor... —Lo estaba perdiendo y todo era culpa mía. Pero ya no era una mujer orgullosa, llegando incluso a recurrir a mi hijo para recuperar a Daniel—. Bram te extraña —susurré, aterrada ante la idea de pasar el resto de mi vida sin él.

Daniel extendió la mano y me apartó un mechón de cabello.

—Mi pequeño ruiseñor —murmuró, acercando mi cabello a su nariz—. Me encanta tu aroma. Me ha acompañado estos últimos doce años. —El corazón se me aceleró y la esperanza se hinchó como un globo—. Yo también adoro tu olor. Y tu calidez. Sentía como si me faltara una parte de mí, ahora... por fin me siento completo. Contigo. —Suspiró, con una mirada de pesar en los ojos. Parecía cansado y, de alguna manera, mayor—. No puedo tenerte, mi pequeño ruiseñor.

—¿Por qué no?

—Porque te mereces a alguien mucho mejor que yo. He hecho cosas horribles, Ainslee. Has visto algunas de ellas de primera mano, pero hay

muchas más. Soy un monstruo, un criminal. Tu instinto fue huir y fue la decisión correcta.

Negué con la cabeza enérgicamente.

—No. No hui de ti. Solo quería abrazar a Bram. Quería... —La desesperación me oprimía el pecho mientras buscaba las palabras adecuadas —. Quería sentir a mi hijo en mis brazos. Quería que nos abrazaras a los dos, sabiendo que siempre nos mantendrás a salvo. No eres un monstruo. Eres mi héroe. Mi todo.

La esperanza brilló en sus ojos, pero se apagó demasiado rápido.

—No, no es posible.

Negué con la cabeza.

—Sí lo es, si tú lo permites. Te amo, y lo digo de verdad. Lo decía entonces y lo digo ahora. Eres un *buen* hombre, y eso es lo único que nos importa a Bram y a mí. Te amamos.

—He *matado* hombres, Ainslee. Muchos hombres. —Sacudió la cabeza como si intentara ahuyentar los recuerdos—. No solo al que viste en esa cinta. Y no solo ese día.

Le acaricié la mejilla con la palma de la mano y me incliné hacia él, dejando apenas unos centímetros entre nosotros.

—Lo sé, pero se lo merecían. Igual que tú mereces ser feliz y amado. Por favor, déjame amarte. —Mis ojos se encontraron con los suyos, sintiendo esa atracción magnética—. Me protegiste. Te aseguraste de que mi madre y Bram estuvieran a salvo. Eres leal, justo y honesto. Por favor, no me alejes... No nos alejes.

Acorté la distancia y presioné suavemente mis labios contra los suyos.

Besar a Daniel Carrington era pura dicha. Sabía a pecado, prometiendo alturas que solo él podía ofrecer. Introdujo su lengua en mi boca, rozándola con la mía, guiándonos en una danza que disfrutaría toda la vida.

—Te deseo con locura —susurró contra mis labios.

Me levanté y él agarró el dobladillo de mi vestido, tirando de él por encima de mi cabeza y dejándome en pie solo con mi lencería. Con destreza, me desabrochó el sujetador y luego sus dedos recorrieron mi cuerpo hasta engancharse en mis bragas y deslizarlas por mis piernas.

—Dios, cuánto te extrañé —confesó con voz llena de reverencia y deseo.

Las manos de Daniel se cerraron alrededor de mi cintura, acercándome a él. Tan cerca que podía sentir los latidos del corazón. Me tumbó en el sofá; los cojines se hundieron bajo nuestro peso conjunto. Su boca bajó por mi

cuello, luego más abajo, sobre mi vientre. Gemí al sentirla por fin sobre mi piel y sus fuertes músculos bajo mis palmas.

Sus anchos hombros me separaron las piernas y yo lo recibí, *necesitando* sentirlo dentro de mí. Su mirada oscura se clavó en la mía mientras lamía mi raja. Grité, arqueando la espalda y levantando las caderas hacia él.

Me chupó el clítoris y me introdujo dos dedos.

—¡Daniel! —grité, enredando los dedos en sus mechones de ébano.

Me lamió el coño con movimientos fuertes y rápidos, y mi orgasmo se acercó con violencia, enviando deliciosos escalofríos por mi espina dorsal. Bajo su toque magistral, quedé jadeando y hecha un desastre. Los muslos se me apretaron alrededor de su cabeza y grité mientras el placer me corría como fuego por las venas, reduciéndome a cenizas.

En un abrir y cerrar de ojos, Daniel se despojó de toda la ropa, sin apartar nunca sus ojos hambrientos de mí. Se arrastró sobre mí hasta que su cuerpo quedó suspendido sobre el mío.

—Te amo —susurré—. Siempre te he amado.

—Yo también te amo, Ainslee. Siempre has sido tú.

Su amor estaba en cada una de sus caricias, en cada beso que me daba.

—Hazme tuya y nunca me dejes ir.

Se adentró en mí, llenándome por completo. Sus embestidas eran fuertes y poderosas mientras nuestras almas se entrelazaban. Hasta que fuimos una sola.

Se quedó quieto un instante, luego inclinó la cabeza y me besó suavemente.

—Te amo —musitó contra mis labios mientras me aferraba a él—. *Eres mía.*

Su frente descansaba sobre la mía mientras continuaba embistiéndome, intensificando mi placer cada vez más alto.

—Y tú eres mío —susurré, con las lágrimas picándome los ojos.

Me penetró con una embestida fuerte, empujándome al límite. Las estrellas explotaron detrás de mis párpados, mi orgasmo me atravesó y me sacudió hasta lo más profundo.

Mientras yo disfrutaba de las olas de mi clímax, él también encontró su propio alivio. Lo único que pude hacer fue aferrarme a él, ambos apenas logrando recuperar el aliento.

Daniel me besó; luego, levantó la cabeza y me miró a los ojos. Los segundos que transcurrieron entre nosotros estuvieron llenos de promesas

silenciosas. Votos para el futuro. Un futuro que nos pertenecía a los dos. A nosotros como familia.

—Quiero terminar este año contigo —susurré. La Nochevieja estaba a la vuelta de la esquina y quería un nuevo comienzo con él a mi lado.

Daniel apoyó la frente contra la mía.

—Ya me tienes. Buena suerte intentando deshacerte de mí.

Solté una risita.

—Qué sabias palabras, señor Carrington.

Su expresión se volvió seria, y al verlo se me cortó la respiración.

—Te prometo que siempre te amaré, Ainslee McLaren —prometió con voz ronca—. Me has robado el corazón desde el momento en que te vi. No tendré fuerzas para volver a dejarte.

Lo besé una vez y luego le susurré contra los labios:

—Más te vale no hacerlo, porque te seguiré.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Ainslee

Seis meses después

EL TIEMPO NO PODÍA ser más perfecto. El cielo se extendía infinitamente sobre nosotros, un lienzo de azul claro sin una sola nube, con el sol derramando su calor dorado sobre el paisaje. Caminamos lentamente hacia la pequeña iglesia de piedra enclavada en la propiedad de los McLaren, con su campanario desgastado por el tiempo, elevándose como una centinela entre los robles centenarios. Generaciones de nuestra familia habían venido aquí a pronunciar sus votos, vidas entrelazadas en este lugar tranquilo, lleno de recuerdos y significado. Ese día, también pasaría a formar parte de nuestra historia, la mía y la de Daniel.

Para mí, esta iglesia siempre me había parecido tocada por algo de otro mundo. Mágica, incluso. De niña, me sentaba bajo los árboles e imaginaba que llevaba un vestido de encaje blanco, con el aroma de las flores silvestres en el aire, rodeada del amor de la familia y de las bendiciones susurradas de antepasados ya desaparecidos. Había soñado con este momento durante tanto tiempo que apenas me parecía real.

Y, sin embargo, allí estaba, a punto de casarme con el hombre que me amaba con intensidad y sin condiciones. Un hombre que había conocido tanto la sombra como la luz, y aun así había elegido el amor. Él me protegería hasta su último aliento, y yo haría lo mismo por él.

Daniel no había tenido una vida perfecta, su pasado tenía su buena dosis de errores y tropiezos, pero en los momentos que importaban, me había mostrado su yo más auténtico. Como la noche en que se arrodilló en nuestra cocina, con Bram riéndose a su lado, agarrando la cajita de terciopelo con un anillo en su interior. Su voz había temblado cuando me pidió que fuera suya para siempre. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando hasta que Bram me secó la mejilla con su manita.

En ese momento, un camino de piedra serpenteaba hasta la entrada de la iglesia, donde nuestros invitados ya se habían reunido. Pero yo solo tenía ojos para dos personas: Daniel, esperando en el altar, y Bram, nuestro dulce portador de los anillos, con sus manitas probablemente agarrando el cojín con más fuerza de la necesaria. Lo eran todo. Mis dos amores. Mi corazón.

Sintiendo los nervios que de repente revoloteaban en mi pecho, Lachlan me apretó la mano. Estaba a mi lado, un ancla silenciosa, con los ojos llenos de ternura.

—Estás preciosa —halagó en voz baja, llena de silencioso asombro—. Tal y como te imaginabas cuando eras una niña. Como una auténtica princesa.

Una risa me brotó de la garganta, medio ahogada por la emoción.

—No puedo creer que te acuerdes de eso.

—Lo recuerdo todo —respondió, con las comisuras de los labios esbozando una sonrisa—. Y estoy muy orgulloso de ti. Has encontrado a tu alma gemela.

Asentí con la cabeza, tragándome el nudo que tenía en la garganta. Las palabras me parecían demasiado frágiles por ese momento. Demasiado pequeñas para todo lo que sentía.

—¿Lista? —Quiso saber Lachlan.

—Sí —susurré, con la voz apenas audible—. Siempre lista para Daniel.

Las primeras notas del *Coro Nupcial de Wagner* resonaron en el modesto órgano de la capilla y las puertas se abrieron lentamente ante nosotros. La luz se filtró en el interior, reflejándose en el suave brillo de mi vestido. La congregación se puso de pie, y un silencio colectivo inundó el lugar mientras Lachlan me guiaba hacia adelante. Mis ojos buscaron

inmediatamente a mi madre; lágrimas brillaban en sus mejillas y el orgullo irradiaba de ella como la luz del sol. Siempre había deseado que encontrara el tipo de amor que ella había compartido con mi padre. Y en ese momento lo había encontrado.

Entonces, lo vi.

Daniel estaba de pie en el altar, alto e impactante con su esmoquin a medida, en cada centímetro el hombre del que me había enamorado. Bram se erguía orgulloso a su lado, vestido a juego, jugueteando con el cojín de los anillos y mirando a su alrededor con viva curiosidad. Se me encogió el corazón al verlos. Este era mi hogar, mi familia.

Los ojos de Daniel encontraron los míos y, en ese instante, todo lo demás desapareció. La música, la multitud, incluso el peso de mis propios pasos. Solo lo veía a él. Su mirada era firme y llena de promesas, un voto silencioso pronunciado a través del espacio que nos separaba.

Sonreí, ampliamente y sin poder evitarlo. No necesitaba un espejo para saber que me iluminaba todo el rostro. La ceremonia transcurrió en una neblina, una neblina hermosa y llena de lágrimas. Hubo momentos de risas, de silencioso asombro, de un amor tan intenso que me dejó sin aliento. A lo largo de todo ello, me sentí tranquila. En equilibrio. Plena.

Porque todo mi mundo estaba en aquella iglesia.

Me estaba casando con Daniel Carrington.

No había palabras lo suficientemente fuertes para expresar las emociones que me embargaban. Expectación. Alegría. Gratitud. Amor, en toda su belleza pura y profunda.

Entonces, llegaron las palabras que había esperado, las que lo cambiarían todo:

—Los declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Daniel dio un paso adelante y su presencia me envolvió. Me rodeó la cintura con los brazos mientras inclinaba la cabeza, y sus labios rozaron los míos en un beso que me pareció a la vez tierno y poderoso. Como volver a casa. El mundo pareció inclinarse ligeramente, como si se realineara a nuestro alrededor.

—Te amo —susurré contra sus labios, con la voz temblorosa.

—Y yo a ti, mi ruiseñor —murmuró, acunando mi rostro como si fuera algo precioso.

Y así, sin más, fui suya. Completamente, eternamente suya.

EPÍLOGO

Ainslee

Un año después

¡OH, MIERDA! —MURMURÓ EVE, y supe lo que venía. Pisé el freno y me detuve justo a tiempo para verla salir del coche y vomitar hasta las entrañas.

—Maldita sea, Eve. ¿Otra vez? —bromeé. No hacía falta ser un genio para saber lo que pasaba. La esposa de mi primo estaba embarazada... otra vez. Y no podía estar más feliz por ellos.

Aunque, por el sonido de sus quejidos, quizás debería haber esperado antes de mostrar mi entusiasmo. Ella gimoteaba mientras seguía vaciando su estómago. Me dio pena. Había tenido náuseas matutinas en su último embarazo, pero esta vez parecía aún peor.

Se incorporó lentamente, tomó su cepillo de dientes de viaje y se enjuagó rápidamente la boca. Sin duda, estaba preparada para los vómitos.

Eve volvió a subirse al vehículo.

—Todo bien ahora —aseguró—. Sigue adelante.

Mis labios esbozaron una sonrisa, lamentablemente, estaba demasiado oscuro para que ella la viera. Volvíamos de Edimburgo, donde probablemente deberíamos haber pasado la noche en el hotel, pero, la verdad, ninguna de las dos podía esperar a llegar a casa tras la exitosa fiesta de presentación del libro que había organizado la editorial de Callen.

No, no era la editorial de Callen.

Era de Liberty y Bram. Ella había convertido a mi hijo en socio equitativo, pero era obvio que él era demasiado joven para hacer nada al respecto. Tras hablarlo con Daniel, ambos coincidimos en que lo mejor era pedirle a Liberty que gestionara la parte de Bram bajo la supervisión de mi esposo.

Dios, la vida era tan increíble que a veces tenía que pellizcarme para asegurarme de que era real.

Sin apartar la vista de la carretera, me dirigí a Eve.

—Bueno, ¿para cuándo es el nacimiento?

Ni siquiera me molesté en formularlo como pregunta.

—¿Por qué lo supones? —preguntó en lugar de responder—. Quizás estoy enferma.

Puse los ojos blancos ante su secretismo.

—Sí, estás enferma, porque estás *embarazada* —ironicé, riéndome.

Un suspiro se le escapó de los labios.

—Por favor, no digas nada —suplicó. Tomó un sorbo de agua, e incluso en la oscuridad, parecía estar pálida—. Quiero que Lachlan sea el primero en saberlo.

—Si mi primo aún no se ha dado cuenta, es un idiota. —Como ella se quedó callada, continué con un tono tranquilo—. Menos mal que yo también estoy embarazada. Tendremos bebés al mismo tiempo.

Giró la cabeza hacia mí tan rápido que pensé que volvería a marearse.

—¿Qué? ¿Qué tiempo tienes?

—Unos tres meses. —Daniel y yo estábamos encantados. Él quería una familia numerosa, y yo también. Si quería ver cumplir mi sueño de una casa llena de hijos y nietos, sabíamos que no podíamos esperar mucho más.

—¿Por qué no tienes náuseas y vómitos? —cuestionó Eve, con un tono de voz cargado de envidia. No podía culparla, no después de verla luchar contra sus náuseas constantes.

Me encogí de hombros.

—Supongo que tuve suerte.

Se burló y se cruzó de brazos.

—Qué injusto.

Me reí.

—Estoy de acuerdo.

Se inclinó hacia mí y me apretó suavemente la mano.

—Me alegro por ti, y estoy encantada de que nuestros pequeños vayan a crecer juntos. Me encanta que seamos una familia. —Sacudió la cabeza, casi como si no pudiera creer su buena suerte, antes de continuar—. Tu madre los va a mimar muchísimo.

Me reí y asentí con la cabeza.

—Es cierto, pero nuestros maridos también.

Me estacioné frente a la entrada de su casa y Eve se inclinó para darme un beso en la mejilla, y luego salió del coche.

—Envíame un mensaje cuando llegues a casa —me pidió antes de cerrar de un golpe la puerta del lado del copiloto.

Le hice un gesto con la mano en señal de despedida y, en cuanto entró en su casa, salí corriendo de allí y aceleré hacia mi propia casa.

Cuando por fin llegué a Seaton, el castillo estaba en silencio, pero sabía que Daniel me habría esperado despierto. Siempre me esperaba.

Le envié un mensaje rápido a Eve para decirle que estaba sana y salva en casa.

Fui a ver a mi madre, escuchando sus suaves ronquidos un rato antes de ir a ver a Bram. Estaba dormido, extendido en la cama, con el cabello rubio hecho un desastre. Bram se llevaba de maravilla con Daniel. Pasaban mucho tiempo juntos: pescaban salmón, jugaban *rugby* y fútbol, y aprendían sobre los juegos de las *Highlands*. Para esto último, había que recurrir mucho a Google y YouTube. Mi madre y yo disfrutábamos viéndolos desenvolverse con torpeza.

Una vez en nuestra habitación, me di cuenta de que la ducha estaba abierta. Sin pensarlo dos veces, tiré el teléfono sobre la mesita de noche y me quité la ropa.

La silueta del cuerpo fornido de mi esposo me tentaba incluso a través del cristal, y mi interior se contrajo de deseo.

—¿Te vas a unir a mí? —Su voz era grave y seductora.

Abrí la puerta de la cabina y entré. Mientras lo rodeaba con mis brazos, el agua caía en cascada sobre los dos.

—¿Cómo te sientes? —murmuró contra mis labios—. ¿Y cómo está nuestro bebé?

Deslizó la mano entre nuestros cuerpos hasta posarse sobre mi vientre.

Sonreí ante su tierna caricia.

—El bebé está bien, creciendo fuerte. Me siento de maravilla.

Acortando la distancia que nos quedaba, le di un suave beso en los labios.

—Te extrañé hoy.

—Yo te extrañé más. —Sus manos sobre mí me hacían sentir en el cielo. Tomó la esponja, vertió gel de ducha sobre ella y la deslizó lentamente por mis pechos, mis brazos y mi vientre.

Luego, tomó mi champú y empezó a lavarme el cabello. Gemí de lo bien que me hacían sentir sus manos masajeando mi cuero cabelludo.

—Ay, Daniel, creo que te equivocaste de vocación.

Se rio entre dientes, y el retumbar que salía de lo más profundo de su pecho me calentó el corazón. Me encantaba oírlo reír. Era un sonido que le salía de los labios cada vez con más frecuencia últimamente.

Pasó los dedos por mi cabello, aclarando la espuma.

—Te lavaré el cabello cuando quieras, cariño. —Se me escapó una risita. Nunca antes me había llamado *cariño.* Me di la vuelta para mirarlo y levanté una ceja. Se encogió de hombros—. Pensé que un estilista llamaría cariño a su clienta.

Mis dedos se enredaron en su cabello negro azabache.

—¿Ya te lavaste el cabello?

Asintió.

—Pero puedes lavarlo otra vez si quieres.

Negué con la cabeza y sonreí.

—No, mejor sequémonos. Seguro estás cansado.

Salimos de la ducha y él se envolvió una toalla alrededor de la cintura mientras yo me ponía una bata suave sobre mi piel aún húmeda.

—Ainslee. —La forma en que pronunció mi nombre me hizo girar para mirarlo. Tenía mechones de cabello pegados a la cara y el ceño fruncido—. Si quieres que cierre mis otros... *negocios*, lo haré. Con el bebé en camino y nuestra familia creciendo, no quiero que te sientas insegura.

Incliné la cabeza y lo miré. El corazón se me llenó de tanto amor por este hombre maravilloso. Me acerqué a él y tomé sus manos entre las mías, apretándolas suavemente.

—No quiero que cambies nada, Daniel. Hay peligros por todas partes, pero mientras estemos juntos, estaremos a salvo.

—Juntos —murmuró mientras me abrazaba—. Mi ruiseñor.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a mis amigos y a mi familia por su apoyo constante. A mis lectores alfa y beta: son increíbles. Aguantan mis plazos de entrega de locos y mi organización aún más loca. No podría hacer esto sin ustedes. Mis libros no serían lo que son sin cada uno de ustedes.

A los *bloggers* y *reviewers* que me han ayudado a dar a conocer cada uno de mis libros. Les agradezco muchísimo. ¡Y saber que les encanta mi trabajo lo hace mucho más gratificante!

Y, por último, pero no menos importante, **¡a todos mis lectores!** Esto no sería posible sin ustedes. Gracias por creer en mí. Gracias por sus mensajes increíbles y de apoyo.

Simplemente, GRACIAS.

Puedo hacer esto gracias a todos ustedes.

Besos y abrazos.

EVA WINNERS

¿QUÉ SIGUE?

¡Muchísimas gracias por leer ***Afecto*!** Si te ha gustado, por favor, deja un *review*. Tu apoyo significa mucho para mí.

Si te apetece seguir charlando con otros lectores de la serie, puedes unirte al grupo de Facebook Eva's Soulmates https://bit.ly/3gHEe0e)

SOBRE LA AUTORA

¿Tienes curiosidad por conocer otros libros de Eva? Puedes echarles un vistazo aquí. Libros de Eva Winners
Eva Winners escribe de todo lo relacionado con el romance, desde enemigos que se convierten en amantes hasta libros llenos de emociones. Sus héroes son a veces villanos, porque ellos también necesitan amor, ¿no? Sus libros están salpicados de un toque de suspenso y misterio, una buena dosis de angustia, un atisbo de violencia y oscuridad, y mucha pasión ardiente.
Cuando no está trabajando ni escribiendo, pasa sus días en Croacia o *Maryland*, soñando despierta con su próxima historia.

Encuentra a Eva aquí:

Visita https://evawinners.com/y suscríbete a mi *newsletter.*
Grupo de Facebook: https://bit.ly/3gHEe0e
Página de Facebook: https://bit.ly/30DzP8Q
Instagram: http://Instagram.com/evawinners
BookBub: http://www.bookbub.com/authors/eva-winners

Amazon: http://amazon.com/author/evawinners
Goodreads: http://goodreads.com/evawinners
TikTok: http://vm.tiktok.com/ZMeETK7pq/
